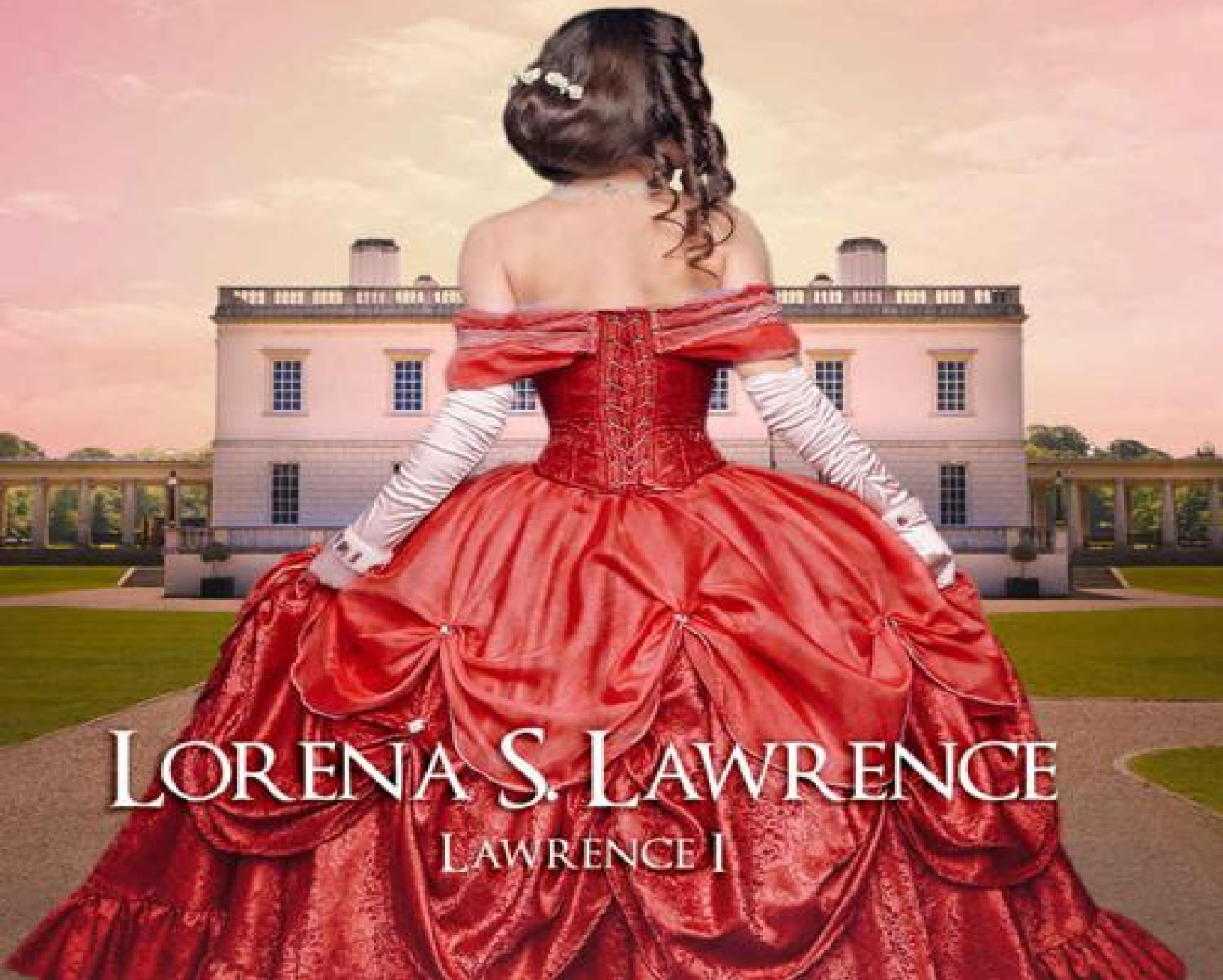
La pasión Prohibida

Un amor escrito con la pluma de los sueños



LORENA S. LAWRENCE

LAWRENCE I

Contenido

1 Imposiciones

2 Lord mentiroso

3 Conociendo a La fierecilla

4 Amenazas

5 Hampshire

6 Asfixia

7 Muro infranqueable

8 Sueños rotos

9 El plan

10 Trabajando juntos

11 La fiesta

12 Una invitada inesperada

13 Dudas

14 Sorpresa

15 Presiones

16 Cambio de planes

17
Secretos en peligro
18
La discusión
19
Complicaciones
20
¿La verdad?
21
Una noche inolvidable
22
Lo inevitable
23
Destrozados
24
Una esperanza
25
Frente a frente
26
Encuentros peligrosos
27
La charla
28
Una broma de mal gusto
29
La prueba reina
30
El tren
Epílogo
Agradecimientos

LA PASIÓN PROHIBIDA

Un amor escrito con la pluma de los sueños



Lorena S. Lawrence

La pasión prohibida
Segunda edición © Lorena S. Lawrence, 2024
© Diseño de portada y maquetación: Carmen Castelló.
© Corrección: Lorena S. Lawrence.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A los soñadores, a los que luchan y se esfuerzan, a los que creen y persisten, aun cuando el mundo les dice que no.
Sigan luchando, que el universo ama a quienes tienen la valentía de perseguir sus sueños, y tarde o temprano los recompensará.

1

Imposiciones

Londres, Inglaterra, 1858

Amanda Lawrence, decimoquinta vizcondesa de Holt, tenía infinidad de defectos: era autoritaria, intransigente, testaruda, y, sobre todo, muy parlanchina. Aquella tarde, por ejemplo, llevaba dos horas contando con excesivo entusiasmo todo lo ocurrido durante el baile que su mejor amiga, Rosamund Linton, había ofrecido la noche anterior, como si sus hijas, Emma, Scarlett y Clarisse, no hubiesen estado allí.

—… Por supuesto, le hice notar a Rosamund que si quiere que Mary pesque un buen partido antes de que acabe la temporada, debe vestirla con colores menos chillones. Eso de obligarla a ir siempre de amarillo, naranja, o… —Hizo una pausa al darse cuenta de que, como de costumbre, solo Emma, la mayor, la estaba escuchando. Clarisse, la más pequeña, estaba concentrada en el bordado de flores que había empezado hacía un par de semanas, y Scarlett… bueno, las tres sabían lo que Scarlett hacía cuando se sentaba en su pequeño escritorio ubicado al fondo del salón de costura, con pluma y papel en mano —¿Alguien además de Emma está teniendo la decencia de prestarme atención, niñas? —preguntó indignada, poniendo su taza de té sobre la mesa.

—Yo sí —contestó Clarisse sin alzar la vista de su labor, que le servía

de excusa para abstraerse de la perorata de su madre —. Estabas hablando de que la señora Linton por fin ha encontrado un marido para su hija, ¿no? Y déjame decirte que es una suerte, porque después de cuatro temporadas sin ninguna propuesta matrimonial decente…

—¡Estaba contando justo lo contrario! —exclamó, aún más molesta, abriendo sus grandes y expresivos ojos color avellana de par en par.

—Ah, ¿sí? —indagó la joven levantando la cara, haciendo que se le agitaran los preciosos y brillantes bucles color de sol que le rozaban los hombros —. Entonces creo que me distraje… un poquito. —Esbozó una sonrisa de disculpa, que más bien le salió con cierto aire pícaro, y volvió a fijar la vista en la tela.

—¿Qué hay de ti, Scarlett? ¿Escuchaste algo de lo que dije?

—Ahora no, madre, ahora no —murmuró ella, sin dejar de garabatear palabras a toda velocidad en las hojas de su pequeña libreta de cuero negra —. Estoy ocupada.

—Déjame adivinar: escribiendo de nuevo, ¿no es verdad? —preguntó, con una mezcla de cansancio y desdén en la voz, poniendo los ojos en blanco.

Su interlocutora levantó el rostro, ofuscada. Le molestaba sobremanera que su madre empleara aquel tono cuando se refería a su pasión más querida en la vida: escribir.

—Sí —dijo tajantemente—. Y agradecería mucho que no me interrumpieras, estoy en una parte bastante importante de mi historia.

—¿Volviste a trabajar en la novela del general y la muchacha pobre? —cuestionó Clarisse, emocionada.

—Sí, voy a terminarla —informó decidida, hablando de la novela que llevaba casi dos años escribiendo.

La escritura siempre había sido su verdadera vocación. Tenía un talento natural con las palabras, aunque nadie en la familia, aparte de su hermana menor (que era a la única a quien se había aventurado a mostrarle sus manuscritos), parecía notarlo, ni mucho menos valorarlo, sobre todo la vizcondesa, para ella el hecho de que una de sus hijas quisiera dedicarse a un oficio tan poco aceptado socialmente para una dama, era motivo de vergüenza y preocupación.

La chiquilla sonrió de oreja a oreja, con sus pequeños ojos miel iluminados de ilusión.

—¡Ya era tiempo! —exclamó —. Me muero de ganas de saber cómo acaba.

—¡Clarisse! —la reprendió Amanda, tan escandalizada como si acabara de invocar al diablo —¡Cuántas veces te he dicho que no alientes a tu hermana en esa tontería!

—Pero es que —protestó la joven, —, si leyeras lo que Scar escribe, te darías cuenta de…

—¡De nada! —gritó, sonrojándose de ira —Siendo una chica casadera, que se está acercando tan peligrosamente a los veintiún años, tu hermana debería estar pensando en aprovechar esta temporada para buscar un buen esposo y formar una familia, no para seguir hundida en esas… Sandeces que solo existen en su cabeza y en el papel.

El hecho de que su madre desdeñara su pasión por la escritura no era una novedad para Scarlett (de hecho, llevaba haciéndolo desde que tenía memoria), pero eso no hacía que ella se hubiese acostumbrado, ni mucho menos que pudiera afrontar aquellos hirientes comentarios sin morirse de rabia. Se levantó de su asiento y respiró profundo, tratando de no estallar.

—Te agradecería que respetaras mis pasatiempos —dijo, con sus bellas facciones de muñeca cargadas de seriedad—; bien sabes lo importantes que son para mí.

—¡Y tú bien sabes lo importante que es para mí que te desposes con un buen partido antes de que acabe la temporada! —vociferó, poniéndose en pie de un salto. Era regordeta y varios pies más baja que su hija, sin embargo, eso no la amedrentó en lo absoluto —¡¿Cuándo diantres vas a comprender que ese disparate de ser escritora no es para ti, ni para cualquier mujer que se precie de ser decente?! Una jovencita de tu clase necesita casarse, tener un hogar, formar su…

—Lo único que una mujer realmente necesita —la interrumpió, alzando tanto la voz que Emma y Clarisse dieron un respingo —, es hacer lo que la haga sentirse plena y feliz, y, lamento mucho decepcionarte, pero creo que unir mi vida a la de alguien más solo para complacerte, no me daría plenitud, ni mucho menos felicidad. ¡¿Cuántas veces tendré que repetirte que yo no necesito de un hombre para sentirme completa, mucho menos si me lo impones tú?!

A Scarlett no le agradaba estar montando ese escándalo delante de sus hermanas, pero desde hacía tres años, cuando, tras haber sido presentada en sociedad le había manifestado a Amanda que casarse no era una prioridad para ella, parecía que no le quedaba otra opción que defender su libertad con uñas, dientes y gritos. No era que no quisiese enamorarse, o experimentar esa dichosa jauría de mariposas en el estómago que todas las mujeres decían sentir al encontrar el hombre ideal, era solo que, en su caso, dicho hombre no únicamente debía amarla y respetarla, sino también estar dispuesto a apoyarla incondicionalmente para que pudiese realizar su sueño de convertirse en una gran novelista; y como era casi imposible encontrar a un caballero que cumpliera todos esos requisitos, prefería permanecer soltera, aferrada al enorme sentimiento de plenitud que la embargaba cuando se sentaba tras su escritorio y perdía su mente en los recovecos de historias ficticias, en las que podía ser y hacer lo que quisiera sin preocuparse por nada más.

—¡Basta! —graznó la vizcondesa, sintiendo la furia bullir en su interior —Niñas, salgan.

Necesito hablar con su hermana a solas —ordenó a sus otras dos hijas, que permanecían sentadas en el ancho sofá color crema tras la mesa de té.

Ambas intercambiaron una mirada inquieta y obedecieron sin chistar.

Cuando se fueron, la mujer reanudó la conversación con el mismo tono belicoso y alterado de antes, dirigiéndole una gélida mirada:

—Muchas veces le dije a tu padre que no te metiera ideas raras en la cabeza, que dejara de leerte, de hablarte de libros y todas esas cosas inútiles que tanto le gustaban, pero no me hizo caso.

—No metas a papá en esto —siseó, sintiendo que le temblaba la mandíbula de rabia. Mencionar al difunto vizconde Paul Lawrence para denigrarlo, era meterse con algo sagrado para Scarlett, no solo porque lo adoraba, sino porque había sido él quien se había encargado de sembrar en ella desde niña la semilla de querer leer y escribir, la cual había germinado en su interior a lo largo de los años con tanta fuerza, que incluso antes de llegar a la adultez, ya sabía perfectamente que había una sola cosa que anhelaba con toda su alma: convertirse en escritora… De las de verdad. No quería ser solo una aficionada, una mujer que debiera pedirle permiso a su marido para tomar la pluma y el papel de vez en cuando, o verse obligada a renunciar a escribir sus historias solo porque había tenido la desgracia de casarse con un ogro intransigente que, al igual que su madre, era incapaz de entender lo mucho que las palabras puestas sobre el papel significaban para ella.

—¡Y ahora, he aquí el resultado! —voceó como si no la hubiese escuchado, haciendo un gesto desdeñoso con la mano para señalarla —Tengo una hija insensata, de casi veintiún años, que prefiere quedarse solterona antes que dejar de lado un pasatiempo impropio y estúpido.

—No pudiste haberlo dicho mejor, madre —murmuró con un deliberado toque de cinismo en la voz, arqueando una de sus pulidas cejas color chocolate.

—¡Pero, ¿cómo te atreves a retarme de esta manera?!

La joven dio dos pasos hacia ella y, procurando que viera toda la rabia y la determinación contenida en sus ojos, dijo:

—Porque yo no quiero ser juguete ni adorno de nadie; deseo ser libre, y si he de enamorarme algún día, será del hombre que yo elija, no el que tú consideres perfecto para mí.

Su madre la miró con una ira tan latente, que Scarlett estuvo segura de que en cualquier momento se abalanzaría hacia su cuello para estrangularla.

—Pues ya es demasiado tarde —sentenció tajantemente.

—¿A qué te refieres? —indagó, alarmada, pues sabía que cuando se trataba de hacerla desistir de sus propósitos, Amanda era capaz de cualquier cosa.

—Ya que en las temporadas anteriores te diste el lujo de rechazar a todos los buenos partidos de Londres, mandé llamar al señor Wells para que me ayude a encontrar un esposo adecuado para ti. Viene mañana mismo.

La joven se quedó congelada, sintiendo cómo la sangre de las mejillas se le bajaba a los pies. Thomas Wells, el banquero más prestante de toda Inglaterra e íntimo amigo de su padre, había empezado a ejercer el rol de protector y representante de la familia cuando este murió; así que, al ser cuatro mujeres solas, la vizcondesa siempre recurría a él cuando se traía entre manos algún asunto importante, como sin duda lo era casarla lo antes posible.

—¿Que tú hiciste qué? —susurró, pestañeando, sin podérselo creer.

—¡Lo que oíste! —espetó —Si tú no eres capaz de escoger un marido que te convenga, el señor Wells y yo lo haremos por ti —. Luego, como si quisiera darle la estocada final, le dirigió una desafiante mirada y añadió —: No me importa lo que tenga que hacer, pero tú acabarás casada antes de que se termine la temporada, o dejaré de llamarme Amanda Lucille Lawrence.

Scarlett detestaba llorar, y mucho más cuando alguien la observaba, pero al escuchar aquella amenaza le fue imposible evitar que dos gruesos lagrimones empezaran a rodar por su tersa y blanquecina piel.

—No puedes hacerme esto —dijo, con la voz trémula y llena de incredulidad. Su madre no podía ser tan ruin como para casarla con un desconocido solo para forzarla a olvidar su deseo de escribir.

—¡No, eres tú la que no puede hacerme esto! —bramó, iracunda —¡Han pasado tres temporadas desde que te presentaste en sociedad! ¡Tres! —Levantó con fuerza tres dedos de su mano derecha, como si su hija no supiera contar —¡No puedes seguir siendo tan tonta como para rechazar a todos los buenos partidos que te ofrecen matrimonio solo por ese…capricho estúpido de ser escritora!

Scarlett le dirigió una mirada que entremezclaba dolor y rabia, sin poder creer que la mujer que tenía en frente, la que se suponía que debía darlo todo por verla feliz, le estuviese diciendo semejante cosa.

—No es ningún capricho, y lo sabes tan bien como yo —siseó con la mandíbula apretada, sintiendo que los ojos se le volvían a llenar de lágrimas —. Se trata de mi sueño, de mi felicidad.

La expresión de Amanda se endureció aún más, mientras entrecruzaba los dedos sobre su estómago y se erguía en su lugar, adoptando una pose digna y altiva.

—¿Y cuál es, según tú, tu felicidad? —indagó, enarcando una ceja —¡¿Pasarte la vida metida entre la pluma y el papel?! ¡¿Permitir que el apellido de tu padre se vea envuelto en un escándalo porque una de sus hijas no quiere casarse y ha decidido alegremente ser una solterona?! ¡¿Desperdiciar tu juventud dedicándola a una actividad tan incierta, tan…masculina, y todo solo para acabar siendo la comidilla de Londres?!

—¡Pues sí! ¡Eso es justamente lo que quiero hacer con mi vida, y ni tú ni nadie tiene derecho a querer moldearla según sus ideas de lo que debo o no hacer con ella, porque es mía, mía y de nadie más! —vociferó, sintiendo aquel grito como una especie de liberación; llevaba tanto tiempo queriendo decirle eso, que fue como quitarse un gran peso de encima.

Amanda guardó silencio, pensando que, en el estado en el que estaba su hija, lo mejor era cambiar de táctica. Inhaló y exhaló lentamente, intentando no perder la poca paciencia que le quedaba, y cuando volvió a hablar lo hizo en un tono más tranquilo, aunque cortante y decidido:

—Si hago esto es porque me importas, y mucho. Algún día, cuando tengas tu propia familia, un marido a quien servir, unos hijos a los cuales amar y cuidar, agradecerás que no haya dejado que tu vida se fuese por la borda con ese…capricho sin sentido —dijo, acompañando esas últimas palabras con una mueca de asco.

Scarlett quiso contestarle algo, defender su posición, pero sabía que era inútil. Cuando a su madre se le metía algo en la cabeza, ni el mismísimo Cristo resucitado podía hacerla cambiar de opinión; por eso no dijo nada cuando la mujer le dio la espalda y se marchó, dejándola sola con su desdicha.

Aquella conversación la dejó tan abatida, sintiéndose tan miserable, tan poco dueña de su

propia vida, que lo único que pudo hacer fue echarse a llorar sobre el sofá como una niña, dejando que toda su frustración y su rabia se transformaran en lágrimas.

Cinco minutos más tarde, oyó que llamaban a la puerta.

—¡¿Quién?! —chilló, fastidiada, pues lo que menos deseaba en aquel momento era hablar con alguien.

—Soy yo, Scar —respondió la dulce voz de Emma —. ¿Podemos charlar un minuto?

—No es un buen momento, Emm.

—Por favor —insistió, en un murmullo lleno de preocupación.

Después de secarse el rostro con la palma de la mano y respirar profundo para recuperar un poco la compostura, Scarlett accedió.

—No me digas, mamá te mandó a que hablaras conmigo, ¿verdad? —indagó, sabiendo que ese sería justo el tipo de truco al que Amanda recurriría: valerse de una de sus hermanas para intentar persuadirla de lo que quería; y como sabía que no podía contar con Clarisse, pues ella siempre estaría de su lado; qué mejor que Emma, su hija predilecta, la que nunca rebatía una orden suya, la que más compartía su visión acerca del matrimonio y la vida en pareja.

—Algo así —admitió con un gesto de disculpa, meneando la cabeza mientras se sentaba a su lado.

—Entonces supongo que vienes a convencerme de lo fantástica que es la idea de dejar que me escoja un marido cualquiera, como si estuviéramos hablando de vestidos o zapatos.

Su hermana, que llevaba la melena negra recogida en un moño alto, la observó fijamente, con la mirada cargada de ternura, como siempre. Era sin duda la más hermosa de las tres. Aunque no tenía ni los rizos rubios, ni los ojos color de mar de su padre (rasgos que fueron heredados por Clarisse y Scarlett respectivamente), sus facciones eran delicadas, y su piel blanca poseía un bello rubor natural que la hacía lucir siempre fresca y rozagante, combinando a la perfección con el color cereza de sus carnosos labios.

—Tienes que tratar de entenderla —pidió, tomándola de las manos —; toda la vida ha soñado con verlas desposadas, formando sus propias familias, tan felices como lo fue con papá, para ella no debe ser fácil aceptar que tú quieras…—Se frenó, intentando encontrar las palabras exactas, sin éxito.

—¿Tener una vida distinta? —completó, levantando el rostro para mirarla —¿Valerme por mí misma, sin necesidad de estar atada a un hombre que seguramente no amaré, ni me amará?

—Eso no tienes forma de saberlo aún —dijo, frunciendo los labios —. Míranos a Martin y a mí. Al principio yo pensaba igual que tú, que no iba a poder llegar a quererlo, que jamás congeniaríamos; y, sin embargo… —Soltó un largo y pesaroso suspiro, acompañado de una leve sonrisa melancólica —incluso después de tanto tiempo sin él, sigo amándolo con todo el corazón.

Scarlett también suspiró, sintiendo una punzada de lástima por Emma. Poco después de la muerte de su padre, su madre había arreglado todo para que el prestante conde de Dorsetshire, Martin McSoyer, un hombre viudo, con una muy buena posición social, y un carácter dulce y afable, se fijara en ella. Ambos tuvieron suerte, pues, aunque al principio no se conocían muy bien, tras un par de meses de casados acabaron por enamorarse perdidamente, convirtiéndose en la envidia de todo el mundo… Hasta que las fiebres de la malaria lo llevaron a la tumba, hacía ya dos años. Desde entonces la pobre Emma sufría mucho; trataba de mostrarse fuerte aparentando

que el luto era cosa del pasado, pero su madre y sus hermanas sabían que no era así. Durante las temporadas que permanecía en la mansión Lawrence (que no eran muchas, ni muy largas, puesto que la mayor parte del año la pasaba en Dorsetshire ayudando a Matthew, su hijastro, quien aún era algo inexperto para hacerse cargo por sí solo del condado que su difunto padre le había heredado), era frecuente oírla lanzando suspiros pesarosos, o verla con la mirada perdida en un punto de la nada, como si estuviera recordando algo de su feliz pasado junto a Martin, sabiendo que ya jamás volvería.

—Eso es porque tanto él como tú tuvieron suerte —murmuró, sonriendo débilmente, mientras le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar. Amaba a sus hermanas más que a nadie en el mundo, y nada le dolía más que verlas sufrir, aunque fuese en silencio.

—Y tú también la tendrás. Solo deja que mamá haga su trabajo. Te aseguro que no va a permitir que te cases con un granjero o un anciano con el que no puedas disfrutar de todas las cosas bonitas que trae el matrimonio, Scar.

Ella la observó fijamente durante un segundo antes de responder:

—Ese no es el problema, Emm.

—¿Entonces?

—Que, sea quien sea, será impuesto, alguien a quien mamá habrá escogido con el único fin de apaciguarme, de hacerme abandonar mi sueño de ser escritora, y eso no es lo que deseo. Si algún día me caso, quiero hacerlo con un hombre que yo misma haya elegido, que me respete no solo por el hecho de llevar su apellido, sino porque me considere una persona valiosa, con ideas, sentimientos y ambiciones propias. Sé que tal vez sea mucho pedir, pero quiero unir mi vida a la de alguien que me entienda y me ame por lo que soy, no únicamente por haber pronunciado unos votos frente al altar, ¿comprendes?

Su interlocutora asintió con energía, sintiendo que el pecho se le llenaba de orgullo. Scarlett siempre había sido la cabra loca de la familia; cuando todos decían blanco, ella decía negro, cuando todos iban hacia el norte, ella trazaba su propio camino hacia el sur; pero en el fondo era tan fuerte, tenía tan claro lo que quería hacer con su vida, que Emma no podía hacer más que admirarla.

—Te diré lo que haremos —dijo, palmeándole la mano afectuosamente —: Hablaré con mamá e intentaré convencerla de que te dé esta temporada para elegir y tratar tú misma a tus pretendientes, ¿estás de acuerdo?

—¿En serio harías eso por mí? —cuestionó, esbozando una sonrisa esperanzada y agradecida.

—No será sencillo, pero lo intentaré —replicó, encogiéndose de hombros —. Ahora, si lo logro, tú deberás comprometerte en serio con la tarea de empezar a buscar caballeros que puedan interesarte. Nada de tratarlos a todos con la punta del pie para ahuyentarlos, ni de excusarte en jaquecas falsas para no ir a los bailes, ¿estamos? —indagó, arqueando una ceja con suspicacia, pues conocía a la perfección los trucos que Scarlett utilizaba cuando deseaba evadir alguna reunión social.

—Lo prometo —musitó, abalanzándose sobre ella para darle un abrazo tan fuerte que por poco le saca todo el aire de los pulmones.



Por desgracia, ni todo el encanto de Emma, ni el favoritismo de su madre hacia ella, ni las dos

horas que pasó tratando de convencerla de que su hermana se había comprometido firmemente a buscar un candidato de su agrado, fueron suficientes para que la inflexible vizcondesa cambiara de opinión, así que no quedó más remedio: a las tres de la tarde del día siguiente, las cuatro mujeres de la familia Lawrence estaban recibiendo en su salón de té a Thomas Wells… el hombre que traería consigo la desgracia de Scarlett.

—Señor Wells, sea bienvenido a su casa —lo saludó Amanda, quien ese día iba ataviada con un hermoso vestido de seda verde con encajes, que hacía que su semblante se viera aún más luminoso que de costumbre, mientras él le besaba la mano haciéndole una reverencia.

—Un gusto volver a verla después de tanto tiempo, *milady* —contestó. Era un hombre alto, de ojos negros, delgado, que a sus sesenta años tenía el pelo colmado de canas y la piel llena de arrugas, pero seguía manteniéndose extraordinariamente fuerte para alguien de su edad.

—Sí, ya casi un año desde que decidió abandonar la convulsión de Londres para reemplazarla por la tranquilidad y lejanía de Escocia, ¿no es así? —Sonrió amablemente —. Espero que en ese tiempo no se haya olvidado de mis hijas. —Hizo un grácil gesto con la mano hacia ellas, que lo saludaron con una leve genuflexión.

—Por supuesto que no, y también me place mucho verlas de nuevo, aunque debo confesar que no esperaba encontrarla aquí, *milady* —añadió, dirigiéndose a Emma.

—¡Oh, es solo por una temporada! —repuso Amanda de inmediato —Ya sabe usted que a mi niña le gusta visitarnos de vez en cuando, pero en unas cuantas semanas debe volver a Dorsetshire.

—Comprendo —murmuró, haciendo un cortés asentimiento con la cabeza.

—Niñas, ¿por qué no van a sus habitaciones un rato? —preguntó Amanda, aunque las tres sabían que, más que una pregunta, aquello era una orden —El señor Wells y yo necesitamos tratar ciertos asuntos en privado.

—¿Puedo quedarme, madre? —terció Emma, en un intento por averiguar qué pretendientes le impondrían a su hermana.

—Prefiero que les hagas compañía a Scarlett y a Clarisse, cariño —replicó con una sonrisa tan tensa que la joven supo que en el fondo quería decir algo como: «*Ve con ellas y asegúrate de que no oigan nada*».

—Está bien —cedió, agachando la cabeza, tan obediente como siempre.

Antes de que se encaminaran hacia la gran escalera de caracol que conducía a la planta superior, Scarlett y Amanda intercambiaron una mirada fugaz. La de la muchacha era suplicante, pero la de su madre solo dejaba ver una cosa: determinación absoluta. No iba a permitir que Thomas Wells saliera de esa casa sin proporcionarle aunque fuera un solo nombre de alguien digno de convertirse en su yerno.

—Bien —dijo el hombre, una vez hubo tomado asiento frente a ella —, usted dirá en qué puedo serle útil, señora vizcondesa.

Ella extendió la mano hacia una de las tazas de té caliente que una de las mucamas había dejado preparada sobre la mesa de centro, y dio un pequeño sorbo antes de hablar.

—Verá, antes que nada, lamento mucho haberlo hecho venir tan precipitadamente, pero, habiendo sido el mejor amigo de mi esposo, y siendo aún tan cercano a esta familia, no tengo a nadie más a quien recurrir para tratar un asunto tan delicado.

—La escucho —musitó, inclinándose un poco sobre su asiento, alarmado.

—Se trata de mi hija Scarlett. Necesito que me ayude a encontrarle un marido lo más pronto posible, de preferencia antes de que la temporada llegue a su fin.

Su interlocutor se quedó congelado, pestañeando, sin poder creer aquella insólita petición.

—Me halaga que me tenga en cuenta para asuntos tan trascendentales, *milady*, pero, francamente, no entiendo cómo cree que yo pueda…

—Señor Wells —lo interrumpió, deseando ir al grano —, voy a permitirme ser lo más directa posible, porque en este caso, cada segundo perdido puede ser de vital importancia.

Él se alarmó aún más. ¿Sería posible que la hija de la vizcondesa estuviese embarazada y por eso le urgiera tanto encontrarle un marido para cubrir su deshonor?

—Para nadie que la conozca es un secreto que Scarlett tiene un carácter algo… difícil; así como tampoco que esta es su cuarta temporada en sociedad, y que, hasta ahora, ha rechazado a todos y cada uno de los caballeros que han mostrado algún interés en ella; lo cual le ha conferido cierta fama algo…—Se removió en su asiento, incómoda —desfavorable, mermando considerablemente sus posibilidades matrimoniales.

Thomas sabía perfectamente a lo que la vizcondesa se refería. Desde que la hija mediana de Paul Lawrence entró en sociedad, había desdeñado a tantos hombres que para cualquier jovencita de su clase hubieran sido más que perfectos, que hacía ya mucho que rondaba entre la alta sociedad la idea de que era una mujer difícil de conquistar, petulante, para la que ni siquiera un Adonis era suficiente; existían incluso quienes le habían conferido en secreto el apodo de *La fierecilla*, y todo por las hoscas maneras que solía emplear para dejar claro que estaba interesada en todo, menos en casarse; lo cual había terminado por alejar hasta a los más osados y sin escrúpulos, que anteponían la jugosa dote de la muchacha a su mal carácter, buscando en vano una oportunidad para atraparla en sus redes.

—Es por eso que me he tomado la libertad de llamarlo: necesito que me ayude a encontrar el candidato ideal para ella. No importa de dónde lo saque, pero necesito un caballero de buena posición, educación y fortuna, que esté dispuesto a desposarla lo antes posible.

El banquero guardó silencio, mirándola algo consternado.

—Disculpe usted mi impertinencia, señora vizcondesa; pero si he de ayudarla en esto, es importante que le haga una pregunta primero.

—Adelante —replicó, haciendo un vago gesto con la mano para indicarle que podía hablar con toda confianza.

—¿Esta premura tiene algo que ver con…—Ahora fue él quien se revolvió en su asiento, incómodo, en busca de las palabras correctas para que aquel cuestionamiento no sonara tan descortés ni entrometido como en realidad era —algún desliz de la señorita Scarlett? ya sabe, algún… mal paso que debamos encubrir para salvaguardar la reputación del apellido Lawrence.

Amanda comprendió de inmediato el trasfondo de esa pregunta, y se puso roja como un tomate.

—¡Oh, no, por Dios, Señor Wells! —exclamó, con los ojos abiertos como platos, cubriéndose la boca con la mano —Nada de eso. Le garantizo que Scar sigue siendo tan pura como el día en que vino al mundo. Lo que sucede es que, desde hace algún tiempo se le han metido ciertas locuras en la cabeza, y yo considero que el matrimonio es el antídoto perfecto para ponerles remedio definitivamente.

—¿Locuras? ¿A qué se refiere con eso? —indagó, cruzando la pierna izquierda sobre la

rodilla, con el ceño fruncido.

Ella agachó la cabeza y se pasó las manos por los pliegues de su vestido con nerviosismo; no le resultaba nada fácil confesar en voz alta que su hija quería dedicarse una actividad tan impropia para una dama como lo era la escritura.

—La razón por la que mi hija desprecia el matrimonio con tanto ahínco, señor Wells —contestó en un susurro apenas audible cuando volvió a mirarlo a los ojos —, es porque está empeñada en ser escritora, y, como usted comprenderá, esas dos cosas no congenian en lo absoluto, mucho menos si hablamos de una jovencita de la posición social de la que ella proviene.

El hombre tuvo que reprimir una carcajada; aunque lo intentó, le fue imposible imaginarse a Scarlett Lawrence con pluma y papel en mano, siendo capaz de producir algo decente que leer.

—Ahora entiendo lo grave de la situación —susurró, con una expresión que no develaba atisbo alguno de la gracia que todo aquello le hacía.

—Bueno, ¿y? ¿Va a ayudarme? ¿Conoce algún caballero que pueda querer desposarla aun después de lo que le he contado?

Wells se inclinó hacia la mesa y bebió un largo sorbo de té antes de responder:

—Teniendo en cuenta que la señorita ha tratado con la punta del pie a casi todos los caballeros de Londres, me temo que será una tarea bastante difícil, *milady.*

—Estoy dispuesta a doblar la dote, a triplicarla si es preciso — dijo Amanda, con un dejo latente de desesperación en la voz —. Y también habrá una jugosa comisión para usted si logramos casarla antes de que acabe la temporada.

Él se quedó pasmado, con la boca abierta. Hasta donde recordaba, ya que estuvo presente en la lectura del testamento del vizconde, cada una de las hermanas Lawrence disponía de una dote de cinco mil libras; lo cual significaba que, si su mujer realmente estaba dispuesta a triplicar esa cantidad, el hombre que se casara con Scarlett tendría dinero más que suficiente para vivir tres vidas sin preocuparse por nada.

—¿Está usted hablando en serio? —murmuró.

—Muy en serio. Si colabora conmigo, le aseguro que, una vez mi hija haya salido de la iglesia tomada del brazo de su marido, yo me encargaré de llenar sus bolsillos de tal forma que jamás en la vida tendrá que volver a pensar en trabajar —contestó, con la arrogancia de quien sabe que puede comprarlo todo con dinero —¿Qué dice?

—Trato hecho, señora vizcondesa —aceptó sin dudar, dejando aflorar la más pícara y avariciosa de las sonrisas.

Durante las dos horas siguientes elaboraron una larga lista con los nombres de los caballeros londinenses que cumplían con las condiciones de Amanda para convertirse en su yerno; sin embargo, pronto se dieron cuenta de que no había ni uno solo al que Scarlett no le hubiera hecho ya algún desplante que cerrara todas las puertas a un posible casamiento.

—Es inútil —sentenció, empezando a sentirse frustrada y desesperada, tachando con fuerza el último nombre que había escrito —; si hemos de encontrar algún candidato, está claro que debe ser uno que no viva en Londres.

El banquero exhaló audiblemente, dejando caer los hombros sobre el espaldar.

—¿Y qué hay de Escocia? —preguntó la mujer después de un largo silencio —Usted vive allí. De seguro debe conocer a alguien a quien podamos tener en cuenta.

Wells calló, jugueteando pensativamente con sus dedos mientras hacía memoria. Por supuesto que conocía a muchos hombres con apellidos y fortunas más que respetables, pero todos, o estaban casados, o lo estarían dentro de poco.

El silencio se extendió por el salón de té durante algunos minutos, en los que solo el ruido de las manecillas del reloj ubicado sobre la chimenea llenó el ambiente. Cuando estaba a punto de darse por vencido y decir que no sabía de nadie que estuviese dispuesto a casarse con Scarlett, ni siquiera por la exorbitante cantidad de su dote; un nombre vino a su mente como una ráfaga de lucidez: Alexander Campbell. ¡Él era el adecuado! ¡Él le haría ganar la comisión prometida por la vizcondesa! No era duque, ni conde, ni nada remotamente parecido, pero con un poco de ayuda, y un par de mentiritas piadosas bien planeadas, podría llegar a aparentar serlo delante de todo el mundo sin ningún problema, de eso no le cabía duda.

—Hay…un hombre —murmuró más para sí mismo, tratando de pensar cuidadosamente cada palabra que diría a continuación.

—¿Lo hay? —indagó, con los ojos brillantes de ilusión —¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Qué título tiene? —Cada pregunta le salió a borbotones por la boca, como si quisiera levantarse y sacudirle las solapas hasta sonsacarle las respuestas.

—Su nombre es Alexander Cam… Lincoln —titubeó —. Es el único hijo y heredero del duque de Berwickshire, fallecido hace algunos meses.

Amanda se quedó boquiabierta, mientras su mente empezaba a elucubrar fantasiosos planes matrimoniales para su hija. ¡Scarlett, casada con un duque escocés! A pesar de su buena posición social y fortuna, un partido como ese era mucho más de lo que siempre había soñado para ella.

—Dis-disculpe usted, señor Wells —dijo cuando recuperó el aliento —, pero yo creía que el duque de Berwickshire no había tenido descendencia.

Él guardó silencio un breve instante, sabiendo que, de allí en adelante, hasta el más mínimo error podía hacerlo caer en su propia trampa. Si mostraba, aunque fuera un leve atisbo de duda, la vizcondesa podría sospechar que no le estaba diciendo la verdad… y todo se iría al demonio.

—¡Oh, sí que la tuvo, excelencia! —exclamó, irguiendo su espalda sobre el asiento con el fin de dar más firmeza a sus palabras —Tal vez ni usted ni nadie haya oído hablar de él en Londres porque desde muy pequeño su padre lo envió al exterior a formarse como es debido para poder heredar el ducado; sin embargo, tras la muerte de este, al joven Alexander no le quedó otro camino que regresar a Escocia a ocupar su lugar; y da la maravillosa casualidad de que justo ahora se encuentra buscando esposa.

La mujer esbozó una sonrisa de oreja a oreja, que la hizo lucir por lo menos veinte años más joven.

—¿Y cree que podamos hacer que ese hombre se fije en mi hija? —indagó, en un susurro lleno de ilusión.

—No es por presumir, excelencia, pero, dado que yo era quien llevaba las finanzas del viejo duque, ahora que su hijo ha regresado he tenido ocasión de trabar cierta amistad con él. Si usted lo desea, mañana mismo puedo regresar a Escocia y pedirle que venga a Londres para que él y la señorita Scarlett puedan conocerse.

Amanda estuvo a punto de escupir el sorbo de té que acababa de beber debido a la emoción.

—¿Haría usted eso por nosotras? —preguntó.

«*Lo haría por cualquiera que estuviera dispuesto a darme la comisión que usted me ha*

ofrecido, milady», pensó; sin embargo, en lugar de aquella avariciosa respuesta, replicó:

—Por supuesto que sí, excelencia. Usted sabe que haría cualquier cosa para asegurar el bienestar de la familia de mi gran amigo Paul. Deme una semana y le traeré al duque.

—¡Estupendo! —exclamó, juntando las manos y levantándose de su asiento —Aprovecharé ese tiempo para preparar un baile de bienvenida espectacular. Será la ocasión perfecta para que se traten.

—Me parece una gran idea —comentó, sonriendo —. Ahora, si me disculpa, debo aprovechar que estoy en la ciudad para hacer algunas visitas de trabajo.

Se puso de pie, le hizo una exagerada reverencia y se dispuso a marcharse, pero, cuando estaba a punto de girar el pomo de la puerta, oyó la repentinamente preocupada voz de la vizcondesa diciéndole:

—Espere, señor Wells, hay una pregunta más que deseo hacerle.

Él se dio la vuelta y la miró.

—¿En verdad cree que el duque de Berckwishire es el indicado para mi hija? —Al ver que el banquero fruncía el ceño con extrañeza, se apresuró a explicarse —: Quiero decir, ¿no piensa que la encontrará demasiado…indomable?

Thomas dio dos pasos hacia ella con una sonrisa tranquilizadora dibujada en la cara.

—No tiene por qué inquietase, *milady*. Si hay alguien en este mundo capaz de apaciguar a la señorita Scarlett y hacer que deje de pensar en esos pasatiempos indebidos que tanto le preocupan, es él. Es educado y caballeroso, pero, como todo buen noble, sabe imponerse y tomar el control de las cosas cuando es necesario. Le juro que su hija no va a poder ahuyentarlo tan fácilmente como a los otros; él tiene demasiado carácter como para dejarse amedrentar por sus desplantes. —Sus ojos destellaron un brillo de completa certeza ante lo que decía, porque era verdad; en todos sus años de vida, jamás había conocido a alguien con tanta determinación para lograr cualquier cosa que se propusiera. Sabía que no sería fácil convencerlo de entrar en aquel juego, pero, sobre todas las cosas, Alexander Campbell era ambicioso a morir, por eso estaba absolutamente seguro de que, una vez hubiera escuchado el monto de la jugosa dote que sería suya si lograba conquistar a la hija de la vizcondesa, se desharía de inmediato de cualquier vestigio de duda o negación; y, si todo salía como lo imaginaba, ambos acabarían siendo ricos en un santiamén.

2

Lord mentiroso

Dumfriesshire, Escocia, dos días más tarde

Solo había tres cosas en la vida que Alex Campbell odiaba con todas las fuerzas de su ser: a su padre, trabajar, y tener que levantarse antes de las doce del día; por eso, aquel miércoles, a las diez de la mañana, cuando el mayordomo entró a su habitación para avisarle que tenía visita, no pudo evitar soltar un bufido de puro desagrado.

—¿No te he dicho que no estoy para nadie antes de la una de la tarde? —cuestionó, con la cabeza todavía hundida en la suave almohada de plumas, sin abrir los ojos.

—Lo sé, señor, pero es el banquero, Wells. Dice que es urgente —informó el anciano, yendo con paso lento hacia el armario para sacar uno de sus trajes y dejárselo sobre la cama.

—Ninguna visita de ese sujeto puede conllevar algo realmente urgente para mí, Julius —dijo, incorporándose perezosamente y dando un largo bostezo —. De seguro viene a cobrarme todo lo que perdí jugando al póker con él la última vez que estuvo aquí.

—Si me permite decirlo, señor —intervino el criado mientras Alex se levantaba —, no creo que se trate de eso. Ese hombre tiene una cara de felicidad que no puede ocultar, como si hubiese venido a darle la mejor noticia de su vida.

—¿En serio? —indagó extrañado, girándose para mirarlo —Pues ojalá, porque ahora no tengo dinero para pagarle. No conseguí sonsacárselo a Miranda ni diciéndole que era un asunto de vida o muerte.

Julius no pudo ocultar una sonrisa cómplice. En los cinco años que llevaba trabajando para Alex, se había dado cuenta de que, debido a la creciente e irremediable alergia que este parecía tenerle a trabajar como cualquier hombre decente, se ganaba la vida de una manera muy peculiar: usando su apariencia de galán y sus dotes de conquistador para enamorar a las viudas ricas de Dumfriesshire (que no eran pocas, y solían bajarle el mundo a sus pies en cuanto les sonreía y les susurraba al oído una que otra galantería barata, ofreciéndoles el afecto y la atención de la que regularmente carecían tras la muerte de sus esposos). Su más reciente víctima era Miranda Pres ley, una mujer regordeta y de mediana edad, sin hijos, quien había perdido a su marido el año pasado, y que bajo ninguna circunstancia podría considerarse atractiva si no fuese por la fortuna que había heredado de él.

—No sabe cuánto lo siento, señor.

—Yo más —confesó, exhalando un leve suspiro y frunciendo los labios —. Ve a decirle a Wells que enseguida bajo.

El hombre le hizo una leve inclinación y se marchó.

Mientras se arreglaba, Alex no paró de pensar en Miranda. Llevaba casi un año viviendo a sus costillas, pero ya había empezado a cansarse de ella, por lo que tal vez era hora de dejarla ir y centrar sus energías en otro objetivo al que pudiera sacarle provecho más fácilmente.

Era consciente de que la forma en que usaba sus encantos para obtener dinero no era muy santa que digamos, y que la mayoría de la gente lo creía un libertino sin escrúpulos, que engañaba y utilizaba a las mujeres a su antojo para luego abandonarlas, pero no le importaba, porque, al fin y

al cabo, lo consideraba un intercambio más que justo: él ofrecía su compañía, simpatía, buena presencia y unos cuantos besos furtivos; y a cambio, las viudas le proporcionaban los medios necesarios para vivir; por lo cual él les quedaba eternamente agradecido, pues lo cierto era que, a pesar de la refinada educación que había recibido en Eton, pintar y enamorar mujeres eran sus únicos y más grandes talentos.

—Me temo que esta noche tendremos que ponerle fin a nuestro romance, querida Miranda —resolvió en voz alta, viéndose al espejo mientras peinaba su rebelde cabello negro con las dos manos para intentar aplacarlo.

Era uno de los hombres más guapos que hubiese parido Escocia. Su fornido y alto cuerpo forrado en piel bronceada, el brillo de sus pícaros ojos color noche, sus atractivas facciones cinceladas, su expresión eternamente seductora y segura, sus carnosos labios que tan bien besaban; todo lo convertía en una tentación irresistible para cualquier dama que se le parara en frente; él lo sabía, y llevaba cinco años sacándole el máximo provecho posible para no dejarse morir de hambre.

Cuando terminó de acomodar el cuello de su camisa de lino blanca, se dio una última mirada en el espejo y salió de su cuarto, dispuesto a hacerle frente a lo que fuera que Thomas Wells quisiera decirle. Al llegar a la salita de la primera planta, se dio cuenta de que Julius tenía razón, en el tiempo que llevaba de conocerlo, jamás había visto en el rostro del banquero una expresión más amable y feliz; hasta le brillaba la mirada de emoción, como si fuera a contarle una gran noticia.

—¡Muchacho, querido muchacho! —exclamó, esbozando una radiante sonrisa y levantándose para llegar hasta él —¡Qué gusto me da verte! —Le palmeó la espalda afectuosamente, haciendo que la extrañeza de Alex fuera en aumento.

—¿De verdad? —indagó, frunciendo el ceño —Pues si está tan contento porque piensa que he podido reunir el dinero suficiente para pagarle lo de la última partida de póker que jugamos, déjeme decirle que…

La profunda y sincera carcajada de Wells lo interrumpió.

—Todo lo contrario —dijo —. Hoy no vengo a hablarte de deudas, sino de fortuna, la gran fortuna que podemos hacer juntos si aceptas lo que voy a proponerte.

—¿De qué habla? —preguntó, haciéndole un gesto con la mano para que volviera a sentarse en el amplio sofá color verde esmeralda, mientras él hacía lo mismo.

—Vengo a traerte el negocio más gordo de toda tu vida. Uno que puede hacernos ricos en un suspiro.

El rostro del joven se contrajo en una mueca aún más extrañada. Era la primera vez en cinco años que veía a Thomas tan contento, y que este iba a su casa con un propósito distinto al de cobrarle alguna deuda de juego.

—¿De qué se trata? —indagó, con la voz impregnada de un súbito interés.

—De que te cases —replicó, encogiéndose de hombros como si nada.

—¡¿Qué?! —chilló, con los ojos abiertos como platos, casi saltando hacia adelante.

—Pero no te espantes de ese modo —pidió, reprimiendo una risa

—. El matrimonio es lo más común del mundo y, si me permites explicártelo, podrás entender los extraordinarios beneficios que el tuyo nos traería.

—Lo escucho —murmuró, aunque en realidad no estaba seguro de querer saber nada acerca de algún negocio que involucrara la palabra «*boda*», porque ni el amor, ni el matrimonio habían estado

nunca dentro de sus planes.

—Se trata de una mujer…Una muchacha, en realidad. Su nombre es Scarlett Lawrence y es hija del difunto vizconde de Holt. Resulta que su madre, Amanda, está loca por desposarla lo antes posible con un caballero rico, educado y de buena posición social, y yo, como buen amigo que soy, he pensado en ti antes que en nadie.

—No entiendo —susurró Alex, confundido.

—¿Qué?

—Bueno… —titubeó, encogiéndose de hombros —, pues que usted mejor que nadie sabe que yo no tengo fortuna, ni mucho menos una buena posición social; no soy más que un…

—Un bastardo sin oficio ni beneficio, que vive de aprovecharse de mujeres necesitadas de afecto, ya lo sé; pero eso puede cambiar si aceptas mi propuesta —contestó, esbozando una sonrisa cuya malicia alcanzó sus vidriosos ojos negros.

A Alex hacía ya mucho tiempo que no le molestaba que alguien le dijera aquella cruda verdad a la cara, así que continuó, sin inmutarse.

—Pues llámeme tonto, señor Wells, pero sigo sin comprenderle ni una palabra.

El hombre suspiró pacientemente antes de continuar:

—La viuda Lawrence está necesitando con urgencia a alguien decente con quien casar a su hija, y tú puedes ser el candidato perfecto… con mi ayuda, claro está.

—O se explica usted más abiertamente, o me temo que no podremos entendernos nunca —repuso —. Hable claro de una vez, ¿cuál es el asunto que se trae entre manos con esa tal señorita Lawrence y su familia?

—Está bien, te lo explicaré de la forma más concisa posible: la vizcondesa me pidió encontrar el marido perfecto para su hija, y yo te propuse a ti. Le dije que tu nombre era Alexander Lincoln, que eras el actual duque de Berwickshire, y que estabas en busca de una esposa.

El joven se quedó estupefacto, sintiendo cómo se le vaciaban los pulmones de golpe.

—¿Usted pretende que yo use el apellido de mi…de ese señor para hacerme pasar por duque y así poder casarme con la muchacha? —susurró, como si hasta ahora acabara de comprenderlo.

—Primero que todo, ese señor, como tú lo llamas, era tu verdadero y auténtico padre, así que, en el fondo, el apellido Lincoln también te pertenece, aunque él nunca haya querido reconocerlo; y segundo, sí, eso es justamente lo que te propongo: gánate el corazón de Scarlett Lawrence, cásate con ella, y su fortuna será tuya… o, mejor dicho, nuestra.

Alex se levantó de la silla de un salto, con las facciones repentinamente convertidas en piedra y una chispa de furia en la mirada.

—No puedo hacer eso —dijo tajantemente, poniéndose de pie —. Y usted sabe muy bien por qué. Hace cinco años, cuando salí de esa maldita casa, me juré a mí mismo que jamás volvería a tener nada que ver con el desgraciado de Robert Lincoln, y no pienso romper ese juramento —siseó, sintiendo que los puños se le crispaban de rabia al recordar la regordeta cara de su padre, lo miserable que había sido su existencia mientras estuvo bajo su tutela, y la cruel forma en la que lo había sacado de su vida sin ninguna contemplación.

Aún recordaba ese día como si acabara de vivirlo. Al cumplir veinte años, poco después de haber culminado sus estudios en Eton, el duque lo llamó a su despacho y, mirándolo con el desprecio con el que lo había mirado desde que lo conoció, como si fuese un perro sarnoso al que deseaba tener lo más lejos posible, le dijo que debía marcharse de inmediato, que no estaba

dispuesto a seguir ligado a un bastardo, a la única mancha de vergüenza que podía empañar su apellido; y por supuesto, que se olvidara de que él existía, porque no pensaba heredarle nada, ni su fortuna, ni su título, ni ninguna de las cosas que le correspondían por el simple y desafortunado hecho de llevar su sangre; ni siquiera aunque con eso condenara a su linaje a extinguirse definitivamente (ya que su mujer, Josephine, no había podido darle un heredero).

Pero, a pesar de la crueldad de las palabras del duque, y de la escalofriante satisfacción que pareció invadirlo cuando le comunicó que debía desaparecer, aquello no entristeció a Alex en lo más mínimo, porque, desde que había llegado a la mansión Lincoln a los once años, huérfano de madre, sin más familia a la cual acudir, y desesperadamente deseoso de hallar un poco de cariño por parte del hombre que le había dado la vida, no había encontrado más que rencor, maltratos, odio, y una que otra migaja de lástima por parte de un noble que se sentía culpable de que sus pecados con una infeliz bailarina de cabaret hubieran dejado pruebas de carne y hueso.

Culpa, eso era lo único que había motivado a Robert Lincoln a aceptarlo en su casa y darle sustento y educación durante nueve años, haciéndolo pasar ante la alta sociedad como una obra de caridad, un favor para con una vieja sirvienta de la familia; incluso en contra de los deseos de la cruel duquesa, quien, aunque al final no tuvo más remedio que ceder; parecía deleitarse desquitándose con él, tratándolo como si valiera menos que el polvo que pisaban sus zapatos, recordándole constantemente que no era más que un intruso, el hijo de un pecado imperdonable. Por eso, cuando el duque prácticamente le escupió en la cara que debía largarse, el muchacho casi saltó de alegría, y salió de allí jurando que jamás volvería a tener algún vínculo con el maldito apellido que tantas desdichas le había causado.

—¿Ni siquiera por cinco mil libras? —cuestionó Wells, sacándolo de sus cavilaciones, usando un tono idéntico al que debió haber usado la serpiente para incitar a Eva a morder el fruto prohibido.

Alex se quedó perplejo, con los ojos abiertos de par en par, tan sorprendido ante aquella exorbitante cifra que tuvo que sentarse antes de que le flaquearan las piernas.

—¿Cuánto? —susurró.

—Cinco mil libras… enteritas. —Sonrió con picardía —. Esa es la fortuna que podemos ganarnos si te dejas de juramentos tontos y decides conquistar a la hija de Amanda Lawrence. —Hizo una pausa, esperando que al escuchar semejante cantidad su determinación se ablandara un poco —¿Qué dices? ¿Vas a dejar que el odio hacia un hombre que se negó a reconocerte como su hijo, que durante años trapeó el piso contigo de todas las formas que pudo, y que además ya está muerto, te prive de la posibilidad de ser asquerosamente rico? —indagó, usando su tono más persuasivo.

Él guardó silencio, con la mirada fija en la nada, sopesando aquella pregunta. Era demasiado dinero, mucho más del que podría ver junto en toda su vida, aunque conquistara y vaciara los bolsillos de todas las viudas ricachonas de Dumfriesshire. Si aceptaba, nunca más tendría que volver a preocuparse por nada, seguramente viviría en un palacio donde sería dueño y señor, rodeado de criados dispuestos a cumplir hasta el más mínimo de sus caprichos; ya no tendría que galantear a cuanta mujer necesitada de cualquier palabra de afecto se le pasara por delante.
Podría tener una vida de rey, ser tan respetado como Robert Lincoln… y todo por cumplir la sencilla tarea de conquistar a una jovencita incauta. Al pensar en todo eso, su mente se llenó de avaricia; se visualizó a sí mismo como alguien rico, poderoso, cuyas palabras y deseos por fin

tendrían valor para alguien, un hombre al que ya nadie podría volver a pisotear ni hacer sentir menos; y de pronto se dio cuenta de que aquello, además de ser la oportunidad perfecta para vivir sin privaciones el resto de su vida, sería la forma para que, aunque fuera desde el infierno donde debía de estarse pudriendo en esos momentos, su padre se diera cuenta de que no había necesitado sus migajas de caridad y compasión para sobrevivir, para llegar a ser algo más que un infeliz bastardo, como solía llamarlo casi todo el tiempo.

Puede que para muchos aquello fuera un absurdo, una ridiculez, pero no para Alex. Llevaba tanto tiempo con la espina del odio de su padre clavada en el corazón, que necesitaba sacársela de algún modo; necesitaba hallar la forma de desquitarse, de demostrarse a sí mismo que podía llegar a ser mucho más grande e importante de lo que él siempre creyó.

—No, no voy a dejar que eso suceda —murmuró, con la mirada llena de firmeza, decidido a construir el destino que merecía, aunque fuera a costa de aquella ingenua desconocida que muy pronto caería rendida a sus pies —. Acepto su propuesta; me convertiré en Alexander Lincoln, duque heredero de Berwickshire, y conquistaré a esa señorita.

Thomas sonrió de oreja a oreja, satisfecho.

—Muy bien, muchacho. Has tomado la mejor decisión de tu vida —musitó, volviéndole a palmear la espalda con entusiasmo.

Transcurrió un breve silencio antes de que Alex retomara la conversación:

—Sin embargo, hay una cosa que me preocupa —dijo, frotándose la barbilla.

—¿Cuál?

—¿Cómo vamos a engañar a la familia Lawrence, y de paso a todo Londres, para hacerles creer que soy un duque? No tengo dinero propio, ni casas, ni carruajes, ni ninguna de las cosas que se supone que debe poseer el heredero de un ducado tan próspero como ese.

—Esa es la parte del plan donde entro yo, mi querido Alex — replicó el banquero —. Te alquilaré una casa en el mejor sitio de la ciudad, un carruaje, contrataré sirvientes, te compraré toda la ropa que haga falta para que luzcas pulcro y encantador durante los bailes, e incluso subsidiaré cualquier gasto que pueda llegar a suscitarse durante el cortejo a la señorita Lawrence: las flores caras, los chocolates finos, todas esas cosas irán por mi cuenta con la condición de que, una vez casado con ella, me lo retribuyas con creces. Por el hecho de que seas un completo desconocido tampoco hay que preocuparnos, tu padre era tan reservado con su vida, que en Londres no se sabía casi nada acerca de ella; además, como ya le he dicho a Amanda que él te mandó al extranjero desde que usabas pañales, no sería raro que nadie supiera de tu existencia hasta ahora. Todos creerán que eres un heredero recién llegado dispuesto a buscar esposa y establecerte.

—Bueno, y, ¿qué pasará cuando me case, cuando la muchacha quiera venir a Escocia y se dé cuenta de que no soy quién ella cree?

Wells sonrió ligeramente, complacido de haber pensado hasta en ese minúsculo detalle.

—Que para entonces estará tan enamorada de ti, que no le va a importar que seas lechero, panadero, granjero, o un mugroso deshollinador —contestó —. Por eso tu tarea es conquistarla, enloquecerla de amor, lograr que te idolatre. Si lo consigues, ella no querrá alejarse de ti, e incluso te defenderá a capa y espada cuando, al enterarse de la verdad, su madre seguramente le pida que lo haga. ¿Comprendes ahora lo importante que es que hagas el mejor papel de tu vida delante de esa chica? —indagó con un dejo de malicia en la voz.

—Perfectamente —respondió, apoyando las manos sobre sus muslos e irguiéndose aún más en su asiento —. Cuénteme de ella, de la joven, ¿Scarlett, dice que se llama?

—Así es, y me alegra que lo hayas pedido, porque debo advertirte que conquistarla no será nada fácil.

Esa afirmación casi lo hizo reír. Hasta ahora no había nacido mujer en el mundo que se resistiera a sus encantos, y estaba seguro de que una muchacha casadera e ingenua no iba a ser la primera.

—Ah, ¿no? ¿Por qué? —preguntó, arqueando su espesa ceja derecha.

—Bueno…—titubeó —sencillamente porque ella no quiere casarse. En las tres temporadas que lleva en sociedad, ha despreciado a todos los caballeros que han intentado pretenderla, y déjame decirte que no han sido pocos, ni mucho menos pobres, o faltos de atractivo. Alex se levantó y empezó a andar de un lado para otro de la pequeña sala, meditando el asunto cuidadosamente.

—Conque se hace la difícil, entonces —murmuró, jugueteando con sus dedos.

Wells soltó una risilla divertida.

—Con decirte que en Londres la apodan *La fierecilla*; todos los hombres que se han acercado a ella dicen que tiene un carácter de los mil demonios, pero no te creas; yo pienso que solo se debe al montón de locuras que tiene metidas en la cabeza.

—¿Locuras? —repitió, frenándose de súbito para mirarlo —¿De qué clase?

—Tiene aires de intelectual —informó, en un tono bastante burlón —. La vizcondesa dice que su gran sueño es dedicarse a escribir, y que por eso le rehúye al matrimonio.

Alex arqueó las cejas, sin poder evitar sentir una punzada de admiración. Encontrar a una dama de alta sociedad que pensara en otra cosa que no fuesen bailes, reuniones sociales, cotilleos y vestidos; era tan difícil como encontrar un perro a cuadros.

—¡Vaya, qué interesante! —exclamó —Eso quiere decir que al menos le funciona el cerebro. Y… ¿Es bonita?

—Mucho más que todas las que has galanteado en estos cinco años, puedo asegurártelo —contestó, sonriendo socarrón.

—Pues menos mal, porque habría sido una tortura tener que casarme con una fea, por mucho dinero que tenga.

El banquero se carcajeó con tantas ganas que Alex casi pudo verle las amígdalas.

—¡Ay, por Dios, como si tú realmente fueras a respetar ese matrimonio! —dijo —Los dos sabemos que estar casado con la hija de la vizcondesa, o con cualquier otra, no te va a alejar de las… diversiones que te gusta darte de vez en cuando —añadió, moviendo las cejas de arriba abajo con aire pícaro.

Esta vez fue Alex quien sonrió. No cabía duda de que Wells lo conocía bastante bien; claro, no podría ser de otra forma teniendo en cuenta que llevaban casi catorce años tratándose. Cuando él llegó a la mansión de Robert Lincoln alegando ser su hijo, había sido el banquero el encargado de supervisar que se destinaran los recursos necesarios para su manutención, tarea que cumplió cabalmente, al igual que la promesa que le hizo al duque de no revelar a nadie que tenía un hijo fuera del matrimonio.

Además, al cumplir veinte años y ser echado de la casa como un perro, Thomas fue el único que se ofreció a ayudarle, proporcionándole el dinero necesario para vivir sin privaciones, hasta

que descubrió su talento para seducir mujeres y comenzó a usarlo para sostenerse por sí mismo. Sin embargo, a pesar de lo que había hecho por él, Alex tenía claro que lo que lo unía a Wells no era precisamente una amistad, sino más bien una relación de interés, puesto que este solo lo buscaba en dos ocasiones: cuando deseaba abandonar su fachada de hombre recto y honorable para ir a entretenerse a algún antro de mala muerte lleno de brandy y mujeres, o cuando quería proponerle un negocio del que ambos pudiesen salir beneficiados, como en este caso.

—Puede ser —admitió con cierto deje de picardía —, pero de todas formas me agrada saber que no tendré una gárgola como esposa.

El hombre se echó a reír.

—¡Tienes un sentido del humor extraordinario, muchacho, sencillamente extraordinario! —comentó —Esperemos que eso ayude a que ella caiga pronto en tus redes.

—Lo hará, señor Wells, le aseguro que lo hará —susurró con un brillo malicioso en los ojos, que denotaba absoluta confianza en sí mismo y en sus dotes de seductor —. Por más fierecilla que sea, esa tal Scarlett caerá rendida en mis brazos en un santiamén. No ha nacido mujer que se me resista, y puedo jurarle que ella no será la excepción.

—¡Esa es la actitud! —exclamó, emocionado —Prepárate, nos vamos a Londres en dos días; la vizcondesa está preparando un baile en honor a tu llegada.

3
Conociendo a La fierecilla

—¿Quiere alguien recordarme por qué estoy haciendo esto? —bufó Scarlett, fastidiada, contemplando su rostro en el espejo, mientras Clarisse acababa de retocarle los últimos detalles del peinado a sus espaldas. Llevaba el cabello recogido en un elegante moño alto, dejando caer sobre los hombros un par de gráciles y brillantes bucles cuyo color chocolate combinaba a la perfección con el tono melocotón de su vestido.

—Porque Emma no fue capaz de usar sus encantos para convencer a mamá de que no tratara de emparejarte con el duque de Berwickshire —replicó, como si de verdad hiciera falta que alguien le recordara el motivo por el cual estaba a punto de bajar al salón de baile a conocer a un sujeto cuyo nombre no le provocaba más que hastío.

Desde la tarde en que Thomas Wells había visitado la casa, una semana antes, su madre se había puesto como una gallina clueca con el tema del duque. No dejaba de mencionarlo a todo momento, ni de recordarle que aquel hombre era tal vez su última oportunidad para acabar casada antes de que la temporada llegara a su fin. Por supuesto que ella había vuelto a rebelarse contra los deseos de su progenitora. Había chillado, gritado, pataleado e incluso suplicado, pero nada pudo convencerla de cancelar el fastuoso baile que se efectuaría esa misma noche en la mansión Lawrence, ni mucho menos de que dejara de fantasear con Alexander Lincoln como su futuro yerno.

—No sabes el significado del concepto *«pregunta retórica»*, ¿verdad, hermanita? —comentó Emma, quien en ese momento estaba frente al armario de Scarlett, ayudándola a escoger los guantes más apropiados para su atuendo.

—Yo solo sé que tú eras la única que podía convencer a mamá de que no sometiera a Scar a esta tortura y no lo lograste, Emm —dijo, con cierto dejo acusatorio en la voz.

—¿Podrían, por favor, no empezar una discusión sin sentido? —pidió Scarlett, poniendo los ojos en blanco —Eso no me ayudará para nada en este momento.

Clarisse se irguió y contempló el delicado rostro de su hermana a través del cristal.

—¿Estás nerviosa? —indagó, apoyando el mentón sobre su hombro.

—No, nerviosa no —repuso con contundencia —, pero te juro que si escucho el nombre de Alexander Lincoln una vez más, vomitaré. Y era verdad, Amanda le había hablado tantas veces de ese hombre, de su envidiable posición, su notable fortuna, y lo feliz que sería si llegasen a emparentar con alguien de semejante alcurnia, que en lugar de conseguir que ella se sintiera, aunque fuese mínimamente atraída por él, había logrado que empezara a aborrecerlo incluso sin haberlo visto personalmente.

—¿Y crees que será guapo, al menos? —cuestionó su hermana menor con su acostumbrada picardía, mientras Emma cerraba las puertas del armario de roble y le hacía un gesto a Scarlett para que estirara los brazos y así poder ponerle los guantes de seda color perla.

—Pues, aunque sea el hombre más atractivo del mundo, tengo perfectamente claro que no me casaré con él —contestó con absoluta convicción, puesto que, a pesar de lo que su madre dijera, ella seguía firme en la idea de no dejar imponerse un marido, aunque para conseguirlo tuviera que defender su libertad con uñas y dientes.

—Yo creo que antes de decir eso deberías darte la oportunidad de conocerlo —terció Emma —. Quien quita que sea tu príncipe azul.

—¡Ay, por Dios, Emm! —exclamó Clarisse, poniendo los ojos en blanco —Pareciera que no conoces a nuestra hermana; no se casaría con un príncipe, ni azul, ni verde, ni amarillo, ni de ningún otro color.

—Pues sí, pero de todas maneras…

Antes de que pudiera acabar la frase, alguien tocó a la puerta.

—¡Adelante! —dijeron las tres al unísono.

Era la vizcondesa, quien iba ataviada con sus mejores galas para aquella ocasión: un pomposo traje de seda azul marino, con encajes en la parte superior y destellos brillantes en la falda.

—¡Están preciosas, mis niñas! —Las contempló de arriba abajo con los ojos brillantes de orgullo —Sobre todo tú, Scar; sabía que no me equivocaba al elegir ese vestido para esta noche, resalta tanto el azul de tus ojos que será imposible que el duque no se fije en ellos en cuanto te vea.

La muchacha la miró con expresión de aburrimiento, esforzándose por no decirle que le importaba un rábano si el duque se fijaba en el color de sus ojos o no.

—Pero no te vendría mal sonreír un poco, querida —comentó la mujer —. No hay cosa que atraiga más la atención de un hombre que una dama sonriente y feliz.

—No empieces, madre —siseó, con la mandíbula apretada —. Ya bastante sacrificio significa para mí tener que bajar al dichoso baile que te has inventado para recibir a ese… *«lord desconocido»*.

—Lord Alexander Lincoln, duque de Berwickshire, hijita. No lo olvides, porque, si La providencia nos ayuda, y tú no lo echas a perder, como de costumbre, él será tu futuro marido —la corrigió con una sonrisa, dispuesta a no perder el buen humor que la embargaba.

Scarlett dio un paso hacia adelante con la mirada llena de furia, dispuesta a lanzarle una réplica tan hiriente e ingeniosa que hiciera que dejase de sonreír como si ya hubiera ganado aquella batalla, pero sintió la discreta mano de Emma apretando la suya, rogándole que no lo hiciera, así que se contuvo y se conformó con soltar un resoplido malhumorado.

—Acompáñenme abajo, niñas —continuó, dirigiéndose a sus hermanas —; necesito que me ayuden a revisar que todo esté en orden antes de que comiencen a llegar los invitados.

—¿Y Scarlett? —preguntó Clarisse.

—Vamos a dejarla sola un rato, cariño. Recuerda que tiene que practicar su sonrisa más encantadora para conquistar al duque.

Dicho esto, le dirigió a su hija mediana una fugaz mirada amenazante que contenía un claro mensaje: «Ni se te ocurra arruinarlo todo esta vez».



A esa misma hora, a unos cuantos kilómetros de allí, Alex se contemplaba en el espejo ubicado en la habitación de la que sería su casa mientras durara aquella farsa. Wells había hecho un trabajo extraordinario: su nueva residencia era grande, amoblada y luminosa, rodeada de jardines floridos y fragantes; sin duda alguna, digna de todo un duque. El servicio también era de todo su agrado; ahora, aparte de Julius, a quien prefirió llevar consigo por ser un empleado de su absoluta confianza, tenía a su disposición dos mucamas, una cocinera, una lavandera, un cochero

y hasta un jardinero que se encargaba de pulir el césped al menos tres veces por semana. Todos ellos (a excepción de su viejo mayordomo, claro), estaban convencidos de que habían empezado a trabajar para el recién llegado duque de Berwickshire, así que no dejaban de emplear con él las formalidades de rigor; cosa que lo tenía absolutamente fascinado. Era tan gratificante oír que la gente por fin comenzaba a referirse a él con el respeto que su padre siempre le había negado, que hasta le brincaba el corazón cuando los criados lo llamaban «*excelencia*».

Con respecto a su ropa había sucedido lo mismo: recién llegado a Londres, el banquero mandó llamar a un excelente modisto francés, quien en tiempo récord le confeccionó al menos una docena de trajes envidiables para acompañar sus encantos.

Ahora, lo único que tenía que hacer para mantener todas esas comodidades era ir a ese baile y asegurarse de que Scarlett Lawrence cayera rendida a sus pies; tarea nada difícil considerando lo elegante que se había puesto para la ocasión: llevaba un traje de gala negro, una camisa de lino blanco, una corbata a juego, y unos zapatos absolutamente relucientes.

Se miró al espejo fijamente y, acomodándose el cabello hacia atrás con las dos manos, se dedicó a sí mismo una sonrisa arrobadora, llena de confianza.

—Vas a arrasar con ella, Alex —se dijo en voz alta.

—Pues esperemos que así sea, mi querido duque; por el bien de nuestros planes —replicó la voz de Thomas a sus espaldas, sobresaltándolo.

—Se-señor Wells —tartamudeó, girándose para mirarlo —, no tenía idea de que pensara venir a verme esta noche. Estaba a punto de salir.

—Claro que tenía que venir, muchacho, o si no, ¿quién diablos crees que va a presentarte ante la familia Lawrence y el resto de la alta sociedad? —contestó, mirándolo como si fuese idiota.

Alex hizo un leve asentimiento, cayendo en la cuenta de que, por lo menos durante los primeros días, aquel hombre sería la única conexión que habría entre él y la gente respetable de Londres, la piedra angular para que su falsa identidad resultara creíble para todos.

—Tiene razón. Vámonos. —Hizo un gesto con la mano para que saliera de la estancia.

Fuera de la casa los esperaba un amplio landó lacado de negro, decorado con el blasón de la familia Lincoln y tirado por dos majestuosos caballos de pieles color chocolate y crines tan doradas como los rayos del sol. Sin duda era el carruaje que más resaltaría en aquella velada.

Pasaron buena parte del camino en silencio, contemplando la oscuridad de la noche, tan solo iluminada por unos tímidos luceros que titilaban en el firmamento, hasta que de pronto Alex preguntó:

—¿Tiene algún consejo que darme?

El hombre giró la cabeza para mirarlo.

—De hecho, sí. Si te hacen alguna pregunta que no sepas responder, algo sobre la familia de tu padre, tus supuestos negocios, o lo que sea, me dejas hablar a mí, y si llegas a estar solo cuando eso suceda; cosa que ojalá no pase muy seguido, espero que sepas valerte de la misma astucia que usas para conquistar mujeres.

El muchacho asintió con firmeza, dispuesto a obedecer.

—Ah, y otra cosa —añadió —, cuando se mencione el nombre del duque, procura no poner esa cara de amargura que siempre pones. Recuerda que nadie debe darse cuenta de que se llevaban tan mal.

Aunque a Alex le parecía imposible escuchar el nombre de Robert Lincoln sin sentir el

repentino impulso de darle un puñetazo a quien lo dijera, tuvo que admitir que, por el bien de los planes que lo llevarían a la riqueza, lo mejor era aprender a controlarse.



Quince minutos después llegaron a la mansión Lawrence. Era una residencia magnífica, de tres plantas, pintada de blanco, rodeada por amplios jardines llenos de rosales, setos y abetos.

—¿Listo? —indagó Wells una vez bajaron del carruaje y anduvieron el largo camino empedrado que conducía hasta la puerta.

—¿Para qué? ¿Para conquistar a una chiquilla ingenua y volverme rico? —preguntó a su vez, sonriendo con encantadora arrogancia —Yo nací listo para eso.

Su cómplice le devolvió la sonrisa y le palmeó la espalda justo antes de que el mayordomo les abriera la puerta y los condujera hacia el salón de baile.

Tal como Alex sospechaba, la estancia estaba repleta de gente ataviada con sus mejores galas para la ocasión. Al entrar acompañado de Wells, al menos setenta pares de ojos voltearon a mirarlo con una mezcla de expectación, sorpresa y curiosidad. No cabía duda de que todos sabían que había llegado el invitado que había motivado aquella reunión, el desconocido y enigmático duque de Berwickshire. Agradeciendo que la timidez no fuera uno de sus defectos, el muchacho se irguió aún más y atravesó la multitud repartiendo discretas sonrisas y encantadores asentimientos a todo el que lo observaba.

Casi se sentía famoso.

—Allí están —murmuró Thomas, señalando discretamente con la cabeza la esquina norte del salón, donde, junto a una amplia mesa de refrescos y bocadillos, pudo divisar a cuatro mujeres conversando entre sí. Una debía de tener al menos cincuenta años, era algo rolliza, pero con gran estilo para vestir, por lo cual él supuso que no podía ser otra más que la vizcondesa, y las otras tres, sus hijas. Mientras caminaban hacia ellas, Alex se preguntó a cuál sería la que tendría que hacer caer rendida a sus pies.

—Buenas noches, señora vizcondesa —la saludó el banquero cuando estuvieron lo suficientemente cerca, haciendo que ella se girara para mirarlo.

—¡Señor Wells, pero qué sorpresa! —musitó —, pensé que llegaría un poco más entrada la noche.

—Por supuesto que no, *milady*, ya sabe usted que la puntualidad es una de mis más grandes virtudes —repuso, sonriendo y besando el dorso de la mano que ella le extendió —. Además, el señor duque estaba ansioso por conocerla —añadió, señalando a Alex con un ademán.

Amanda, quien hasta ahora parecía no haberse percatado de su presencia, se ruborizó un poco.

—¡Excelencia! —exclamó, con una voz que le salió bastante chillona a causa de los nervios —. Es un verdadero honor conocerlo al fin.

—Igualmente, señora vizcondesa —replicó, inclinándose para besarle la mano con tal galantería que por poco la hace derretirse. No cabía duda de que era bastante guapo; de seguro, él y Scarlett tendrían hijos preciosos —. Alexander Lincoln, duque de Berwickshire, a sus pies.

—Ahora, si me lo permite, Su gracia —añadió la mujer, volteando hacia las otras tres —, quisiera presentarle a mis encantadoras hijas: Emma, la mayor —Señaló a la que iba ataviada con un vestido rojo con encaje, que hizo una solemne genuflexión y le sonrió —, Clarisse, la menor —La rubia, quien llevaba un elegante vestido de seda rosa y el cabello peinado en bucles,

lo saludó con una leve reverencia —; y Scarlett, justamente a quien usted ha venido a conocer esta noche. —La chica, a diferencia de sus hermanas, apenas hizo un leve asentimiento, con el rostro pétreo, carente de toda emoción.

Alex guardó silencio un largo rato, analizándola. Solía considerarse un excelente lector de las almas femeninas, a menudo le bastaba mirar a una mujer para conocer su carácter y sus anhelos; pero, para su sorpresa, con ella no le ocurrió lo mismo; tenía los ojos más azules y hermosos que hubiera visto en la vida; sin embargo, fue incapaz de leer algo en ellos. Parecía como si fuesen dos puertas de mármol, cerradas con llave para que nadie pudiese observar lo que se escondía dentro de su corazón. Por otro lado, era innegable que el color de sus ojos no era lo único que la hacía extraordinariamente bella: tenía el cabello castaño, muy brillante, la piel blanca y tersa, unos carnosos labios bastante apetecibles, y sus facciones, aunque serias, contaban con una delicadeza que las volvía irresistibles… Sí, definitivamente, no sería ningún sacrificio hacerla su esposa.

—Es un placer conocerlas, señoritas —musitó, dedicándole una fugaz mirada a Scarlett para que supiera que se estaba dirigiendo especialmente a ella, quien no dio muestra alguna de haberlo notado, porque siguió mirándolo con cara de puño.

—Mi hija mayor es viuda, señor duque —precisó la vizcondesa.

—Mis disculpas, no lo sabía. En todo caso, es un placer conocerla, *milady* —rectificó, esbozando una sonrisa que podría haber derretido un témpano de hielo.

—¿Por qué no nos sentamos? —propuso Amanda, señalando unas sillas vacías justo a su lado —A mis hijas y a mí nos encantaría conocer un poco más de usted, excelencia.

Cuando lo hicieron, Alex tomó la palabra:

—Si le soy sincero, milady…

—Amanda, por favor, solo Amanda —pidió —. Y a mis hijas también puede llamarlas por su nombre de pila, si gusta, después de todo, no creo que haya motivo para tanta formalidad entre nosotros, teniendo en cuenta que ha venido usted a conocer a una de ellas, ¿no le parece? —añadió, curvando sus labios en una radiante sonrisa.

Alex no supo si fue impresión suya, pero le pareció que Scarlett apretaba la mandíbula con fuerza, como si quisiera abalanzarse sobre su madre y ahorcarla por haber hecho semejante concesión a un desconocido.

—Está bien, Amanda, para serle sincero, soy pésimo hablando de mí mismo, pero, ya que es una dama tan encantadora y respetable como usted quien me lo pide, lo intentaré: como supongo ya les habrá contado mi buen amigo Wells —Le dirigió una fugaz mirada al banquero, quien estaba logrando disimular a la perfección el nerviosismo que aquel primer interrogatorio a su cómplice le provocaba —, viví en el extranjero gran parte de mi vida, hasta que heredé el ducado hace un par de meses y tuve que regresar a Escocia. Ahora estoy tratando de empaparme de los asuntos que mi padre dejó inconclusos para que todo siga marchando igual, o incluso mejor que antes.

—¿Y dónde vivió todos estos años? —intervino Clarisse educadamente, aunque con los ojos llenos de curiosidad.

¡Oh, oh! Aquel era un detalle del que nunca había discutido con Wells. Todo el mundo creía que hasta ahora había vivido en el extranjero, sin embargo, ninguno de los dos había sido lo suficientemente precavido como para pensar con exactitud en dónde, por si a alguien se le ocurría preguntar.

—I-Italia —titubeó mencionando el primer país que se le vino a la cabeza, mientras rogaba al cielo para que a la muchacha no se le ocurriera pedirle que dijera algo en italiano o le describiera el lugar, porque no lo conocía ni siquiera a través de enciclopedias, y eso podría poner a tambalear su mentira.

—¡Fantástico! —chilló ella, emocionada —Siempre he querido que alguien me cuente de primera mano cómo es Italia. Nosotros viajamos allí hace muchos años durante las vacaciones, pero yo era demasiado pequeña y no recuerdo nada. —Frunció los labios en un auténtico gesto de tristeza.

Alex sintió que la sangre se le bajaba a los pies; su temor estaba a punto de hacerse realidad. Por suerte, Amanda cortó el animado interrogatorio de su hija diciendo:

—Cariño, no importunes al señor duque con esas trivialidades ahora, por favor. Estoy segura de que ya habrá tiempo para que nos cuente sobre todos los fascinantes lugares que conoce, ¿no es verdad, excelencia?

—Cuando ustedes gusten —replicó, sonriendo aliviado.

Justo en ese momento, los músicos ubicados en el otro extremo del salón comenzaron a tocar una alegre melodía de violines, invitando así a las parejas a pasar al centro de la pista. Alex, viendo la oportunidad perfecta para acercarse a Scarlett, se levantó, extendió su galante y fuerte mano, y le preguntó:

—¿Tendría usted espacio en su carné de baile para concederme el honor de esta pieza, señorita?

Ella abrió ligeramente los labios, dispuesta a responder que ya había concedido absolutamente todos los bailes de la noche a otros caballeros, sin embargo, antes de poder hacerlo, su madre le propinó un discreto codazo en las costillas, obligándola a guardar silencio.

—Mi hija estará encantada de bailar con usted, *milord* —completó, con una encantadora sonrisa.

Aunque solo fue un milisegundo, ambas intercambiaron una mirada de la que él pudo percatarse a la perfección: los ojos de la joven parecían contener una extraña mezcla de súplica y rabia; y los de su progenitora translucían algo como *«O bailas con este hombre, o te dejo sin dientes a cachetadas»*; así que al final no le quedó más opción que aceptar.

—Claro, vamos —dijo con desgana, anotando el nombre del falso duque en el primer renglón.

Cuando estuvieron en el centro de la pista, con las demás parejas rodeándolos y poniéndoles una muy poco disimulada atención, Alex deslizó su mano caballerosamente por la espalda de Scarlett, entrelazó sus dedos con los suyos, y comenzaron a moverse al ritmo de la música. Al principio pensó que, por ser el recién llegado e invitado de honor de la reunión, ella tendría la gentileza de iniciar la conversación, pero no sucedió. Solo se limitaba a mirarlo de vez en cuando, con sus acuosos ojos azules llenos de emociones que iban desde la indiferencia absoluta, hasta el más patente de los hastíos, como si antes que estar bailando con él, hubiese preferido encontrarse en medio del desierto muriéndose de sed.

—Dígame, Scarlett, ¿siempre es así de callada cuando baila? —indagó, intentando dar el primer paso para entablar una charla.

—En primer lugar, excelencia, agradecería que no me llame por mi nombre de pila. El hecho de que mi madre le haya dado libertad para hacerlo, no significa que sea correcto, ni mucho menos que a mí me agrade —le espetó, con la voz convertida en un témpano de hielo —; y,

respondiendo a su pregunta, le diré que solo soy así cuando la compañía no me resulta lo suficientemente… estimulante para conversar. —Sus labios se curvaron en una sonrisa llena de suficiencia.

—¿Acaso está insinuando que no le agrado, señorita? —cuestionó, arqueando una ceja con arrogancia, como si creyera imposible que eso pudiese suceder.

—No lo estoy insinuando, *milord*; se lo estoy diciendo con todas sus letras —replicó sin perder la calma, antes de que él le hiciera dar un par de ágiles vueltas sobre su propio eje.

«¡Vaya! ¡Sí que tiene los modales de un peón!», pensó Alex, empezando a comprender por qué la apodaban La fierecilla.

—¿Y puedo saber cuáles son los motivos de ese prematuro e inmerecido desdén hacia mí?

Ella entornó los párpados como si estuviera acusándolo de algo.

—No se haga el desentendido, que usted lo sabe tan bien como yo —murmuró, con un deje de rabia en la voz.

—¿Qué es lo que ambos sabemos, señorita? —indagó, frunciendo el ceño —Si tuviera la amabilidad de explicármelo se lo agradecería mucho, porque, la verdad es que no tengo ni la más remota idea de qué está hablando.

—Que usted vino hasta Londres, hasta mi casa, porque mi madre desea imponérmelo como marido, ¿le parece poco?

El falso duque sonrió; jamás pensó que Scarlett tuviera tan claras las intenciones casamenteras de la vizcondesa con respecto a él, ni que fuera capaz de escupírselas a la cara con tanto desdén. Si fuera un noble de verdad, aquel ataque de franqueza hubiera podido ahuyentarlo; aunque claro, seguramente eso era lo que ella deseaba.

—¿Y eso le molestaría mucho?

La muchacha lo miró como si la respuesta fuera obvia, y él, un idiota.

—¿Acaso a usted no le molestaría que le impusieran una esposa? Alex compuso una mirada seductora y profunda, de esas que usaba cuando quería dejar sin aliento a alguna mujer, acercándose un milímetro a su rostro y susurrando:

—A una como usted, no. Es más, si quiere que le confiese algo, cuando llegué y el señor Wells me condujo hasta su mesa para presentármelas, yo rogué al cielo porque fuera usted la mujer a quien vine a conocer.

Lejos de hacerla sentir halagada, aquella respuesta solo provocó que se pusiera roja de la ira. Desde que lo vio, algo en su interior le dijo a gritos que, a pesar de su deslumbrante título y su apariencia de hombre intachable, aquel tipo tenía toda la facha de ser un sinvergüenza, un seductor… y aquel comentario acababa de confirmárselo.

—Dígame una cosa, señor duque, ¿siempre usa usted esos cumplidos tan burdos y descarados con las damas que acaba de conocer, o solo conmigo? —preguntó, presionando con fuerza la mano que él tenía entrelazada con la suya, como si quisiera rompérsela.

Esa pregunta hizo que una chispa de rabia cruzara por la mirada de Alex. Nunca ninguna mujer había calificado sus cumplidos como burdos, ni lo había mirado con tanto desprecio como ella. Sin embargo, sabiendo que lo que menos le convenía en ese momento era perder la compostura, intentó serenarse y seguirle el juego:

—Solo cuando la dama en cuestión me causa tan buena impresión como usted, señorita; se lo aseguro. —Esbozó una ancha y reluciente sonrisa para demostrarle que su hiriente comentario no

le había calado en lo más mínimo —. Ahora, respóndame algo usted a mí: ¿siempre es igual de maleducada con todos los hombres con los que baila, o solo conmigo? —Sintió una punzada de satisfacción al darse cuenta de que aquel cuestionamiento había logrado ofuscarla aún más; ahora estaban a mano.

—Lo soy con todos los que tengan la osadía de venir a mi casa a coquetearme tan descaradamente sin siquiera conocerme, excelencia —siseó, intentando mantener la voz neutra y mesurada, pero asesinándolo con los ojos.

—¿Todos? ¿Eso quiere decir que han sido muchos? —indagó en un tono sorprendido y divertido a la vez, dispuesto a probarle que, si quería que jugaran a ofenderse, él estaba más que dispuesto a secundarla.

El corazón de Scarlett comenzó a latir con frenesí. ¡Era un atrevido! ¡¿Cómo osaba a preguntarle algo así, y lo que era peor, en ese tonito tan…socarrón?!

De pronto, sin previo aviso, cuando aún faltaban al menos tres compases para que la pieza llegara a su fin, se detuvo firmemente frente a él, se zafó de su agarre, y dedicándole una mirada más fría que el mismísimo hielo, replicó:

—Más de los que puedan ser de su incumbencia, señoría; y le aseguro que, por más esfuerzos que han hecho, ninguno ha conseguido lo que pretende…al igual que sucederá con usted.

Tras darle aquella estocada final, la muchacha le hizo una leve reverencia y se marchó con la cabeza en alto, como si se sintiera muy orgullosa de dejarlo allí, solo como un idiota a mitad del baile.

Percibiendo un montón de miradas desconcertadas clavándose en él, la vio regresar a la mesa con su madre y sus hermanas. Amanda no se veía contenta en lo absoluto, pero Scarlett tampoco parecía para nada avergonzada por lo que acababa de hacer.

¡Lo había dejado plantado en medio de la pista, delante de todo el mundo! Alex apenas y podía creerlo. Ninguna mujer jamás le había hecho una grosería semejante, aunque claro, con esa conversación empezaba a darse cuenta de que aquella no era una mujer… era una fiera. Sintiendo una mezcla de rabia y humillación invadirle el pecho, se encaminó al lado opuesto del salón, donde se encontraba la mesa de licores y canapés. Mientras se servía una copa rebosante de coñac, vio a Wells bordear discretamente la estancia hasta llegar a él.

—¿Me puedes explicar qué diablos pasó? —murmuró, ofuscado.

—¡¿Por qué no se lo pregunta a ella, que fue la que me dejó botado a medio vals sin darme explicación alguna?! —replicó, dirigiéndole una mirada rabiosa a Scarlett, quien no le prestó la más mínima atención, puesto que estaba demasiado ocupada escuchando el regaño de su madre.

—¡Porque es tu responsabilidad causarle una buena impresión, ¿lo olvidas?! —gruñó.

—¡Lo sé, pero es que esa chica tiene un carácter de los mil demonios! —repuso —. Se ofendió con un cumplido que hubiese derretido a cualquier otra.

—¡Te advertí que ella no es cualquier mujer! —exclamó —. Si quieres enamorarla, no puedes andar soltándole las mismas frases baratas con las que logras que las demás te adoren. Scarlett es distinta, ¿lo entiendes? Dis-tin-ta —pronunció cada sílaba como si él fuera un estúpido que necesitara ayuda para comprender aquella palabra.

—Sí, ya lo estoy comprobando —bufó, apurando su trago hasta dejar la copa vacía.

—Te diré lo que vamos a hacer: al acabar esta pieza los músicos harán una pausa que aprovecharemos para presentarte a todos los invitados, después, cuando llegue la hora del

segundo vals, harás como si nada hubiese pasado, la sacarás a bailar de nuevo, y arreglarás lo que sea que hayas hecho mal, ¿de acuerdo?

Aunque a Alex no le apetecía para nada humillarse de nuevo sacando a bailar a una mujer que lo había dejado parado en medio de la pista como un tonto, no tenía más remedio que aceptar. Scarlett Lawrence era su presa, y no podía dejarla escapar con la mala impresión que se había creado de él.

—Está bien —siseó de mala gana, embutiéndose un pastelillo que reposaba sobre una de las bandejas.

Tal como lo había dicho Wells, cuando ese vals acabó, los músicos hicieron una pausa que los invitados aprovecharon para dispersarse, formando pequeños y animados grupos de conversación. En todos y cada uno de ellos Alex fue presentado como el duque de Berwickshire, obligándose a sí mismo a poner su mejor cara y a responder afablemente a las interminables preguntas de los caballeros acerca de sus finanzas y la probabilidad de hacer negocios con ellos ahora que pensaba instalarse de lleno en Londres. Aquella fue la única vez en su vida que le agradeció a Robert Lincoln la educación que había recibido en Eton, pues fue lo único que lo salvó de quedar como un reverendo tarado que apenas y sabía de lo que hablaba.

Superada aquella prueba de fuego, casi media hora después, el ambiente volvió a inundarse con las suaves notas de una tonada musical, dando inicio a la segunda danza de la noche. Tras intercambiar una mirada con su cómplice, el joven suspiró cansinamente y se encaminó de nuevo hacia las Lawrence, dándose cuenta de que tanto la vizcondesa como la hermana mayor habían desaparecido, y ahora solo quedaban Clarisse y Scarlett, quien, al verlo aproximarse a ella con sus largas zancadas de buitre al asecho, entró en pánico, ¡¿acaso aquel desplante que acababa de hacerle no era suficiente indicio de que ella prefería dormir sobre un cactus a tener que bailar con él?! Como al parecer no era así, tuvo que recurrir a una medida desesperada.

Paseó la vista por el salón con rapidez. Todos los caballeros tenían ya seleccionada su pareja y se disponían a sacarla a la pista, menos uno: Ian Berbrooke, que se hallaba en la esquina lateral, a tan solo unos cuantos metros de distancia.

—Ya vengo —le anunció en un susurro a Clarisse, aprovechando que Emma había tenido un problema con el dobladillo de su falda y Amanda había tenido que ir a cosérselo antes de que alguien se diera cuenta. —; voy a pedirle a Berbrooke que baile conmigo antes de que mamá regrese y me obligue a hacerlo con el dichoso duque otra vez.

—¡Pero tú detestas a ese hombre! —exclamó, abriendo los ojos de par en par.

—¡Sí, pero no más que al otro! —replicó, lanzándole una furtiva mirada a Alex, que cada vez se acercaba más a ellas.

Antes de que la pescara y fuera imposible zafarse de otro tortuoso baile a su lado, Scarlett se escabulló como leopardo entre la gente y llegó hasta su objetivo: un pelirrojo de baja estatura, rollizo, con pecas y cara de tonto.

La razón por la que no podía verlo ni en pintura era porque, desde su primera temporada en sociedad, Berbrooke parecía estar medio obsesionado con la idea de hacerla su esposa; y aunque ella le había demostrado de todas las formas posibles (incluyendo las poco corteses), que no tenía el más mínimo interés en aceptar sus galanteos; él seguía insistiendo.

Esa noche, por ejemplo, aunque no la había invitado a bailar aún, no le había quitado los ojos de encima, así que seguramente estaría más que dichoso cuando oyera lo que iba a pedirle; algo

que, si bien no le emocionaba para nada, sería mucho más llevadero que soportar las majaderías y descarados coqueteos del duque durante un vals entero.

—Señor Berbrooke —lo saludó con una sonrisa, un poco agitada por la carrera que había dado para llegar hasta él —, un placer verlo esta noche.

La mirada del hombre se iluminó al girar la cabeza y darse cuenta de quién le estaba hablando.

—El placer es todo mío, señorita Lawrence —contestó, besándole la mano que ella le extendió.

—¿Quisiera usted… bailar conmigo esta pieza? —preguntó la joven, aun a sabiendas de lo insólito que resultaría la situación para él, pues seguramente era la primera vez en la historia de la civilización que una mujer invitaba a un hombre a bailar.

Sus ojos negros, que eran idénticos a los de un puerquillo, se abrieron de par en par.

—¿Ba-bailar? —musitó —¿Usted y yo?

—Sí, bailar, usted y yo, ¿acaso tiene algo de malo? —indagó con un leve toque de apremio en la voz, pues temía que en cualquier momento el duque le diera alcance y le pidiera concederle aquella pieza delante de Berbrooke, quien de inmediato le dejaría el camino libre para bailar con ella.

—No, claro que no —respondió, sonriendo con nerviosismo y poniéndose de un rojo casi idéntico al color de su pelo —; es solo que no es lo usual que una mujer…

—Señor Berbrooke, con todo respeto, en este momento no tengo tiempo ni ganas de ponerme a pensar en formalidades —farfulló, echándole un vistazo al duque, que, tal como había pensado, en ese momento se dirigía hacia ellos —. ¿Quiere bailar conmigo o no?

—Por-por supuesto —tartamudeó, medio perplejo ante tanta insistencia.

Antes de que pudiera decir nada más, Scarlett lo agarró del brazo y lo arrastró hacia la pista pasando delante de Alex, que los observó como quien mira un caballo desbocado pasar ante sus ojos.

Perdida su oportunidad, gruñó y volvió a la mesa de los licores con los puños crispados, viendo a la pareja moverse de aquí para allá al ritmo de la música y preguntándose cómo diantres aquella fierecilla de los demonios prefería bailar con ese gordinflón insulso que con él. Entonces empezó a plantearse una loca posibilidad, algo que quizá Wells había pasado por alto mencionarle: que tuviera competencia, que aquel hombre estuviera interesado en ella, y que, tal vez, dicho interés fuera correspondido.

Basado en todo lo que el banquero le había dicho antes de aceptar el trato y viajar a Londres, resultaba casi imposible que pudiese ser cierto, pero era la única explicación que le encontraba a que la joven lo hubiera tratado con tanto desdén sin siquiera conocerlo, y que ahora pareciera estar dichosa bailando en brazos de un tipo tan... insignificante.

Lo que Alex no sabía, era que Scarlett estaba haciendo un esfuerzo monumental por aparentar justamente eso: que disfrutaba de la compañía de cualquier otro que no fuera él, a ver si así se desanimaba y la dejaba en paz de una vez por todas. Sabía que eso implicaba aguantar la aburrida compañía de Berbrooke por el resto de la noche, pero no le importaba; en ese momento necesitaba aferrarse a cualquier salvavidas que le permitiera alejarse del duque, aunque después tuviese que romperle el corazón a su otro pretendiente por enésima vez.

Fueron los quince minutos más tortuosos de su vida, puesto que su compañero de baile no dejaba de mirarla con una expresión tan anhelante que casi la desesperaba, haciéndole trillados

cumplidos acerca de su belleza y de lo maravilloso que sería tener una esposa tan bonita como ella. Cuando por fin acabó, la muchacha suspiró de alivio, pensando que la obvia preferencia por otro haría que Alex se diera por vencido.

Sin embargo, él no estaba acostumbrado a dar su brazo a torcer tan fácilmente, así que, componiendo su sonrisa más afable y despreocupada, hizo un segundo intento de acercarse a la pareja para pedirle a Scarlett que le concediera la siguiente pieza.

Cuando ella lo vio venir, mirándola con una expresión que clara mente decía algo como «*Esta vez no te me escapas, niñita* »; supo que aquello se había convertido en una especie de juego de gato y ratón, y que, si quería librarse de él, por lo menos durante esa noche, debería esconderse en un lugar al que no la siguiera, y tal vez, escudarse un poco más en la presencia de Berbrooke.

—Señor Berbrooke —murmuró, haciendo ademán de secarse de la frente un rastro de sudor que no tenía —, tanto bailar me ha dejado un poco sofocada, ¿le importaría acompañarme a la terraza a tomar un poco de aire fresco?

El pelirrojo se quedó medio pasmado, pestañeando.

—¿U-usted y yo? ¿En la terraza?

Una de las cosas que más le fastidiaban a Scarlett de Ian Berbrooke era precisamente esa constante necesidad de repetirle todo una segunda vez para que lo asimilara por completo, pero no lo demostró cuando compuso una débil sonrisa y replicó:

—¿Por qué no? Apuesto a que debe estar llena de gente. Le aseguro que ni su honorabilidad ni la mía se verán comprometidas. Además, agradecería que tuviera usted la gentileza de acompañarme; no me gusta ir sola a ninguna parte, y mi madre y mis hermanas parece que se han esfumado. —Miró hacia la mesa en la que estaba Clarisse y se dio cuenta de que también había desaparecido.

Los ojos de Berbrooke volvieron a iluminarse, llenos de una chispa de ilusión de la que ella no alcanzó a percatarse.

—Si usted insiste, estaré encantado de escoltarla adonde guste, señorita —aceptó, ofreciéndole su regordete y fofo brazo.

La joven lo tomó, y ambos se alejaron discretamente por las escaleras que daban a la terraza. Antes de salir, le fue imposible no dirigirle una mirada de soslayo a Alex y sonreír al ver su exasperada expresión al darse cuenta de que en esa ocasión tampoco podría atraparla.



Cuando llegaron a la amplia terraza, embaldosada en un elegante mármol que simulaba un tablero de ajedrez y rodeada por una ancha balaustrada blanca, Scarlett cerró los ojos e inspiró hondo, sintiéndose aliviada de estar lejos de Alexander Lincoln. Contrario a lo que había pensado, no había absolutamente nadie al rededor.

Ella sabía que no estaba bien, que a una dama decente y a un caballero respetable no se les permitía estar solos a menos que fuesen marido y mujer; pero… ¡por amor de Dios, no pensaba hacer nada indebido con Berbrooke!; cualquiera que entrara y los viera podría comprobar que estaban conservando una distancia más que prudente, conversando como lo harían dos simples conocidos. Además, no iba a regresar tan pronto al salón para que ese jactancioso y coqueto duque la pescara y obligara a bailar con él. ¡Antes muerta! Ya había tenido suficiente Alexander Lincoln por ahora.

—Linda noche, ¿no le parece? —comentó Berbrooke, recostándose sobre la balaustrada y observando el cielo, que estaba particularmente oscuro, decorado solo por una brillante luna llena y unos cuantos luceros.

—Bastante —Fue todo lo que respondió, porque no tenía ni pizca de ganas de entablar una conversación con aquel hombre, pero tampoco podía cometer la grosería de quedarse muda, como si no lo hubiera oído.

Transcurrió un largo silencio antes de que su interlocutor volviera a intentar trabar conversación:

—¿Le han dicho que es la mujer más hermosa de este baile, señorita Lawrence?

¡Oh, no! Ahí iba de nuevo al ataque. Scarlett casi soltó un gemido de mortificación.

—Gracias. Usted también está muy…elegante —replicó, intentando sonreír.

—¿Le parece? —indagó con una nota de entusiasmo en la voz, girando el rostro para mirarla —Me alegra mucho que lo piense, porque elegí este traje pensando en usted.

Al oír eso, ella deseó con todas las fuerzas de su ser que la tierra se la tragara y la regurgitara en la China, lejos de sus dos horribles pretendientes.

—¿En mí? —repitió, constriñendo sus facciones en un mal gesto

—¿Por qué?

Él respiró profundo y se irguió, adoptando una postura repentinamente seria, casi solemne.

—Porque yo…yo presentía que esta iba a ser una noche importante, especial para los dos, y por lo visto no me equivoqué.

Todas las alarmas en el interior de Scarlett se encendieron, y empezó a pensar que tal vez no había sido tan buena idea usar a Berbrooke para alejarse de Alexander Lincoln.

—¿A qué se refiere? —preguntó cautelosamente, entornando los ojos.

Ante esa pregunta, sucedió algo que la joven jamás hubiese imaginado: la expresión de su interlocutor se transformó radicalmente. De pronto ya no era el regordete tímido y medio tartamudo que había conocido siempre, sino que en sus pequeños ojos de puerquillo bailaba una emoción distinta, algo muy similar a la desesperación… Al deseo.

—Vamos Scarlett, no te hagas la inocente conmigo, que ambos sabemos por qué estamos aquí —murmuró, sonriéndole y deslizando su regordeta mano por la balaustrada hasta posarla sobre la suya.

—No sé de qué habla —le espetó, dirigiéndole una gélida mirada y bajando bruscamente la mano —. Si le pedí que me acompañara, es porque pensé que tendría usted la decencia de comportarse como un caballero, pero como veo que no es así, lo mejor es que volvamos. —Se giró con intención de bajar las escaleras y regresar al salón, pero antes de que pudiera alejarse, Ian estiró el brazo y le asió el codo con fuerza.

—No tienes por qué disimularlo más, pequeña —susurró, acercándose peligrosamente a ella mientras esbozaba una asquerosa y amarillenta sonrisa llena de lujuria —; tu comportamiento de esta noche dice más que mil palabras.

—Le juro por Dios que no sé de qué está hablando —dijo con voz trémula, percibiendo su respiración agitada a causa del pánico.

¡Maldita fuera la hora en que se le había ocurrido escabullirse a la azotea con ese hombre!

—¿Ah, no? —indagó, irónico, alzando una de sus pobladas cejas rojas —¿Y qué me dices de invitarme a bailar, de mirarme y sonreírme con tanta coquetería; y, por si fuera poco, de

proponerme venir aquí para que estuviéramos solos?

—¡Yo nunca quise que estuviéramos solos! —chilló, intentando defenderse —. Estaba segura de que habría más gente aquí, de que…

—Basta, Scar —ronroneó sin soltarla del brazo, poniéndole uno de sus gruesos dedos sobre los labios —, quítate ya esa máscara de indiferencia que siempre has tenido y empieza a admitir lo que en verdad sientes por mí.

—¿Lo que siento…po-por usted? —titubeó, aterrada, abriendo los ojos como platos. ¡Por todos los santos, ¿en qué momento un baile, una que otra sonrisa de cortesía y una inocente invitación a tomar aire, habían derivado en semejante confusión tan horrible?!

—Sí, lo que sientes. Lo que ambos sentimos —replicó, dando un paso que lo dejó a escasos centímetros de su rostro —. ¿Por qué no admites de una vez por todas que tu complaciente actitud de esta noche se debe a que por fin te has dado cuenta de que me amas tanto como yo a ti, y deseas ser mi esposa tanto como yo lo he deseado desde que te conocí?

A Scarlett se le abrió un profundo agujero en el estómago; habría dado lo que fuera por poder golpearlo hasta cansarse, pero los regordetes dedos de Berbrooke le rodeaban el codo con tanta fuerza, que le era imposible moverse.

—Eso no es verdad, por favor suélteme —pidió, con un aterrado hilo de voz.

En ese momento los ojos de su verdugo chispearon con una emoción completamente distinta a todas las anteriores: ira.

—¡¿Que no es verdad?! —exclamó, usando la mano que tenía libre para agarrarle el otro brazo y apretárselo con fuerza —Pues lo será en cuanto haga algo que he querido hacer desde hace mucho tiempo.

Acercó su asquerosa y sudorosa cara a la de la muchacha y cerró los ojos para besarla; pero justo antes de que sus labios la rozaran, se oyó una potente voz a sus espaldas:

—¡¿No escuchó que la dama desea que la suelte?! —rugió Alex, acercándose a ellos con sus largas zancadas.

Aunque en ese momento hubiera aceptado la ayuda del mismísimo diablo con tal de verse libre de Berbrooke y sus acosos, Scarlett maldijo para sus adentros. ¡¿Por qué diantres tenía que ser justamente Alexander Lincoln el que acudiera en su defensa?!

Al girar y darse cuenta de quién había llegado, el hombre se puso lívido, abrió los ojos de par en par y relajó la tensión que ejercía sobre uno de sus brazos, pero no la soltó, pues estaba demasiado atónito para moverse.

—Ex-excelencia —balbuceó, sorprendido —, ¿qué está haciendo usted aquí?

Alex guardó silencio, mirándolo fijamente, con expresión pétrea y los ojos chispeantes de furia.

—Salvando a la señorita Lawrence de un cerdo asqueroso como usted —replicó, con la voz ronca y profunda, y la mandíbula completamente tensa —. Ahora suéltela, o le juro que se va a arrepentir hasta de haber nacido.

—Con todo respeto, *milord*, este no es asunto que le incumba —repuso sin hacerle caso —; la señorita y yo estábamos teniendo una conversación privada y…

—¡Ah, conversación privada! —vociferó, irónico —¡Así le llaman ahora a llevarse a una muchacha a un lugar apartado e intentar besarla sin su consentimiento! Según yo, eso se llama ser un aprovechado, y si no la suelta y se larga de aquí para cuando haya contado hasta tres, le

mostraré lo que me gusta hacer con los aprovechados como usted.

—Excelencia, yo… —empezó a decir, negándose a liberarla, por más que ella se agitaba violentamente para que lo hiciera.

—¡Uno! —bramó Alex, acercándose un paso hacia él con la mirada de un felino listo para atacar, mientras levantaba su largo dedo índice.

—Si usted nos deja conversar…

—Dos —siseó, con la voz oscura y amenazante, levantando el dedo corazón y aproximándose un paso más a él.

Muerto de miedo ante su mirada de asesino serial, Berbrooke por fin soltó a Scarlett, quien se limitó a frotarse el brazo para intentar mitigar el dolor que su feroz agarre le había dejado.

—Muy bien. ¡Ahora largo de aquí! —ordenó, señalándole enérgicamente la escalera con el brazo.

Con un dejo de desprecio en la mirada, Ian bajó la cabeza y se encaminó hacia afuera.

—Señor Berbrooke… una cosa más —lo llamó Alex.

Él se dio vuelta y, antes de que pudiera darse cuenta, el duque le asestó un derechazo de campeonato, dejándolo tendido en el suelo, inconsciente y sangrando por la nariz.

—¡Salvaje! —vociferó Scarlett, entre sorprendida e indignada, mirándolos alternativamente a los dos —¡¿No vio que ya se iba a ir?! ¡¿Qué necesidad tenía de golpearlo?!

—Ah, ¡resulta que este sinvergüenza trata de aprovecharse de usted, yo la salvo, y en lugar de agradecérmelo me considera un salvaje! —exclamó, agitando los brazos a los lados, sin entender cómo podía ser tan desagradecida.

Ella se sonrojó. Sabía que lo correcto era darle las gracias por haberla salvado, pero cada fibra de su ser se resistía a hacerlo. No quería aumentar su ego y su petulancia haciéndole saber que era consciente del peligro que acababa de quitarle de encima.

—No tenía por qué haberle pegado —musitó, agachando la mirada.

—Y usted no tenía por qué estar a solas con él en esta terraza, pero supongo que no vamos a discutir sobre eso, ¿verdad, señorita? —replicó con la voz llena de ironía, arqueando una ceja.

—¿Cómo se dio cuenta de que estábamos aquí? —preguntó, deseando cambiar el tema por uno que no le resultara tan desfavorecedor —¿Acaso estaba siguiéndome?

—Algo así —admitió, encogiéndose de hombros sin el menor atisbo de vergüenza.

—Descarado —bufó, entornando los ojos.

—Pues debería darme las gracias, porque, si no fuera por mi descaro, tal como lo llama, quién sabe qué sería de su honra en estos momentos, señorita.

A pesar de saber que él tenía razón, Scarlett no pudo evitar que le hirviera la sangre ante su complejo de superioridad y su modo de hablarle, como si fuese un dios al que tuviera que guardarle gratitud eterna por lo que acababa de hacer.

—Con permiso —fue todo lo que siseó antes de dedicarle una

mirada rabiosa y alejarse con paso firme en dirección al salón.

—Señorita —la llamó, justo cuando estaba por descender el primer peldaño. Ella se detuvo, pero no se dio la vuelta —, la próxima vez, procure tener más cuidado de a quien le otorga sus bailes; aunque usted no lo crea, no me gusta andarle pegando a la gente así porque sí.

La joven se limitó a lanzar un resoplido furioso y se marchó.

—Ay, Fierecilla —suspiró Alex, rascándose la barbilla pensativamente —, me temo que

conquistarte va a ser mucho más difícil de lo que pensé.

4

Amenazas

Scarlett llevaba dos días tratando de convencer a Amanda de que la única razón por la que se había retirado a sus aposentos antes de que el baile llegara a su fin, era un repentino y fastidioso dolor de cabeza; sin embargo, había usado ya tantas veces ese mismo pretexto para escabullirse de casi todas las reuniones sociales a las que asistía, que su madre no le creía nada.

—¿Estás segura de que no ocurrió algo fuera de lo normal? —cuestionó con aire suspicaz, mientras terminaba su bordado.

—Ya te he dicho que no. Simplemente me sentí algo indispuesta y preferí venir a recostarme un rato.

Ella levantó el rostro y le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Y el duque? ¿Qué pasó con él?

La joven suspiró pesadamente.

—Eso también te lo he dicho más de doscientas veces: cuando Emma y tú salieron del salón, bailé otra pieza con él, tal como me lo ordenaste, y después de eso fue que empezó el malestar, así que me excusé con toda la amabilidad del mundo y me fui.

Le fue imposible no dirigirle una mirada de soslayo a Clarisse, la única a quien se había atrevido a contarle los escandalosos y horribles hechos de la noche anterior.

—Pues espero que en realidad hayas sido amable —le advirtió —, porque ya suficiente tuvo ese pobre hombre con haber venido a Inglaterra solo para conocerte, y que tú le hayas salido con la majadería de dejarlo plantado a medio vals.

—¡Pff, sí, claro, pobre hombre! —bufó, sarcástica, recordando el puñetazo casi mortal que le había dado a Berbrooke, el cual no podía dejar de considerar una salvajada ni aunque hubiese sido dado para defenderla. ¡Por Dios, ¿es que acaso el respetabilísimo duque de Berwickshire no tenía modales?! Primero coqueteaba con ella descaradamente solo cinco minutos después de conocerla, luego se la pasaba repartiendo puños a diestra y siniestra por ahí, y finalmente, no tenía ningún reparo en reconocerle a la cara que la había seguido hasta la terraza para espiarla.

—¡Claro que lo es! —replicó enérgicamente —¿O acaso de qué otra forma crees que se puede calificar a un caballero tan galante como ese, que lo único que ha recibido de tu parte son desplantes?

Su hija abrió la boca para decir algo, pero en ese momento Francis, el mayordomo, llamó a la puerta.

—Disculpe, excelencia, tienen visita.

—¿Quién?

—Su señoría, el duque de Berwickshire —informó con aire solemne.

Scarlett estuvo a punto de soltar un resuello lastimero. No tenía ni pizca de ganas de aguantarse a ese zoquete.

—¡¿Y qué espera?! ¡Hágalo pasar! —ordenó entusiasmada, retocándose el peinado con las manos.

Él le hizo una reverencia y salió hacia el vestíbulo.

—Ya sabes —le advirtió la vizcondesa, levantando su dedo índice y apuntándolo hacia ella —,

no quiero descortesías; nada de malas miradas, respuestas cortantes, ni…

—Buenas tardes —la interrumpió la gruesa y potente voz de Alex, que entró a la estancia con las manos llenas: en la derecha llevaba un espléndido ramo de rosas rojas; y en la izquierda una gran caja rectangular forrada con papel dorado, la cual no podía contener otra cosa más que chocolates.

—¡Señor duque, qué sorpresa tan agradable volverlo a ver! —exclamó Amanda levantándose del sofá.

—Lo mismo digo, *milady* —murmuró, besándole la mano con galantería. Luego se dirigió a las hermanas y les dedicó una encantadora sonrisa a manera de saludo.

—¿Puedo saber qué lo trae tan pronto de regreso, milord? —preguntó.

—En realidad, solo pasaba un momento a saludarlas, y a… ver a la señorita Scarlett. Quería saber cómo se encuentra después de lo sucedido.

La muchacha abrió los ojos como platos, sintiendo que se le paralizaba el corazón. Si su madre llegaba a enterarse del incidente ocurrido con Berbrooke, de seguro lo aprovecharía para lograr la mayor ambición de su vida: casarla. Daba igual que no fuera con el duque; estaba convencida de que la obligaría a contraer matrimonio con cualquier hombre medianamente respetable que pudiera alejarla de su idea de convertirse en escritora, y mucho más si era con uno con quien había cometido la tontería de quedarse a solas en un espacio abierto, donde cualquiera podría haberlos visto por casualidad y empezar a regar el chisme cuando se le antojara.

—¿Se refiere usted a la repentina jaqueca que tuvo mientras bailaban, excelencia? —indagó, frunciendo el ceño.

Por un momento, los ojos de Alex se encontraron con los de Scarlett, y él se dio cuenta de que estaba aterrada, rogándole en silencio que no dijera la verdad. Calló un largo instante, disfrutando del placer que suponía verla desprovista de toda su altivez; sabiéndose dueño de la situación y, en cierto modo, del futuro de la joven.

—Por supuesto —contestó por fin, cuando le pareció que ya la había hecho sufrir bastante —. ¿A qué más podría referirme? —Se alzó de hombros con inocencia, aunque dirigiéndole a Scarlett una pícara mirada de complicidad.

Ella soltó el aire que había estado reteniendo, y casi se desplomó en el sofá de alivio.

—¡Oh, qué considerado por su parte! —exclamó la vizcondesa, maravillada —Pues déjeme decirle que ya está mucho mejor. Gracias a Dios fue un malestar pasajero, aunque muy inoportuno, eso sí.

—No sabe cuánto me alegra saberlo, señorita —musitó, girándose para dedicarle una de sus deslumbrantes y seductoras sonrisas —. Precisamente venía a traerle estos presentes. —Extendió los brazos para entregarle las flores y los chocolates —. Dicen que no hay nada más efectivo para levantar el ánimo que el dulce sabor de los bombones y la fragancia de las rosas.

La joven lo observó con suspicacia. Si pensaba que el haberla salvado de Berbrooke y haber secundado su mentira la harían empezar a aceptar sus galanteos, estaba más que equivocado.

—Se lo agradezco, señor duque, pero soy alérgica a los chocolates… y detesto las rosas — replicó despreocupadamente, como si aquello no fuera una descortesía del tamaño del mundo —. Sin embargo, mis hermanas adoran este tipo de detalles y estoy segura de que sabrán apreciarlos mucho mejor que yo —añadió, casi rapándole las cosas de las manos para entregárselas a Emma y a Clarisse, que estaban a su lado, perplejas ante semejante grosería.

Le fue inevitable sonreír de oreja a oreja cuando vio a Alex asesinarla con la mirada, con sus arrogantes y varoniles facciones convertidas en piedra.

—Claro, entiendo —masculló, sintiendo unas indecibles ganas de abalanzarse sobre aquella fierecilla caprichosa para ahorcarla.

Por su parte, Amanda estaba tan consternada ante la falta de tacto de su hija, que lo único que pudo balbucear para tratar de salir del apuro fue:

—¿Gu-gusta un poco de té, señoría? Está delicioso, y si quiere podemos acompañarlo con pastas o cualquier otra cosa que usted…

—Estoy segura de que su excelencia estará encantado de acompañarnos al té, madre —la interrumpió Scarlett, con un falso dulzor en la voz —, pero antes, si no les molesta, me gustaría conversar un instante a solas con él.

—¡¿Qué?! —chilló Emma estupefacta, pues, tan respetuosa de las normas sociales como era, sabía que el hecho de que un hombre y una mujer solteros se quedaran solos en la misma habitación resultaba terriblemente inapropiado.

—Por favor, Emm —pidió su hermana, ladeando la cabeza —; es importante. Además, el señor duque y yo dejaremos las puertas abiertas de par en par para que puedan sentarse en el recibidor y observarnos desde allí, ¿no es verdad, excelencia? —indagó, dirigiéndose a él, quien la miró con una mezcla de suspicacia y confusión.

¿Qué demonios pretendía?

—Por supuesto —reafirmó encogiéndose de hombros, aunque en realidad no tenía ni idea de qué podía esperar de aquella conversación.

—Si su gracia está de acuerdo, entonces nos retiramos —concedió Amanda algo dudosa, pues temía que Scarlett aprovechara su ausencia para comportarse aún más grosera con él.

Antes de salir hacia el vestíbulo, seguida de Emma y Clarisse, la vizcondesa le dedicó a su hija mediana una severa mirada de advertencia que, como siempre, contenía un solo mensaje: *«No hagas ninguna tontería».*

—¡¿Se puede saber qué diablos pretende?! —cuestionó Scarlett en un susurro furioso cuando se quedaron a solas, abriendo los ojos de par en par y crispando los puños.

Alex se limitó a curvar los labios en una ligera sonrisa.

—Qué curioso, fíjese que estaba por preguntarle exactamente lo mismo.

—Pues yo únicamente quiero aclararle que si cree que lo que hizo por mí ayer le da derecho a…

—¿A qué? —la cortó, arqueando su arrogante y poblada ceja —¿A cortejarla como un hombre decente, sin necesidad de llevármela a los rincones más apartados y oscuros para aprovecharme de usted como lo hacen… otros?

—¡No hay otros! —chilló con voz ahogada —¡Eso que pasó en la terraza fue un accidente, algo que nunca antes me había ocurrido!

—Claro, porque nunca antes había huido con tanto ahínco de un caballero que lo único que quiere es ser amable con usted, ¿verdad? —contestó, con un dejo de prepotencia que la molestó aún más.

¡¿Cómo diablos podía llenársele la boca diciendo que su única intención era ser amable con ella, cuando ambos sabían perfectamente por qué había aceptado viajar a Londres a conocerla?!

—Nunca antes había tenido que huir de un salvaje —contraatacó con firmeza.

—Un salvaje que se comportó como tal solo para defenderla, señorita; y que, para completar, acaba de guardarle el secreto más peligroso de su vida, ¿o me equivoco? —preguntó, con los ojos repentinamente llenos de picardía, como si el favor que acababa de hacerle los convirtiera en cómplices para siempre.

—¡¿Y qué espera?! ¡¿Que se lo agradezca?! —exclamó, indignada, pues si no hubiera sido por su insistencia en sacarla a bailar cuando ella le había dejado más que claro que no quería; no habría tenido que huir a la terraza con Berbrooke, ni se habría metido en semejante lío.

El falso duque se rascó la barbilla, pensativo, como si de verdad estuviera meditando esa posibilidad.

—No estaría mal, pero no. No es eso lo que deseo a cambio de haber salvado su reputación de ese idiota y haberle guardado el secreto de lo ocurrido delante de su familia. —respondió, mirándola fijamente.

La indignación de Scarlett se transformó en rabia. ¡De verdad pensaba pedirle algo a cambio del favor que acababa de hacerle! ¡Por Dios, ¿pero qué clase de hombre era ese?!

—¡¿Va a chantajearme?! —indagó, con sus bellos ojos azules a punto de salírsele de las órbitas.

Él se acercó hasta que sus narices casi se rozaron y, dirigiéndole una mirada enigmática, susurró:

—Si quiere verlo así, está en todo su derecho, pero en realidad solo hay una cosa que me interesa de usted... al menos por ahora. —Su voz era muy baja, suave, casi como una caricia del viento, y sus rostros estaban tan cerca que el fresco aliento de Alex le rozó las mejillas, haciendo que el vello de su nuca se erizara, aunque no supo si se debía al miedo, o a cualquier otra emoción.

—¿Qué? —cuestionó en un murmullo apenas audible, sintiéndose repentinamente nerviosa.

—Saber por qué me odia tanto.

—Yo no lo odio —afirmó con convicción, dando un firme paso hacia atrás —; odio lo que mi madre pretende obligarme a hacer con usted, que es muy distinto.

La miró, confundido.

—¿Se refiere al…? —Levantó el dedo índice y lo movió de atrás

hacia adelante, señalándolos a ambos.

—Al matrimonio, sí —completó ella con desdén —. No deseo casarme con un soberano desconocido que me ha sido impuesto por la fuerza, cuyo único mérito hasta ahora es haberse ganado el favor de mi madre gracias a su título; y que, además, me parece salvaje, engreído, aprovechado y burdo.

Alex sintió una especie de navajazo en el centro del pecho, que penetró hasta el fondo de su orgullo, hiriéndolo como pocas cosas lo habían hecho en la vida. ¡¿Cómo diablos podía tratarlo tan mal después de que le había seguido la corriente ante la vizcondesa y sus hermanas para no revelar algo que habría dañado su reputación para siempre?!

—¡¿Y qué le hace pensar que yo quiero desposarla después de las incontables groserías que me ha hecho hasta ahora?! —preguntó, en un tono tan ofuscado que dejaba claro que estaba empezando a perder la compostura.

—Pues si no quisiera, tanto mejor —repuso Scarlett, encogiéndose de hombros —. Me salvaría del insufrible martirio que debe ser compartir la vida con usted.

Aquella fue la gota que derramó la copa. Esa fierecilla del demonio acababa de traspasar los límites de lo tolerable, lo estaba atacando donde más le dolía, y no iba a permitírselo.

—¡Ya basta! —bramó, olvidándose de que hasta ahora habían estado hablando en susurros para no despertar la curiosidad de las mujeres que los vigilaban a escasos metros de distancia— ¡¿Quiere que le diga lo que es usted?! —Levantó su acusador dedo índice para señalarla, mientras su rostro se transformaba en una máscara de ira —¡Una desagradecida, una amargada, una grosera, una… Una…! —Hizo todo lo posible por refrenar aquel último insulto, pero su dignidad herida se lo impidió —¡Una fiera!

Al mismo tiempo que los ojos de Scarlett se abrían como platos ante semejantes ofensas en su contra, alguien llamó a la puerta.

—Disculpen, ya está lista la merienda, y si no pasamos al comedor pronto se va a enfriar. —Era Amanda quien, escuchando el sartal de alaridos provenientes del salón, había corrido a tratar de salvar la situación.

Alex se giró y, sin hacer el menor esfuerzo por disimular la ira que lo dominaba, dijo:

—Lo siento mucho, señora vizcondesa; he recordado que tengo asuntos urgentes que atender y no puedo quedarme. Con permiso.

Le dirigió una última mirada rabiosa a Scarlett y se marchó como alma que lleva el diablo, con sus habituales zancadas de felino.

—¡¿Me puedes explicar qué hiciste?! —vociferó Amanda cuando oyó la puerta de la entrada cerrarse con un golpe atronador.

—Yo, nada —replicó, encogiéndose de hombros con expresión inocente—. ¿O es que acaso no te diste cuenta de que era él quien me estaba insultando hasta más no poder?

—¡Pero algo debiste haberle hecho para que se comportara de esa manera! —la acusó, con las llamas del infierno bailándole en los ojos.

—Decirle la verdad: que agradezco mucho todas sus atenciones, pero que no deseo, ni desearé nunca, ser su esposa.

—¡¿Que hiciste qué?! —preguntó en un murmullo incrédulo y sorprendido, abriendo los ojos de par en par.

—Lo que oíste. No pienso seguir secundando los planes casamenteros que tienes para mí con ese… sujeto —escupió aquella última palabra con desdén, llena de repulsión ante la idea de acabar casada con un salvaje engreído como él.

El rostro de Amanda se tensó de tal forma que la mandíbula comenzó a temblarle visiblemente, mientras se acercaba a su hija con pasos firmes y decididos. Su mirada translucía tanta furia, que Scarlett estuvo segura de que en cualquier momento se abalanzaría sobre ella para ahorcarla.

—¡Es un duque! —gritó con desespero—. ¡¿Entiendes la magnitud de eso?! ¡¿Comprendes lo que significa para nuestro apellido que un hombre de su posición esté interesado en ti?!

—Sí, pero de todos modos no me interesa en lo más mínimo —repuso despreocupadamente, como si estuviera rechazando comprar un vestido, un par de zapatos, o cualquier otra tontería.

Su madre la miró, incrédula, como si le resultara imposible aceptar que una mujer tan idiota y testaruda hubiera salido de sus entrañas.

—¡No sabes lo que dices! —exclamó con los puños crispados, conteniendo las ganas de zarandearla hasta hacerla entrar en razón.

—Sí lo sé, madre, así como también sé perfectamente lo que deseo y lo que no —musitó con firmeza, sintiendo el corazón galopándole con fuerza dentro del pecho, como cada vez que hablaban del tema —. Por eso lo rechacé, y volveré a hacerlo todas las veces que sean necesarias hasta que comprendas que no quiero casarme con él —Pronunció aquellas palabras con toda la contundencia que pudo, esperando zanjar la discusión de una vez por todas, pero no fue así; aunque Amanda sabía que su hija tenía el carácter más voluntarioso del mundo, también conocía de la existencia de algo con lo que podría dominarla, un talón de Aquiles que la dejaría tan mansa como una paloma.

—Ah, ¿sí? —murmuró, lanzándole una mirada desafiante —. Ven conmigo. —La tomó de la muñeca derecha con una fuerza casi brutal y la haló hacia adelante, obligándola a seguirla.

—¡¿Adónde me llevas?! —indagó en un chillido, mientras cruzaban el umbral de la puerta que comunicaba aquel saloncito con el vestíbulo, donde estaban sentadas sus hermanas, quienes no se habían atrevido a interrumpirlas por miedo a la reacción de Amanda.

—¡A tu habitación, a ver si consigo recordarte quién tiene el control de las cosas en esta casa! —informó mientras subía por la larga escalera de caracol, arrastrándola tras de sí.

Scarlett le lanzó una mirada a Clarisse en busca de auxilio, a la cual ella no tardó en responder:

—Madre, ¿no crees que no hay necesidad de…?

—¡No te metas! —bramó sin siquiera mirarla —Este asunto es entre tu hermana y yo, y te aseguro que de nada servirá que intentes defenderla; no esta vez.

Con un gesto de disculpa dibujado en la cara, la menor de las Lawrence se calló y volvió a su sitio, viendo cómo las dos mujeres se perdían por el pasillo que daba a las habitaciones.

—¿Crees que vaya a hacerle algo malo? —le preguntó a Emma en un susurro, con los ojos llenos de preocupación.

Su interlocutora se giró para mirarla, y su expresión no fue nada alentadora.

—Está tan molesta, que creo que podemos esperar cualquier cosa.



Al llegar a su cuarto, una estancia grande, pintada de un suave tono amarillo, y decorada con cuadros de hermosos paisajes rurales en los que la joven solía inspirar sus historias, Amanda cerró la puerta de golpe y la soltó.

—He tratado de ser paciente contigo —siseó, dirigiéndole una mirada más fría que la hiel —, te he explicado de todas las formas posibles por qué ese hombre es la mejor alternativa que tienes para llevar una vida cómoda y feliz, como lo ambiciona cualquier chica con algo de cerebro; pero ya que tú pareces no comprender, me veré obligada a tomar medidas mucho más drásticas para hacerte entrar en razón.

Scarlett tragó saliva, sintiendo la boca seca por el terror que le provocó aquella amenaza.

—¿Vas a pegarme? —interrogó con la voz quebrada. Su madre jamás la había lastimado físicamente, pero estaba tan furiosa que aquel bien podría ser el día en que empezara a hacerlo.

—No, querida. Muy a mi pesar, debo admitir que eres tan fuerte y rebelde que ni siquiera a los golpes me harías caso; sin embargo, hay cosas que duelen más que una cachetada, ¿no lo crees? —indagó, esbozando una rígida y cínica sonrisa.

Por un instante, ella no tuvo ni idea de qué estaba hablando, pero cuando vio su mirada posarse sobre la liberta de cuero que contenía la novela en la que llevaba meses trabajando como

una mula, lo comprendió… y se llenó de pánico.

—¡No te atrevas! —le advirtió, dando un paso hacia adelante para intentar detenerla; pero la vizcondesa fue más rápida y alcanzó el buró con tres largas zancadas, tomando la agenda entre sus manos.

—¡¿Que no me atreva a qué?! —chilló, mirándola fijamente —¿A hacer añicos la única cosa que te impide querer tener una vida normal, como cualquier otra mujer de tu clase?

Scarlett estaba tan aterrada, que sintió los ojos llenársele de llanto.

—Por favor —suplicó en un susurro trémulo —, no me hagas esto.

Es la única copia que tengo… y he trabajado en ella casi dos años.

A pesar de sus ruegos, Amanda no pareció conmoverse, al contrario, esbozó una malévola sonrisa, como si disfrutara viéndola sufrir.

—Júrame que nunca más le harás un desaire al duque —ordenó.

La joven se sintió atrapada. Era como estar al borde de un abismo en el que sus únicas opciones eran lanzarse o ser empujada.

—No me pidas eso —replicó tras unos largos segundos de silencio, haciendo uso de los pocos restos de valentía que le quedaban. Muy en el fondo guardaba la esperanza de que su madre no fuera ese manojo de crueldad y prepotencia que se extendía ante sus ojos, amenazando con destruir el manuscrito que tantas noches en vela le había costado; pero dicha esperanza quedó hecha añicos cuando la oyó musitar:

—Muy bien, entonces, tú no me pidas que no haga esto. —Con toda la calma del mundo, arrancó un par de hojas de la libreta, las alzó hasta que le quedaron a la altura del rostro, y las rompió con deliberada lentitud, deleitándose en prolongar la situación que tanto atormentaba a su hija.

—¡Nooo! —gritó ella, sintiendo cómo su corazón se desgarraba de dolor al ver destrozado parte de un trabajo que atesoraba casi tanto como a su propia vida.

Pero, de nuevo, Amanda se mostró insensible ante sus súplicas y siguió rasgando los folios metódicamente, hasta que quedaron convertidos en nada.

—Si no quieres que haga lo mismo con el resto, más vale que me digas lo que quiero oír —amenazó, dejando caer los diminutos papeles al suelo, como si se tratara de un puñado de arena.

Por un instante, los llorosos ojos de Scarlett se encontraron con la fría mirada de su madre, y no la reconoció. Era como si fuese la bruja malvada de algún cuento, la villana de las historias que le gustaba escribir; no había ni rastro de la mujer dulce y comprensiva que le había dado la vida.

—Por favor —rogó una vez más, aun sabiendo que era inútil —; tú sabes que no quiero casarme; no con ese hombre… no todavía.

—¡Y yo no quiero que eches tu vida a perder por un capricho absurdo, así que elige: o empiezas a ser amable con él; o te juro por la memoria de tu padre, que tu amada novela quedará reducida a cenizas!

Lo último que Scarlett deseaba en la vida era tener que sonreír y tratar amablemente a Alexander Lincoln; pero tampoco estaba dispuesta a sacrificar el trabajo que tantas horas de su vida le había costado, el que estaba segura de que podría abrirle las puertas a su gran sueño de ser escritora, así que no le quedaba otra opción. Para llegar adonde quería era necesario hacer sacrificios; y si uno de ellos era disfrazar el desdén que sentía por el duque con una falsa

amabilidad, estaba dispuesta a hacerlo, aunque se le derramara la bilis de solo pensarlo.

—Estoy esperando a que decidas, hija —la urgió, tamborileando impacientemente sus gruesos dedos sobre las caderas.

La muchacha respiró hondo, sin poder creer las palabras que estaba a punto de pronunciar:

—Está bien. Si esa es la condición que pones para no destrozar mi manuscrito, de ahora en adelante seré toda dulzura con ese hombre.

Su interlocutora sonrió de oreja a oreja, triunfante, con los ojos brillantes de satisfacción.

—¿Ves qué fácil fue recordarte quién toma las decisiones aquí? —indagó, con un ponzoñoso tono medio dulzón —Ahora voy a dejarte sola para que puedas reconstruir…lo que sea que haya sido eso —añadió, mirando con asco los trocitos de papel regados sobre la alfombra roja.

Cuando salió, la muchacha se apresuró hacia el buró para tomar la libreta y comprobar qué tan grande había sido el daño. Afortunadamente, su madre solo había roto las dos últimas hojas, redactadas la noche anterior, por lo que no le resultaría difícil recordar y reescribir cada palabra con exactitud. Como una niña asustada aferrada a su muñeca favorita en medio de la noche, tomó su cuadernillo y lo abrazó con fuerza, como el verdadero tesoro que era… Su tesoro. Después, sin poder evitar que unas cuantas lágrimas se escurrieran por sus mejillas, se agachó y recogió uno a uno los minúsculos pedacitos de papel que habían sufrido la furia de Amanda, preguntándose qué más atrocidades sería capaz de hacerle cuando se diera cuenta de que el buen trato que la había obligado a prodigarle a Alexander Lincoln de ahora en adelante, no significaba que estuviese dispuesta a casarse con él… ¡Eso nunca!

5

Hampshire

¡No, no, no y no! —gritó Wells, furibundo cuando, una semana después, se enteró de lo mal que había terminado la más reciente visita de Alex a la mansión Lawrence —¡Me niego a creer que hayas sido tan idiota como para gritarle a la cara que era una fiera!

—Pues ella tuvo la culpa —se defendió con rudeza, apurando el último sorbo de su copa de coñac y dejándola sobre la mesa —; me trató de engreído, aprovechado, burdo, y no sé cuántas barbaridades más, hasta que exploté.

El banquero le lanzó una mirada desdeñosa, como si fuera el hombre más imbécil sobre la faz de la tierra.

—Sí, pero ahora el problema es que, gracias a tu estúpido ataque de dignidad, estamos peor que al principio. Se supone que a estas alturas ya deberías, por lo menos, haberte empezado a llevar bien con ella, pero no, en lugar de eso, resulta que la mujercita te odia más que a su peor enemigo.

—¿Y quiere que le diga qué es lo peor de todo? Que no solo me odia, sino que pareciera que le gusta hacerlo.

—¿A qué te refieres? —indagó, inclinándose hacia adelante en su acolchonada silla de tapiz café.

Alex guardó silencio, meditando la respuesta.

—No lo sé. Hay algo en su mirada, en su forma de hablarme… —Hizo una pausa, recordando los fríos, pero hermosos ojos de Scarlett —es como si hubiera decidido construir una barrera infranqueable entre nosotros, un muro hecho a base de desdén que no me va a permitir cruzar por nada del mundo, ni siquiera, aunque haya hecho cosas tan valiosas como protegerla de Berbrooke, o salvaguardar su reputación delante de su familia.

—Pues no sé cómo vas a hacer, pero tu tarea es encontrar la forma de derribar ese dichoso muro y ganártela por completo —replicó —. Recuerda que tu parte del plan consiste en enamorarla hasta los huesos; sin eso, no tenemos nada.

Él suspiró cansinamente, hundiendo los hombros en el mullido sofá ubicado delante de Wells.

—¿Y tiene alguna idea de cómo conseguirlo?

El anciano guardó silencio un momento, cavilando el asunto.

—De hecho…—Se frotó la barbilla con aire meditabundo —creo que sí.

—¿En serio? —preguntó, sorprendido —¿De qué se trata?

—Verás, dentro de unos días, mi esposa y yo cumpliremos cuarenta años de casados y, para celebrarlo, hemos decidido organizar una gran recepción en nuestra casa de campo en Hampshire, a la cual tenemos pensado invitar por lo menos a medio Londres. Lo que se me ocurre es que, ya que tú y la familia Lawrence están entre los invitados, aproveches la ocasión para intentar acercarte a Scarlett.

—No suena mal —musitó, cruzando la pierna izquierda sobre su muslo —. ¿Y qué se supone que haré cuando estemos allá?

Wells esbozó una sonrisa socarrona.

—Ah, no, muchacho, no esperes que sea yo quien tenga todas las buenas ideas. Además, se

supone que aquí el experto en conquistar mujeres eres tú. Yo cumpliré con volverlos a reunir en el mismo sitio y ya está; de ahí en adelante, lo que hagas para enamorarla es asunto tuyo —. Le lanzó una mirada brillante y llena de picardía antes de agregar: —. Usa tu ingenio, porque en este momento dependemos de él más que nunca.

Alex suspiró y asintió, aunque no sabía cómo diantres iba a hacer para que esa fierecilla de los demonios comenzara a fijarse en él. Conquistar a una dama casi siempre le había resultado pan comido: una sonrisa encantadora por aquí, una mirada coqueta por allá, uno que otro baile; cumplidos seductoramente susurrados al oído, ¡y listo, la presa caía rendida a sus pies!; sin embargo, con Scarlett Lawrence todo era diferente, más difícil. Ella no actuaba ni reaccionaba como todas las mujeres; parecía ser algo así como un modelo fuera de serie, un rompecabezas cuyas piezas no tenían ninguna lógica…pero él lograría armarlo, aunque se le fuera la vida en ello.

—Está bien. Le juro que con esa reunión en Hampshire haré que las cosas entre nosotros cambien, o dejo de llamarme Alexander Campbell —prometió, hablando más para sí mismo que para Wells.



Unos días después de aquella charla, las Lawrence estaban almorzando tranquilamente en el amplio comedor de su residencia cuando Francis entró con un sobre en las manos.

—Disculpe la interrupción, *milady*, pero le ha llegado correspondencia —informó, parado en el umbral de la puerta, extendiéndole el sobre blanco que había recibido hacía unos instantes.

Amanda le hizo una seña con la mano para que entrara.

—¿Quién la trajo? —interpeló, limpiándose las comisuras de los labios con la servilleta para eliminar cualquier rastro del postre de natas que acababa de terminar.

—Un lacayo del señor Wells —dijo, entregándosela. Después hizo una ensayada reverencia y se marchó.

Rompiendo el sello de lacre con cuidado, la mujer sacó la pequeña hoja de papel perlado, y al leerla, se le iluminó el rostro instantáneamente.

—¿Qué dice? —preguntó Clarisse, dando un último bocado a su salmón.

—Es una invitación. El señor Wells y su esposa cumplen cuarenta años de casados y, para festejarlo, nos invitan a una reunión que se extenderá por varios días en su casa de Hampshire.

—¡Genial! —exclamó, emocionada —Nos viene bien un cambio de aires. Siento que hace siglos que no salimos de Londres.

—Fuimos a pasar una temporada en la casa solariega de Holt hace un par de meses —le recordó Scarlett, poniendo los ojos en blanco con expresión divertida.

—Por eso mismo. Un par de meses es mucho tiempo para pasárnoslo encerradas entre estas cuatro paredes, ¿no te parece?

—Nosotras no vivimos encerradas entre cuatro paredes —la contradijo su interlocutora, quien tenía por costumbre dar paseos matutinos por los alrededores para tomar sol y aire fresco —; además, si Belinda Murray vuelve a estar allí, como la última vez que fuimos, yo sinceramente prefiero no acompañarlas.

—Nada de eso —negó Amanda, dando un sorbo a su copa de vino tinto —; a esa recepción iremos las cuatro, como debe ser.

—Pero, madre —protestó en tono lastimero —, bien sabes que esa… niñita y yo no nos llevamos bien, ¿qué necesidad hay de torturarme obligándome a aguantar su pesada presencia?

Belinda Murray, sobrina de Thomas Wells, y a quien Scarlett conocía prácticamente desde que tenía memoria, era una de esas mujeres que creía que su privilegiada posición social le daba derecho a tratar a todo el mundo como se le antojara, sobre todo a los más débiles e indefensos, y como eso era algo que ella detestaba más que nada en el mundo, siempre que se encontraban estallaba entre ambas una discreta batalla campal.

—Nadie quiere torturarte, hija, pero tampoco vamos a faltar a una reunión a la que asistirá toda la gente distinguida de Londres, solo porque a ti no te apetece ver a la sobrina del señor Wells.

—¿Con "*gente distinguida*" te refieres específicamente al duque de Berwickshire? —indagó, temiendo que esa fuera la oportunidad que su madre había estado esperando para volverlos a reunir.

—Entre tantos otros, sí —aceptó, encogiéndose de hombros.

—¿Eso quiere decir que no hay ni la más mínima posibilidad de que me dejes quedarme aquí mientras ustedes están en esa dichosa reunión?

—¡¿Cómo se te ocurre que voy a dejarte sola en casa tanto tiempo?!—exclamó, mirándola como si fuera tonta.

—Pero, no estaría sola —repuso con toda calma —: están las mucamas, las cocineras y…

—¡Nada, nada! —la interrumpió de inmediato, levantando la mano para que se callara —. Además, recuerda que tú y yo tenemos un trato, y esta puede ser la ocasión perfecta para que empieces a cumplir con tu parte… Claro, si es que quieres que yo cumpla con la mía —añadió, dirigiéndole una amenazante mirada que hizo que un horrible escalofrío la atravesara de pies a cabeza. Si se rehusaba a acompañarlas, su madre era capaz de levantarse de la mesa en ese mismo instante para ir a destruir su novela con sus propias manos; así que no le quedaba otra alternativa:

—Está bien —dijo con voz débil y resignada —, iré con ustedes.

—Estupendo —musitó Amanda, volviendo a esbozar esa sonrisa triunfal tan común en ella últimamente—. Terminen de comer y suban a preparar su equipaje. Debemos estar en Hampshire en dos días.



Mientras Scarlett terminaba de meter los últimos vestidos en su baúl, Clarisse no dejó de interrogarla acerca del pacto que su madre había mencionado en el comedor (del cual ella había preferido no comentarle nada para no crearle una mala imagen de Amanda, haciéndola quedar como lo que realmente era: una mujer cruel e insensible); así que al final, hastiada de tantas preguntas, decidió decírselo:

—Mamá me amenazó. Me dijo que, si no me portaba amablemente con el duque, iba a quemar la novela en la que estoy trabajando —murmuró en tono cansino, terminando de doblar un bonito atuendo de seda rosa y poniéndolo encima de los otros.

—¡Dios mío! —exclamó la joven, aterrada, tapándose la boca con sus finas manos de pianista —¿De verdad fue capaz de algo tan horrible?

Scarlett asintió y, frunciendo los labios en un gesto pesaroso, añadió:

—Como comprenderás, puedo dejar que se meta con cualquier cosa, menos con algo tan importante para mí.

—Lo sé —corroboró, apesadumbrada, alargando el brazo para tomar la mano de su hermana —; pero… ¿eso significa que vas a permitir que el duque te corteje?

—No —aseguró con firmeza, haciendo el baúl a un lado para sentarse sobre la cama —. Le prometí a mamá que sería amable con él, pero eso no significa que vaya a permitir que se haga falsas ilusiones conmigo.

—¿Y si se las hace de todos modos? —indagó, ladeando la cabeza.

Scarlett curvó los labios en una sonrisa que entremezclaba suficiencia y picardía.

—No pasará.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque, delante de mi madre lo trataré como ella me ha exigido, pero en el fondo seguiré detestándolo, y te aseguro que encontraré alguna forma de dejárselo absolutamente claro.

La menor sonrió de oreja a oreja, con aire travieso.

—Eres mala —la acusó en tono de broma, pinchándole el centro del pecho con el índice.

—Mala no, solo pretendo conservar mi libertad, que es muy distinto. Por ahora no está en mis planes casarme, mucho menos con ese salvaje y prepotente que cree que puede tenerme comiendo de la palma de su mano con tan solo decirme tres o cuatro tonterías, así que no dejaré que este viaje se convierta en un motivo para que comience a creer lo contrario.

Un prolongado silencio se apoderó de la habitación antes de que Clarisse volviera a hablar:

—¿De verdad no has pensado ni por un segundo que puedas llegar a enamorarte de él? Digo, al fin y al cabo, es bastante guapo, rico y parece…

—¡Jamás! —la frenó con contundencia —Eso sería tanto como dejar de ser yo misma… cosa que nunca pasará.



El miércoles en la tarde, después de casi tres horas de viaje, las Lawrence arribaron a Hampshire. Era una propiedad de tres plantas, rodeada de varias hectáreas de prado lleno de campanillas, dientes de león y otras coloridas flores que le daban un toque vívido y pintoresco al ambiente. Al lado derecho, a varios metros del camino donde había aparcado el landó familiar, se divisaba un gran invernadero cubierto de lona blanca, al izquierdo, un conjunto de preciosas secuoyas que proporcionaban un refugio perfecto en los días soleados, y al fondo, como la cereza del pastel, un pequeño lago de aguas tan cristalinas como los ojos de Scarlett. El aire era tan puro, tan distinto al de Londres, que, al respirarlo, ella se sintió casi agradecida de estar allí; probablemente tuviera que soportar a la engreída de Belinda y al pesado del duque, pero nada podría privarla de encontrar un momento a solas para recorrer y disfrutar de aquel maravilloso lugar... Quién sabe, hasta podría convertirse en el escenario perfecto para ambientar su siguiente historia.

Tras atravesar el largo sendero empedrado que las condujo hasta la casa, las cuatro fueron recibidas por la anfitriona, Natalie Murray, la esposa de Wells; una amable mujer rubia, de ojos almendrados, tez clara, con unas leves arrugas en la frente y en las comisuras de los labios que no mermaban para nada la belleza casi angelical de sus facciones.

—¡No sabes cuánto nos alegra estar de nuevo en tu casa, Natalie! —la saludó Amanda sonriendo y apretándole afectuosamente las manos, con la confianza que le daban tantos años de

amistad entre ambas familias.

—El placer es todo mío —replicó, devolviéndole la sonrisa —; después de todo, ¿qué fiesta puede considerarse como tal sin la presencia de la respetada vizcondesa de Holt y sus encantadoras hijas? —Volteó a mirar a las hermanas para dedicarles una dulce sonrisa.

—¿Y tu marido y el resto de los invitados?

—Thomas está en el estudio con Belinda, y los demás están siendo acomodados en sus habitaciones.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Amanda, llevándose una mano a los labios con expresión afligida —¿Es decir que somos las últimas en llegar?

—En realidad, no —la tranquilizó —; según la lista que elaboramos, aún faltan algunas personas.

—Y… ¿el duque de Berwickshire?, lord Lincoln, ¿ya está aquí? —indagó en un murmullo innecesario, puesto que, aparte de ellas cinco, no había nadie más en el vestíbulo.

Natalie le lanzó una pícara mirada de complicidad, pues hasta sus oídos habían llegado rumores de que Amanda estaba haciendo hasta lo imposible porque Alexander Lincoln (a quien ella también creía un auténtico duque, ya que su esposo la había mantenido tan engañada como a todo el mundo), se convirtiera en su próximo yerno.

—No. Tengo entendido que llegará esta noche, justo para la cena que dará apertura oficial a la fiesta —informó —. Si quieres que te confiese algo, no eres la primera que me pregunta por él. Parece que todas las señoritas están locas por conocerlo.

—No lo estarían tanto si supieran la clase de joyita que es —masculló Scarlett, incapaz de reprimir el comentario, aunque hablando en voz lo suficientemente baja para que nadie pudiera oírla.

—¿Qué has dicho, linda? —le preguntó Natalie con dulzura.

La joven se maldijo mentalmente. ¡Como siempre, ella y su bocaza!

—¿Yo? Nada, solo que… —Cuando estaba a punto de inventar cualquier tontería, se oyeron pasos provenientes de la amplia escalera de caracol; era la insoportable sobrina del banquero, que, había que admitirlo, estaba más radiante que nunca: llevaba un vestido de seda color esmeralda, con encajes perlados a la altura del escote y la cintura. Tenía la larga y brillante melena rubia recogida en un elegante peinado, combinándole a la perfección con sus ojos color miel.

—¡Pero mira quiénes llegaron! —exclamó alegremente a la nada, mientras terminaba de bajar los últimos peldaños con una hipócrita sonrisa dibujada en los labios —. Nada más ni nada menos que la distinguida vizcondesa de Holt y sus hijas. —Se paró frente a Amanda y le hizo una elegante reverencia. Luego se giró hacia Scarlett y, dirigiéndole una mirada antipática revestida de falsa cortesía, le preguntó:

—¿Lista para esta noche, querida?

—No sé a qué te refieres —replicó con un tono de voz casi cortante, mientras el ambiente empezaba a cargarse con la misma tensión que cada vez que se encontraban, dejando a las demás en silencio.

—A la cena de apertura de la recepción, naturalmente. Puede ser una ocasión excepcional para ti. Tal vez por fin puedas conseguir un pretendiente que te agrade lo suficiente como para no mandarlo a volar.

Scarlett apretó la mandíbula y respiró profundo, sabiendo que estaba tratando de provocarla.

—Agradezco tu preocupación por mis asuntos, pero creo que no son de tu incumbencia, puesto que no soy yo la que está desesperada por casarse con el primer noble millonario que se le atraviese en el camino, como… otras. —Al decir aquellas palabras, le lanzó una mirada de arriba abajo, para que le quedara claro a quién se refería.

Belinda la miró como si quisiera tragársela viva y, dispuesta a no perder aquella disputa, indagó:

—¿Es decir que no haces parte del grupo de jóvenes que se mueren de ganas por conocer al duque de Berwickshire?

—Para tu información, ya lo conozco. Incluso bailé con él un par de piezas en la última reunión que ofrecimos en Londres —contestó con una sonrisa de suficiencia, sabiendo que aquella odiosa, que obviamente estaba más que interesada en atrapar a un hombre con la posición social y económica de Alexander Lincoln, se moriría de la rabia al enterarse.

—Ah, ¿sí? —musitó, sin poder ocultar la sorpresa dibujada en su rostro.

—¡Es encantador! —exclamó Scarlett, sonriendo —Es más, hasta me atrevería a decir que tú y él tienen mucho en común —añadió, convencida de que una mujer tan pesada y desagradable como ella sería el complemento perfecto para un salvaje como él.

Amanda le lanzó una furiosa mirada reprobatoria, sospechando que estaba tratando de lograr que el duque dejara de centrar su atención en ella y empezara a fijarse en Belinda.

—Querida —intervino de pronto, mirando a la sobrina del banquero —, me alegra que estén conversando tan a gusto, pero, francamente, el viaje me ha dejado muerta y quisiera retirarme a descansar.

—¡Por supuesto! —concedió Natalie, solícita —. Permítanme mostrarles sus habitaciones.

Acto seguido, ambas mujeres se encaminaron hacia la planta superior, seguidas de Emma, Clarisse y Scarlett, quien, antes de subir el segundo peldaño, miró a Belinda y en un murmullo casi inaudible, le dijo:

—Yo que tú intentaría conquistarlo. Se nota la falta que te hace un marido.



A las ocho de la noche, tras haber tomado una plácida siesta, las Lawrence fueron llamadas por un lacayo para que bajaran al comedor, donde ya se estaban reuniendo los demás invitados para tomar parte en la cena de recepción.

A Scarlett no le hacía ni pizca de gracia tener que volver a ver a Alexander Lincoln, mucho menos en presencia de la insoportable de Belinda, pero confiaba en que lo que le había dicho antes de subir surtiera el efecto esperado para que se fijaran el uno en el otro y la dejaran en paz de una vez por todas.

Pensando en eso, acabó de peinar su larga melena castaña, decorándola con unos pasadores de plata en forma de hojas que combinaban a la perfección con el escotado vestido rojo que su madre prácticamente la había obligado a llevar, pero que a ella no le agradaba en lo absoluto, pues dejaba a la vista mucha más piel de la que estaba acostumbrada a mostrar. Pellizcó sus mejillas con fuerza hasta lograr que obtuvieran algo de color, y trató de ensayar una sonrisa lo suficientemente creíble como para hacerle pensar a Amanda que estaba cumpliendo con su parte del trato; pero fue imposible; cada vez que se acordaba del duque y de la fastidiosa soberbia con

la que la miraba, lo único que conseguía era poner una cara muy similar a la que pondría un asesino serial en frente de su próxima víctima.

—¿Lista? —le preguntó la vizcondesa, mirándola a través del espejo del tocador.

—Sí.

—Déjame verte —pidió, haciendo un gesto con la mano para que se levantara.

Ella obedeció, dándose la vuelta para mirarla frente a frente.

—¡Perfecta! —dictaminó, observándola de arriba abajo con expresión satisfecha. —Estoy segura de que Belinda Murray no te llegará ni a los talones esta noche.

Scarlett se limitó a resoplar, sabiendo que cualquier cosa que dijera sería inútil.



Al entrar al comedor, las cuatro mujeres se encontraron con que todos los invitados habían ocupado ya su lugar alrededor de la larga mesa de roble, cubierta con finos manteles de lino blanco, dejando vacíos únicamente los asientos dispuestos para ellas, de los cuales uno estaba justo al lado de Alex, quien se ubicaba en la cabecera derecha. Iba ataviado con un impecable traje negro, y, al ver a Scarlett le dedicó su más deslumbrante sonrisa, como si el horrible vaivén de insultos que se habían dedicado la última vez que se vieron no hubiese sucedido nunca.

—¡Mira qué lugar más conveniente, Scar! —le susurró Amanda al oído, emocionada, mirando la codiciada silla junto al duque —Así podrán estar cerca y conversar a gusto.

La joven casi sintió ganas de echarse a llorar.

Sin embargo, una vez hubo tomado asiento, paseó discretamente la mirada alrededor de la mesa y descubrió que eso no era lo peor, pues frente a ella se encontraba Belinda Murray, lo cual significaría que la tortura de aquella noche se multiplicaría por dos.

—Damas y caballeros —dijo de pronto Wells, que estaba sentado al otro extremo, levantándose de la mesa —, para mi esposa y para mí, es un placer tenerlos aquí esta noche, acompañándonos a festejar una ocasión tan importante como lo es el cuadragésimo aniversario de nuestro matrimonio. Esperamos que esta velada, al igual que el resto de la semana que tendremos el honor de atenderlos, sea de todo su agrado.—Dicho esto, volvió a sentarse y dio dos palmadas al aire, indicándoles a las camareras que podían empezar a servir la cena.

—Un gusto volver a verla, señorita Lawrence —murmuró Alex, mientras una de las empleadas vertía una humeante cucharada de crema de espárragos en su plato —. Está usted muy guapa.

Ella frunció el ceño, lanzándole una mirada de irritación. ¿Qué demonios pretendía, que pasara por alto lo grosero que había sido el otro día y se comportara como si nada? ¡No estaba ni tibio!

—Qué extraño, excelencia —susurró —, hasta donde me pareció entender la última vez que nos vimos, para usted yo no soy más que una desagradecida, amargada, grosera y… ¿qué más me dijo? —Se frotó el mentón con el índice, en un ademán de hacer memoria, aunque en realidad no lo necesitaba, pues recordaba a la perfección todos los insultos que había recibido de su parte —¡Ah, sí, una fiera! —Arqueó la ceja en un gesto que claramente quería decir algo como *«Ni crea que lo he olvidado».*

Él guardó silencio, mirándola con tanta fijeza que casi parecía querer examinarle el alma.

—Para serle franco, aún sigo pensando lo mismo; sin embargo, ahora que mi…—Hizo una pausa intentando encontrar una palabra menos fuerte que ira, que era lo que en realidad se había

apoderado de él cuando ella se atrevió a lastimar su orgullo con aquel sartal de insultos que le escupió a la cara —ofuscación hacia usted se ha disipado, me he dado cuenta de que fue una total descortesía de mi parte haberle hablado de ese modo.

—¿Está usted tratando de disculparse conmigo, su señoría? —indagó, mirándolo con una mezcla de suspicacia y sorpresa.

—No estoy tratando, *milady*, se lo estoy rogando de todo corazón: tenga la bondad de disculpar mis impertinencias del otro día —murmuró, con los ojos llenos de un arrepentimiento tan grande, que casi parecía sincero.

—Nunca pensé que la palabra perdón estuviera en su vocabulario, excelencia —confesó, pues el duque tenía cara de ser de ese tipo de hombres que preferían arrodillarse sobre una decena de clavos antes que disculparse con alguien.

—Hay muchas cosas que no conoce de mí, señorita —replicó en tono aún más bajo, acercándose con discreción a su lado de la mesa—, pero si acepta perdonarme, y el trato que deseo proponerle, le aseguro que podré mostrárselas todas —añadió, empezando a ejecutar una estrategia que había estado planeando durante la noche anterior: si de verdad quería conquistarla, lo primero que tendría que conseguir era que ella dejara atrás todo lo sucedido y lo perdonara. Solo así podría ir abriéndose camino lentamente hacia su corazón.

—¿Trato? —repitió desconcertada, sin tener ni idea de qué hablaba —¿A qué se refiere?

—A que quiero pedirle que empecemos de cero, que a partir de ahora olvidemos todos los desagradables incidentes que han ocurrido desde que fuimos presentados y hagamos como si fuésemos dos extraños que están a punto de conocerse.

Ella guardó silencio con los labios entreabiertos, consternada.

—¿Por qué me está proponiendo eso? —preguntó, en un tono que dejaba claro que esa inesperada proposición se le hacía muy sospechosa.

Él se encogió de hombros.

—Porque tal vez así por fin logre cambiar la mala impresión que tiene de mí. ¿Qué dice, acepta?

En ese momento, mientras Scarlett intentaba ganar tiempo para entender de qué se trataba todo aquello bebiendo un excesivamente largo sorbo de vino blanco, Belinda los interrumpió, hablando con su habitual tono empalagoso:

—¿Le está gustando la cena, excelencia?

Alex volteó a mirarla como si apenas acabara de recordar que estaban rodeados de un montón de gente.

—Así es, señorita…

—Murray, Belinda Murray —se presentó, batiendo las pestañas coquetamente —. Sobrina de los anfitriones.

—Un gusto, señorita —dijo, con una educada inclinación de cabeza —. Mi nombre es Alexander Lincoln.

—No tiene que presentarse, *milord* —repuso con una sonrisita tonta —, le aseguro que sé perfectamente quién es usted. Es más, estaba ansiosa por conocerlo —añadió, mordiéndose el labio inferior, en un gesto que a él le pareció increíblemente seductor.

—Ah, ¿sí? —indagó, arqueando una ceja con su inevitable aire seductor —¿Puedo preguntarle por qué?

La rubia le dio un breve sorbo a su copa antes de contestar:

—Bueno, es que no es muy común que personalidades tan… importantes como usted nos visiten en Hampshire.

—Le agradezco mucho el cumplido, señorita —musitó, pensando que si su objetivo no fuese única y exclusivamente Scarlett Lawrence (y si no hubiera riesgo de que Wells se enterara y lo descuartizara), sería un placer corresponder a los coqueteos de aquella despampanante jovencita invitándola a pasar un rato a solas en su habitación, pero ni modo, así eran los negocios, y a ese en particular no podía darse el lujo de descuidarlo poniendo sus ojos en otras chicas, ni aunque fuesen tan atractivas como Belinda Murray.

—No tiene por qué, su gracia, yo solo estoy diciendo la verdad

—respondió ella, quien parecía estarse tomando muy en serio la sugerencia de Scarlett de intentar conquistarlo —. Su presencia en esta reunión ha causado revuelo entre los invitados, sobre todo si tenemos en cuenta que lleva usted gran parte de su vida viviendo en… ¿en dónde exactamente? Disculpe mi torpeza, pero lo he olvidado por completo.

Como había sucedido la vez que Clarisse se lo preguntó, Alex no pudo evitar ponerse nervioso, removiéndose discretamente en su asiento mientras sentía cómo se le tensaban los músculos de la espalda, haciéndolo erguir aún más.

—Italia —replicó en un murmullo apenas audible, bajando la mirada.

—¡Qué maravilla! Mis padres y yo solemos pasar allí nuestras vacaciones —exclamó, fascinada de haber encontrado un tema en común con el mejor partido de aquella mesa —. ¿En qué ciudad vivió con exactitud?

—Ro- Roma —balbuceó, revolviendo enérgicamente la sopa con la cuchara, como si de pronto le hubieran entrado unas ganas infinitas de comer.

—¡Oh, la más encantadora de todo el país! —comentó con aire soñador —¿Y cuál fue el lugar que más le gustó mientras estuvo allí? Tal vez coincidamos.

Él se puso lívido, deseando que se lo tragara la tierra. ¡Por Dios,

¿cómo podía haber sido tan imbécil de no echar siquiera un vistazo a alguna enciclopedia de geografía, o a cualquier otro libro que le permitiera estar preparado para ese tipo de preguntas?!

—Yo…este…yo… —empezó a titubear, desesperado, sin tener idea de qué hacer —Señorita Lawrence, ¿conoce usted Italia? —farfulló, girándose a toda velocidad para mirarla, esperando encontrar en ella la salvación para semejante aprieto.

—¿Yo? —indagó la joven, quien hasta entonces había estado muy tranquila disfrutando de su crema de espárragos, sin entender por qué la estaba inmiscuyendo en aquella conversación.

—Sí, usted —susurró, con los ojos llenos de algo que Scarlett habría jurado que era una mezcla de súplica y… terror.

—Bueno, mi familia y yo hemos ido un par de veces, pero…

—Su excelencia —la interrumpió de pronto una voz masculina al otro lado de la mesa. Era lord Chandler, conde de Pembroke, un cincuentón regordete y con un poblado mostacho color caoba; conocido por su buen tino para los negocios —, ¿qué tal ha encontrado las cosas por Inglaterra ahora que regresó?

Alex suspiró disimuladamente, aliviado de verse libre del interrogatorio de Belinda Murray.

—Para serle sincero, bastante bien. Hace tiempo que extrañaba la tierra que me vio nacer, así que, ahora que por fin pude volver, estoy muy feliz —mintió, esbozando una convincente sonrisa

complacida.

—¿Y sus negocios en Escocia? ¿Cómo están? —indagó animadamente, antes de dar un bocado a su platillo.

Él tuvo que detenerse una fracción de segundo a pensar la respuesta, porque, la verdad, hacía años que no tenía noticia alguna sobre cómo estaban las cosas en Berwickshire; lo último que supo, y eso por las malas lenguas, era que su madrastra había muerto y que, ya que no había herederos ni pariente alguno, el apellido Lincoln estaba prácticamente extinto, y el futuro del ducado era bastante incierto.

—No podrían marchar mejor —replicó, dándole un sorbo a su copa de vino, puesto que le parecía la respuesta más conveniente para no tener que dar mayores explicaciones.

—Lo imaginé —repuso Chandler, esbozando una sonrisa nostálgica —. Su padre fue un gran hombre, y un gran administrador también.

Como siempre que alguien hablaba de Robert Lincoln para elogiarlo, Alex sintió que la ira volvía a bullir en su interior, comenzando a tensionar todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, incluidos los de su rostro, que adquirió una expresión rígida e impenetrable al instante.

—¿Lo conoció usted? —preguntó casi en un gruñido, porque sabía que tenía que hacer un esfuerzo por mantener el hilo de la conversación como si nada estuviera pasando.

—¡Oh, por supuesto que sí, y también a su madre, la señora duquesa! —exclamó, con un dejo de orgullo en la voz —Claro que eso debió haber sido cuando su señoría no había nacido, porque, de lo contrario me acordaría de usted, o al menos sus padres me lo habrían mencionado. Ambos eran personas con corazones envidiables; filántropos hasta la última fibra de su ser.

—¿Filántropos? —indagó otro invitado, a quien Alex no conocía

—Eso no lo sabía.

—Pues sí, señor Myers. Yo mismo fui testigo de una de las muchas obras de caridad que realizaban la única vez que tuve el honor de ser invitado a su mansión en Escocia.

—¡Ah, caray, eso sí que es interesante! —exclamó Myers, mostrando un genuino y súbito interés.

—No tanto lo interesante, sino lo encomiable, caballero —repuso el conde, girándose hacia la izquierda para mirarlo, como si se hubiera olvidado del resto de los invitados, quienes de pronto parecían estarle dedicando toda su atención a esa conversación —. Se trataba de un niño al que el duque y su esposa acogieron en su casa y se encargaron de vestir y alimentar, porque no tenía a nadie más en el mundo.

—¿Niño? ¿Qué clase de niño?

—Nadie de importancia —farfulló con simplicidad, haciendo un gesto vago con la mano —Un muerto de hambre, el hijo de una simple sirvienta que duró mucho tiempo al servicio de la familia Lincoln, por lo que, cuando murió, fueron incapaces de echarlo a la calle y decidieron velar por él.

Al escuchar aquello, Alex supo de inmediato que se estaban refiriendo a él, y la rabia que sentía aumentó hasta invadirle por completo el pecho y el alma, mientras percibía cómo los puños se le crispaban y comenzaban a temblarle con tal frenesí, que tuvo que esconderlos bajo la mesa para que nadie los notara. ¡Estaban hablando de él y de su madre como Robert Lincoln siempre había hablado de ellos: con desprecio, como si no fueran más que basura, ¡como si no valieran nada!

Paseó la mirada por todos y cada uno de los comensales, y de pronto sintió asco de estar allí, sentado como si nada, aparentando ser uno más de esa ralea abominable que usaba sus títulos y su dinero para humillar a los más débiles. Tuvo ganas de largarse de aquel lugar antes de que tanta podredumbre acabara asfixiándolo, pero no pudo, porque en ese momento oyó la voz de Scarlett:

—¿Se encuentra bien, excelencia? —le preguntó en un susurro, dándose cuenta de la repentina amargura que se había apoderado de sus facciones.

—Sí —contestó secamente, aunque por poco y podía sentir lágrimas de rabia anegándole los ojos.

—Y, a propósito, su señoría —prosiguió Chandler después de que la multitud que llenaba la sala prorrumpiera en murmullos de admiración y sorpresa ante el falso buen corazón del difunto duque —, ¿sabe qué fue de ese mugroso?

Alex sintió la mirada de advertencia de Thomas Wells clavarse en él, aunque estaban a casi dos metros de distancia.

—No —respondió con frialdad —. De hecho, mis padres nunca me mencionaron nada de lo que usted cuenta.

—Bah, da igual —dijo, haciendo otro desdeñoso gesto con la mano para restarle importancia —; de seguro acabó convertido en un vagabundo de poca monta, o tal vez hasta muerto, vaya uno a saber. Esa clase de gentuza no sabe hacer nada más que robar o mendigar para sobrevivir. Son la plaga de nuestra sociedad, ¿no le parece, su señoría?

El joven oyó sus propios dientes rechinar, preguntándose qué demonios le impedía levantarse e ir a matar a ese despreciable sujeto con sus propias manos.

—En realidad, no —replicó, mirándolo fijamente, procurando mantener un tono plano y vacío que no revelara todo el asco y desdén que sentía en ese momento.

—Ah, ¿no? —cuestionó, arqueando su poblada ceja castaña, sorprendido —¿Y puedo preguntarle por qué?

—Verá, señor Chandler, yo no soy de los que cree justo juzgar a una persona simplemente por no haber tenido la fortuna de nacer rodeada de lujos y comodidades como… nosotros. Sobre todo, porque la vida da muchas vueltas.

—¿A qué se refiere?

Él guardó un largo silencio, sintiendo como las decenas de personas que ocupaban el comedor lo miraban atentamente, esperando su respuesta.

—Muy sencillo: ¿qué lo hace pensar que aquel muerto de hambre, hijo de una simple sirvienta, como usted lo llama, no supo aprovechar lo que mis padres hicieron por él; se superó, decidió sacarle provecho a su vida, logró hacerse de una buena fortuna y posición social, y ahora está aquí, camuflado entre nosotros, burlándose de lo sesgado que es su pensamiento con respecto a él?

Creyendo que aquello no podía ser más que una broma, la multitud prorrumpió en una larga carcajada; excepto por Wells, quien, creyendo que Alex estaba lo suficientemente ofendido con las palabras de Chandler como para cometer la estupidez de levantarse y gritar a los cuatro vientos su verdadera identidad, le lanzó una fúrica mirada de advertencia; y por Scarlett, que se había quedado atónita al escucharlo defender a alguien de clase baja de aquella manera tan vehemente, y ahora lo observaba con los ojos colmados de una mezcla de sorpresa y curiosidad,

como si fuera una especie en vía de extinción.

Cuando la agitación del momento pasó y las risas se extinguieron en el aire, el falso duque volvió a tomar la palabra, muy serio:

—Ya que he cumplido el propósito de divertirlos un rato con mis ocurrencias, me retiro. Señor y señora Wells, muchas gracias por la cena, estaba exquisita; buenas noches. —Se puso de pie, hizo una cortante venia general y se marchó, deseando estar en cualquier otro lugar que no fuera ese maldito comedor, infestado de ricachones hipócritas y prejuiciosos.

6
Asfixia

La mañana siguiente fue muy movida en Hampshire. A las seis, todos los invitados se estaban preparando para una excursión que el señor y la señora Wells habían organizado por el condado. Era uno de esos paseos en los que, además de ejercitarse un poco, la gente aprovechaba para comprar algunos *souvenirs* y conocer más a fondo el lugar, que se caracterizaba por sus coloridos y pintorescos paisajes.

Aunque Amanda fue la primera en estar lista, se llevó la sorpresa de que únicamente Clarisse la acompañaría, pues Emma había amanecido con una fuerte jaqueca, y Scarlett se ofreció a quedarse cuidándola. Así, una hora más tarde, la casa quedó prácticamente vacía, a excepción de la servidumbre y las dos hermanas, que se reunieron en el cuarto de Scarlett para hacerse compañía.

—¿Estás segura de que vas a estar bien, Emm? —le preguntó, mientras se sentaba junto a la ventana para que los rayos del sol le tostaran la piel.

—Ya te he dicho que sí, Scar —replicó, recostándose en la cama y cerrando los ojos —; es solo un malestar tonto. No debiste dejar de ir a ese paseo por mi culpa.

—Nadie tiene la culpa de enfermarse de repente —musitó con dulzura —. Además, sin saberlo me hiciste un gran favor.

—¿Cuál? —indagó, extrañada.

—Me libraste de tener que pasar todo el día pegada a Alexander Lincoln como una garrapata.

Su hermana permaneció en silencio un instante antes de decir:

—Ese hombre es extraño, ¿no lo crees?

—¿Extraño por qué? —cuestionó, girándose para mirarla frotarse las sienes con los dedos, formando pequeños círculos.

—Porque nunca había escuchado a un duque hablar de esa forma, defendiendo con tanto ahínco a los pobres, como si fuese uno de ellos.

La joven se quedó callada, meditando el asunto. Era cierto que no resultaba para nada común encontrar a un noble tan privilegiado como él con un sentido tan desarrollado de la justicia y de la compasión hacia sus semejantes; pero había algo que a ella le inquietaba aún más: la evidente tensión que lo invadió cuando lord Chandler comenzó a hablar sobre Robert Lincoln y la historia del chiquillo hijo de la sirvienta. Habría apostado la vida a que lo que vio cruzar por los ojos de Alex en aquellos momentos fue la más pura de las iras, mezclada con frustración, desdén y un montón de cosas que se empeñó por ocultarle a todo el mundo, sin éxito.

—Supongo que tiene algo de corazón, después de todo —murmuró, encogiéndose de hombros.

—Sí, debe ser eso —susurró su interlocutora, a quien la jaqueca amenazaba con destruirle la cabeza —. ¿Te importaría leerme un rato? Tal vez así logre conciliar el sueño y me levante mucho mejor.

Ella aceptó, yendo hacia el pequeño buró al lado de la cama, donde se encontraba una de las tres novelas que había llevado consigo para pasar los ratos libres, la tomó entre las manos, volvió a su cómodo asiento y empezó a leer.

Cuando había avanzado unas cuantas páginas, bajó el libro para mirar a Emma y se dio cuenta

de que estaba profundamente dormida. Contempló el paisaje, que esa mañana se veía más radiante que nunca, bañado por los cálidos rayos de sol que tocaban el césped, y tuvo ganas de dar un paseo por los alrededores, así que, sabiendo que su hermana no despertaría en un buen rato, le escribió una nota diciéndole que no tardaría y, teniendo cuidado de no hacer ruido con sus pisadas, se marchó.

Estando fuera, se deleitó al pasear la vista a lo largo de la propiedad y comprobar que, tal como lo había imaginado, estaba completamente sola; sin nadie que interrumpiera el largo y relajante paseo que pensaba dar. Bajó las escaleras del porche y anduvo por el empedrado camino que conducía hasta la entrada, deteniéndose de vez en cuando para admirar la belleza que la rodeaba y escuchar la arrobadora paz del silencio, tan solo acompañada por el trinar de algunos pájaros a lo lejos.

Cuando ya había caminado un buen tramo, con la mente puesta en cuánto le gustaría vivir en un lugar así, tan lleno de naturaleza y alejado del bullicio de la capital, escuchó algo a sus espaldas que la hizo sobresaltar:

—Ya veo que no fui el único que tuvo la idea de salir a dar un paseo aprovechando que todo el mundo se ha ido.

Scarlett hubiera reconocido aquella varonil y profunda voz hasta en el mismísimo infierno: era Alexander Lincoln. Apretando los párpados con fuerza y maldiciendo para sus adentros que fuera precisamente él quien interrumpiera su plácido recorrido, se giró para darle la cara.

—Excelencia —lo saludó, haciendo una leve genuflexión —, ¿qué hace usted aquí? Pensé que estaría con los demás.

—Tenía algo de trabajo atrasado, así que preferí quedarme —mintió, pues si había decidido no ir era justamente porque Wells le había informado a última hora que ella tampoco lo haría, por lo cual no le vio sentido a someterse al sacrificio de pasar la mañana entera rodeado de esos malditos aristócratas prejuiciosos que, sin saberlo, se le habían burlado en la cara la noche anterior —. Además, no me gustan mucho las multitudes.

Ella asintió secamente, sin decir nada.

—¿Me permite acompañarla?

—¿Acompañarme? ¿Para qué? —cuestionó, frunciendo el ceño, fastidiada, porque lo que menos deseaba en ese momento era compañía, y mucho menos la del duque.

—Bueno, porque tal vez de esa forma podamos terminar la conversación que dejamos pendiente anoche, ¿no le parece?

—¿De qué habla?

Él esbozó una ligera sonrisa que, a la luz del sol, lo hizo lucir aún más fresco y atractivo.

—De la propuesta que le hice de olvidar los incidentes que hemos sufrido hasta ahora y comenzar de cero.

—¡Ah, eso! —exclamó, recordando lo que estaban hablando justo antes de que Belinda los interrumpiera.

—Sí. Y si mal no estoy, nos quedamos justo en la parte en la que usted estaba a punto de darme una respuesta, así que creo que podríamos retomar la conversación desde ahí: ¿acepta usted mi proposición, señorita?

Scarlett caviló un instante, mordiéndose discretamente el labio. No le apetecía para nada continuar con aquella charla, pero había algo que la estaba matando de curiosidad, y tal vez

podría aprovecharla para salir de dudas.

—Está bien, le diré lo que quiere saber, pero si usted me contesta algo primero.

—Lo que guste —aceptó, ensanchando su sonrisa al ver que ella parecía dispuesta a charlar un rato.

—¿Es verdad lo que dijo ayer durante la cena? —preguntó, mientras comenzaban a caminar juntos hacia el lago.

—¿Qué de todo lo que dije?

—Eso de que cree que no es correcto menospreciar a una persona pobre solo por el hecho de serlo.

Alex suspiró hondo, viendo al horizonte con aire meditabundo.

—Completamente, señorita.

—Ah, ¿entonces por eso se puso tan tenso cuando oyó a lord Chandler decir todas esas cosas sobre el protegido de su padre?

Él giró la cabeza y la miró a los ojos, sorprendido de que se hubiese dado cuenta de una reacción que creía haber disimulado perfectamente.

—Sí, digamos que así es —contestó —. Verá, tal como le dije a ese… caballero, no me parece que se deba condenar a alguien únicamente por haber tenido más o menos oportunidades en la vida. Es tremendamente estúpido, además de arrogante y soberbio, poner un rótulo despectivo sobre la frente de una persona solo por el hecho de ser rico o pobre, ¿no lo cree?

Al escuchar aquello, Scarlett quedó perpleja.

—¡Vaya, sí que es extraño! —murmuró, más para sí misma que para él.

—¿Qué?

—Encontrar a alguien como usted.

—¿Se refiere a un rico con alma de pobre? —indagó en tono divertido.

—Sí, algo así —aceptó ella —. Es raro hallar a un noble que no esté convencido hasta los huesos de que su posición social y económica lo hace mejor que los demás.

—¿Quiere decir que nunca había conocido a un aristócrata con sentido de la humanidad?

—Nunca —corroboró —; bueno, a mi padre, pero él no cuenta.

—¿Por qué?

—Precisamente porque soy su hija, ¿y qué hijo no ve a su padre como el mejor de los seres humanos?

Los puños de Alex se tensaron dentro de los bolsillos de su pantalón, y tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para que la expresión de su rostro no respondiera a esa pregunta por sí sola.

—Pues mucho gusto. Está usted conversando con uno de esos escasos y valiosos aristócratas —replicó, intentando retomar el hilo de la conversación con una afable sonrisa.

Scarlett se giró para observarlo, y la sinceridad que leyó en sus pupilas le hizo darse cuenta de que no mentía, que aquel arranque de humanidad y compasión que había demostrado durante la cena no era un ardid para quedar bien con ella ni mucho menos; solo…parecía hacer parte de su personalidad, por muy extraño que eso pudiese resultar en alguien como él.

—Ya lo veo —murmuró, clavando la vista en las pequeñas piedrecillas blancas que marcaban el sendero por el que caminaban.

Se hizo un largo silencio antes de que Alex volviera a tomar la palabra:

—Bueno, ya que le respondí lo que deseaba saber, es su turno de hacer lo mismo.

La muchacha frenó en seco, maldiciendo mentalmente que aquella conversación no lo hubiera hecho olvidarse de la propuesta que le había hecho.

—Verá, excelencia —comenzó a decir, adaptando de pronto el tono serio y distante de siempre, colocando las manos sobre su falda de seda color lavanda —, yo no creo que eso sea algo que… ¡Ayyyy! —chilló de pronto, al sentir un horrible pinchazo en la parte izquierda del cuello que por poco la hace doblarse de dolor.

—¡¿Qué le pasa?! —indagó Alex, alarmado, dando un paso hacia ella.

—Yo…creo que me ha picado algo —replicó, llevándose la mano instintivamente al lugar donde sintió la picadura.

—Déjeme ver —pidió, acercándose hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros de distancia.

—No, no es necesario —farfulló retrocediendo bruscamente, aunque el malestar y el escozor iban extendiéndose por su piel a pasos agigantados.

—¡Por favor, señorita, no sea testaruda! —la regañó con rudeza, pero con los ojos llenos de preocupación —. Si lo que la ha picado es una abeja, hay que retirar el aguijón lo antes posible.

—¿O qué? ¿Me puedo morir? —indagó, con ánimo de sonar despreocupada, pero lo único que consiguió fue que él la fulminara con la mirada.

—No es un chiste, Scarlett —advirtió, muy serio, sin importarle llamarla por su nombre de pila por primera vez —. Puede ser peligroso. Acto seguido, sin darle tiempo a refutar, volvió a acercársele y alargó la mano para retirar suavemente los mechones castaños que le cubrían el cuello. Mientras examinaba la zona afectada con el mismo ojo crítico que tendría un galeno, la joven sintió cómo el aire que él exhalaba le rozaba la piel…y se estremeció de pies a cabeza. Nunca había estado tan cerca de un hombre, mucho menos de uno al que aborrecía tanto, y lo que era peor, a solas.

—Tal como lo imaginé —murmuró, más para sí mismo que para ella, observando la roncha roja e inflamada que tenía en la piel —, fue una maldita abeja. Hay que quitarle ese aguijón de inmediato.

—Pues hágalo —pidió, empezando a notar una extraña presión en el pecho, como si una mano invisible le estuviera aplastando los pulmones.

—Agradezco que me crea lo suficientemente capaz, pero no es tan fácil —musitó, sin apartar la vista de su cuello —. Hasta donde sé, hay que tener cuidado, o el veneno que contiene el aguijón podría expandirse aún más sobre la herida y empeorarla.

Para cuando acabó de decir esa frase, Scarlett no solo sentía que el dolor de la picadura había aumentado a niveles inaguantables, sino que la opresión en el pecho era tan fuerte que se le hacía muy difícil respirar; era casi como si hubiese estado corriendo sin parar durante días.

—N-no me siento bien —susurró de pronto con dificultad, agachando la cabeza y agarrándose del fornido brazo de Alex para lograr mantenerse en pie.

Él se apartó lo justo para mirarla y se aterró: estaba más blanca que un papel y un sudor frío le recorría la frente como si fueran gotas de lluvia.

—Lo mejor es que regresemos a la casa y hagamos traer a un médico —dijo, con una angustia casi patente en la voz —. ¿Se siente capaz de caminar hasta allá apoyándose en mí?

La joven abrió la boca para responder, pero no pudo, porque, de la nada, esta se le secó como

un desierto y la garganta se le cerró como si la mano invisible que le oprimía el pecho se hubiera empeñado en ahorcarla.

—No me conteste —farfulló, apresurándose a tomarla entre sus brazos para llevarla de vuelta a la mansión Wells.

Ella hubiera dado la vida por decirle que la soltara, que no tenía ningún derecho a aprovecharse de la situación para rodearla con sus manazas de salvaje arrogante, pero sencillamente no podía; con cada segundo que pasaba la horrible sensación de asfixia se hacía más y más intensa, llenándole de miedo hasta el último rincón del alma.

—Tranquila. Ya casi llegamos —murmuró Alex intentando tranquilizarla, mientras avanzaba a toda velocidad a través del césped sin siquiera agitarse por el esfuerzo de estarla cargando —. Solo concéntrese en que el aire siga entrando y saliendo de sus pulmones, ¿quiere?

Sin embargo, seguir esas instrucciones le resultaba cada vez más difícil. De pronto, al desesperante dolor en el cuello y a la asfixia, se le sumó una terrible sensación de mareo, como si el mundo hubiese empezado a girar como loco en todas las direcciones, haciendo que su cabeza estuviera a punto de explotar. Sintiendo que era lo único firme a lo que podía aferrarse, apretó con fuerza el bíceps derecho de Alex y se recostó contra su pecho con los ojos cerrados, intentando centrar toda su atención en inhalar y exhalar el delicioso aroma a sándalo que desprendía su camisa de lino blanco.

—Eso es —susurró él, con su boca casi pegada al oído de la joven —; quédese conmigo, respirando, tranquila. Nada malo le sucederá mientras esté conmigo. —La seguridad con la que dijo esas palabras hizo que ella volviera a abrir los ojos para observarlo. Su rostro denotaba miedo, un miedo que no podía ocultar por más que se lo propusiera, sin embargo, en su mirada había algo distinto: una promesa, un juramento de que no iba a permitir que aquella mano asesina e invisible que continuaba arrancándole el aire de los pulmones con cada segundo que pasaba acabara matándola… Y eso, sin saber muy bien por qué, la hizo sentir mejor.

Cinco minutos después, sin dejar de susurrarle dulces y alentadoras palabras al oído, entraron a la mansión, que seguía completamente vacía. Sin perder tiempo, el falso duque se apresuró a subir las escaleras de dos en dos, haciendo gala de una fuerza que Scarlett jamás habría creído posible.

—¿Cuál es su habitación? —indagó, cuando estuvieron en la planta alta.

Ella alargó su trémulo índice para señalar una puerta cerrada unos cuantos metros más adelante. Alex llegó hasta allí y, teniendo las dos manos ocupadas, tuvo la intención de abrirla con una patada, pero no hubo necesidad, porque en ese instante Emma, quien se había empezado a angustiar por la demora de su hermana y pensaba ir a buscarla, la abrió.

—¡Su excelencia! —exclamó, abriendo los ojos como platos, mirándolo a él y luego a la joven, que permanecía agarrada a su brazo, con los ojos cerrados, sudando y temblando de una manera casi aterradora.

—Su hermana está muy mal —farfulló, abriéndose paso para entrar —. Hay que llamar a un médico ya.

—¡¿Qué?! —chilló espantada, aproximándose a ella —¡Pero, ¿qué le pasó, si solo iba a dar un paseo por los alrededores?!

—La picó una abeja y, según creo, es alérgica.

—¿Y cuando usted la encontró ya estaba así o…?

—¡Por favor, señora, no es momento para interrogatorios, ¿no cree?! —bramó —Su hermana se está ahogando, y si no encontramos a un doctor pronto, podría pasarle lo peor.

Emma se quedó pasmada, pestañeando, como si no pudiera dar crédito a sus palabras.

—Ti-tiene razón —balbuceó —. Yo la cuidaré mientras usted va por ayuda, ¿le parece?

Alex asintió y se dispuso a dejar a la muchacha sobre la cama, pero cuando quiso separarse de ella para correr por un galeno, se dio cuenta de que no tenía ni la más mínima intención de soltarlo; al contrario, se aferraba a su brazo como si fuera una tabla de salvación, clavando las yemas de los dedos en el paño de su levita gris con tanta fuerza, que palidecieron al instante.

—No…no se vaya —le suplicó con voz ahogada, gastando un poco del preciado aire que había logrado inhalar —. Tengo… miedo, m-mucho miedo.

—No tardaré más que un par de minutos, se lo prometo —dijo, tomándola delicadamente por los hombros para tratar de recostarla sobre los suaves almohadones de plumas, pensando que tenía que estar verdaderamente mal para desear su compañía en ese momento —. Su hermana se quedará con usted mientras vuelvo.

Pero esa razón no pareció persuadirla en lo absoluto, porque siguió halándolo del brazo y mirándolo con expresión suplicante.

—Por- por favor —rogó.

Era extraño, ni ella misma podía explicárselo, pero estaba convencida de que necesitaba a Alex Lincoln. Sentía que, si se iba, si dejaba de escuchar su profunda y tranquilizadora voz diciéndole que todo estaría bien, de ver en sus ojos la tranquilidad que le había infundido mientras iban de regreso a la casa, el miedo se apoderaría hasta de la última fibra de su ser y terminaría olvidándose por completo de cómo respirar. Por eso, por más que odiara reconocerlo, por más absurdo que pareciera, lo necesitaba; necesitaba que se quedara a su lado, y con él, la esperanza de que ese no sería su último día en esta tierra.

Alex se giró hacia Emma con una mirada dubitativa, como pidiéndole permiso para cumplir el deseo de Scarlett.

—¡No pretenderá que los dejé aquí…solos! —exclamó por respuesta, abriendo los ojos como platos.

El falso duque entornó los párpados, sin poder creer que ella valorara más el decoro que la vida de su hermana.

—Aunque le resulte difícil de creer, jamás me aprovecharía de una mujer que está al borde de la asfixia, lady McSoyer —gruñó.

La joven agachó la cabeza, avergonzada por haber pensado tan mal de él.

—Tiene razón, excelencia, disculpe —musitó y, acto seguido, salió de la habitación como alma que lleva el diablo.

Cuando se quedaron solos, Alex se sentó al borde de la cama y alzó a Scarlett sobre su regazo, como si fuera una niña pequeña.

—¿M-me voy a morir? —balbuceó aterrada, haciendo uso de otra pequeña y esquiva bocanada de aire.

—Shhhtt —la tranquilizó, recostándole la cabeza contra su pecho y acariciándole suavemente el cabello, que se le pegaba a la frente a causa del sudor —. No piense eso; dentro de poco el médico estará aquí y sabrá cómo ayudarla. Por ahora concéntrese en seguir respirando, ¿sí?

Ella notó el tono repentinamente afectuoso y dulce en el que le hablaba, pero no pudo ni quiso

reprocharselo; en lugar de eso, se acercó más a él y usó toda su energía para continuar inhalando y exhalando lentamente. Era extraño, pero estar ahí, recostada contra su pecho, pudiendo escuchar los vigorosos latidos de su corazón, la hacía sentir más tranquila, como si su presencia pudiera protegerla de todo mal, incluyendo la aterradora sensación de asfixia y el punzante dolor de la picadura, que a estas alturas ya se había expandido por todo su cuello, dejándolo tan rojo e hinchado como un tomate.

No supo cuánto tiempo permaneció así, escuchándolo susurrarle al oído que aguantara, que todo estaría bien, pero de pronto comenzaron a adormecérsele las extremidades, y sintió un insoportable calor, como si las llamas del infierno se hubieran trasladado a esa habitación y amenazaran con quemarla viva.

—¿Qué pasa, Scarlett? —indagó Alex cuando la sintió removerse entre sus brazos.

—Tengo mucho calor —jadeó con dificultad, tragando saliva —, siento los brazos y las piernas dormidos —. Era la sensación más horrible que había experimentado nunca, como si todas las fuerzas del cuerpo la estuvieran abandonando progresivamente, impidiéndole hasta la sencilla tarea de mantener los ojos abiertos.

—Es normal —aseguró, apresurándose a soltarla de su caluroso abrazo para dejarla sobre las sábanas frescas —, pero todo pasará en cuanto el maldito médico esté aquí —añadió, empezando a impacientarse por la demora.

Como si le leyera el pensamiento, Scarlett sintió los ágiles pasos del duque aproximarse hasta la ventana para abrirla de par en par, provocando que una refrescante ráfaga de aire invadiera el cuarto.

—¿Me permite deshacerme de estas? —preguntó un momento después, tomándola con cuidado del talón para mostrarle sus preciosas zapatillas forradas en seda plateada.

Ella asintió débilmente, sin fuerzas para negarse a nada.

Con la agilidad de un felino, le desató los finos cordeles de las zapatillas y se las quitó, dejándolas a un lado de la cama antes de volver a su lado.

—¿Mejor? —murmuró, tomándola de la mano.

Ella negó con la cabeza, con los ojos cargados de miedo; era la primera vez que se sentía tan cerca de la muerte. Nunca la había picado una abeja, pero tampoco se le había ocurrido imaginar que pudiese ser alérgica a ellas, ni mucho menos que esa alergia fuera tan grave como para estarle robando hasta el último gramo de aire que respiraba.

—¿De qué otra forma puedo ayudarla? —indagó, con los ojos y la voz plagados de mortificación, sin poder evitar que una punzada de culpa le atravesara el pecho; no estaba acostumbrado a resultar tan soberanamente inútil en situaciones tan desesperadas; pero, para su desgracia, no tenía ni idea de qué más hacer.

Scarlett era consciente de que lo que estaba a punto de pedirle era algo extremo, que su reputación podía quedar por el suelo si alguien llegaba a entrar y los veía; y que, en circunstancias normales, habría preferido morir antes que hacerle semejante petición, sin embargo, estaba tan desesperada por poder respirar, que era lo único que se le ocurría.

—El corsé… —jadeó con dificultad —desháguese de él.

Alex abrió los ojos de par en par, como si acabara de pedirle que matara a alguien.

—¿Está segura de que desea que yo…?

—N-no, pero ta-tampoco quiero morir a-asfixiada —musitó, maldiciéndolo por estarla

haciendo malgastar el aire en explicaciones ridículas.

El falso duque permaneció en silencio un instante, dudoso, pero, finalmente, sabiendo que eso era lo único que tal vez podría ayudarla en aquel crítico momento, acabó por aceptar:

—Está bien, voltéese, por favor —murmuró, adoptando un tono repentinamente caballeroso y distante.

Ella obedeció, girándose con dificultad hacia el lado de la ventana para dejarlo hacer su trabajo.

El joven contempló su torneada figura de espaldas, sin poder evitar preguntarse si lo que estaban viviendo cambiaría en algo las cosas entre los dos cuando todo aquello hubiera pasado; luego, saliendo de sus inoportunas cavilaciones, agitó la cabeza y se agachó, sin embargo, justo antes de que sus hábiles manos empezaran a deshacerse del apretado nudo que le mantenía constreñido el pecho y las costillas, la puerta se abrió de par en par, haciéndolo ponerse de pie de un salto, aterrado.

Era Emma, quien parecía haber atravesado todo Hampshire corriendo, y había llegado a la habitación casi tan agitada como su hermana.

—Ya viene el médico —anunció, doblando el torso para recuperar el aliento —. Está subiendo las escaleras.

—¡Aleluya! —exclamó, levantando las manos al cielo —¿Oyó usted eso, Scarlett? El hombre que va a curarla ya está aquí.

Ella solo asintió débilmente, pues temía que si dejaba escapar el poco aire que le quedaba, acabaría muerta en un santiamén. Los dedos de Alex se posaron sobre su hombro, frotándolo de arriba abajo con dulzura, hasta que casi un minuto después, entró el doctor.

Era un anciano de al menos noventa años, raquítico y con el pelo más blanco que la nieve. Iba apoyando la mano derecha en un endeble bastón de madera, caminando con una lentitud casi desesperante, como si cada paso le costara media vida; y en la izquierda llevaba un gran maletín de cuero negro, donde de seguro cargaba todo su instrumental de trabajo.

Alex le lanzó una mirada ceñuda a Emma, que claramente significaba algo como « ¿No pudo conseguir a alguien que no estuviera a punto de desarmarse vivo, señora?»

Ella se encogió de hombros en gesto de disculpa.

—A ver, a ver, ¿dónde está la damita a la que hay que atender con tanta urgencia? —indagó el viejo en tono casi paternal, sin siquiera percatarse de que el supuesto duque de Berwickshire estaba a su lado.

—Es ella, doctor —informó él señalando la cama, alegrándose de que el hombre no deseara perder el tiempo en reverencias ni saludos inútiles.

El galeno fue hasta allí y se sentó en el borde, volteando a Scarlett bocarriba para poder examinarla.

—¿Dice que fue una picadura de abeja, lady McSoyer? —preguntó, dejando el maletín sobre el buró.

—Sí, en el cuello —se apresuró a contestar Alex —; hace media hora, más o menos.

Sin decir nada, el galeno se inclinó hacia el cuello de la chica y centró su desgastada vista en la picadura.

—¿Algún otro síntoma aparte de la asfixia?

—Tiene mucho calor y siente las extremidades adormecidas.

El médico guardó silencio unos momentos, sin dejar de observar el cuello de su paciente.

—Voy a pedirles el favor de que me dejen a solas con ella. Es un caso grave y debo atenderla de inmediato.

Al escuchar eso, Scarlett dio un resuello desesperado y alargó el brazo para tratar de llegar hasta Alex. Era absurdo, lo más ridículo que le hubiera sucedido nunca, y la pequeña parte de su cerebro que podía pensar en otra cosa que no fuera el dolor le decía que cuando todo aquello hubiera pasado, iba a lamentar estarlo buscando tan desesperadamente; pero, allí, al borde de la muerte, sentía que no tenía otra opción; aquel hombre era lo único que había logrado mantenerla viva los angustiosos minutos en los que Emma había ido a buscar al doctor, y tenía la extraña certeza de que si lo dejaba ir, con él se irían todas las posibilidades de no perecer allí mismo, postrada en una cama ajena, debido a una estúpida picadura de abeja. Resultaba un despropósito de pies a cabeza, pero así era.

—Tranquila, Scar —dijo él en un dulce susurro aproximándose a la cama para darle una suave y tranquilizadora caricia en el hombro, sin darse cuenta de que la había llamado con un diminutivo tan personal y cariñoso —; voy a estar aquí afuera, a unos cuantos metros de ti. No me moveré del corredor, te lo prometo.

Ella abrió la boca para decir algo, pero entonces todo se volvió borroso y las pocas fuerzas que le quedaban la abandonaron por completo, dejándola sumida en el oscuro mar de la inconsciencia.

—¡¿Qué le sucede, doctor?! —indagó Alex, aterrado.

El hombre puso la mano sobre la muñeca derecha de Scarlett, y tras comprobar que su pulso era débil, pero existente, informó:

—Un desmayo. Salgan ya, por favor. Entre más tiempo tarde en revisarla, menos probabilidades hay de…

—¿De qué? —lo interrumpió el falso duque.

Su interlocutor bajó la mirada al suelo, como si no se atreviera a decirlo.

—¡¿De qué?! —gritó con vehemencia, conteniendo apenas el impulso de zarandearlo para que hablara de una buena vez.

—De poder sacarla viva de esto.

Alex tragó saliva, horrorizado, sin poder creer hasta donde había llegado una maldita e insignificante picadura de abeja.

—Vamos, excelencia —murmuró Emma, posando la mano sobre su hombro; si estaba tan nerviosa como él, lo disimulaba a la perfección —; dejemos que el doctor Lockhart haga su trabajo.

Él se quedó quieto un instante, contemplando la inerte y pálida figura de Scarlett. De pronto, para su sorpresa, descubrió que tampoco quería irse; deseaba quedarse con ella, acompañándola; quería que fuera la primera persona que viera cuando abriera los ojos, porque de seguro volvería a abrirlos... ¿O no? Tan solo pensar en esa posibilidad hizo que un horrible y profundo agujero se le abriera en el centro del pecho.

—Está bien —aceptó, solo porque sabía que no podía seguir entorpeciendo la labor del galeno.

Fue una lenta y tortuosa espera para ambos. Emma no dejaba de caminar de un lado para otro, abrazándose el pecho y rezando entre murmullos como una beata, mientras Alex prefirió quedarse junto a la puerta, esperando escuchar la voz de Scarlett llamándolo en cualquier

momento. Se negaba a creer que aquella fierecilla estuviera empezando a importarle aunque fuera un ápice, pero no podía negar el hecho de que la única persona por la que se había preocupado tanto en la vida como en aquellos momentos, era por sí mismo. Sin embargo, estaba seguro de que eso no significaba que estuviera comenzando a sentir algo por ella, mucho menos después de la forma tan altanera y descortés en la que lo había tratado desde que se conocieron; no, lo suyo era… cuestión de humanidad. No podría perdonarse que una mujer que hasta hace nada estaba entre sus brazos, mirándolo como si fuera su única salvación, resultara muerta por una estúpida picadura de abeja.



Una hora más tarde, cuando el silencio comenzaba a parecerles insoportable, oyeron apresurados pasos provenientes de las escaleras. Eran Amanda y Clarisse, que venían prácticamente corriendo, acompañadas de Thomas Wells.

—¡Dios mío! —exclamó la vizcondesa, con los ojos encharcados, llevándose la mano a la boca —¿Es cierto lo que nos acaba de decir una mucama, que Scarlett se ha puesto mal de repente y tuvieron que llamar a un médico? —preguntó, angustiada, acercándose a Emma.

—Así es, madre —corroboró, tomándola afectuosamente de las manos para intentar consolarla —. Bueno, aunque en realidad no fue tan de repente, lord Lincoln y ella se encontraban dando un paseo por los alrededores cuando una abeja la picó; al parecer es alérgica, y eso fue lo que la puso así.

—¿Así cómo? —interpeló Clarisse en un temeroso hilo de voz, como si temiera que su hermana pudiese decirle lo peor.

Emma la observó, y en sus ojos quedaba claro que no deseaba ser ella quien le diera tan malas noticias.

—Al parecer es… algo serio —murmuró agachando la cabeza, como si le costara decirlo —. Cuando el señor duque la trajo no podía respirar bien, y al llegar el médico tuvimos que salirnos de la habitación porque se desmayó.

—¡Ay, mi niña, mi pobre niña! —se lamentó Amanda, hecha un mar de lágrimas y sollozos.

—Excelencia —intervino Wells de repente, dirigiéndose a Alex

—, ¿me permite un instante?

El joven asintió, y los dos se movieron unos cuantos metros, lo justo para que las Lawrence no pudieran oírlos.

—Excelente oportunidad, ¿no lo crees? —susurró el banquero, sin apenas mover los labios.

—¿Perdón? —indagó Alex, frunciendo el ceño, sin comprender.

—Que esta es la ocasión perfecta para que puedas acercarte a la muchacha con toda libertad —explicó —. Cuando esto haya pasado, de seguro estará convaleciente unos días, lo cual te dará oportunidad de visitarla constantemente, llevarle detalles que contribuyan a su recuperación, en fin, llenarla de todas las atenciones necesarias para que salga de Hampshire adorándote como al mismísimo Dios. —Sonrió disimuladamente, con los ojos llenos de entusiasmo.

Alex le lanzó una mirada desdeñosa e incrédula.

—¿No le parece que primero deberíamos rogar para que se salve?

—indagó con rudeza, entornando los ojos.

—¡Ay, por favor, no seas fatalista! —exclamó —. Por supuesto que se salvará. Es joven, sana,

y, además, no conozco a nadie que se haya muerto por la picadura de una miserable abeja, por más alérgico que sea.

Justo cuando Alex había abierto la boca para replicar algo, el médico salió del cuarto, haciendo que todos los presentes corrieran a rodearlo en busca de noticias.

—¿Qué pasó doctor? ¿Cómo está Scarl… la señorita Lawrence?

—se apresuró a preguntar el falso duque, ansioso.

El hombre lo miró de arriba abajo, con aire sorprendido, como si acabara de percatarse de a quién tenía en frente.

—¿U-usted es el duque de Berwickshire? —musitó.

—Así es.

Él se sonrojó de vergüenza.

—Disculpe que no lo haya reconocido ni saludado como es debido apenas entré, excelencia, pero es que con el apremio de…

—Le perdono hasta que me abofetee si me asegura que Scarlett va a estar bien —farfulló, apremiado por conocer el estado de salud de la muchacha.

—Sí, por fortuna, se recuperará. Fue un caso de alergia severa, pero gracias a Dios me llamaron a tiempo. Ya he retirado el aguijón y le he dado un tónico que ayudará controlar la asfixia y los otros síntomas. Lo demás es cuestión de mucho reposo y buena alimentación —informó.

Tanto Alex como las Lawrence dejaron escapar un hondo suspiro de alivio.

—¿Eso quiere decir que no podrá levantarse de la cama, doctor?

—cuestionó Wells, calculador.

—Sí, por lo menos por una semana, mientras su cuerpo se encarga de deshacerse de los restos del veneno naturalmente.

—¿Puedo verla? —preguntó Alex, importándole un rábano lo inapropiada que pudiera resultar su petición.

—No es prudente, su señoría. Por ahora está dormida y conviene dejarla descansar.

—Entiendo —murmuró, algo decepcionado.

Después de que Lockhart le hubo dado a Amanda las últimas indicaciones para cuidar de su hija, se despidió y se marchó.



En los días que siguieron a aquel horrible susto, tal como lo dictaminó el doctor, Scarlett comenzó a recuperarse. Aún se sentía demasiado débil como para salir de la cama, pero, con la ayuda de compresas frías y reposo, el dolor de la picadura casi había desaparecido por completo, lo cual, sumado a la sensación de poder respirar con absoluta normalidad, la hacía sentirse mucho mejor. No recordaba gran cosa acerca de los angustiantes momentos que precedieron al aguijonazo, sin embargo, sí tenía unas cuantas imágenes grabadas a fuego en la memoria, que la torturaban y abochornaban constantemente: ella, suplicándole a Alexander Lincoln que se quedara a su lado, él acunándola en sus brazos con ternura, tranquilizándola, acariciándole el cabello mientras le susurraba palabras mucho más dulces de las que jamás se imaginó que podrían salir de su boca. Ella, pidiéndole que le quitara el corsé para poder respirar… ¡Dios mío, ¿cómo había podido pedirle una cosa así a un hombre, y lo que era peor, a ese hombre?!

Definitivamente, malditas fueran todas las abejas del mundo y la estúpida alergia que por poco la hace quedarse en paños menores frente a él.

No era que no le agradeciera el que la hubiera socorrido en aquellos desesperados instantes, ni que no estuviera francamente sorprendida con su solidaridad, pero tenía miedo de que esa intimidad que aquella situación los había obligado a compartir le diera pie para pensar que de ahora en adelante las cosas serían distintas entre ellos; por eso rechazaba sus visitas, que, desde que había caído en cama, eran por lo menos tres diarias. No quería verlo, no se sentía preparada para mirarlo a los ojos después de haber vivido cosas tan…personales con él.

Y así volvió a ocurrir la mañana del domingo, mientras desayunaba en su habitación junto a su madre y sus hermanas, quienes habían decidido no bajar al comedor para quedarse acompañándola, cuando Alex llamó a la puerta.

—Si es el duque, dile que sigo sintiéndome muy indispuesta para recibirlo —susurró, antes de dar un sorbo a su taza de café.

—¡Pero hija, ese hombre se ha portado como todo un caballero contigo!—le reprochó la vizcondesa —Si vieras la cara de preocupación que tenía mientras el doctor te revisaba, sabrías que es una descortesía de tu parte pagarle de esta manera.

—Lo sé, madre —suspiró cansinamente, volviendo a recostar la espalda sobre los mullidos almohadones de plumas —, pero mírame —Se señaló el demacrado y pálido rostro con la mano —; estoy hecha un desastre, ¿de verdad quieres que me vea así, cuando abajo debe de haber docenas de chicas más lozanas y rozagantes que yo? —Uso aquella excusa porque sabía que, ante la posibilidad de que su mal semblante llegara a espantar al duque y a arrojarlo en brazos de otra, Amanda no se negaría a hacerle caso.

—Tienes razón —concordó con aire meditabundo tras pensarlo un momento —. No es conveniente que te vea hasta que no estés tan bella como siempre.

—Entonces ve y dile lo que te he pedido, por favor.

La mujer asintió y se precipitó hacia la puerta, delante de la cual, tal como había presentido Scarlett, estaba Alex.

—Buenos días, su excelencia —lo saludó con una amplia sonrisa, mientras cerraba la puerta para que él no pudiera ver a su hija por el resquicio.

—Buenos días, *milady* —replicó con un gentil movimiento de cabeza —. ¿Puedo preguntarle cómo sigue la señorita Scarlett?

—Mucho mejor, gracias a Dios; un poco débil aún, pero nada que no tenga solución con el reposo y las medicinas que le recetó el doctor Lockhart.

—¿Eso quiere decir que ahora sí podré verla? —indagó, con una chispa de entusiasmo en los ojos.

—Me temo que no —contestó, mirándolo con expresión pesarosa.

—¿Por qué? —preguntó, alarmado —¿Es que acaso hay algo que me esté ocultando? ¿Es que ella no está tan bien como…?

—¡Oh, no, nada de eso, excelencia! —lo tranquilizó, haciendo un gesto vago con la mano.

—Bueno, ¿entonces? —cuestionó, empezando a perder la paciencia.

—No es nada de lo que deba preocuparse, *milord*, se lo aseguro, es solo cuestión de…vanidad femenina —pronunció las últimas dos palabras casi en un susurro, algo sonrojada.

—¿Vanidad? —repitió con el ceño fruncido, sin comprender.

La vizcondesa lo tomó del codo discreta y respetuosamente, llevándolo unos cuantos pasos lejos de la puerta, como si no quisiese que nadie oyera lo que iba a decirle.

—Sí, vanidad, excelencia. Como le he explicado, gracias al cielo mi niña se encuentra mucho mejor, y le aseguro que tiene tantas ganas de verlo como usted a ella; pero le da pena que la vea tan desmejorada como la enfermedad la ha dejado, así que por ahora no se atreve a darle la cara.

Alex tuvo que hacer un esfuerzo para tragarse una carcajada. ¡Por Dios, ¿qué podía importar que la viera un poco más o menos pálida después de que casi había agonizado en sus brazos?!

—¡Ah, era eso! —suspiró aliviado, esbozando una leve sonrisa. Su interlocutora asintió.

—Bueno, ¿al menos podría darle un obsequio de mi parte, por favor?

—¡Los que usted guste, *milord*! —aceptó, emocionada.

Él sacó un pequeño paquete rectangular forrado en papel plateado del bolsillo interior de su traje y se lo entregó.

—Me hubiera gustado dárselo personalmente, pero, ya que las circunstancias no lo permiten, le ruego que tenga la bondad de entregárselo en cuanto pueda.

—No se preocupe, así lo haré —prometió Amanda.

Ambos intercambiaron corteses palabras de despedida y Alex se marchó por el corredor hacia la planta baja, en donde aún quedaban algunos comensales del desayuno.

—¡Ese hombre definitivamente es un sol! —suspiró la mujer cuando regresó al cuarto, mostrando el mismo aire soñador que una quinceañera enamorada.

—¿Quién? ¿El duque? —indagó Clarisse, untándole un poco de mermelada de cereza a su último trozo de tostada antes de llevárselo a la boca.

—Sí —confirmó —. Me ha pedido que te entregue esto, Scar. —

Caminó hacia la cama y le extendió el paquete.

La joven miró con recelo, primero a su madre, y luego al obsequio.

—¡¿Qué esperas para abrirlo?! —la urgió, agitándolo en el aire.

Ella suspiró y lo tomó, deseando que esta vez fuera algo menos predecible que una caja de chocolates. Y, para su sorpresa, lo era: tras rasgar la envoltura, se encontró que esta vez Alex había optado por regalarle algo de su completo agrado: un libro; nada más y nada menos que *Orgullo y prejuicio*, una de sus obras favoritas desde que había aprendido a leer. Tras examinar detenidamente la portada y pasar los dedos por la fina cubierta, donde se encontraba grabado el título con letras doradas, lo abrió y descubrió que la primera página contenía una nota:

Scarlett,

Espero y ruego a Dios que te encuentres mucho mejor que la última vez que te vi, y que la historia que contiene este libro te ayude a sobrellevar tu aburrida convalecencia,

Con todos mis respetos,

Alex.

—¿Qué dice? —cuestionó Emma, curiosa.

Su hermana leyó en voz alta la nota que el duque había redactado con su perfecta y redondeada caligrafía.

—¡Pero qué maravilla! —exclamó Amanda, fascinada, juntando las manos —¡Ya hasta te habla de tú!

La muchacha se limitó a asentir, pensativa. No hacía falta tenerlo enfrente para darse cuenta de que la familiaridad con la que le había escrito solo podía significar una cosa: que sus temores se habían hecho realidad; seguramente ahora él estaba convencido de que esa maldita picadura de abeja los había acercado, y que cuando volvieran a verse, ella caería rendida a sus pies, agradecida y enamorada por su acto heroico… Y no podía permitirlo, no podía dejar que el duque pensara que lo sucedido le había ayudado a ganar algún terreno en su intención de conquistarla; por eso murmuró:

—Es un buen detalle de su parte, pero… ¿no podríamos devolvérselo?

Amanda la miró como si se hubiera vuelto idiota.

—¡¿Estás loca o qué te pasa, niña?! —le espetó, abriendo los ojos como platos —¡Cómo se te ocurre que vas a hacerle ese desplante!

—Madre, es que esa novela ya la he leído al menos tres veces —dijo con aire quejumbroso, esperando que esa excusa le permitiera deshacerse del inconveniente obsequio.

—¡Pues te la vuelves a leer cuatro, cinco, seis, o las que sean necesarias, ¿entendiste?! —ordenó con severidad —No voy a permitir que pases por la vergüenza de parecer desagradecida con él.

Scarlett bufó y, poniendo los ojos en blanco, recostó la cabeza sobre el cabezal de madera tallada de la cama.

—Es más —continuó Amanda con expresión pícara, como si de pronto se le hubiera ocurrido una gran idea —, ¿por qué no le respondes la nota?

—No —contestó categóricamente, volviendo a incorporarse de golpe.

—Pues yo digo que sí —contraatacó la vizcondesa en tono autoritario, poniendo la mano sobre las caderas.

—Vamos, Scar —intervino Emma —, una nota de agradecimiento no te quita nada, además, creo que mamá tiene razón, es lo menos que ese hombre se merece después de todo lo que ha hecho por ti.

La joven resopló, sabiendo que contra su madre era posible luchar, pero cuando a esa lucha se le unía Emma…todo estaba perdido.

—Está bien —aceptó a regañadientes —. Ya que no me dejan otra opción…

Complacida, Amanda se acercó a la pequeña mesa ubicada junto a la ventana y le pasó la pluma y el papel, donde la joven escribió lo siguiente:

Señor duque:

Le agradezco su obsequio, pero, una vez más, he de recordarle que no le permito que me llame por mi nombre de pila, ni mucho menos que me hable de tú, puesto que no tenemos (ni tendremos nunca), la confianza para tal intimidad.

Atentamente, S.L.

Sabía que esa no era la nota que Alex Lincoln esperaba y, en cierto modo, tampoco la que merecía, sin embargo, no había otra alternativa; tenía que cortar de raíz cualquier esperanza que él hubiese podido llegar a formarse, desanimarlo, dejarle claro que las cosas entre ellos no habían cambiado para nada, por más alardes de caballerosidad que hubiera hecho hacía unos días. Tras soplar la tinta fresca un par de veces para que se secara, dobló el papel por la mitad y se lo

entregó a la vizcondesa, quien se ofreció a llevárselo personalmente al duque.

—¡Ni se te vaya a ocurrir leerlo, madre! —advirtió.

—¡Por favor, niña, ¿por quién me tomas?! —replicó, ofendida

—Sabes que no tengo la horrible costumbre de husmear la correspondencia que no me pertenece.

Y era cierto, tanto, que, aunque de camino a la habitación de Alex se sintió tentada más de una vez a abrir la nota para comprobar que Scarlett no le hubiera escrito nada inapropiado, se contuvo, prefiriendo confiar en ella (y en que la amenaza que le había hecho unos días antes de partir a Hampshire surtiera efecto).

—¡*Milady*! —la saludó él al abrir la puerta, reacomodándose el nudo de la corbata negra que había desatado con intención de dormir un poco antes de bajar de nuevo al comedor para el almuerzo —No esperaba volver a verla tan pronto.

—Lo sé, excelencia, y le ruego me disculpe el atrevimiento de haber venido hasta sus aposentos, pero le traigo esta nota de parte de Scarlett. —Se la extendió y luego, con un dejo de picardía en la voz, añadió—: No sabe cuánto le ha gustado su regalo; las niñas y yo tuvimos que contenerla con todas nuestras fuerzas para que no viniera corriendo como loca a agradecérselo en persona.

Esa afirmación hizo que el corazón de Alex casi brincara de emoción. Si la muchacha de verdad se había puesto tan contenta con su obsequio como para querer levantarse de la cama a agradecérselo, solo podía significar una cosa: que aquella maldita picadura los había acercado mucho más de lo que él hubiera podido lograr por su propia cuenta en toda la semana; lo cual, a su vez, quería decir que el camino para conquistar aquel esquivo corazón empezaba a verse por fin despejado.

Sin embargo, toda la alegría y sensación de triunfo que empezaba a arremolinarse en su pecho, dibujándole una incipiente sonrisa en el rostro, se desvaneció cuando desdobló el papel y leyó su contenido.

¡Maldita sea, ¿pero qué clase de criatura insensible e indomable era Scarlett Lawrence, que ninguna de las cosas que había hecho por ella desde que la conoció lograban ablandarle el corazón?!

Obviamente, no había esperado que saltara corriendo a sus brazos, derritiéndose como un trozo de hielo al sol de mediodía y gritando a los cuatro vientos que lo adoraba, ¿pero esto? ¡Por Dios, ¿qué le costaba escribir una nota de agradecimiento decente, sin poner su desdén hacia él por delante?!

—¿Se encuentra bien, excelencia? —murmuró Amanda, preocupada al ver cómo la expresión en el rostro de Alex se volvía rígida y amarga de pronto, mientras hacía un claro esfuerzo por no triturar la hoja que tenía entre las manos.

Él la miró a los ojos, convencido de que no tenía ni idea de lo que su querida hijita acababa de escribirle en esa nota.

—Sí, señora, perfectamente —dijo, procurando mantener la voz inexpresiva, carente de toda la rabia que le producía aquella fierecilla y sus malos modales.

—¿Y desea que le lleve alguna respuesta a Scarlett?

Bien pueda decirle que se vaya al infierno, pensó, pero, dándose cuenta de lo inoportuno que sería para sus planes contestarle con una grosería igual a la que ella acababa de hacerle, se limitó

a murmurar:

—Dígale que la veré cuando volvamos a Londres.

Dicho esto, hizo una breve reverencia y le cerró la puerta en la cara, dejándola absolutamente pasmada.

Una vez solo, Alex comenzó a caminar de un lado para otro con sus largas zancadas de felino, sintiendo la furia crecer a pasos agigantados dentro de su pecho. Con esa estúpida nota le quedaba más que claro que aquello estaba pasando de castaño a oscuro, y que conquistar a Scarlett Lawrence, más que una cuestión de dinero, se le estaba empezando a convertir en un asunto de dignidad, de orgullo… en un reto que no iba a permitirse perder. Jamás en la vida había sido rechazado por una mujer, y esa maleducada fierecilla de los demonios no iba a ser la primera, aunque tuviera que juntar el cielo con la tierra para lograrlo.

—¿A eso quieres que juguemos? —le preguntó de pronto a su reflejo en el espejo, que lo miraba con los ojos brillantes de furia, como si la tuviera delante y quisiera estrangularla —Muy bien, pues así lo haremos. Juro por Dios que lograré que caigas rendida a mis pies, muerta de amor, aunque sea lo último que haga.

7
Muro infranqueable

Cinco días más tarde, con Scarlett completamente restablecida (y feliz de no haber vuelto a tener que soportar las visitas del duque durante el resto de su estancia en Hampshire), la familia Lawrence estaba de regreso en su residencia de Mayfair.

—Lo único que lamento —dijo Clarisse mientras entraban al vestíbulo, seguidas por un par de lacayos que cargaban su numeroso equipaje —es no haber disfrutado más de los bailes y las otras actividades que el señor y la señora Wells tenían preparadas para los invitados.

—Y todo por mi culpa —murmuró Scarlett, apesadumbrada, alargando la mano para frotar el hombro de su hermana menor cariñosamente —; perdóname.

—No seas tonta, Scar, como tú siempre dices, nadie tiene la culpa de enfermarse, además, para mí fue un gusto cuidarte —replicó con sinceridad.

Ella le dedicó una afectuosa sonrisa, agradeciéndole con la mirada todo el amor que le profesaba, pues durante su convalecencia había sido la única que se había negado a abandonar la cabecera de su cama las veinticuatro horas del día, pendiente de cualquier cosa que pudiera necesitar.

—*Milady* —saludó de pronto el mayordomo, haciendo una exagerada reverencia.

—Buenas tardes, Francis, ¿hubo alguna novedad mientras estuvimos fuera?

—Ninguna, excelencia. Bueno, solo esta carta para lady Emma —informó, extendiéndole a la joven un sobre blanco que ella se apresuró a tomar —. Llegó esta mañana.

Al romper el sello de lacre y empezar a leer, sintió un vacío en el estómago: Matt, como le decía de cariño a su hijastro, no solía escribirle a menudo, a menos de que se tratara de algo muy, muy importante.

—¿Qué pasa, querida? —le preguntó su madre, viendo que se había puesto pálida de repente.

—Un problema en Dorsetshire —Fue todo lo que replicó antes de salir corriendo por las escaleras que conducían a la segunda planta.

—¡Pero, ¿qué problema, cariño?! ¡¿Hay algo en lo que podamos ayudarte?! —exclamó Amanda, alarmada, corriendo detrás de ella, seguida por Scarlett y Clarisse.

—No, madre, gracias. Debo volver a casa ya mismo; Matt me necesita —contestó, entrando en su habitación para empacar sus cosas.

—¿De verdad no piensas contarnos qué dice esa carta? —indagó Clarisse, mientras las tres veían a Emma ir y venir de un lado para otro a toda prisa, poniendo sus vestidos y objetos personales en un gran baúl que había sacado de debajo de la cama.

La joven paró un momento y las miró; parecía confundida, como si un tsunami estuviera revolviéndole la cabeza, haciéndola incapaz de pensar con claridad.

—N-no es nada —tartamudeó, nerviosa —, solo que… los trabajadores de la hacienda enloquecieron de repente; están pidiendo que se les aumente el jornal de una manera absurda, y amenazan con marcharse si no se les paga lo que exigen.

—Pero, ¿cómo es posible? Un problema de esa magnitud debe llevar meses gestándose, y tú no nos contaste nada cuando llegaste —terció Scarlett, sorprendida.

—No lo sabía —murmuró, mordiéndose el labio y desviando la mirada. Nadie podía sospechar

que estaba mintiendo, que el mensaje que había recibido en ese papel era mil veces más grave que eso —. ¿Quieres hacerme un favor, Clari? —farfulló, deseando cambiar de tema —Pídele a Francis que venga a ayudarme con el equipaje y que le diga al cochero que tenga listo el carruaje cuanto antes.

Ella asintió y corrió como alma que lleva el diablo hacia el piso de abajo.

Cuando se quedaron solas, las dos mujeres miraron a Emma fijamente. Por un instante, Scarlett pudo jurar que la profunda angustia que veía en los ojos de su hermana era producto de algo muy serio… tal vez mucho más de lo que se había atrevido a revelarles. Quiso preguntárselo, pero la vizcondesa la interrumpió:

—¿Segura que podrás arreglarlo, cariño? —cuestionó, en un tono de voz que denotaba infinita preocupación —Si quieres, puedo hablar con el señor Wells y decirle que necesitamos que se haga cargo de...

—Te lo agradezco, pero no es necesario —la cortó bruscamente, molesta porque la tratara como a una niña pequeña e incapaz de resolver sus propios asuntos (los cuales, siendo la condesa viuda de Dorsetshire, le competían más que a nadie) —. He podido encargarme de todo perfectamente desde que Martin murió, y te aseguro que esta vez no será la excepción.



Diez minutos más tarde, las cuatro se encontraban en el vestíbulo, despidiéndose.

—¡No sabes cuánto te voy a extrañar, corazón! —lloriqueaba Amanda, aferrada a la cintura de su hija mayor, secándose los gruesos lagrimones con su fino pañuelo de seda rosa.

—No exageres, madre, que no es la primera vez que debo regresar al condado antes de lo previsto —replicó esta con una leve sonrisa, besándole la frente —; además, ya te he dicho que pienso volver pronto, en cuanto todo se solucione.

Dándole un último y afectuoso apretón de brazos, se separó de ella y se dirigió a sus hermanas, que estaban junto a la puerta.

—Pórtate bien en mi ausencia, cabrita loca —le dijo a Clarisse en tono de broma, regalándole una sonrisa casi maternal y acariciándole el cabello.

—No prometo nada —contestó, con su acostumbrada picardía.

—Y a ti —Dio un paso hacia Scarlett y tomó su rostro entre las manos —, espero que cuando vuelva pueda encontrarte felizmente enamorada y comprometida con un hombre que valga la pena.

Ella rio con ganas, dejando ver su perfecta y brillante dentadura.

—Entonces me temo que tendrás que volver el siglo que viene, Emm.

Las dos se sonrieron y se abrazaron un largo rato, hasta que el cochero apareció en la puerta, informando que todo estaba listo para partir.



El domingo en la tarde, un día después de la partida de Emma, Scarlett aprovechó que su madre y Clarisse habían ido de compras a la bonetería de madame Lestrange para hacer algo que consideraba impostergable: ir a ver a Alexander Lincoln.

Era imperativo para su paz mental devolverle el libro que le había regalado, y dejarle claro una vez más, si es que la cortante nota que le había enviado en Hampshire no lo había hecho ya, por

supuesto, que las cosas entre ellos seguían exactamente igual que antes de aquel desagradable episodio de la picadura de abeja.

Pensando en las palabras que podría usar para resultar lo suficientemente enfática sin parecer grosera, se levantó de la cama, se dio un baño y se arregló: optó por usar un bonito vestido de seda azul cielo con encajes color crema en las mangas, combinándolo con unos guantes y un elegante sombrero del mismo tono, cuyas alas eran tan anchas que por poco le ocultaban todo el rostro. Una vez lista, se contempló en el espejo y, como una rutina adquirida, se pellizcó las mejillas con fuerza para darles un poco de color, mientras rogaba a Dios no encontrarse con nadie conocido en el camino, pues sería muy difícil explicar qué hacía sin carabina, golpeando a la puerta de la casa de un hombre soltero que, a esas alturas, todo Londres sabía que tenía cierta predilección por ella.

—¿Gusta que la lleve a algún lado, señorita? —preguntó Marcus, el joven cochero, viéndola encaminarse hacia la calle.

Ella lo miró y después paseó la vista por los alrededores; el día estaba soleado y fresco, más que apetecible para dar una caminata hasta la mansión del duque, pero, creyendo que tal vez sería mejor ir oculta en el carruaje para no coincidir cara a cara con nadie, aceptó.

—Sí, a la mansión Lincoln —pidió, caminando hacia el landó familiar tirado por un precioso caballo dorado, cuyas crines refulgían aún más con el sol —. ¿Sabes dónde queda?

—Por supuesto, señorita —afirmó —. Está solo a unas pocas cuadras de aquí.

Le dio la mano para ayudarla a subir, y partieron. Durante todo el trayecto, Scarlett mantuvo la vista fija en la ventana, sin pensar en nada en particular, mientras sus finos dedos tamborileaban sobre la cubierta del libro que Alex le había regalado. Sin saber muy bien por qué, lo abrió y volvió a leer la nota escrita en la primera página. «*¡Maldita abeja de los demonios!*», pensó; si no fuera por su inoportuna picadura, ahora ella no estaría yendo hacia la casa del duque, a punto de enfrentar el incómodo momento que de seguro le aguardaba.

Diez minutos más tarde, tras andar a paso moderado por las adoquinadas calles de Londres, que ese día por suerte parecían estar mucho menos concurridas que de costumbre, llegaron a su destino. La vivienda era una de las más majestuosas de toda la ciudad: con su alta y reluciente fachada blanca de tres pisos, rodeada por jardines llenos de rosales multicolores, los cuales le aportaban un toque tan vívido y alegre al ambiente, que era casi imposible apartar la vista de ellos.

—No te muevas de aquí, Marcus —ordenó, una vez sus pies volvieron a pisar tierra —. No tardaré.

—Como mande, señorita.

La muchacha se adentró en la propiedad caminando con paso lento; cuando estuvo frente a la puerta respiró profundo y alzó dubitativamente la mano para llamar, pero antes de que agarrara la fina aldaba de metal, alguien le abrió.

—¡Señorita Lawrence! —exclamó Alex, sorprendido de encontrarla allí —Justo iba a ir a su casa a visitarla.

Ella miró hacia ambos lados, incómoda, pues sabía que no era correcto presentarse allí sola, y que, si alguien llegaba a verlos, aunque fuera a través de las rejas de bronce negro que encerraban los jardines, su reputación estaría arruinada.

—Pues ya ve que no hizo falta —farfulló —. ¿Me permite pasar?

Necesito hablar con usted.

Él la miró perplejo, como si la mujer que tenía en frente no se pareciera en nada a la Scarlett Lawrence que conocía.

—¿Usted quiere…entrar a mi casa, sola, sin carabina, ni nada? —indagó pausadamente, arqueando una ceja.

—No me diga que corro peligro estando a solas con usted, excelencia —repuso en un tono que pareció irónico e inquisitivo a la vez.

—No. Por supuesto que no. Adelante —replicó, apartándose para darle paso.

Si por fuera la vivienda parecía un palacio, el interior no se quedaba atrás: tenía un recibidor grande y luminoso, con el piso alfombrado de rojo y las paredes pintadas de un cálido color verde oliva, decoradas con preciosos cuadros de distintos tipos de paisajes, los cuales contrastaban a la perfección con las escaleras de mármol blanco que conducían a la planta alta, cercada por una balaustrada que dejaba a la vista una larga hilera de habitaciones con las puertas cerradas.

—Si gusta podemos charlar en el salón de té —dijo el falso duque, haciéndole un gesto con la mano para indicarle una amplia estancia a la derecha, mientras se preguntaba qué diablos era tan importante como para haberla llevado hasta allí, queriendo que hablaran en privado.

Scarlett asintió y empezó a caminar con paso firme y altivo, dando gracias a Dios de que no hubiese servidumbre a la vista para atestiguar que estaba a punto de entrar a un cuarto a solas con él.

—¿Quiere té, café, limonada, o algo? —indagó caballerosamente cuando estuvieron adentro.

—No, gracias. —Se irguió aún más en su lugar —. La que vengo a hacer no es una visita de cortesía, así que espero que se extienda lo menos posible.

Él suspiró larga y pesadamente; no cabía duda de que *La fierecilla* iba en son de guerra, como siempre.

—La escucho —murmuró.

—He venido a devolverle esto. —Extendió el libro que le había regalado y lo dejó sobre la pequeña mesa de té que los separaba.

Alex le dirigió una mirada a la portada y luego a ella, con una extraña mezcla de incredulidad, decepción y algo de rabia en los ojos.

—Sí, ya me di cuenta de que no le gustó. Me lo dejó bastante claro en esa…educada nota que me envió con su madre —musitó, sin poder evitar el dejo de sarcasmo en su voz.

Su plan original era olvidar aquel incidente, ignorar que Scarlett había respondido a una atención suya enviándole el recado más grosero y desagradecido que había leído nunca para así poder seguir intentando enamorarla sin rencores ni resentimientos, pero el hecho de que estuviese allí, teniendo la osadía de devolverle el regalo que le había dado, francamente lo molestaba…y mucho. ¡Por Dios! ¡¿Tan imposible le resultaba tener la decencia de aceptarle un presente después de todo lo que había hecho por ella?! ¡¿Tanto lo aborrecía que no podía siquiera tolerar la más mínima cosa que viniera de él?!

—No se trata de eso, excelencia —murmuró agachando la mirada, como si hubiera notado la decepción en las palabras de Alex y se avergonzara de haberla causado.

—¿Entonces? —cuestionó, desesperado, intentando entender el porqué de ese maldito muro que ella no le permitía atravesar para acercarse a su corazón.

—Es que no puedo ni deseo aceptar nada que provenga de usted.

Él tuvo ganas de acercarse a ella y tomarla por la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos, pero se contuvo.

—¿Puedo preguntarle por qué? —susurró.

—Porque eso significaría alentar en usted la idea de que podemos llegar a ser mucho más que simples conocidos, cosa que, como ya le he dicho antes, jamás pasará.

Alex aguardó en silencio y, aunque no lo pidió a viva voz, Scarlett supo por la expresión de su rostro que estaba esperando a que ampliara aquella explicación.

—Escuche, excelencia, estoy muy agradecida de que se haya usted tomado tantas molestias conmigo cuando esa…estúpida abeja me picó, pero eso no cambia nada entre nosotros.

—¿Qué es lo que no cambia, señorita? —preguntó con el ceño fruncido, en un tono repentinamente bajo y profundo, que a cualquier mujer le habría dejado las piernas como gelatinas.

Scarlett levantó el rostro y lo miró a los ojos con una seguridad apabullante.

—Que por ahora no deseo casarme, ni con usted, ni con nadie —afirmó, como si aquello fuera algo que nada ni nadie en el mundo pudiese cambiar.

—¿Y por qué no? —murmuró, clavando sus ojos en los de ella

—¿Tan poca cosa le parezco, que ni siquiera me considera digno de intentar ganarme su corazón?

Aquella pregunta la sorprendió, la desarmó por completo, sin embargo, se obligó a mantener la firmeza en su voz y su semblante antes de responder:

—Ya le he dicho muchas veces lo que pienso de usted, y eso no va a cambiar con lo que pasó en Hampshire. —Hizo una breve pausa y suspiró, como si necesitara tomar fuerza para pronunciar las siguientes palabras —. Mire, yo le agradezco mucho lo que hizo por mí, de verdad, pero…

—Pero es usted tan prepotente, que por más cosas que yo haga jamás me dará una oportunidad, ¿no es cierto? —cuestionó Alex, con una chispa de rabia casi palpable en la voz. Aquella mujercita tenía el poder de desesperarlo, de llevarlo al límite de su paciencia… ¡¿Por qué demonios todo tenía que ser tan difícil con ella?!

Esa afirmación la enfureció. ¡Ahí estaba ese arrogante de nuevo, insultándola, volviéndole a echar en cara las veces que la había ayudado a salir de algún problema! ¡¿Por amor de Dios, como diantres esperaba que llegara a enamorarse de él, si cada cosa buena que hacía acababa cobrándosela de esa manera, como si ella le debiera la vida y tuviera que pagársela aceptándolo?!

—Usted no entiende nada —siseó, con la mandíbula apretada, pensando en lo inútil que sería tratar de explicarle a aquel odioso las razones que la llevaban a rechazarlo (a él y a cualquiera que pretendiera cortar sus alas para encerrarla en la jaula de un matrimonio sin amor).

—¡Ja, claro que lo entiendo! —exclamó, burlón —Aunque no lo crea, algo he llegado a conocerla después de todos los desplantes que me ha hecho.

—¿Sabe qué? —farfulló, cansada de discutir —Como ya le he devuelto su libro y le he dejado claro que nada ha cambiado ni cambiará nunca entre nosotros, que son las únicas dos cosas que me han traído hasta aquí, ¡me voy! —Le dirigió una última mirada de desprecio y se dio la vuelta para marcharse, pero justo cuando estaba por atravesar el umbral de la puerta, lo oyó preguntar:

—¿Por qué?

Hubiera querido dejarlo allí y largarse de una buena vez, sin embargo, en lugar de eso se sorprendió girando sobre sus talones para mirarlo de nuevo a la cara.

—¿Por qué, qué? —siseó, sintiendo que la respiración comenzaba a agitársele de la ira.

Alex dio tres largos pasos hacia adelante, acortando significativa mente la distancia que los separaba.

—¿Por qué tanto desprecio hacia un hombre que lo único que ha intentado hacer desde que llegó es demostrarle que usted le interesa de verdad… y mucho? —preguntó mirándola con intensidad, adoptando la estrategia de parecer un manso e inocente corderito que tanto le había funcionado en sus conquistas anteriores.

Scarlett se acercó a él, quedando a escasos centímetros de su rostro.

—¿En serio quiere que le diga por qué? —murmuró, entornando los ojos —Porque usted es un peligro para mí.

Esa confesión hizo que Alex se echara a reír.

—¿Se puede saber qué le divierte tanto? —indagó ella, ofuscada, haciendo un esfuerzo monumental para no ahorcarlo con sus propias manos y borrarle esa risita estúpida de la cara.

—Nada, es solo que, de todas las mujeres que he conocido en mi vida, ninguna me había acusado de ser un peligro para ella.

—Bueno, pues mucho gusto —repuso, mirándolo fijamente, sin que le hiciera ni una pizca de gracia lo mucho que parecía estarle divirtiendo la situación —; he aquí la primera que lo considera alta e irremediablemente peligroso. Ahora que ya le respondí lo que quería saber, me voy.

Más resuelta que nunca, volvió a girarse hacia la puerta, pero, antes de poder dar siquiera un paso, sintió la cálida mano de Alex tomarla suavemente por la muñeca.

—Espere —murmuró —. Deme solo un minuto, por favor.

Scarlett bufó, deseando más que nunca marcharse de aquella casa que nunca debió haber pisado, no obstante, algo en el fondo de su ser la detuvo; tal vez el dejo suplicante que escuchó en la voz del duque al hacerle esa petición, o la inconveniente y repentina certeza de que regalarle un minuto de su tiempo era lo único que se merecía el hombre que, mal que bien, había ayudado a salvarle la vida (aunque en ese momento se estuviera comportando como un verdadero patán). Se dio la vuelta lentamente y lo miró a los ojos, que de pronto habían adquirido una intensidad avasalladora.

—¿Qué diablos quiere ahora? —murmuró, con las facciones de su bello rostro convertidas en piedra.

—Esto. —Antes de poder siquiera parpadear, Scarlett sintió la potente mano de Alex tomándola por la cintura y atrayéndola hacia su cuerpo con un movimiento firme, pero delicado, al tiempo que sus labios se apoderaban de los suyos en un beso ardiente y feroz. Estaba tan perpleja, que por un microsegundo todo lo que pudo hacer fue quedarse quieta, con la mente en blanco, percibiendo la experta boca del duque deslizándose sobre la suya apasionadamente, casi como si con ello esperara encender una chispa dentro de ella y lograr que correspondiese de la misma forma… pero no sucedió; en lugar de eso, un instante después una furia asesina se apoderó de su pecho, haciéndola dirigir su mano hacia un único objetivo: la mejilla derecha de Alex. Le asestó una cachetada tan contundente, que por poco le hace tambalear los dientes, logrando que retrocediera de inmediato.

—¡Auch! —chilló, llevándose la mano al pómulo y doblándose un poco sobre el torso, sintiendo cómo la piel empezaba a palpitarle de dolor.

—¡Nunca jamás en su cochina vida vuelva a besarme! —gritó Scarlett, roja de la ira, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas y las llamas del infierno bailándole en las pupilas.

—Pega usted fuerte, ¿eh? —Fue lo único que acertó a decir, masajeándose la mejilla.

—¡¿Eso es todo lo que tiene que decir, que pego fuerte?! — aulló, entre sorprendida e indignada ante su descaro.

—¿Acaso esperaba algo distinto después de que casi me parte la cara? —indagó, sarcástico, fulminándola con la mirada. Era la primera mujer en el mundo que se había atrevido a golpearlo, y aún le costaba creer que hubiese osado a tanto; pero claro, debía haberse esperado una reacción así, después de todo, por algo le llamaban *La fierecilla*.

—¡Ah, no sé, tal vez un «Perdóneme, señorita Lawrence, ha sido una completa salvajada de mi parte besarla sin su consentimiento»! —graznó, fúrica.

Él le dedicó una sonrisa irónica.

—No pienso disculparme con una arrogante como usted, que lo único que sabe hacer es romper mandíbulas y corazones. —Volvió a masajearse el pómulo con fuerza, preguntándose cuantas compresas frías necesitaría para disminuir el punzante dolor que el golpe le estaba causando.

El pecho de Scarlett se llenó de ira. ¡¿Por amor de Dios, cómo podía haber en el mundo un hombre tan despreciable como ese, que, además de besarla a la fuerza, se atrevía a insultarla de semejante manera?!

—Yo tenía razón sobre usted. Siempre la tuve —siseó con desdén, arrugando la nariz como si le diera asco tenerlo cerca —: es una porquería.

Él suspiró, con el rostro desprovisto de cualquier emoción, como si aquel insulto no le hubiese afectado en lo más mínimo.

—Puede ser, pero ahora al menos he comprobado una teoría que no me dejaba dormir, y que era necesario poner en práctica antes de que acabara enloqueciéndome.

—¿Cuál? —le espetó, sin entender por qué seguía allí, parada frente a él, escuchando el montón de sandeces que salían de su boca.

—Que es usted absolutamente inmune al más poderoso de mis encantos y que, por lo tanto, tendré que buscar otra forma de conquistarla —replicó, solamente para darse el gusto de hacerla rabiar un poquito más, si es que eso era posible, claro.

Scarlett sintió un potente temblor invadirle el cuerpo, y tuvo ganas de abalanzarse sobre él para arrancarle la cabeza, sin embargo, en lugar de eso, solo escupió un sentido:

—¡Púdrase!

Y se marchó, dejándolo con mil cosas por decir, pero, sobre todo, con la frustrante certeza de que la pasión de sus besos tampoco era el camino correcto para llegar hasta su esquivo corazón.



Subida en el carruaje, Scarlett no pudo dejar de pensar en el duque, maldiciendo una y mil veces el momento en el que se le había ocurrido la estúpida idea de ir hasta su casa sola, sin nadie que pudiera protegerla de él y sus arranques de lujuria. ¡Por amor a Dios! Había tenido el descaro de robarle un beso. ¡Un beso! Y no cualquiera… El primero. Uno que, a pesar de todo, ella siempre

imaginó que sería especial, porque se lo daría al hombre adecuado, alguien bueno, honesto, que se hubiera ganado su corazón a pulso y le hubiera demostrado que estaba dispuesto a amarla incondicionalmente, sin importar que fuera una mujer tan distinta a las demás… Y en lugar de eso, ¿qué había obtenido? Un beso forzado, dado por los labios de un salvaje y prepotente al que detestaba, y que lo único que pretendía era comprobar una estúpida y egocéntrica teoría sobre sus encantos. Pasó todo el camino rabiando mentalmente, con el pulso alterado, jurándose a sí misma que le partiría la cabeza a Alexander Lincoln si osaba a ponerle un solo dedo encima en lo que le quedaba de vida.



Cuando llegó a casa, Clarisse se encontraba en la sala, apoltronada en el mullido sofá color crema, leyendo los últimos avances de la novela de Scarlett, que ella misma le había dado la noche anterior.

—¡Esto está fenomenal, hermanita! —la felicitó al percibir su presencia en la estancia, sin siquiera levantar la vista para mirarla, pues la historia estaba demasiado interesante como para perderle el hilo —Le has dado un vuelco a la trama que…

—¿Mamá vino contigo? —la interrumpió, apurada, sintiendo que, si no le contaba a alguien lo que acababa de sucederle con el duque, iba a atragantarse de la ira.

La muchacha levantó el rostro y la observó, extrañándose de inmediato de su palidez y su semblante descompuesto.

—Sí, pero se fue a recostar a su habitación porque llegó algo cansada, ¿por qué?

—Ven, vamos a mi cuarto. Necesito contarte algo —dijo, tomándola de la mano y casi arrastrándola tras de sí.

Una vez allí, le contó todo detalladamente: cómo había aprovechado la ausencia suya y de Amanda para ir a devolverle el libro a Alex, la conversación que habían sostenido y, finalmente, la forma tan ruin, sorpresiva y descarada en que se había atrevido a besarla.

—¡¿Que hizo qué? —gritó Clarisse, entre conmocionada y emocionada, saltando de la cama como si se hubiera clavado un alfiler en las posaderas.

—¡Me besó, pero cállate, que mamá está en el cuarto de al lado y puede oírnos! —la reprendió en un susurro, haciéndole un gesto con la mano para que volviera a sentarse.

—¡Dios santo! —exclamó, abriendo sus hermosos ojos miel como platos —¡Cuéntamelo todo! ¿Cómo fue? ¿Qué sentiste? ¿Qué pasó después? ¡Lo quiero todo, detalle a detalle, Scarlett, no se te ocurra omitir ni una sola sílaba!

—¿Que cómo fue? ¡Espantoso! —aseveró enérgicamente —Estaba a punto de irme y me agarró por sorpresa.

—¿Te refieres a que te forzó? —indagó, sorprendida ante la posibilidad de que un hombre tan caballeroso como el duque, fuera en realidad un sátiro.

—Pues usó sus manazas de salvaje para atraer mi cuerpo hacia el suyo y poderme besar. Si eso no se llama forzar un beso, no sé qué más pueda ser —dijo, sin poder evitar que una punzada de rabia volviera a acometerla con tan solo recordar el momento.

—¿Es decir que no te gustó, ni un poquito? —preguntó, con la mirada llena de picardía.

—¡Por Dios, Clarisse, claro que no! —exclamó, casi indignada

—¿Cómo crees que a una mujer decente como yo puede gustarle que la besen a la fuerza?

—Pues hay besos robados que son muy románticos —sugirió, encogiéndose de hombros.

—¡Pero este no fue el caso! —musitó —Es más, recuérdame nunca escribir una escena que tenga algún beso robado. Ahora que los he experimentado en carne propia, me he dado cuenta de que son horribles.

—¡Ay, por favor, Scar! Eso lo dices porque él no te agrada en lo absoluto; estoy segura de que si te simpatizara, habrías venido a contármelo todo, pero brincando en un pie de la dicha.

—Seguramente —admitió, porque siempre había imaginado que cuando recibiera su primer beso, su reacción sería justamente esa —, pero como Alexander Lincoln y sus besos no me simpatizan, ni lo harán nunca, podemos pasar a otro asunto.

Clarisse suspiró largamente, resignada.

—Está bien, ¿y qué pasó luego?

—¿Qué va a ser? Que le di una bofetada para que aprenda a respetarme —replicó con una leve sonrisa satisfecha, muy orgullosa de sí misma.

—¡¿Tú abofeteaste al duque?! —vociferó, volviendo a saltar de la cama como si una mano invisible la hubiera empujado.

—¡Por supuesto que lo abofeteé! ¿Qué más esperabas que hiciera después de semejante majadería? De alguna forma tenía que dejarle claro que conmigo no puede jugar de ese modo, ¿no? ¡Además, ya te he dicho que bajes la voz; no queremos que todo Londres se entere!—la riñó, mirándola con severidad.

—Lo siento —se disculpó, volviendo a convertir su voz en un susurro y sentándose de nuevo —, pero es que todo esto me parece tan emocionante, tan romántico… —Suspiró, con la mirada llena de ilusión, deseando que algún día un hombre tan guapo como Alexander Lincoln se fijara en ella.

—Pues no veo qué puede tener de romántico el hecho de que un casi completo desconocido, a quien aborrezco como a nadie en el mundo, haya osado poner sus labios sobre los míos (cosa que, por cierto, no pareció avergonzarlo en lo más mínimo), y luego tener que apartarlo de una cachetada que por poco lo manda a Pequín.

—Pues sí —concedió Clarisse encogiéndose de hombros —, es cierto que, así como lo cuentas, no parece nada emocionante, pero…

Antes de poder terminar la frase, el atronador golpe de la puerta al abrirse resonó en toda la estancia... Y a ambas se les heló la sangre al ver de quién se trataba.

—¡¿Que tú hiciste qué?! —bramó Amanda, entrando con paso firme y furioso.

Su rechoncha cara estaba tan roja como un volcán, y sus ojos de animal colérico solo denotaban una cosa: ganas de asesinarla. Sin duda había estado escuchando la conversación detrás de la puerta desde sabría Dios cuando.

Al contemplar la fúrica expresión en el rostro de su madre, un intenso escalofrío recorrió a Scarlett de pies a cabeza, y su mente solo pudo pensar una cosa: «*Prepárate, porque aquí viene lo peor».*

8

Sueños rotos

—¡Ma-madre! —tartamudeó aterrada, poniéndose de pie de un salto —¿Desde hace cuánto estás ahí?

—¡No me cambies el tema! —gritó, con tanta potencia que parecía que sus pulmones estaban a punto de reventar —¿Es verdad que le diste una bofetada al duque?

El corazón de la joven retumbó enloquecido dentro de su pecho, mientras sentía cómo la respiración comenzaba a agitársele, y las palmas de las manos se le cubrían de sudor. Si Amanda llegaba a confirmar lo que había hecho, no solamente era capaz de destrozar su manuscrito, sino también su cara, de eso estaba segura.

Permaneció callada, sin saber qué decir, tragando saliva una y otra vez, hasta que la boca se le secó.

—¡Habla! —la urgió, cada vez más furiosa —Y no te atrevas a mentir, porque te aseguro que tengo formas para enterarme si lo haces… y te puede ir mucho peor.

Scarlett miró a Clarisse, quien le dirigió una mirada de compasión mezclada con disculpa, al saber que seguramente eran sus alaridos los que habían puesto sobre aviso a su madre.

Sabiendo que no tenía otra alternativa, respiró profundo, reunió todo el valor del que fue capaz, y replicó con voz firme:

—Sí, eso hice. —En el fondo, una minúscula parte de su ser le decía que la mujer que le había dado la vida no podía ser tan cruel, que apenas le explicara los motivos que había tenido para golpear a Alexander Lincoln, ella se pondría de su lado y hasta iría a reclamarle a ese engreído por su bajeza.

—¿Es cierto que lo hiciste porque te besó? —le espetó.

—Sí.

—¡Estúpida! —chilló, al tiempo que su iracunda mano se abalanzaba sobre su mejilla para darle una bofetada monumental, cuya fuerza la dejó tendida sobre la cama, con lágrimas instantáneas en los ojos —¡Uno de los hombres más ricos y poderosos de Inglaterra te demuestra su interés por ti con un beso, y lo único que se te ocurre es aflojarle los dientes a golpes!

—¡Madre! —exclamó Clarisse, en un tono de estupefacción y reproche a la vez.

—¡No te metas, o te juro que soy capaz de darte de golpes a ti también! —le espetó, mientras Scarlett volvía a incorporarse sobre la cama mirando a su progenitora con desdén.

—Sí, estúpida por pensar que me entenderías —se recriminó, más a sí misma que a ella, mientras masajeaba su magullada mejilla, sintiendo cómo las lágrimas le corrían entre los dedos.

—¡¿Cómo demonios quieres que te entienda?! —graznó, agitando los brazos a los lados como una loca —¡Si estás echando tu vida por la borda al rechazar a un partido como ese, que además está loco por ti!

—¡Mi vida se hubiera ido por la borda si alguien nos ve en esa situación! —vociferó, poniéndose de pie para enfrentar a su madre, que en ese momento más bien parecía su peor enemiga.

—¡Pero nadie lo hizo, zopenca! —la insultó —¡Y aunque así hubiera sido, cualquier mujer medianamente inteligente sabe que el beso de un hombre tan importante como ese no se

responde con una cachetada!

Scarlett la miró con asco, sin poder creer lo que estaba oyendo. ¡Por Dios, ¿qué clase de mujer consentía que un hombre ultrajara a su hija solo porque era un duque?!

—Eres repugnante, madre —siseó, con el ceño fruncido, sintiendo que una mezcla casi insoportable de dolor y rabia le invadía el pecho.

—¡Y tú una reverenda imbécil! —exclamó, poniéndose cada vez más roja —Pero esto no se va a quedar así.

—¿Q-qué quieres decir? —tartamudeó con voz trémula, sin poder evitar que la amenazante mirada de su interlocutora le abriera un enorme vacío en el estómago.

—Por si no lo recuerdas, tú y yo teníamos un trato, y ya que no solo has sido incapaz de cumplir con tu parte, sino que la has incumplido de la manera más estúpida posible, yo tampoco tengo porque seguir cumpliendo con la mía.

Al entender a lo que se refería, algo en su interior se hizo añicos.

—No —susurró en un tono mucho más suplicante de lo que habría deseado, sintiendo que los ojos volvían a llenársele de lágrimas mientras se apresuraba a estirar el brazo para tomar el cuaderno de cuero que contenía su amada novela, que Clarisse había dejado distraídamente sobre la cama mientras hablaban.

Por un momento, Amanda clavó su gélida mirada en Scarlett, y ella estuvo segura de distinguir en sus pupilas algo que jamás imaginó: maldad, pura y física maldad, como si estuviera dispuesta a hacer cualquier cosa en el mundo con tal de someterla a sus caprichos.

—A mí nadie me reta, mocosa —siseó pausadamente, antes de raparle la libreta de las manos con una fuerza tan brutal, que simplemente no pudo luchar contra ella.

—Devuélveme eso, por favor —rogó con voz llorosa, desprovista de cualquier rastro de la valentía y seguridad que la caracterizaban.

—Te di la oportunidad de hacer las cosas bien por una vez en tu vida y me fallaste —musitó la vizcondesa con la voz cargada de amarga severidad —. Ahora no te atrevas a suplicarme nada, porque pierdes tu tiempo.

Una pequeña y desesperada parte del alma de Scarlett tuvo ganas de arrodillarse para implorarle que no destruyera su trabajo, en el que tanto tiempo y dedicación había invertido; pero sabía que sería inútil: aunque le rogara a grito herido, la conocía lo suficientemente bien como para saber que ya era demasiado tarde.

—Ven conmigo —continuó, tomándola bruscamente de la muñeca y sacándola casi a rastras del cuarto, dejando a Clarisse encerrada con llave para que no pudiera intervenir en lo que estaba a punto de suceder.

Con una fuerza casi inconcebible, siguió halándola del brazo hasta que estuvieron en la planta baja, más exactamente en el salón de té, en el que la oscuridad de la noche, tan solo iluminada por las crepitantes llamas del hogar, ya se colaba a través de las ventanas.

—Siéntate aquí—ordenó con voz recia, arrojándola violentamente sobre el sofá que se ubicaba frente a la chimenea.

La joven obedeció, muerta de terror. Le era imposible apartar la vista de su preciada libreta, esperando el momento en que Dios se apiadara de ella y le concediera el milagro de que su madre la dejara caer en un descuido, o cualquier cosa que le permitiera lanzarse a rescatarla a toda velocidad, pero no sucedió; en lugar de ello, Amanda comenzó a caminar de un lado para

otro, leyendo las primeras páginas de la historia con aparente tranquilidad.

—Un año y medio. —Suspiró de pronto con aire meditabundo, parándose frente a ella —. ¡Un año y medio malgastando tu vida y tu energía en esta… estupidez! —Levantó el cuaderno y lo agitó ante sus ojos, con el reflejo de las llamas de la chimenea bailándole en la mirada, como si fueran una muestra de su rabia y su odio.

—Ya te he dicho que no es ninguna estupidez —murmuró Scarlett, incapaz de quedarse callada.

—¡Pues para mí sí! —vociferó —Y ya va siendo hora de que empieces a estar de acuerdo conmigo y te preocupes por las cosas que son realmente importantes en la vida.

Sabiendo que era una redundancia absoluta preguntarle qué era lo que consideraba realmente importante, pues seguramente de su boca solo saldría la palabra matrimonio; la muchacha decidió hacerle otra pregunta, una que llevaba semanas rondándole la cabeza, desde que le hizo la amenaza que ahora estaba a punto de cumplir.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo, madre? —susurró, en un tono que reunía toda la furia, dolor e indignación que llevaba dentro —¿Tanto te cuesta aceptar que quiera luchar por lo que realmente deseo? ¿Que me esfuerce por tratar de llevar una vida distinta, sin tener que estar atada a un hombre al que no amo, simplemente por… por…nada?

—¡Por Dios, niña! ¡¿Cómo te atreves a decir que ser la esposa de un duque no es nada?! —gritó. Quería agarrar a aquella cabeza de chorlito y zarandearla hasta disipar el montón de telarañas idealistas y ridículas que tenía en la cabeza.

—¡Me atrevo porque es la verdad! —exclamó, teniendo por fin el valor de ponerse de pie para enfrentarla —Para mí ese hombre y su título no significan nada, absolutamente nada comparados con la posibilidad de tener una vida libre, feliz, haciendo lo que en realidad me gusta, sin necesidad de que nadie me esté imponiendo o prohibiendo cosas por el simple hecho de ser mujer y llevar su apellido.

¿No te das cuenta? ¿No se te ha pasado por la mente que yo no deseo eso para mí? —Cuando acabó de sacar todo lo que llevaba dentro, lágrimas de indignación empezaron a empaparle las mejillas. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué diablos su madre quería condenarla a convertirse en un adorno de quitar y poner para Alexander Lincoln, en lugar de tratar de entenderla?!

—Justamente porque me doy cuenta de eso, es que estamos aquí —dijo, con el semblante severo y la voz pétrea, mirándola sin inmutarse —. Tal vez con este castigo abras los ojos y comprendas de una vez por todas que, por desgracia, las mujeres vinimos a este mundo a hacer lo que tenemos que hacer, no lo que nos gustaría.

Volvió a repasar las hojas con las yemas de los dedos, luego se acercó a la chimenea y levantó de nuevo la libreta para que su hija la viera por última vez.

—Es una pena tener que hacer esto, Scar —murmuró, con una repugnante nota de cinismo en la voz —, pero confió en que así por fin entiendas lo que te conviene, para que no tengamos que sostener esta absurda conversación nunca más.

Dicho eso, la arrojó al fuego sin contemplaciones, viendo cómo Scarlett se desplomaba lentamente hacia el suelo, empujada por la pena y la rabia, lanzando un desgarrador chillido que le brotó desde el fondo del alma; mientras observaba su preciado tesoro perderse entre las llamas, consumiéndose a la misma velocidad que el dolor le estaba consumiendo el corazón.

No tuvo idea de cuánto tiempo permaneció allí, acuclillada frente al hogar, viendo hasta el

último trocito de sus sueños volverse cenizas, llorando como una niña, hasta que la mano de Amanda le tocó el hombro y la devolvió a la realidad.

—Solo busco lo mejor para ti, aunque ahora no lo quieras ver. —Su tono de voz fue seco, cortante, como si le estuviera hablando a un completo desconocido y no a una de sus hijas.

Tras estas palabras, abandonó la habitación, dejándola sumida en la desdicha y en el llanto, que no cesó de brotar de sus hermosos ojos color de mar en muchos, muchos días.

9

El plan

Las dos semanas siguientes fueron horribles para Scarlett. Estaba tan deprimida que ni siquiera deseaba comer o salir de su recámara. Más de una vez Clarisse le había insistido en que lo que necesitaba era dar un paseo, recibir el sol y el aire fresco, pero ella se había negado rotundamente, así como también lo había hecho a volver a ver a su madre, pues sabía que no tendría la capacidad de mirarla a los ojos sin recordar lo que le había hecho y odiarla con toda su alma por ello. Como consecuencia, se la pasaba encerrada en sus aposentos, con los ojos encharcados, pensando en lo desalentador que era el panorama de su futuro.

En varias ocasiones había intentado reiniciar su novela, pero cada vez que escribía las primeras líneas, se imaginaba que Amanda la descubriría y volvería a destruirla, lo cual solo hacía que se llenara más y más de tristeza, dejando el papel cubierto de lágrimas.



Mientras tanto, Alex estaba cada vez más extrañado con la ausencia de Scarlett en la vida social londinense. Los últimos días, tanto él como las Lawrence habían sido invitados a tres bailes y dos comidas en compañía de gente prestante, y en ninguna de esas veladas la había visto. Una noche, cuando se acercó a la vizcondesa a preguntarle por qué su hija mediana no la acompañaba, ella se limitó a responderle con una leve sonrisa de disculpa, diciéndole que la joven se sentía un tanto indispuesta y que no creía que pudiese salir de casa en unas cuantas semanas.

No obstante, sin saber muy bien por qué, había algo en esa versión que no acababa de encajarle. ¿Sería posible que Amanda se hubiera enterado de lo del beso y la hubiera castigado? No, de seguro *La fierecilla* se moriría antes de contarle a alguien que había permitido que él la besara. Además, aunque se lo hubiese dicho, lo más seguro era que, en lugar de reprenderla, la mujer se hubiera puesto a saltar en un pie de la felicidad, pues ambos compartían el mismo objetivo con respecto a Scarlett: casarla… o, mejor dicho, cazarla.

Así las cosas, una mañana no pudo soportar más la incertidumbre y decidió visitar la mansión Lawrence, encontrándose con la sorpresa de que la vizcondesa había salido y que, en su lugar, Clarisse lo atendería.

—Un gusto volver a verlo, excelencia —saludó con una leve genuflexión al verlo entrar en el recibidor.

—Igualmente, señorita —replicó, besándole la mano que ella le extendió.

—No sé a qué se deba el honor de su visita, pero lamento a decirle que, si viene a ver a mamá, perdió el viaje. Ha ido a visitar a su mejor amiga, y no creo que regrese pronto.

—Sí, ya me lo ha informado el mayordomo, pero en realidad no es por ella por quien estoy aquí, sino por la señorita Scarlett. Me he quedado algo preocupado al no hallarla en las últimas veladas y, ya que la señora vizcondesa me ha dicho que se debía a que estaba indispuesta, quise venir a ver cómo se encuentra.

Ella lo miró con un gesto de pesar.

—Lamento mucho decírselo, *milord*, pero en ese caso también ha venido en vano —murmuró

—; mi hermana no se encuentra en condiciones de ver a nadie, y, me temo que mucho menos a usted.

—Entonces está verdaderamente enferma —comentó, sin poder evitar el tono de alarma en su voz.

—Si estar mal del alma también cuenta para usted como estar enferma, lo está —comentó, apesadumbrada.

—¿Mal del alma? ¿A qué se refiere? —preguntó con el ceño fruncido.

Clarisse exhaló un largo y pesado suspiro, debatiéndose entre si debía contárselo todo o no.

—Es mejor que se conforme con lo que le he dicho, excelencia —decidió al fin, en un murmullo de disculpa.

Aquella respuesta lo inquietó aún más.

—Le suplico que no me deje con esta incertidumbre; dígame qué está sucediendo, por favor.

La joven lo observó por un largo momento, estudiando su mirada: era profunda e intensa, de esas que parecen esconder un mar de cosas de las que uno no puede llegar a enterarse hasta que no conoce a la persona en cuestión, pero parecía contener una sincera chispa de preocupación por Scarlett.

—No sé si deba —musitó, indecisa, sabiendo que ella la mataría si se lo contaba.

—Se lo pido, señorita —insistió; no podía irse de aquella casa sin averiguar lo que en realidad estaba sucediendo —. Cuénteme, y si está en mis manos ayudar a su hermana, le aseguro que lo haré.

La rubia dio un paso hacia delante, con la mirada en el suelo, pensando que, después de todo, si el duque estaba allí, mostrando tanta preocupación por Scarlett y ofreciéndose a ayudarla, no podía ser tan malo como ella lo describía. Además, ya que en gran medida era él el causante de su desdicha, probablemente también fuese el único que pudiera hacer algo para remediarla.

—Está bien —accedió —, pero prepárese, porque lo que voy a contarle no es nada agradable, y tiene mucho que ver con usted.

Él asintió, percibiendo que las alarmas volvían a encenderse en su interior. ¿Tan grave era lo que había pasado como para que tuviera que hacerle esa advertencia?

Hablando en voz muy baja para que nadie los oyera, Clarisse se lo contó todo con pelos y señales.

—¿De verdad su madre fue capaz de hacer eso? —indagó, perplejo, cuando acabó de escucharla.

—No quedó ni un folio bueno, excelencia —confirmó, suspirando con pesar —. Desde entonces Scarlett no quiere ni salir de su habitación, y se la pasa lamentándose todo el día cual Magdalena. Alex guardó silencio, con la mirada perdida, como si estuviera tratando de armar mentalmente un rompecabezas dificilísimo. Desde que Wells le había hablado de Amanda por primera vez, le había quedado claro que era una mujer de armas tomar, capaz de hacer hasta lo imposible con tal de conseguir sus propósitos… ¿Pero eso? ¡Por Dios, eso era una crueldad!, justo como las que Robert Lincoln cometía en su contra cuando era niño. Por alguna extraña razón, pensar en que Scarlett podría estar atravesando por algo similar lo hizo sentirse compungido; nadie en el mundo merecía algo así, por más altanero y maleducado que fuera.

—¿Qué? No se lo puede creer, ¿verdad? —indagó Clarisse, esbozando una leve sonrisa ante su desconcierto.

—Bueno…—Se encogió de hombros como si quisiera disculparse —es que su madre siempre se ha mostrado tan decente, tan correcta, que nunca la creí capaz de…

—Pues ya ve —repuso, cruzándose de brazos —, la respetadísima vizcondesa de Holt puede ser una bruja mucho peor que la de los cuentos cuando se lo propone; sobre todo con Scarlett.

—¿Por qué con ella? —cuestionó, asaltado por una genuina oleada de curiosidad.

—No lo sé con exactitud —replicó, después de un largo momento meditando la respuesta —. Creo que se debe a que Scar siempre ha sido una mujer distinta, diferente al molde de hija perfecta y abnegada que a mi madre le hubiese gustado que fuera; y eso la saca de casillas. —Hizo una meditabunda pausa antes de continuar —. Pelean muy a menudo, ¿sabe?, pero mi hermana siempre se las había arreglado para salir ganando, al menos hasta ahora que…

—Que el motivo de la pelea fui yo —completó.

Clarisse asintió, y un prolongado silencio llenó la estancia antes de que Alex se animara a continuar:

—Déjeme hablar con ella —pidió en tono resuelto, como si estuviera convencido de poder lograr algo con eso.

—No considero que sea prudente, excelencia. En este momento lo está odiando más que a nadie en el mundo —argumentó —. Es más, creo que, si llega a verlo, es capaz de romperle la cabeza con lo primero que encuentre.

—Por eso mismo —repuso, con un deje de desesperación en la voz —. Ya que yo soy el causante de todo este malentendido, lo mínimo que puedo hacer es tratar de arreglarlo, ¿no le parece?

—¿Y para eso necesita verla? —cuestionó, arqueando una de sus rubias cejas con perspicacia.

Él asintió. Aunque no sabía qué iba a hacer o decir cuando la tuviera enfrente, había una cosa que sí tenía bastante clara: si de verdad quería albergar la esperanza de que su plan de casarse con ella llegara a concretarse, tenía que tratar de reparar el lío en el que la había metido; aunque tal vez ya fuera demasiado tarde para eso. Además, aunque le costara media vida admitirlo, una minúscula e inoportuna parte de su ser se sentía culpable de haber desencadenado aquella situación, y le gritaba que debía intentar ayudarla, aunque solo fuese para que no se sintiera tan miserable como él se había sentido alguna vez a causa de los castigos de Robert Lincoln.

Su interlocutora lo observó con expresión dubitativa.

—¿Está seguro de que no planea besarla a la fuerza de nuevo? — cuestionó, frotándose la barbilla con el dedo índice, en un gesto que la hizo lucir idéntica a un detective en pleno interrogatorio.

—Soy insistente, no idiota, señorita —replicó Alex, procurando ocultar la sorpresa que le produjo el hecho de que Scarlett le hubiera contado a alguien sobre el beso —. Le aseguro que jamás volveré a hacer nada que ponga en peligro a su hermana o a algo que ella aprecie.

—Está bien —aceptó, haciéndole un gesto con la mano para que lo siguiera escaleras arriba; sin embargo, cuando estaban a punto de subir el primer peldaño se frenó abruptamente y añadió —, pero quiero que sepa que, si Scarlett se enoja y empieza a tirarle cosas a la cabeza para que se marche, juraré por la memoria de mi padre que usted llegó aquí hecho una furia y me obligó a dejarlo verla.

Alex casi se carcajeó, empezando a sospechar que aquella chiquilla y él se llevarían muy bien cuando fueran cuñados.

—Correré ese riesgo —replicó, con un brillo de diversión en los ojos.

Al llegar a la planta alta, atravesaron un largo pasillo lleno de habitaciones hasta alcanzar la del fondo a la izquierda, donde Clarisse lo hizo detenerse.

—Recuerde lo que le advertí —susurró antes de tocar a la puerta y preguntar: —Scar, ¿puedo pasar? Quisiera hablar contigo un momento.

—Adelante —contestó ella, en el tono más apagado que Alex le hubiera escuchado nunca.

—Aguarde aquí hasta que yo le diga, excelencia —le indicó en un murmullo. Acto seguido, se adentró en el cuarto dejando la puerta entreabierta

Su hermana estaba acostada sobre el canapé color verde esmeralda, con los ojos cerrados, como si intentara dormir.

—Tenemos visita —informó Clarisse, aún de pie junto al umbral de la puerta —; y creo que te interesa.

—¿Emma? —indagó sin abrirlos, desanimada.

La chiquilla negó con la cabeza, frunciendo los labios en un gesto pesaroso.

—Entonces no me importa —murmuró —. Ya sabes que no quiero hablar con nadie.

—Sí, pero es que esta visita es…es… —Se frenó, incapaz de encontrar las palabras indicadas para decirle que el duque estaba a unos cuantos pasos de la puerta sin que la matara a gritos.

—¿Quién es? —bufó, impaciente, abriendo los ojos por fin.

—Soy yo, señorita Lawrence —dijo Alex con aplomo, entrando a la habitación, incapaz de seguir soportando la espera.

Al ver a Scarlett se aterró: parecía haber adelgazado varios kilos, estaba más pálida que un cadáver, con los párpados hinchados y la nariz enrojecida de tanto llorar; unas oscuras y profundas ojeras le surcaban el contorno de los ojos, haciéndola lucir casi como si estuviera agonizando. Para completar, llevaba un ancho vestido de volantes blanco, que lo único que hacía era acrecentar el aire fantasmal de su figura.

—¿Qué hace este hombre aquí? —le espetó a Clarisse, poniéndose de pie de un salto.

—Él…desea hablar contigo —titubeó, agachando la mirada.

—Pues yo no deseo ni siquiera dirigirle la palabra, así que tengan la bondad de volver a dejarme sola —musitó, al tiempo que caminaba hacia él con la firme intención de echarlo de su recámara a empujones.

—Espere, señorita —pidió Alex, cuando ella ya le había puesto una mano sobre el codo para llevarlo hacia la puerta —. Es realmente importante que hablemos.

Scarlett lo miró con la más poderosa y mortal de las furias, como si estuviera pensando seriamente en ahorcarlo con todas sus fuerzas:

—Si aprecia en algo su salud, es mejor que se largue de mi cuarto, señor Lincoln —siseó, sin ninguna cortesía.

—Permítame un minuto, nada más —musitó él, usando el mismo tono suplicante que había usado en su mansión.

Ella entornó los ojos, indignada e incrédula.

—¡¿De verdad necesita que le recuerde lo que pasó la última vez que accedí a esa petición?! —chilló.

—Escúchalo, Scar —intervino Clarisse —. No pierdes nada.

Su hermana lanzó una mirada furibunda, que claramente quería decir algo como *«Voy a*

matarte por haberlo dejado pasar».

—Todo lo que yo tenía para perder a causa de este hombre lo perdí hace dos semanas —repuso con la voz plagada de una amargura que solo pretendía esconder una emoción que Alex reconoció al instante: dolor, uno tan intenso que por poco lo hace sobrecogerse.

—Por eso mismo estoy aquí —dijo, zafándose caballerosamente de su agarre, que le dejó la manga del saco más arrugada que la trompa de un elefante —. La señorita Clarisse me ha explicado lo que su madre le hizo el día que fue usted a verme a mi casa y, ya que yo soy el culpable de todo, quiero ayudarla a repararlo.

Scarlett volvió a mirarlo con los párpados entornados, como si lo creyera incapaz de hacer algo útil en la vida.

—A menos que sepa reconstruir el papel hecho cenizas, su ayuda no me interesa —gruñó.

Él calló un largo instante, pensando qué diantres podía hacer para sacarla de aquel lío y ganarse algo de su confianza. De pronto, como una ayuda providencial, una fantástica idea le vino a la mente.

—Tal vez no pueda hacer tanto como eso, pero sí algo mucho mejor —contestó, con un astuto y pícaro brillo iluminándole los ojos.

—¿Largarse y dejarme en paz? —indagó la muchacha con brusquedad, arqueando una ceja y cruzándose de brazos.

Alex bufó, un poco irritado ante su falta de cooperación.

—Le aseguro que, si no me sintiera tan culpable por lo que ha pasado, lo haría, pero ya que todo esto se debe en parte gracias a mí, me siento en la necesidad de enmendarlo… y no me iré hasta que me permita hacerlo.

—¿En parte? —repitió, irritada —¡Si toda la maldita culpa es suya! —chilló, agitando los brazos como una loca.

—Scar, si el señor duque dice que tiene una forma de ayudarte, escúchalo. No quiero seguir viéndote así de decaída todos los días. —Volvió a terciar Clarisse, en un tono tan triste que logró arrugarle el corazón a su hermana, quien nunca había sido capaz de negarle nada, y mucho menos cuando se lo pedía de esa forma.

Hizo una larga pausa acabando de decidirse, hasta que por fin contestó:

—Le advierto que, si no es una buena idea, lo saco a cachetadas de aquí —le advirtió a Alex, apuntando su amenazante dedo índice hacia su pecho.

Él no pudo evitar esbozar una leve sonrisa complacida ante su victoria.

—En realidad es muy fácil; según lo que me ha contado lady Clarisse, todo este asunto entre usted y su madre se ha convertido en una lucha de voluntades —explicó, expresándose de pronto con una soltura digna del más culto de los hombres —: Ella se empeña en imponerle algo que usted no desea, y usted, en demostrarle que prefiere morir antes que dejarse dominar, ¿no es así?

—¿A dónde diablos quiere llegar? —indagó, confundida con tanta perorata.

—A que, puesto que todo esto se trata de una disputa, lo mejor para ponerle fin es que alguna de las dos ceda, y, ya que ha quedado claro que su madre no lo hará ni volviendo a nacer, lo mejor es que usted lo haga.

Scarlett lo miró como si fuera el peor de los cínicos.

—¡¿Cómo tiene el descaro de venir hasta mi casa a sugerirme que ceda a las intenciones casamenteras que mi madre tiene con respecto a nosotros dos?! —gritó, furiosa, abriendo sus

hermosos ojos azules de par en par.

—En ningún momento he dicho tal cosa, señorita —musitó tranquilamente —. Lo que le propongo, es que le hagamos creer a su madre que ella ganó, que, después de lo que le hizo a su novela, usted está dispuesta a doblegarse a sus deseos.

—¿Para qué? —cuestionó, con un deje de cautela en la voz.

—Primero, para conseguir que la deje en paz de una buena vez; y segundo, para que yo pueda venir a ayudarle a reescribirla sin levantar sospechas.

—¿Reescribir mi…? —repitió, con las facciones absolutamente contorsionadas por la confusión.

—Esa es la segunda parte de la ayuda que deseo proporcionarle, señorita. La primera consiste en que, viéndome todos los días aquí, la vizcondesa creerá que usted y yo hemos dejado nuestras rencillas atrás y hemos empezado a acercarnos, tal como es su deseo; lo cual hará que baje la guardia y deje de hostigarla; y la segunda, es que me permita ser su escribano, que me deje reescribir su novela por usted, así solo tendrá que concentrarse en recordar lo que escribió antes y dictármelo, mientras yo me encargo de la engorrosa tarea de pasarlo todo al papel.

Scarlett lo observó en silencio durante un largo minuto, sin saber qué pensar o decir.

—¡Es el plan más absurdo que he oído en mi vida! —bufó al fin, pensando que Alex debía estar muy mal de la cabeza si creía que iba a dejarlo entrar en su casa todos los días.

Él la miró con una mezcla de diversión, astucia y superioridad.

—Viniendo de usted, no esperaba que dijera otra cosa, pero piénselo, señorita… ¿Acaso planea gastar otro año y medio de su vida en retomar su novela y volver a dejarla en el punto en el que su madre la quemó?; o lo que es peor, ¿piensa renunciar a escribir solamente porque teme que ella le haga lo mismo una y otra vez? Siempre la creí mucho más fuerte que eso.

Durante un breve instante sus miradas se encontraron, y Scarlett experimentó la sensación más extraña del mundo: una conexión, como si los ojos del duque, oscuros, profundos y penetrantes como eran, pudiesen adentrarse hasta el fondo de su alma y conocer sus pensamientos. Fue algo raro, fugaz, pero sucedió; e hizo que a ella se le erizara el vello de la nuca.

—A mí me parece una idea fenomenal —comentó Clarisse alegremente —. Así te quitas a mamá de encima y, de paso, tienes una mano extra que te ayude a restaurar tu novela.

—Pues a mí no —declaró con firmeza, volviendo a la realidad de golpe —. ¿Quién me garantiza que esto no es una treta suya, que no va a aprovecharse de las circunstancias para acercarse a mí?

Alex esbozó una amplia y encantadora sonrisa.

—Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, es lógico que piense así, pero créame, no me mueve una intención distinta a la de tratar de ayudarla, además de aliviar un poco mi conciencia. Como le dije antes, me siento sumamente culpable por la injusticia que su madre cometió contra usted y, siendo un hombre que detesta las injusticias, no tengo otro camino que hacer lo que esté en mis manos para remediarlas, aunque eso implique dejar a un lado mis intenciones con usted, al menos por ahora.

—¿Por ahora? —susurró, confundida —. ¿Qué quiere decir con eso?

—Que, durante el tiempo en que este plan esté en marcha (si es que decide aceptarlo, claro está), usted puede ver en mí a un simple escribano a su servicio; le garantizo que no usaré esta nueva cercanía entre nosotros para intentar cortejarla ni nada que se le parezca. De ahora en

adelante, si ha de pasar algo entre nosotros, será únicamente porque usted así lo desee.

Scarlett se quedó atónita con esa respuesta.

—¿Eso quiere decir que está dispuesto a renunciar a…mí? —indagó, pestañeando.

—Digamos que estoy dispuesto a reparar mi falta; lo que ocurra luego, solo el tiempo y usted lo dirán.

Ella lo observó un largo momento a los ojos, tratando de hallar en ellos aunque fuera el más leve indicio de alguna segunda intención, pero no lo hizo; es más, ni siquiera había algún rastro del cinismo o la prepotencia que estaba acostumbrada a ver; era como si Alexander Lincoln estuviera dispuesto a convertirse en otra persona con tal de ayudarla.

—¿Qué dice? ¿Acepta mi propuesta, señorita Lawrence? —preguntó, extendiéndole la mano amistosamente.

Ella se sentía confundida. Por un lado, la parte racional de su cerebro había empezado a contemplar las ventajas de aquel rebuscado plan. El duque tenía toda la razón en que fingir algún tipo de acercamiento hacia él sería la única forma en que su madre la dejaría en paz, al menos por un tiempo; y también en que contar con un poco de ayuda para rehacer su novela no le vendría nada mal; pero la otra, la que aún seguía considerándolo un salvaje cuya única intención era cazarla en sus redes, no dejaba de advertirle a gritos que huyera, que de aquel hombre podía esperarse cualquier cosa, incluso que camuflara sus estrategias amorosas bajo el disfraz de buen samaritano.

—Y-yo… —empezó a balbucear como tonta, sin tener ni idea de qué hacer, escondiendo los dedos en los anchos pliegues de su falda para que él no viera que había empezado a juguetear con ellos a causa de los nervios.

—¡Vamos, Scar! —la animó su hermana —. Sabes que ni en un millón de años se nos habría ocurrido una idea tan fantástica como esa.

—Si tanto desconfía de mí —intervino Alex —, he de decirle que ni siquiera se me había pasado por la cabeza la idea de que volviéramos a quedarnos a solas durante mis visitas.

—Ah, ¿no? —musitó, sorprendida.

Él negó con la cabeza y añadió:

—De hecho, había pensado en que, ya que está enterada de todo y parece mostrarse tan de acuerdo, la señorita Clarisse podría acompañarnos.

—¡Yo encantada de verlos trabajar juntos! —exclamó al instante, con una sonrisa de oreja a oreja, juntando las manos en un gesto complacido.

Scarlett volvió a enmudecer, meditando la situación hasta que, por fin, después de casi tres minutos de silencio, permitió que la parte racional de su cerebro tomara una decisión:

—Está bien —aceptó —, pero prométame algo primero.

—¿Qué? —indagó, con la mano aún extendida.

—Que no me voy a arrepentir de esto.

—Se lo juro —susurró, dirigiéndole otra de sus fijas e intensas miradas —. Entre otras cosas, porque soy el hombre con la mejor caligrafía de toda Inglaterra —bromeó, sonriendo.

—Eso espero, excelencia —repuso la chica, correspondiendo a la mano de Alex con un seco asentimiento; esperando no estar cometiendo el peor error de su vida.

El resto de detalles fueron concretados sin mayor dificultad. Se pusieron de acuerdo en que Scarlett hablaría con Amanda, fingiría estar arrepentida de haberla contrariado y dispuesta a

aceptar las atenciones de Alex, quien esa misma semana visitaría la mansión Lawrence y, en medio de cualquier conversación casual, buscaría la manera de proponer impartirle unas cuantas lecciones de italiano, idioma que ella se mostraría fascinada de aprender. De ahí en adelante, todo sería como quitarle un dulce a un niño: como era seguro que la vizcondesa no se opondría a la menor oportunidad de que pasaran tiempo juntos, ni tampoco estaría dispuesta a perder sus habituales tardes de té con sus amigas por dedicarse a la aburrida, pero necesaria tarea de vigilarlos, Clarisse se ofrecería a hacerlo, dejando a su madre completamente tranquila, y a ellos con el camino libre para trabajar en el manuscrito a sus anchas.

Sabiendo el papel que cada uno tendría que desempeñar para dar inicio a su plan, Alex se despidió y se marchó, complacido de lo fácil que había resultado aquello, y seguro de que por fin sus planes para atrapar a *La fierecilla* empezarían a marchar sobre ruedas.

Lo que no sospechaba ni por asomo, era que por más astuto y experimentado que fuese un cazador, podría llegar el día en que resultara siendo cazado.

10
Trabajando juntos

Dos meses habían transcurrido desde que empezaron a trabajar juntos, y el plan no podía estar marchando mejor. Por un lado, Amanda, quien se había tragado la mentira de las clases de italiano sin chistar, estaba encantada de que su hija y Alex pasaran tiempo juntos, lo cual, tal como él había previsto, sirvió para que la joven recuperara gran parte de su tranquilidad; por otro, Scarlett se había dado cuenta de que el duque no solamente era un escribano de lo más eficiente, que había logrado reescribir casi la mitad de su novela en un tiempo récord (con una caligrafía intachable, tal y como le había dicho), sino un hombre con una inteligencia tan aguda como envidiable.

A menudo, mientras ella le dictaba algún párrafo, se veía en la necesidad de detenerse para pensar en la palabra, frase o expresión más adecuada, encontrándose con que él ya la tenía en mente y se la sugería con el mayor de los respetos. Al principio, eso la sacaba de casillas, pues lo veía como una pretenciosa intromisión en su trabajo, así que le pedía que se callara y le recordaba que debía limitarse a escribir, pero con el tiempo, se fue percatando de que las sugerencias de Alex no solo eran buenas, sino que muchas veces coincidían con sus propios pensamientos, por lo que, poco a poco, le fue concediendo algo más de libertad para opinar, convirtiendo su relación en una especie de dupla de trabajo, que se hacía más amena por el hecho de que él había cambiado del cielo a la tierra: no solo parecía haber olvidado por completo sus intenciones románticas hacia ella, limitándose a mirarla y hablarle con el decoro que debe reinar entre dos conocidos unidos por un proyecto común; sino que de sus ojos parecía haberse esfumado cualquier rastro de prepotencia y antipatía, hecho que no solo la aliviaba, sino que permitía que sus reservas hacia él fueran mermando lentamente, casi sin darse cuenta.

Sin embargo, lo que Scarlett ni siquiera sospechaba era que todo aquello formaba parte del plan, una estrategia cuidadosamente trazada para ganarse su corazón, su mano y, finalmente, su fortuna. La idea era empezar justamente así, mostrándose como un aliado, alguien digno de confianza y respeto, para luego, poco a poco, ir escalando hasta llegar a su tan ansiado objetivo: enamorarla.

No obstante, al margen de todo aquello, había algo que el falso duque estaba empezando a descubrir, algo extraño que se había ido instalando sigilosamente dentro de su pecho y se apoderaba de él cuando estaba con Scarlett, un sentimiento al que solo llegó a ponerle nombre una tarde, cuando, habiéndose quedado a solas con ella (pues Clarisse había tenido que ir a la sala de costuras para probarse el vestido que usaría en la fiesta de cumpleaños de su madre, la cual estaba a escasas dos semanas de realizarse), sostuvieron una particular conversación:

—¿En qué íbamos? —indagó la joven cuando su hermana se fue.

Él tomó la hoja en la que había estado escribiendo, y leyó en voz alta:

—"Estoy cansada de que me traten como a un mueble, como un ente sin vida propia ni sentimientos, cuyo único valor es su belleza y el dinero de su familia, y que por ello se crean con la autoridad suficiente de decidir mi futuro y el de mi corazón, obligándome a casar con un caballero al que no amo…".

Scarlett comenzó a caminar lentamente de un lado para otro, y de pronto, como si aquellas

palabras fueran suyas y no de Alice Woodhouse, la protagonista de su novela, le dictó lo siguiente:

—Por eso he tomado una determinación: irme, huir lejos, donde nadie nunca pueda encontrarme, donde pueda luchar para forjarme la vida que quiero y merezco, lejos de las imposiciones absurdas de esta sociedad pretenciosa y falsa, que se empeña en condenarme a la infelicidad por el simple hecho de haber nacido mujer.

Al oír aquello, Alex se quedó perplejo, con la pluma en el aire y pestañeando, casi como si no pudiera dar crédito a sus oídos.

—¿Qué pasa? —cuestionó Scarlett —¿Por qué no sigue usted escribiendo?

Él la miró fijamente, sin que aquella expresión de asombro infinito se le borrara de la cara.

—No, por nada, es que, por un instante me preguntaba si usted…—Su voz se apagó en el aire, indeciso de si debía hacerle aquella pregunta o no.

—¿Si yo qué? —indagó, arqueando una ceja.

—Nada, olvídelo —farfulló, agachando la mirada hacia el papel para escribir lo que acababa de dictarle.

—Vamos, no se atreverá a dejarme con la curiosidad, ¿o sí? —insistió, queriendo saber qué era lo que había causado tal extrañeza en el rostro del duque.

—¿Me promete que no se ofende?

—Siempre y cuando no sea una grosería o una indiscreción por su parte, no tengo por qué —respondió con simplicidad, encogiéndose de hombros.

—Bueno —suspiró, relajándose un poco —, me preguntaba si usted sería capaz de hacer lo mismo que la protagonista de su novela… Quiero decir, irse lejos con tal de escapar de una vida que no desea.

Scarlett pareció pensarlo un momento; después, con la voz muy segura, como si no hubiese nada más cierto sobre la faz de la tierra, respondió:

—Tenga la certeza de que, si no tuviera el apellido de un padre al que adoro, una madre a la que no me perdonaría matar de un infarto, y dos hermanas a las que amo más que a mí misma, hace mucho tiempo lo habría hecho, excelencia.

—¡¿Cómo?! —exclamó Alex, abriendo los ojos como platos

—¿Sin importarle el montón de privaciones que pasaría? ¿Ni el frío, ni el hambre, ni dejar de lado todas las comodidades a las que está acostumbrada?

La muchacha sonrió levemente ante su consternación.

—No le niego que sería algo duro al comienzo, pero creo que podría acostumbrarme a vivir perfectamente sin ninguna de esas cosas.

—¿Y no le importaría? —murmuró, frunciendo el ceño, cada vez más sorprendido. Por alguna razón (tal vez por el oneroso y refinado mundo al que ella pertenecía), siempre había creído que Scarlett era del tipo de mujer que valoraba demasiado las frivolidades de la vida: los vestidos bonitos, el calzado fino, la comida abundante y sofisticada sobre su mesa, en fin, todo lo que hacía felices a las mujeres de la alta sociedad, sin embargo, tal parecía que hasta en eso era distinta a las demás.

—En lo absoluto —replicó con sinceridad —. Es más, si quiere que le sea sincera, me parecería un precio bastante barato a pagar comparándolo con lo que obtendría a cambio.

—¿Y…qué supone que obtendría? —indagó en un murmullo pausado, sin comprender.

Esta vez, el rostro de ella se iluminó con la más amplia y hermosa de las sonrisas que él le hubiera visto, una que alcanzó sus hermosos ojos azules y los llenó de un brillo de ilusión.

—Libertad —susurró, como si aquello fuese lo que más había ansiado en su vida, lo único que nunca había tenido.

—¿Libertad? —repitió Alex.

—Sí —confirmó, sin dejar de sonreír con aire soñador —. ¿Se imagina? Podría tomar determinaciones propias sobre mi vida, elegir el rumbo que deseo tomar, ir y venir donde se me antoje, esperar todo el tiempo que quiera para casarme, decidir sin presiones con quien hacerlo; y sobre todo, podría escribir, escribir hasta convertirme en una gran novelista sin que nadie me juzgara por ello solo porque soy una señorita de sociedad, que se supone que lo único para lo que sirve es para encontrar un marido y tener hijos… En fin, sería libre, libre como el viento —murmuró, con la voz colmada de anhelo —. ¿No le parecería magnífico? —preguntó, girándose para mirarlo, sin que aquella chispa de radiante alegría se extinguiera de sus ojos —. ¿No le parece que ese es el tipo de libertad al que todos los seres humanos deberíamos aspirar, al que todos deberíamos tener derecho?

Alex guardó silencio, observándola con intensidad; entonces, al oírla hablar así, al ver la alegría que parecía emanar hasta del último poro de su ser y llenar por completo la habitación... lo comprendió, supo por fin cuál era el sentimiento que llevaba semanas invadiéndolo cuando estaba a su lado: admiración, pura y física admiración por lo que había ido descubriendo de ella con el correr de los días: sus ideas, su inteligencia, su fuerza, la revolucionaria forma en la que veía el mundo y la vida. Scarlett Lawrence era dueña de un fuego interior especial, una chispa que tal vez ni siquiera era consciente de poseer, y que, sin embargo, se vislumbraba en cada una de sus palabras, gestos y acciones. Eso era lo que la hacía distinta al resto de mujeres: que no había permitido que la sociedad en la que vivía, ni su familia, ni nadie, apagara el fuego de su alma.

Descubrir aquello lo dejó sin habla.

—Perdón —dijo ella, avergonzada al ver que su monólogo lo había enmudecido —. Creo que me he dejado llevar por la emoción; disculpe mi impertinencia, su gracia.

—No tiene por qué disculparse, señorita —aseguró él, sintiendo que aquella conversación había transformado en algo su forma de verla, de entenderla —. Al contrario, estoy seguro de que, si todas las mujeres pensaran así, si tuvieran, aunque fuese un ápice de la fuerza de voluntad que usted posee para luchar por lo que realmente quieren, esta sociedad sería mucho mejor, más justa, menos rígida y prejuiciosa, sobre todo con el género femenino.

Scarlett se quedó de piedra, sin poder creer que esas palabras tan consideradas estuvieran saliendo de boca de Alexander Lincoln.

—¿De verdad lo cree? —preguntó, con sus hermosos y expresivos ojos abiertos de par en par, iluminados por una brizna de alegría.

—Por supuesto —replicó desenfadadamente, sonriendo y encogiéndose de hombros —. Si no fuera así, no me habría ofrecido a ayudarla con su manuscrito.

—Creía que lo hacía porque se sentía culpable —musitó, acercándose de nuevo a la mesa y sentándose frente a él, quien suspiró largamente antes de responder:

—En un principio sí, y debo confesarle que parte de esa culpa aún me mortifica, pero ahora me alegra saber que no solo estoy reparando mi falta, sino que la estoy ayudando a reconstruir

algo tan importante para usted.

Se quedaron en silencio, mirándose a los ojos durante lo que Scarlett le pareció una eternidad, sintiendo cómo esa conexión que ya había experimentado una vez entre la mirada del duque y la suya volvía a parecer … Hasta que de repente alguien abrió las puertas del salón, haciéndolos dar un respingo.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Clarisse, entrando a paso largo y agitado, molesta —¡No puedo creer que esa bendita modista se haya tardado casi media hora en tomar las medidas de un simple vestido!¿Todo bien por aquí? —preguntó con suspicacia, al ver que tanto su hermana como el duque habían palidecido como el papel cuando la vieron entrar.

—S-sí —respondió Scarlett, maldiciéndose mentalmente por tartamudear como idiota —. El señor duque y yo ya hemos terminado por hoy, ¿no es verdad, señoría?

Él asintió.

—¡Lástima! —se lamentó la pequeña rubia —Justo cuando habían llegado a la parte más interesante.

—No te preocupes, Clari. Yo te contaré lo que te perdiste — dijo su hermana, sonriendo y estirando la mano para acariciarle el hombro afectuosamente, mientras pensaba que, en realidad, no había mucho que contar… al menos no sobre la historia que estaba escribiendo.



Varias horas después, ya metida en su cama, Scarlett no podía dejar de pensar en lo que Alex le había dicho: “Si todas las mujeres pensaran así, si tuviesen, aunque fuera un ápice de la fuerza de voluntad que usted posee para luchar por lo que realmente quieren, esta sociedad sería mucho mejor, más justa, menos rígida y prejuiciosa…”. Esas habían sido sus palabras exactas, y ella no pudo evitar que el pecho se le llenara de una extraña y reconfortante calidez al recordarlas, mientras una hermosa sonrisa se le dibujaba en el rostro. ¡Dios santo, ¿de verdad estaba sonriendo por algo que Alexander Lincoln le había dicho?! ¿Qué seguía? ¿Que el mundo se pusiera de cabeza?

11
La fiesta

El cumpleaños número cuarenta y cinco de la vizcondesa de Holt sería recordado en la mansión Lawrence como uno de los más caóticos del mundo. Decenas de mucamas y lacayos caminaban apresuradamente de un lado para otro, haciendo todo lo posible por dejar la casa convertida en un auténtico palacio antes de las ocho de la noche, hora en la cual empezarían a llegar los invitados a la cena en honor de la cumpleañera, que parecía estar al borde de un colapso nervioso mientras supervisaba hasta el último detalle.

—¡No! —gritó, haciendo sobresaltar a una escuálida mucama que estaba a punto de colocar un ramillete de rosas rojas sobre el comedor —¡¿Cuántas veces tengo que repetirte que deseo que el centro de la mesa esté adornado con lilas, no con rosas?!

—Lo-lo siento, excelencia —tartamudeó, poniendo el ramo sobre una pequeña mesa de madera junto a la ventana.

—Madre, si no dejas de rabiar por tonterías, te va a dar un soponcio antes de que podamos festejar tu cumpleaños —advirtió Clarisse, quien en ese momento iba bajando las escaleras, con un sobre en la mano.

Su madre se giró para mirarla.

—Lo sé, querida —dijo —¡Pero es que esta gente no sirve para nada! Si no les digo qué hacer, son capaces de echarlo todo a perder, y ese es un lujo que no podemos permitirnos, mucho menos hoy.

—Te entiendo, pero trata de serenarte —le aconsejó, acariciándole el hombro afectuosamente.

La mujer asintió y cambió de tema:

—¿Qué dice la carta de Emma? ¿Va a poder estar aquí para la noche?

Clarisse negó con la cabeza, frunciendo sus labios en un gesto entristecido.

—¿Por qué? —indagó Amanda con voz pesarosa, pues llevaba casi tres meses sin ver a su hija predilecta.

—No lo explica con detalle. Solo dice que las cosas en la hacienda siguen mal y que, aunque le gustaría mucho pasar esta fecha contigo, por ahora no puede pensar en volver.

—¡Dios mío, qué calamidad! —se lamentó —. Si hubiera dejado que el señor Wells se encargara de todo…

—No te mortifiques tanto, madre —murmuró la chiquilla, dirigiéndole una sonrisa tranquilizadora —. Emma es fuerte e inteligente. Si dijo que podría manejar ese asunto sola, es porque podrá.

La vizcondesa bufó, resignada, pensando que, si no quería amargarse el cumpleaños, lo mejor era cambiar de tema:

—¿Cómo van Scarlett y tú? ¿Ya acabaron de arreglarse?

—Yo sí, ella está eligiendo qué vestido usará.

—Dile que se ponga el rojo con escote empedrado; el que le compré hace un par de semanas.

—¿Por qué ese? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Porque el otro día llevaba uno muy similar, y me di cuenta de que el duque casi se cae de espaldas al verla —respondió, con un dejo travieso en la voz.

—No vas a descansar hasta verlos juntos, ¿verdad? —comentó, poniendo los ojos en blanco con expresión divertida.

—Y algo me dice que estoy a punto de lograrlo, hija —confesó entusiasmada —. ¿No has notado que, desde que pasan tanto tiempo juntos tomando esas dichosas clases de francés, se han hecho más cercanos? Tu hermana ya no lo mira ni le habla con el desdén de antes, y él… bueno, él parece estar cada día más fascinado con ella.

—Italiano, madre —la corrigió Clarisse cansinamente, evitando hacer cualquier otra observación al respecto, pues no deseaba alimentar ilusiones ni conjeturas que podrían no acabar como Amanda deseaba.

—¡Lo que sea! —exclamó, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia —Lo importante es que tengo el presentimiento de que, si Dios nos ayuda, muy pronto las cosas entre el duque y Scarlett empezarán a avanzar en la dirección adecuada… Quién sabe, a lo mejor esta noche nos depare agradables sorpresas.



Amanda no se equivocó respecto al efecto que aquel vestido rojo usado por Scarlett causaría en Alex. A las ocho de la noche, cuando la vio bajar por la escalera, seguida de su madre y su hermana, para unirse al numeroso grupo de invitados que se arremolinaba en el vestíbulo, se quedó boquiabierto. Era la mujer más espléndida que hubiese visto en su vida: aquella seda roja y brillante que cubría su cuerpo resaltaba a la perfección sus atrayentes curvas, combinando con el ligero rubor de sus mejillas y el brillo de sus ojos azul cielo. Además, llevaba la abundante melena color chocolate recogida hacia un lado, llena de elegantes bucles, y, para rematar, tenía dibujada en el rostro una leve pero inconfundible sonrisa, que demostraba seguridad y dulzura al mismo tiempo.

«*Qué suerte que vayas a ser mía, Scarlett*», pensó mientras la observaba, abriéndose paso entre la gente para llegar hasta ella.

Siendo consciente del montón de miradas que estaban clavadas en él, saludó a la vizcondesa y a Clarisse, besándoles las manos con extrema corrección, y luego se dirigió hacia su objetivo.

—Las estrellas deben estar celosas de su belleza esta noche, señorita Lawrence. —Fue su coqueto saludo, acompañado de un fugaz beso en el dorso de la mano que ella le extendió.

La joven no pudo evitar sonrojarse un poco ante esas palabras.

—Buenas noches para usted también, excelencia —lo saludó.

—¿Me permite escoltarla hasta el comedor?

—Encantada —replicó, tomando el brazo que le ofrecía.

Aquel gesto, que sin duda denotaba cierta preferencia del duque hacia la hija de la vizcondesa, despertó una oleada de murmullos curiosos en el resto de la concurrencia, la cual Amanda supo calmar diciendo con aire solemne:

—Señoras y señores, para mis hijas y para mí es un honor que hayan aceptado nuestra invitación esta noche. Tengan la bondad de pasar al comedor, donde una exquisita cena nos espera.

Con estas palabras, el mayordomo abrió las anchas puertas de roble del comedor, permitiendo que los comensales, entre los que se encontraban personalidades tan distinguidas como el señor Wells, el marqués de Winchester, el conde de Huntington, y el barón de Sussex; empezaran a

entrar para ocupar sus respectivos asientos.

Cuando todos estuvieron sentados, Alex a la cabecera, seguida hacia la izquierda por Scarlett, y hacia la derecha por Amanda, las mucamas comenzaron a servir el menú de la noche, consistente en filete de ternera en salsa de ciruelas, ensalada de patatas y zanahoria, y vino tinto. Durante al menos media hora todo pareció transcurrir en completa normalidad: los invitados hablaban y comían animadamente, haciendo constantes elogios a la vizcondesa por su cumpleaños, la magnífica velada, o lo hermosa que se veía. Aunque en más de una ocasión Scarlett había tratado de tomar parte en algunas de las charlas que se daban a su alrededor, le era imposible concentrarse teniendo a Alex tan cerca, mirándola de soslayo con sus seductores ojos negros y dedicándole disimuladas, pero encantadoras sonrisas cuando nadie los miraba.

—Pues, como le iba contando, estimado barón —dijo de pronto a todo volumen el marqués de Winchester, (quien tenía muy bien ganada su fama de fanfarrón y pretencioso por toda Inglaterra), sin duda para captar la atención del resto de los comensales, que de inmediato dirigieron sus miradas hacia él —, he adquirido una propiedad bellísima en Yorkshire; más de doscientos metros cuadrados de tierra fértil donde sembrar legumbres, frutas y verduras. ¡Es una maravilla! —sonrió, dejando al descubierto su amarillenta dentadura antes de darle un sorbo a su copa de vino.

—Lo felicitaría sin ninguna duda, señor marqués —repuso su interlocutor, un sujeto flacucho y de cabello negro que no debía andar más allá de los cincuenta años —, pero me temo que su compra no ha sido tan buena como se imagina.

—¿Por qué? —indagó, frunciendo el ceño.

—Bueno, porque, según he oído por ahí, los jornaleros de esa zona se han vuelto un poco… rebeldes; tanto, que se niegan a trabajar si no se les paga por lo menos un veinte o treinta por ciento más de lo que están ganando ahora.

—¡Tonterías! —rio el marqués, recostándose despreocupadamente en el espaldar de su silla, mientras daba otro largo sorbo a su vino —Esos zarrapastrosos no están en condiciones de exigir nada, y lo saben. Tienen perfectamente claro que el nuevo propietario de esas tierras soy yo, y que, si se atreven a desobedecerme, soy capaz de desalojarlos y reemplazarlos por otros que sí trabajen.

A Scarlett le asqueó aquel comentario. ¿Cómo diablos era posible que existieran hombres que se refirieran a sus semejantes como animales, como basura de la peor calaña, cuando lo único que hacían era pedir condiciones justas y proporcionales al duro trabajo que realizaban?

—¡¿Desalojarlos?! —repitió el barón, sorprendido —¡Pero, excelencia, no puede hacer una cosa así, no puede…!

—¡Claro que puedo! —chilló el hombre, con un tono de voz tan fuerte que hizo que algunas damas dieran un respingo —¡Por algo soy Anthony Marcell Rochester, decimotercer marqués de Winchester y dueño absoluto de todas esas tierras! —Hizo una corta pausa antes de continuar —. Además, todos los presentes estarán de acuerdo conmigo en que la nobleza no puede permitir que esos infelices nos manejen como se les dé la gana, ¿verdad, *milord*? —cuestionó, mirando a Alex, en quien, por creerlo el noble de más alta categoría presente en la reunión, esperaba encontrar respaldo absoluto.

Él maldijo para sus adentros; no tenía ni pizca de ganas de participar en esa charla, pero sabía que tenía que decir algo al respecto, así que musitó:

—A decir verdad, señor marqués, yo concuerdo con el barón; desalojar a esos pobres trabajadores, que de seguro no tienen otro lugar a donde ir, y que además son quienes se encargan de mantener esas tierras fértiles y productivas, no solo sería un despropósito, sino también una canallada imperdonable; sobre todo teniendo en cuenta que únicamente están pidiendo el dinero justo por su trabajo, algo que, a usted, como uno de los hombres más ricos de la ciudad, le sobra.

Scarlett se llevó la copa de vino a los labios para esconder una sonrisa complacida. No cabía duda: Alexander Lincoln era un noble distinto, un hombre distinto; como él mismo le había dicho un día, tenía alma de pobre, pero llena de justicia y compasión hacia sus semejantes; y no había cosa que a ella le agradara más.

El marqués se quedó pasmado, abriendo los ojos de par en par, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo, o más bien, de labios de quién lo estaba oyendo.

—¡Entonces sugiere usted que debo aumentarles el jornal a esos desgraciados cada vez que se les antoje! —exclamó, en un tono claramente acusatorio, empezando a ponerse rojo de la ira.

—Lo que yo sugiero —murmuró, con una voz repentinamente más oscura y profunda, empezando a sentir que la sangre le hervía en las venas ante la falta de caridad de aquel sujeto —se llama justicia, señor marqués. No es ético ni humanitario de su parte mantener a sus empleados con sueldos paupérrimos, mientras usted vive tan cómodamente gracias al arduo trabajo que ellos realizan.

Ante ese comentario, toda la audiencia enmudeció y pareció quedarse paralizada, cubriendo el ambiente de una extraña tensión; no era usual que un duque de la alcurnia de Alexander Lincoln se expresara tan vehementemente en favor de la clase baja, y mucho menos en público, pero eso a él no le importó; ya era tiempo que alguien tratara de abrirles los ojos a esa partida de ricachones pedantes e insensibles.

Por un instante su mirada se encontró con la del marqués. Era obvio que el hombre estaba furioso, pues consideraba aquella respuesta como una especie de provocación, de desafío… uno que no iba a dejarse ganar tan fácilmente.

—Es una lástima que tenga usted esos pensamientos tan liberales, señor duque —replicó, con la voz llena de una calma fingida —; sobre todo teniendo en cuenta que pertenece usted a un círculo social que no los comparte en absoluto.

—¿Está usted seguro de eso, caballero? —indagó Alex, arqueando una ceja, dispuesto a seguirle en juego.

—Absolutamente —contestó sin dudar, encogiéndose de hombros —. Si no me cree, pregúntele a cualquiera de los presentes. — Hizo un gesto con la mano abierta hacia el resto de invitados.

El muchacho esbozó una leve y prepotente sonrisa.

—Si usted así lo quiere…—aceptó y, acto seguido, empezó a pasear la mirada detenidamente alrededor de la mesa, rostro por rostro, en busca de a quién preguntarle, aunque sabía de antemano que en aquella estancia llena de gente rica y prejuiciosa solo había una persona que estaría completamente de acuerdo con él… La única que era diferente a todos, en casi todo.

—¿Usted qué opina al respecto, señorita Lawrence? —indagó en tono cortés, cuando, después de haber pasado por todos los comensales, sus ojos se encontraron con los de Scarlett.

La joven lució como si acabaran de lanzarle una cubetada de agua fría. Todo el mundo sabía

que, por regla general, las damas no debían expresar su opinión en las conversaciones netamente masculinas… bueno, aunque, a decir verdad, tampoco era que hubiese muchos hombres a los que les interesara saberla.

—¿Y-yo? —tartamudeó, nerviosa.

—Así es —replicó Alex, dirigiéndole una caballerosa media sonrisa —. Quisiera saber qué piensa de todo esto.

Ella sintió que se le revolvía el estómago. Tenía mucho que decir sobre el tema, pero hablar en público siempre la había puesto exageradamente nerviosa, más con aquella multitud de ojos que de pronto la observaron atentamente, esperando su respuesta.

—Bu-bueno, yo…—empezó a titubear, sintiendo que la boca se le secaba de repente por el terror. No iba a poder hablar, estaba segura de que, con la atención tan centrada en ella, iba a ser incapaz articular una sola palabra coherente, y acabaría haciendo el ridículo más grande de su vida delante de toda esa gente.

De pronto, tan inesperadamente como aquel cuestionamiento, sintió la mano de Alex cubrir la suya y apretarla con fuerza debajo de la mesa, en un intento de infundirle valor. Giró el rostro para mirarlo, y se encontró con que sus profundos ojos negros, esos que a veces parecían tener el poder de conectar con la parte más íntima de su alma, le decían algo como «*Hable tranquila, diga lo que diga será lo correcto, y yo la respaldaré»*.

Ese gesto, tan simple y reconfortante a la vez, la hizo sentir protegida, apoyada, dándole las agallas suficientes para externar su opinión:

—Yo creo —dijo, enderezándose en su asiento hasta adoptar una posición erguida y segura, con la que nadie pudiera dudar de sus palabras —que el lord Lincoln tiene toda la razón. No es justo que un hombre con tantos medios económicos como usted, señor marqués —Le dirigió una fugaz mirada al hombre, quien permanecía muy quieto, agarrando su copa con tal fuerza que parecía estar a punto de hacerla añicos —, se niegue a mejorar el sueldo, y con él la calidad de vida, de los trabajadores gracias a los cuales tiene comida fresca y abundante en su mesa todos los días. Personalmente, opino que el hecho de que ceda usted a la petición de aumentarles su jornal no representa una muestra de debilidad por su parte; más bien, como ya lo decía el señor duque, es cuestión de justicia, de agradecimiento; sentimientos que, sea cual sea la clase social a la que pertenezcamos, enaltecen nuestras almas y la forma en que somos vistos por nuestros semejantes.

Alex se sintió tan orgulloso con aquella respuesta, que tuvo ganas de ponerse de pie y aplaudir a Scarlett hasta que le ardieran las manos. Sin duda no se había equivocado al pedir su opinión; era la mujer más inteligente y sensata que hubiese conocido. Ella giró el rostro para mirarlo, con una temerosa pregunta dibujada en los ojos: *«¿Lo hice bien?»*, y él le respondió con otro furtivo apretón de manos, dedicándole una sincera sonrisa que parecía gritar a los cuatro vientos*: «Nadie lo habría hecho mejor».*

Sin embargo, el arrogante marqués de Winchester no parecía compartir su opinión, porque soltó una desagradable carcajada, tras la cual miró al falso duque y dijo:

—Excelencia, cuando yo lo exhorté a consultar la opinión de alguno de los presentes, me refería a alguien que tuviera voz, voto, y un mínimo aceptable de cerebro, no a una simple… mujer —pronunció esa última palabra con tal desdén, que cualquiera que lo escuchara diría que para él el género femenino valía menos que el polvo que pisaban sus zapatos.

La ira que esa afirmación provocó en Alex lo hizo temblar por dentro, llenando sus hermosas facciones de amargura al instante. Siempre lo había irritado sobre manera esa odiosa y prepotente costumbre que tenían la mayoría de los hombres de marginar a las mujeres de asuntos intelectuales únicamente por creerse superiores a ellas, una superioridad que, en ese caso, por ejemplo, quedaba claramente desmentida al oír los argumentos de ambas partes.

—Me disculpará, señor marqués —repuso, tras respirar hondo para tratar de calmarse —, pero usted dijo claramente que podría preguntarle a cualquiera de los invitados, y, siendo lady Lawrence una de ellos, no veo por qué no podamos escuchar su valiosa opinión, la cual, si me permite decirlo, fue expresada con tanta elocuencia, inteligencia y sensibilidad, que muchos caballeros aquí presentes, incluyéndolo, deberían admirarla.

Aquella respuesta dejó estupefacto a todo el mundo, sobre todo a Scarlett, quien apenas podía creer que Alex la estuviera defendiendo de semejante forma frente un montón de personas que podrían llegar a acribillarlo por lo que estaba diciendo.

A pesar de la contundencia de esa respuesta, el marqués de Winchester (a quien todo vestigio de prudencia y buenos modales lo abandonaba cuando alguien se atrevía a contrariarlo), no estaba dispuesto a dejarse vencer, así que, tras darle un largo sorbo a su copa de vino, sonrió con malicia y replicó:

—¡Por favor, señor duque, no me haga reír! Si la señorita Lawrence de verdad gozara de la inteligencia que usted le atribuye, no habría cometido la bestialidad de rechazar todas las propuestas matrimoniales que ha recibido desde que se presentó en sociedad.

—¡Señor marqués! —exclamó Amanda, indignada —¡¿Cómo se atreve a…?!

—No se ofenda conmigo, excelencia —la interrumpió de inmediato el hombre, a quien el alcohol parecía estarle aflojando la lengua más de la cuenta —; al fin y al cabo, solo estoy repitiendo lo que todo el mundo sabe de su hija: que es una mujer rebelde, indomable, a la que su vanidad y sus falsos aires de intelectual enceguecen al punto de desdeñar el santo sacramento matrimonial con todas sus fuerzas.

Al escuchar la forma en la que se estaba ensañando con Scarlett, a Alex le temblaron los puños de cólera, y tuvo ganas de ahorcarlo con sus propias manos, pero se contuvo, pensando que nada bueno sacaría convirtiéndose en un vulgar asesino, y mucho menos en frente de ella y su familia.

Volteó a mirarla, y se dio cuenta de que permanecía con la cabeza gacha, la mirada clavada en su plato y las facciones absolutamente tensas, como si estuviera haciendo un esfuerzo monumental por aguantarse las ganas de llorar… O de abofetear al marqués hasta desfigurarle la cara.

—Es más —continuó este, decidido a desacreditar por completo a la mujer que había cometido la osadía de llevarle la contraria y dejarlo en ridículo delante de todo el mundo —, cuanta será su mala fama, que hasta tiene un sobrenombre que la precede: ¡*La fierecilla*! ¿Se imaginan? ¡*La fierecilla*! —repitió, carcajeándose burlonamente en dirección a los invitados, quienes, tal vez porque aquel apodo de verdad les causaba gracia, o simplemente por llevarle la corriente a un hombre tan importante como el marqués, se echaron a reír con él, formando un insoportable y estúpido coro de risotadas que resonaron por todo el salón —¡Qué otra opinión podríamos haber escuchado de labios de una jovencita apodada de semejante forma, por Dios!

Ante el cruel ataque, la muchacha experimentó una avalancha de sentimientos encontrados: por un lado, estaba furiosa, tanto, que los puños y la mandíbula le temblaban de una forma casi

irrefrenable. ¡¿Quién demonios se creía ese sujeto para agredirla de esa forma, y lo que era peor, en su propia cara?!; pero, por otro, no podía evitar sentirse herida, lastimada en lo más profundo de su ser; cada carcajada, cada risilla mal disimulada, cada mirada de diversión la sentía como una lanza que se le clavaba en el corazón, amenazando con hacerla echarse a llorar en cualquier momento…pero no iba a darle el gusto a ese montón de idiotas de verla derrumbarse ante sus insidiosos comentarios, ¡primero muerta!

—Si me disculpan —espetó de pronto, intentando mantener la calma mientras se levantaba de su silla tan erguida y altivamente como pudo, antes de que el río de lágrimas que estaba a punto de rebasarle los ojos fuera imposible de contener —, creo que se me ha quitado el apetito. Con permiso. —Y salió corriendo hacia el jardín, lejos de aquella estúpida reunión.

Por un instante el ambiente pareció congelarse, todos dejaron de reír y dirigieron sus miradas hacia las puertas por las que Scarlett acababa de salir; hasta que Alex se levantó y, mirando al marqués de Winchester con una mezcla de asco, furia y desprecio infinitos, siseó:

—Ni su fortuna ni su título lo salvan de ser un perfecto imbécil. —Tiró la servilleta sobre la mesa con fuerza y después, dirigiendo su gélida mirada al resto de la concurrencia, añadió: —¡Ni a ustedes tampoco, partida de hipócritas!

Dicho esto, salió hacia el jardín, dispuesto a buscar a Scarlett hasta debajo de las piedras si era necesario.



La encontró unos minutos más tarde, sentada en una banca frente a la gran fuente de piedra ubicada a la entrada de la mansión. Tenía el torso inclinado hacia adelante y se tapaba la cara con las manos; incluso a pesar de la gran distancia que los separaba, era obvio que estaba llorando. Caminó de prisa en su dirección, pero con el sigilo suficiente para que ella no notara sus pasos. De pronto, viéndola de cerca, tan triste y frágil, gimiendo como si le hubieran apuñalado el alma, una extraña urgencia se apoderó de él, una necesidad de abrazarla, de decirle que estaba ahí, apoyándola, protegiéndola, respaldándola sin importar nada, pero se contuvo y, en lugar de eso, murmuró:

—Hasta su llanto es demasiado valioso para que lo derrame por culpa de unos imbéciles que no se lo merecen.

Al escucharlo, ella dio un respingo y se enderezó de inmediato, secándose la cara con la palma de la mano como si no estuviera pasando nada.

—Ex-excelencia —susurró con voz trémula —, ¿qué está haciendo aquí?

—No podía seguir en esa mesa como si nada después de lo mal que la trataron —explicó, acercándosele con la mirada llena de ternura —. Además, necesito pedirle disculpas.

—¿Disculpas, usted? —musitó, sorprendida —¿Por qué?

Él hizo un gesto con la mano hacia la banca, pidiendo permiso para sentarse a su lado, y después de que ella accedió, replicó:

—Porque fue culpa mía. Jamás debí haberla inmiscuido en una conversación con ese… idiota —escupió aquella última palabra con desdén, acordándose de Winchester.

—¿Su culpa? ¡Pero, si usted fue el único que me defendió! —exclamó, esbozando una amarga y triste sonrisa.

Alex también sonrió.

—Si se refiere a lo que le contesté a ese…marquesucho arrogante, quiero que sepa que no lo hice solo por intentar defenderla, sino porque creo que es la verdad. Su opinión es más valiosa que la de muchos allá adentro —murmuró, apuntando con el dedo índice hacia la casa.

A Scarlett aquel cumplido la halagó, haciéndole bajar la cabeza para que él, aun en medio de la oscuridad que los envolvía, no notara que se había puesto roja como un tomate.

—Le agradezco que piense así, pero tal parece que es el único.

—Fue imposible evitar que la voz se le quebrara al decir eso ¡Oh, maldita sea, estaba a punto de echarse a llorar otra vez!

—No se ponga así —pidió él con un hilo de voz, acercándose un poco más y levantándole el mentón suavemente con el pulgar para que lo mirara a los ojos —No vale la pena que sufra por lo que una manada de tontos prejuiciosos piensen de usted.

Ella lo miró fijamente, y de pronto, en las profundidades de sus ojos negros, encontró algo que nunca imaginó, que nunca antes había hallado en nadie más: respaldo, comprensión, confianza, sin límites ni condiciones; como si Alex le estuviera diciendo sin palabras que la apoyaba, que la entendía, que podía contar con él; entonces, por fin tuvo valor suficiente para desahogar todo el dolor y la rabia que llevaba dentro.

—¿Le parece justo? —chilló con voz llorosa, golpeándose las rodillas y dejando que dos gruesos lagrimones volvieran a rodarle por las mejillas —¿Le parece justo que me hayan dicho ese montón de cosas tan horribles solo porque soy mujer y me atreví a decir lo que pienso? ¡¿Le parece justo que se sientan con el derecho de juzgar mi vida y mis decisiones solo porque no son las que todo el mundo espera de una señorita como yo?!

Al escuchar la mezcla de frustración y dolor en sus palabras, él volvió a sentirse terriblemente culpable. Si tan solo hubiera sabido la clase de patán que era Winchester…no se habría atrevido a meterla en medio de aquella maldita conversación.

—Claro que no —afirmó sinceramente —. Nadie tiene derecho de intentar apagar la luz de un alma tan especial como la suya —añadió, clavando su mirada en ella, sin poder evitar el impulso de poner la mano sobre la suya, como si con eso pudiera protegerla, borrarle de la mente el recuerdo del mal rato que acababa de vivir.

Aquel suave e inesperado contacto causó un efecto extraño en Scarlett: la estremeció hasta el fondo del alma, haciéndola desear que el leve roce de sus pieles no acabara nunca.

—¿De verdad cree eso? —titubeó, sintiendo que algo le temblaba por dentro —¿Que soy especial?

—La mujer más especial que he conocido en toda mi vida —confesó, cediendo a la tentación de estirar la mano que tenía libre hasta su mejilla para acariciarla con dulzura —. Tanto, que cualquier hombre se sentiría honrado de amarla.

—De seguro solo lo dice para que me sienta mejor —repuso, desviando la mirada hacia el suelo, sintiéndose alabada y avergonzada a la vez.

Él hizo una leve presión sobre su mentón para que lo mirara de nuevo a la cara.

—Eso pasa a menudo con las mejores personas, ¿sabe? —susurró; de pronto el tono de su voz se había vuelto más íntimo, más suave, como si quisiera contarle un secreto que sería solo de los dos.

—¿Qué? —cuestionó, sintiendo que esbozaba una leve e inexplicable sonrisa. Por alguna razón, el que el duque estuviera allí, preocupándose por ella y tratando de consolarla, la hacía

sentir… mejor.

—Que les cuesta creerse lo mucho que valen.

La sonrisa de Scarlett se hizo más amplia y luminosa con ese comentario, porque, por extraño que pareciera, sospechaba que se lo estaba diciendo en serio; que de verdad creía que ella valía, que era importante.

—Claro está que usted no tiene que preocuparse por eso —prosiguió, con un alegre brillo en los ojos.

—¿Por qué?

—Porque para eso me tiene a mí. Yo estoy dispuesto a recordárselo todas las veces que sea necesario, hasta que empiece a creérselo. La joven casi pudo sentir cómo su corazón daba un brinco de alegría: necesitaba esas palabras, las había necesitado incluso mucho antes de aquella noche, y escucharlas logró que su dolor y su rabia por lo sucedido en el comedor se hicieran menos intensos.

—Entonces, creo que lo voy a necesitar mucho —bromeó, sin que aquella dulce y encantadora sonrisa de niña desapareciera de su rostro.

De pronto, Alex lo supo: quería besarla, quería probar sus labios larga y dulcemente; no porque fuera parte de su plan, ni porque con ello por fin estuviera dando un paso firme en su intención de conquistarla; simplemente, quería hacerlo, deseaba comprobar si sus besos eran tan especiales como su alma.

—No sabe cuánto me alegra oír eso —susurró desde lo más profundo de su alma. Después, siendo apenas consciente de lo que hacía, le acarició la mejilla y poco a poco acortó la distancia que separaba sus rostros.

Cuando el tibio aire que Alex exhalaba le rozó la piel, Scarlett sintió que su corazón ya no solo brincaba, sino que parecía haberse vuelto loco de emoción dentro de su pecho, retumbando con tanta fuerza que incluso le extrañó que no llegara a escucharlo.

Una parte de su ser deseaba aquel beso; quería comprobar con él si las palabras de Alex eran sinceras, si sus labios tenían el mismo poder de traspasarle el alma que parecía tener su mirada; pero la otra, la racional, la que le gritaba que aquello era una locura total, acabó por ganar la batalla.

—Cre-creo que debemos volver —murmuró, apartándose hacia atrás justo cuando sus bocas estaban a punto de encontrarse.

Él abrió los ojos de golpe, como si acabaran de despertarlo de un sueño.

—¿Perdón? —dijo, con un leve dejo de confusión en la voz.

—S-sí —volvió a titubear, agachando la mirada hacia su falda y alisando los pliegues repetidamente con las manos. De repente lucía incómoda, como si quisiera estar en cualquier otra parte menos en ese jardín, en compañía del duque —. Mi madre debe estar preocupada por mí: además ya es muy tarde, y no deberíamos estar solos aquí.

—Tiene razón. Disculpe —musitó, recuperando la compostura e irguiéndose en el asiento.

Ambos se pusieron de pie, y cuando estaban a punto de comenzar a caminar hacia la casa, ella añadió:

—Muchas gracias por lo que hizo por mí hace un rato, excelencia. Creo que nunca voy a tener cómo pagarle que se haya atrevido a defenderme de las majaderías de ese hombre delante de tanta gente.

Alex sonrió, con un dejo pícaro en la mirada.

—De hecho, creo que sí tiene cómo —replicó, como si se le acabara de ocurrir algo, aunque en realidad llevaba días pensando en pedírselo.

Ella entornó los párpados, confundida.

Él ensanchó aún más la sonrisa, consciente de que podría estar imaginándose lo peor.

—No se preocupe, que no es nada malo —aseguró —. Solo quiero que, por lo menos mientras estemos a solas, deje de llamarme excelencia, señoría y todas esas cosas tan formales; que me hable de tú, y me permita hacer lo mismo con usted.

La joven no tuvo que pensarlo mucho antes de responder:

—Hecho. —Esbozó una preciosa sonrisa, extendiéndole la mano para que cerraran el trato.

Alex se la estrechó, maldiciendo una y mil veces no haber llegado a besar aquellos hermosos labios que ahora le sonreían.

12

Una invitada inesperada

A pesar de que el intempestivo regreso de Scarlett a la velada tomada del brazo del duque, con una sonrisa más brillante que el sol, había servido para dejarle claro a todos los invitados (en especial al pesado marqués de Winchester) que cualquier comentario malintencionado que hubiesen hecho sobre ella le importaba un comino, Amanda no podía dejar de sentirse ofendida por lo sucedido la noche anterior.

—¡Ah, no! —exclamaba enérgicamente, sosteniendo en alto el cuchillo con el que acababa de esparcir mantequilla sobre su tostada del desayuno —¡Ese marqués y sus malos modales no vuelven a pisar mi casa nunca más! ¡Nunca más! Si tu padre estuviese vivo…—dijo, dirigiéndole una mirada a Scarlett, que en ese momento masticaba distraídamente un trocito de tocino, con la cabeza puesta en un mundo paralelo con nombre propio: Alex Lincoln —¡qué no le habría hecho a ese sujeto para hacerte respetar, hija!

—¿Por qué no tratas de serenarte, madre? —sugirió Clarisse, dando un sorbo a su taza de café —Al fin y al cabo, lo que papá hubiera hecho por Scar, fue lo mismo que hizo el duque de Berwickshire, ¿no?

Ante la mención de Alex, la vizcondesa pareció tranquilizarse un poco, bajando el cuchillo y dejándolo sobre la mesa.

—Tienes razón, cielo —concedió —. Ese hombre sí que supo comportarse como todo un caballero anoche. ¿Escuchaste cómo se puso del lado de tu hermana y la llenó de halagos cuando el marqués comenzó a atacarla?

—Sí, y debo decir que me sorprendió mucho. No todos los hombres tienen el valor de respaldar la opinión de una dama con tanta vehemencia, y mucho menos en público.

—¡Es que es encantador, simplemente encantador! —exclamó, con los ojos brillantes, juntando las manos en una expresión de ensoñación —¿No te parece, Scar?

—Lo es —suspiró ella, sin poder evitar que una leve sonrisa se le dibujara en la cara ante el recuerdo de lo sucedido la noche anterior. La dulzura de las palabras del duque, su reconfortante mirada, la sinceridad que leyó en sus ojos cuando le dijo que era la mujer más especial que había conocido, los desenfrenados latidos de su corazón cuando sus labios estuvieron a punto de fundirse con los suyos…todo eso había sido tan especial, tan mágico, que… ¡Por amor a Dios!, ¿qué diantres le estaba sucediendo? ¿De verdad estaba comenzando a verlo de esa forma? Se sintió una traidora consigo misma por pensar así, pero, a juzgar por las miles de sensaciones que la invadieron mientras estaba en su compañía, eso era justo lo que le estaba sucediendo... y en el fondo la aterraba.

Ella, que siempre había rehuido al amor en busca de su libertad, que nunca había pensado en enamorarse como una posibilidad real y cercana, estaba empezando a sentir… cosas por un hombre que jamás imaginó.

—A propósito, no nos has contado qué pasó cuando saliste al jardín y él salió casi corriendo detrás de ti —musitó Amanda, dándole un mordisco a su tostada.

—Nada —farfulló, irguiéndose de pronto en su asiento nerviosamente, pues no le había contado a nadie lo sucedido, ni siquiera a Clarisse —. Él me encontró, vio que estaba un poco

afligida por los comentarios del marqués, así que, muy respetuosamente, trató de consolarme, me dijo que no me preocupara, que…

—Disculpe, excelencia —la interrumpió Francis, quien llevaba un pequeño sobre blanco en la mano, dirigiéndose a la vizcondesa —, le ha llegado este sobre.

—¿Quién lo trajo?

—Un criado de la familia Royers —informó, entregándoselo.

—Gracias, puedes retirarte —dijo Amanda, rompiendo con cuidado el sello de lacre azul.

—¿Qué cuentan los Royers, madre? —indagó Clarisse cuando el mayordomo abandonó la estancia.

—Nada en particular —musitó, ojeando el papel —. Solo nos invitan a una velada pasado mañana para celebrar el cumpleaños de su hija Sophie.

—¿Y vamos a ir? —preguntó cautelosamente, a sabiendas de que gran parte de los invitados que habían estado la noche anterior en su casa, burlándose de Scarlett, estarían también allí, y que, por tanto, resultaría un poco incómodo.

—¡Claro que sí! —exclamó, con los ojos abiertos de par en par, como si le estuviera preguntando una obviedad —Quiero que todo el mundo vea que mis hijas no se amilanan ante nada ni ante nadie, mucho menos ante los comentarios irrespetuosos de ese…marqués de quinta. —Arrugó la nariz en un profundo gesto de desagrado.

—¿Y tú? ¿Te sientes preparada para ir? —le preguntó Clarisse a su hermana, con los ojos llenos de preocupación, temiendo que tal vez aún estuviera demasiado dolida para enfrentarse a la gente que había lastimado su orgullo y su dignidad.

—¡Por supuesto! —Sonrió alegremente, pues sabía que mientras Alex estuviera a su lado durante la fiesta (como seguramente pasaría), no permitiría que nadie volviera a faltarle al respeto.



A las nueve de la noche del miércoles, mientras Amanda y Clarisse iban de un lado para otro en el salón de baile de los Royers, saludando a todos los invitados con la mayor naturalidad del mundo (como si el desagradable incidente producido por el marqués de Winchester no hubiese sucedido nunca), Scarlett buscaba a Alex desesperadamente con la mirada. Como era de esperarse, el chisme sobre lo sucedido durante la fiesta de cumpleaños de su madre se había esparcido como polvo en el viento, haciendo que, apenas pusieron un pie en aquella casa, la gente dirigiera sus ojos hacia ella conteniendo burlonas sonrisas o, lo que era peor, mirándola con reproche, como si haberse atrevido a expresar en público una opinión contraria a la de aquel desagradable aristócrata hubiera sido un pecado por el que mereciera ser quemada en el quinto infierno.

—No dejes que esas miradas intimidatorias te asusten, Scar —dijo de pronto una masculina y atractiva voz a sus espaldas, haciéndola sobresaltar —. Recuerda que tú eres mil veces más valiosa que todos ellos.

—¡Ah, eres tú! —suspiró, aliviada, al girarse y ver a Alex frente a ella, con una espléndida sonrisa iluminándole el rostro.

—Duque de Berwickshire, escribano personal de una talentosa novelista y, más recientemente, acompañante de damiselas en apuros, a su servicio, *milady* —bromeó, tomando la enguantada

mano de la muchacha y depositando un fugaz beso en el dorso.

Aquella presentación la hizo reír.

—Pensé que no llegarías nunca —confesó.

—No me digas que me extrañabas —murmuró, divertido.

—Puede ser —admitió con un brillo pícaro en los ojos —, o tal vez solo extraño que esta gente deje de mirarme como si quisiera comerme viva.

Alex volvió a sonreír. Aquel día estaba de un excelente humor; el hecho de saber que volvería a ver a Scarlett lo había puesto así.

—Ya te dije que no les hagas caso. Verás que, en cuanto nos vean en la pista de baile sin prestarles la más mínima atención, se darán cuenta de que no consiguen amedrentarte y empezarán a fijar sus viperinas miradas en otro lado.

—¿Me estás invitando a bailar? —preguntó, con un dejo de diversión en la voz ante la inusual forma en que se lo había pedido.

—Y si me concedes el honor de aceptar, no solamente me harías el hombre más feliz de esta fiesta, sino del mundo entero —murmuró, dedicándole una de esas profundas y atractivas miradas que tenían el don de dejarla con la boca seca, medio paralizada.

—P-por supuesto —balbuceó, agachando la cabeza para que él no viera cómo se sonrojaba.

Scarlett perdió la cuenta de la cantidad de piezas que bailaron. Pudieron haber sido tres, cuatro, o hasta cien, pero la compañía de Alex le resultaba tan entretenida, tan reconfortante, que se olvidó de todo… incluso de que había un centenar de personas en esa estancia que parecían odiarla.

Por su parte, el falso duque se sentía igual. Cada vez que la miraba a los ojos, que la veía sonreír por alguno de sus comentarios y olvidarse de la incómoda situación que la rodeaba, se sentía pleno, feliz.

¡Dios mío, ¿desde cuándo esa fierecilla le importaba tanto?! ¿Desde cuándo había empezado a disfrutar y a desear sinceramente su compañía? No lo sabía con exactitud, sin embargo, sí había algo que tenía claro: que aquello que había comenzado como un simple sentimiento de admiración hacia ella, se estaba transformando en algo más; algo a lo que aún no podía ponerle nombre, pero que lo hacía sentirse dichoso de estar allí, sosteniéndola entre sus brazos y escuchándola reír.

Aquella sensación de plenitud lo acompañó durante gran parte de la velada, hasta que, cuando estaban a punto de abandonar la pista para ir por algo de beber, vio algo que le paralizó el corazón. Al principio juró que era una alucinación, deseó con toda su alma que lo fuera, pero cuando entornó los ojos hacia las puertas de la entrada y comprobó sus sospechas… solo quiso que la tierra se lo tragara y lo escupiera muy, muy lejos de allí. ¡No podía ser! ¡Era ella, era Miranda Presley, la viuda con la que había roto antes de viajar a Londres, la única que estaba enterada de su verdadera identidad!

¡¿Qué demonios estaba haciendo allí?! ¡¿Por qué había ido?! ¡¿A qué?!

Por un instante, una horrible idea invadió su cabeza, haciéndolo temblar de terror: de alguna inexplicable forma, ella se había enterado de lo que él había ido a hacer a la capital y, para vengarse por haberla dejado (cosa que, por cierto, no se había tomado nada bien), iba dispuesta a delatarlo delante de todo el mundo… No, eso no podía ser, era absurdo; sobre todo teniendo en cuenta que nadie en Escocia, además de Wells, sabía de su paradero. Sin embargo, aunque esa no

fuera la intención de Miranda, si llegaba a verlo, si se le llegaba a escapar llamarlo por su verdadero nombre…estaría perdido.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Scarlett, preocupada, poniendo la mano sobre su brazo — Te pusiste pálido de repente.

—¿Yo? —murmuró con un hilo de voz, incapaz de dejar de ver hacia la puerta, donde Miranda seguía feliz de la vida, saludando a la señora Royers y a su familia. Por la familiaridad con la que ambas se tomaban de las manos y se sonreían mientras hablaban, resultaba obvio que eran grandes amigas —Nada, es solo que… —¡Maldita sea! Que se abriera un hoyo en la tierra y se lo tragara, porque no tenía ni idea de qué diantres decir; en lo único que podía pensar era en salir disparado del salón antes de que esa mujer lo viera y todo se fuera al diablo: su falsa identidad, sus planes de riqueza, incluso la frágil relación que había empezado a construir con Scarlett.

En ese momento, Alex vio que Wells se acercaba a ellos a paso rápido, con una cara de preocupación igual, o incluso peor que la suya.

—Disculpe, señorita —farfulló, haciendo que ella se girara para mirarlo —, ¿me permite hablar a solas con el señor duque un momento? La chica lo miró con el ceño fruncido, extrañada ante su intempestiva aparición.

—Por supuesto —contestó, alejándose hacia la mesa donde estaba el ponche de frutas para servirse un vaso.

—¡¿Ya viste quién está aquí?! —chilló el banquero, quien estaba perfectamente enterado de la relación que había existido entre el falso duque y Miranda, pues más de una vez la había visto salir de su casa a horas bastante inapropiadas para una dama.

—¿Por qué cree que estoy así? —replicó señalándose el rostro, que ya empezaba a cubrirse de una ligera capa de sudor debido a los nervios.

—Hay que hacer algo para evitar que te vea, y pronto, o todo lo que hemos logrado se irá al infierno —dijo rudamente, pero con una nota de pánico en la voz.

—¿Y qué se le ocurre? —cuestionó, mientras volteaba a ver a Scarlett, para comprobar que no se había movido de la mesa de las bebidas. Al ver que la observaba, ella le sonrió levemente, con una pregunta reflejada en la mirada: ¿Está todo bien? Él intentó devolverle la sonrisa (que más bien le salió como una mueca forzada), asintiendo con la cabeza. Era increíble lo mucho que dos personas podían llegar a entenderse a través de las miradas, sin decir una sola palabra.

Wells se quedó quieto, con los ojos clavados en el suelo, sopesando las opciones que tenían.

—Despreocúpate, yo me encargaré de todo —farfulló de pronto

—. Tú solo sal del salón ahora mismo y llévate a Scarlett contigo.

—¡¿Que me la lleve?! —cuestionó, como si no pudiese creer lo que estaba oyendo —¡¿Y a dónde pretende que…?!

—Al infierno, al paraíso, a la China, adonde se te dé la gana ¡Pero ya! —ordenó en un brusco murmullo antes de salir casi disparado hacia la puerta, dispuesto a impedir que se mencionara el nombre de Alexander Campbell (o Lincoln) en toda la noche.

—¿Todo bien? —preguntó la muchacha cuando el falso duque volvió a su lado, haciendo un esfuerzo sobrehumano por aparentar una calma que no sentía.

Él asintió sin decir palabra, pues el pánico le había robado la voz.

—Bueno, ¿entonces por qué te pusiste tan nervioso?

—¿De verdad quieres saberlo?

Esta vez fue ella quien asintió, entre intrigada y asustada. Era obvio que Alex no estaba bien.

—Entonces ven conmigo. —Acto seguido, sin darle tiempo a reaccionar ni decir nada más, la tomó de la mano y la condujo casi corriendo hacia la salida trasera del salón, que daba al largo pasillo en el que se ubicaban los dormitorios.

No tenía ni idea de a dónde iban, ni mucho menos qué le diría cuando estuvieran a solas y ella volviera a preguntarle qué le sucedía, pero, en ese preciso instante, eso era lo que menos le importaba. Solo podía concentrarse en salir de esa maldita estancia llena de gente y quedar fuera del campo visual de Miranda Presley.

Sin saber lo que estaba haciendo, sintiendo que el corazón le martillaba como si quisiera salírsele del pecho, anduvo por el corredor en sombras hasta encontrar las puertas abiertas de lo que parecía ser un estudio. Sin mediar palabra, y sin mucha delicadeza, a decir verdad, la hizo entrar y cerró la puerta tras de sí.

Era una habitación enorme, únicamente iluminada por los rayos de la luna llena que entraban por el amplio ventanal, permitiendo distinguir las siluetas de unas pocas cosas a su alrededor: un escritorio en el centro, una estantería llena de libros sobre la pared izquierda, y un ancho diván en una esquina, con una mesa llena de botellas al lado.

—¿Puedo saber por qué me traes hasta aquí de esa manera? —indagó la joven, con un tono de evidente molestia en la voz.

—Perdóname, pero era necesario —replicó, tragando saliva.

—¿Tan grave es lo que tienes que contarme para que no lo puedas hacer allá afuera?

Alex apretó los párpados con fuerza, agradeciendo que ella no pudiera ver el horror dibujado en su rostro gracias a la profunda oscuridad que los envolvía. Si en algún momento el destino había deseado poner a prueba sus habilidades para mentir, era justamente ese.

—Mucho. Tanto que no quería correr el riesgo de que alguien nos escuchara —dijo, caminando hacia el diván mientras intentaba desesperadamente pensar en algo.

—¿Qué es? —cuestionó, sintiéndose cada vez más intrigada.

Él se acercó a la mesa de licores y se sirvió un trago de la primera botella que palpó. Le daba igual si era brandy, vodka, o veneno, necesitaba una copa con urgencia.

—Siéntate, por favor —la invitó, haciendo un gesto con la mano para que se acomodara a su lado.

Ella obedeció mientras lo observaba beberse el licor de un solo trago, como si fuera el último vaso de agua en medio del desierto.

Un pesado silencio se apoderó de la habitación. Scarlett lo esperó pacientemente durante casi cinco minutos, pensando en que lo que iba a decirle tenía que ser muy grave o doloroso para tenerlo así, tan pensativo y callado, con la mirada fija en medio de la nada; sin embargo, cuando se dio cuenta de que él parecía no querer hablar, decidió tomar la palabra:

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? —murmuró, intentando infundirle valor —Sea lo que sea, no se lo contaré a nadie si me pides que no lo haga —añadió, tomándolo por sorpresa al poner su delicada mano sobre la suya, que reposaba en el diván.

Alex sintió un escalofrío recorrerlo de pies a cabeza, haciéndolo quemarse por dentro. Era una sensación extraña, que no había experimentado nunca ante el contacto de una mujer… y eso le agradó y aterró a partes iguales. ¡Por todos los santos! ¿Desde cuándo el toque de una dama tenía

el poder de hacerlo sentir así? ¿O sería solo porque era ella quien lo tocaba?

Levantó la mirada hasta encontrarse con los ojos de Scarlett, que lo observaban con una mezcla de dulzura y compasión. Entonces volvió a sentirse culpable de estarla engañando, de haber ido a Londres haciéndose pasar por alguien que no era, y de encontrarse en ese maldito estudio, a punto de tener que mentirle otra vez.

—Está bien. Te lo diré —musitó, obligando a su cabeza a concentrarse para idear algo rápido. Era ridículo, absurdo, y seguramente tendría que inventar un montón de cosas mientras hablaba, pero era eso, o quedarse callado como un idiota —: hay una mujer, una mujer que llegó a la fiesta justo cuando estábamos acabando de bailar, que fue… amante de mi padre.

La chica abrió los ojos de par en par, sin podérselo creer.

—Por eso te traje hasta aquí; no quiero verla, ni siquiera tener que estar en la misma habitación con ella.

—¿Pero cómo…? —musitó, perpleja, no tanto por el hecho de que el antiguo duque hubiese tenido una amante, sino porque su hijo lo supiera.

—¿Cómo lo supe? —completó, adivinándole el pensamiento — Fue pura casualidad. Sucedió el día que cumplí diecinueve, durante una de las pocas veces que mis padres me permitieron volver a Escocia para pasar las vacaciones del año escolar juntos —continuó, valiéndose de su infinita capacidad para improvisar —. Yo juraba que esa mujer era una buena amiga de la familia, hasta que, en medio de la velada que se organizó en casa para celebrar mi cumpleaños, noté que ella y papá se alejaban discretamente hacia las habitaciones y decidí seguirlos sin que nadie se diera cuenta… —De pronto cerró los ojos y se frotó las sienes con los dedos, intentando dar la impresión de que ese tema aún le resultaba bastante doloroso —Supongo que no es necesario darte detalles de la escena con la que me encontré después, ¿verdad?

Scarlett se puso roja como un tomate, comprendiendo que lo que Alex debió de haber visto no era nada casto, ni mucho menos agradable de oír.

—N-no, por supuesto que no —titubeó, nerviosa, volviendo a bajar la cabeza hacia su vestido.

—Por eso cuando la vi entrar al salón me descompuse tanto.

—¿Y tu padre, supo que tú te enteraste? —murmuró, esperando no estar entrometiéndose más de la cuenta.

Su interlocutor negó con la cabeza; le pareció la mejor forma de no seguir acrecentando la mentira.

—¿Y tu madre?

—Sí, poco después que yo —replicó, esperando no tener que añadir nada más, porque se le estaban agotando las ideas.

La joven calló, jugueteando pensativamente con sus dedos.

—¿En qué piensas? —le preguntó él cuando el silencio se le hizo demasiado largo, viendo la oportunidad perfecta para cambiar de tema.

—En lo horrible que debe sentirse una mujer al darse cuenta de que la engañan.

En ese momento, el falso duque sintió la daga de la culpa enterrarse aún con más fuerza dentro de su pecho, porque eso era justamente lo que estaba haciendo con ella: engañarla de la manera más vil del mundo.

—Sí. Debe ser…muy doloroso —se obligó a comentar con un hilo de voz, desviando la mirada hacia un lado; de repente se sintió incapaz de verla a los ojos.

Otro pesado silencio se apoderó de la estancia, hasta que Scarlett se atrevió a preguntar:

—¿Tus padres se casaron por amor, o fue otro de esos horribles matrimonios concertados que se acostumbran entre la gente de nuestra clase?

—N-no lo sé —titubeó, nervioso de tener que añadir nuevos datos a su mentira —. Siempre creí que sí, que se querían… Bueno, al menos hasta que vi a mi padre engañándola con otra mujer.

La chica soltó un débil resoplido, apenada por la supuesta madre de Alex y el horrible engaño del que había sido víctima.

—Entonces debió de ser mil veces más doloroso para ella —comentó con voz pesarosa.

—¿Tú crees? —indagó, volviendo a mirarla a los ojos.

—Por supuesto. Yo nunca me he enamorado, pero si lo hiciera, si decidiera casarme y después descubriera que el hombre con el que lo he hecho me engaña, que se ha burlado de mí de semejante forma… creo que no podría perdonarlo nunca.

Por primera vez desde que había aceptado llevar a cabo aquella farsa, Alex maldijo con todas sus fuerzas el haberlo hecho; porque si todo resultaba como se suponía que debía resultar, si Scarlett acababa amándolo hasta el punto de querer ser su esposa, cuando se enterara de la verdad iba a quedar destruida, con el alma rota, y ahora que se había dado cuenta de la clase de mujer tan excepcional que era, le quedaba claro que no se lo merecía.

¿Y él? ¿Qué pasaría con él si esa atracción que había empezado a sentir por ella crecía hasta transformarse en amor? ¿Iba a soportar seguir mintiéndole? ¿Iba a soportar destrozarle el corazón?

Apretó los párpados con fuerza y meneó la cabeza a los lados, en un intento de apartar ese pensamiento de su mente. Debía mantener a raya esas locas ideas; enamorarse de Scarlett Lawrence no era una opción, al menos no para él, que le había mentido desde que la conoció.

—No pienses más en eso —murmuró la muchacha, volviendo a acariciarle la mano para intentar consolarlo, pues creía que esa aflicción que veía en su rostro se debía a los amargos recuerdos del pasado que acababa de contarle —. Lo importante es que tú no eres igual a él, y que jamás le harías lo mismo a nadie.

Alex no supo si derretirse de ternura, o de culpa. Nunca nadie había pensado tan bien de él, nunca nadie lo había tenido en tan alto concepto, nunca lo habían mirado de la forma en la que Scarlett lo estaba haciendo en aquel momento, como si de verdad fuese un hombre bueno y valioso.

—¿En serio eso crees? —murmuró, con la voz llena de ilusión, como si no se lo pudiera creer, acercando su cuerpo al de ella de manera casi inconsciente, hasta que la distancia que los separaba quedó reducida a unos pocos centímetros.

—No solo lo creo, lo veo en tus ojos —replicó, y al decirlo sintió cómo una corriente eléctrica la invadía hasta cubrir la última partícula de su cuerpo, haciéndola vibrar… y desear aquel beso que ya una vez no había podido ser.

Sin poder resistir el impulso, subió su mano hasta el pecho de Alex y la deslizó lentamente sobre la solapa de su levita negra. Como si él le hubiera leído la mente a través de la mirada, se acercó hasta acabar con la poca distancia que los separaba y fundió sus labios con los de ella en un beso suave, profundo, e intenso, que ninguno de los dos imaginó que anhelaba con tanto fervor, hasta que ocurrió.

Durante ese largo y ansiado momento, todo abandonó la mente de Alex: el miedo que acababa de vivir con la llegada de Miranda, la culpa, la infinidad de reproches que se había hecho a sí mismo esa noche, e incluso el recuerdo de que aquel beso se lo debía únicamente a una mentira que estaba a punto de descubrirse… Todo se desvaneció, nada importó más que ella, que la gloriosa sensación de saberla ahí, junto a él, con su boca sobre la suya, sintiendo cómo su tersa mano femenina se deslizaba sobre su cuello y se perdía entre los gruesos mechones de su cabello negro, acariciándolo con una suavidad que lo encendió en cuerpo y alma, haciéndole pensar que, tal vez, solo tal vez, ya fuera demasiado tarde para no enamorarse de Scarlett Lawrence.

Mientras tanto, ella se sentía como en una nube. Nada jamás había sido tan suave, tan reconfortante y dulce como aquel beso, nada le había entibiado más el alma, ni le había hecho palpitar con tanta fuerza el corazón como la mano de Alex recorriéndole la espalda, atrayéndola hacia su cuerpo como si la necesitase más que al aire que respiraba. No sabía qué sentía exactamente por él, no tenía idea de qué era esa sensación de plenitud y seguridad que la invadía cuando lo tenía cerca, ni mucho menos podía pensar con claridad en las miles de cosas que estaba sintiendo en ese mismo instante, con los expertos y demandantes labios de Alex cubriendo los suyos con tanta pasión y dulzura; pero sí había algo que tenía muy claro: no deseaba que acabase... tal vez nunca llegara a desearlo.

13
Dudas

A la mañana siguiente, Scarlett estaba hecha un mar de confusión. Una vez en casa, cuando aquel ardiente beso no fue más que un recuerdo y la bruma del deseo desapareció de su interior, se sintió… aterrada. Claro que había sido el momento más hermoso de su vida, tanto, que cada partícula de su ser se moría por repetirlo, sin embargo, eso únicamente la asustaba más, porque significaba que estaba empezando a sentir algo por él, algo fuerte, poderoso, algo que jamás imaginó que podía sentir, y que podría representar el fin de todo lo que conocía, de todo por lo que llevaba años luchando: su deseo de ser una mujer independiente, de vivir sabiendo que no quería ni necesitaba un hombre al lado para ser feliz, pero, sobre todo, su sueño de dedicarse a escribir.

¿Qué pasaba si Alex la estaba engañando? ¿Si ahora se mostraba como un hombre dulce, tolerante, dispuesto a apoyarla en todo, pero después, cuando la tuviera en la palma de la mano, enamorada como una idiota, y tal vez con un anillo matrimonial en el dedo, se trasformaba en uno de esos sujetos rudos, mandones y horribles, que encerraban a sus esposas en jaulas de oro sin darles la posibilidad de hacer algo distinto a respirar y atenderlos?

Por supuesto que él no parecía ser de esos, ni por asomo; al contrario, siempre había parecido distinto a los demás, de mente y espíritu abierto y comprensivo, pero, ¿y si todo acababa cambiando? ¿Si al final, cuando ya fuese demasiado tarde para echarse para atrás, resultaba no ser tan perfecto como parecía? No lo sabía; justamente por eso necesitaba aclarar su mente, para procesar el montón de sentimientos que se arremolinaban como un huracán en su interior… Y para lograrlo necesitaba tiempo; tiempo que decidió concederse a sí misma dejando de verlo al menos una semana; hasta que fuera capaz de desenredar un poco el nudo tan espantoso que tenía en el corazón sin que los profundos y hermosos ojos de Alex interfirieran en la decisión que sabía que tarde o temprano tendría que tomar.

Los días que siguieron a aquella drástica decisión, Amanda no hacía otra cosa que preguntarle por qué se negaba a ver al duque (quien había ido a buscarla a la mansión en repetidas ocasiones), a lo cual ella siempre encontraba una forma de excusarse, argumentando que le dolía la cabeza, que estaba ocupada, o simplemente cambiando el tema por alguno que a su madre le pareciera más entretenido y la hiciese olvidarse de su insistente pregunta.

Sin embargo, la mañana del domingo, cuando la vizcondesa recibió una nota de Alex diciendo que la invitaba a ella y a sus hijas a merendar en su casa esa misma tarde, Scarlett supo que no podría seguir huyendo de él. Aunque había pasado noches enteras en vela intentándolo, aún no tenía nada claro lo que pensaba, ni mucho menos lo que sentía, pero, con todo y eso, había llegado el momento de volver a verlo, de enfrentarse a esas pupilas color de noche que le hacían vibrar el corazón.



A las cuatro de la tarde, al ver por la ventana del despacho que el landó de las Lawrence estaba frente a su puerta, y que Scarlett descendía de él acompañada de su familia, Alex suspiró de alivio. Llevaba días negándose a verlo, y, a decir verdad, eso lo tenía bastante preocupado, tanto,

que incluso se le había pasado por la mente la descabellada idea de que a lo mejor se había enterado de algo con respecto a su verdadera identidad; cosa que no tenía ningún sentido, pues tanto Amanda como Clarisse seguían tratándolo como un duque y, además, Wells le había asegurado hasta el cansancio que durante la fiesta de los Royers no había permitido que su nombre saliera a relucir ni por equivocación, y que había empleado otra de sus muchas tácticas, (la cual se negó a revelarle, por supuesto), para conseguir que Miranda abandonara Londres esa misma noche, sin posibilidad de volver en un largo tiempo.

Alisó las solapas de su traje azul oscuro y salió de la habitación, bajando a toda velocidad por las escaleras que conducían al vestíbulo.

—Un placer volver a verlas, estimadas damas —las saludó con cortesía una vez entraron, acercándose a besarles las manos como de costumbre, y deteniéndose un milisegundo más en la de Scarlett para dedicarle una de sus ardientes miradas, que a ella la estremeció de pies a cabeza.

—El gusto es todo nuestro, excelencia —repuso Amanda, fascinada, paseando la vista por la luminosa estancia, que no había tenido oportunidad de conocer hasta entonces —. Nunca pensamos tener el honor de recibir una invitación tan gentil de su parte.

—¡Por favor, *milady*! —exclamó, sonriendo gentilmente —Yo siempre estaré encantado de recibirlas.

Luego de eso, los cuatro decidieron aprovechar lo hermoso y soleado que estaba el día para salir a tomar la merienda al jardín. Durante la media hora que estuvieron fuera, sentados a una mesita de madera blanca ubicada bajo un frondoso manzano, degustando el té y las pastas recién hechas, Alex no dejó de mirar a Scarlett ni un solo instante, haciéndole saber sin palabras que, al igual que ella, no había podido sacarse aquel beso de la cabeza.

—¿Les apetece un recorrido por la casa para hacer la digestión? —preguntó el falso duque una vez sus invitadas acabaron de comer.

Al escuchar aquella proposición, Amanda tuvo una brillante idea.

—Se lo agradezco mucho, *milord*, pero siempre he hecho mejor digestión sentada. Sin embargo, si usted y las niñas desean ir adentro... —añadió, lanzándole a Clarisse una pícara mirada de soslayo que comunicaba claramente su intención de dejarlos solos.

—Yo también prefiero quedarme —dijo ella, secundándola con el mayor de los gustos —. Quisiera aprovechar el tiempo para recorrer estos espectaculares jardines.

Alex las miró alternativamente, comprendiendo lo que se proponían; algo que a él no le desagradaba en lo absoluto, pues deseaba desesperadamente volver a hablar a solas con Scarlett.

—¿Qué hay de usted, señorita? —indagó, mirándola fijamente— Tengo una galería con cuadros preciosos que me encantaría mostrarle.

Ella lo meditó un instante, sin poder decidir si estaba lista para volver a estar a solas con él, si tendría la fuerza de voluntad suficiente para resistirse en caso de que las cosas volvieran a ponerse tan… intimas entre los dos.

—Bu-bueno —balbuceó —, es que no sería correcto que…

—¡Ay, por favor, hija! —la interrumpió Amanda, con un dejo de fastidio ante su mojigatería —Irás con el señor duque, que es todo un caballero; además, en este momento no hay nadie por ahí que pueda andar pensando y diciendo algo impropio sobre ustedes, ¿o sí?

La muchacha suspiró, resignada; estaba claro que no tendría más remedio que acompañarlo.

—Ya que insisten… —Suspiró, levantándose del asiento.

—Estupendo —musitó él, con la mirada brillante de emoción, ofreciéndole su brazo para conducirla adentro.



Una vez allí, atravesaron el vestíbulo y un largo corredor repleto de habitaciones cerradas, hasta llegar a su destino: La galería de la mansión. Era una amplia estancia pintada de blanco, con relucientes pisos de madera y un ventanal lateral por el que se colaban los rayos del sol, dibujando sus alargadas sombras en el suelo.

A diferencia de lo que Scarlett se había imaginado (por ser lo habitual en las casas de un noble como Alex), las paredes no estaban cubiertas por retratos de sus antepasados, sino por lienzos de hermosos colores, en los que se retrataban magistralmente todo tipo de paisajes. Era increíble, cada uno era tan colorido, tan vívido, que ella tenía la impresión de que, si alargaba su mano hasta llegar a tocarlo, podría introducirse en él y quedarse viviendo allí para siempre. El renacer del otoño, la alegría de la primavera, lo acogedor del invierno, lo caluroso del verano; todas aquellas sensaciones resultaban casi palpables, y hacían de aquel salón algo maravilloso. Solo una cosa desentonó con la belleza del lugar, sacándola de inmediato de sus ensoñaciones: en la esquina derecha, junto a la ventana, una de las pinturas permanecía oculta, cubierta bajo un manto de seda negro.

—Bienvenida a mi guarida, Scar —dijo Alex, extendiendo los brazos hacia los lados para abarcar todo lo que lo rodeaba, con una sonrisa de plena satisfacción.

Ella estaba tan atónita, tan sorprendida ante la majestuosidad del arte que tenía ante sus ojos, que le fue imposible musitar palabra

—. Daría hasta lo que no tengo por saber qué pensamientos están asaltando esa cabecita justo ahora —le susurró al oído, viendo la expresión atónita de su rostro.

—Yo…me imaginaba este cuarto algo diferente —murmuró, girándose para mirarlo.

—Déjame adivinar: lleno de retratos de la familia Lincoln, ¿no?

—Bueno, en todas las casas de apellidos nobles los hay —argumentó, encogiéndose de hombros.

Alex suspiró; ella tenía razón, en todas las casas de familias pertenecientes a la nobleza existía una estancia como esas, incluso en la de Robert Lincoln. Cuando era niño, y aún guardaba la esperanza de que él llegara a quererlo, aunque fuera un poco, solía pasearse por allí, fantaseando con la idea de que algún día su rostro estaría entre los de aquellos hombres y mujeres; que una inesperada mañana, como por arte de magia, o por misericordia divina, el duque se levantaría con el alma renovada y empezaría a amarlo como se supone que todo padre debe amar a sus hijos.

Pero eso nunca sucedió, provocando que, con el tiempo, el alma de aquel niño noble e inocente se fuera endureciendo, llenando de rencor y de dolor, hasta el punto que, cuando se hizo hombre, juró con todas sus fuerzas romper cualquier lazo que lo atara a aquella familia, que jamás estaría dispuesta a acogerlo en su seno, aunque lo mereciera.

—Lo sé —dijo, obligándose a centrar de nuevo sus pensamientos en el presente —, pero yo quise romper con esa deprimente tradición.

—¿Deprimente?

Él asintió, girando el rostro para mirarla mientras esbozaba una leve sonrisa.

—Por favor, Scar, no me digas que no te parece deprimente, además de un poco tétrico, tener en casa una habitación repleta de retratos de gente muerta, de cuya humanidad no deben quedar más que huesos y polvo.

Ella calló un instante, meditando el asunto.

—A decir verdad, no —susurró —. Para mí, una galería familiar es una forma de recordar a los que amas, de mantenerlos vivos en tu mente y corazón, como si nunca se hubieran ido. Es más, diría que incluso se puede considerar como una forma de honrarlos.

—Ese es justamente el problema; que no existe ningún antepasado de la familia Lincoln al que me interese recordar, ni mucho menos honrar —murmuró, sin poder evitar que una chispa de rabia le cruzara por los ojos.

—¿Cómo? —musitó, pestañeando —¿Ni siquiera a tu padre?

—Sobre todo a él —masculló entre dientes, esperando que el desdén que sentía por Robert Lincoln no resultara demasiado evidente.

—¿Por lo que le hizo a tu madre? —se atrevió a preguntar, bajando un poco la mirada por temor a estar siendo indiscreta —¿Lo que me contaste el otro día?, cuando… —Por un microsegundo las palabras « *nos besamos»* estuvieron a punto de salir de su boca, sin embargo, las contuvo, pensando que traer ese episodio a colación en ese momento no era lo más apropiado —estábamos en la casa de los Royers.

Alex la observó fijamente, y, por primera vez desde que aquel ambicioso juego de seducción había comenzado, se preguntó qué pensaría ella si supiese la verdad, si se enterase de que él no era ningún duque, sino un simple bastardo muerto de hambre, que llevaba años ganándose la vida enamorando y sonsacando dinero a una larga lista de mujeres para poder sobrevivir. En el tiempo que llevaban conociéndose, había podido darse cuenta de que Scarlett era tan íntegra, tan trasparente, con un alma tan limpia, que no podría siquiera tolerar la idea de que alguien le pagara con otra cosa que no fuera honestidad.

—No. Hay…otras cosas además de eso —repuso, algo incómodo, pensando en que ella merecía saber, aunque fuese una mínima parte de lo que era su vida, su verdadera vida, esa que la avaricia le había llevado a ocultarle.

—¿Más? —cuestionó, sorprendida.

—Digamos que yo nunca fui el hijo que él deseaba, ni él el padre que yo merecía, así que nos llevábamos peor que perros y gatos. Por eso no quise conservar ningún recuerdo suyo ni de sus antepasados, así que preferí llenarla con mis pinturas.

Scarlett tuvo ganas de saber más sobre el asunto, de preguntarle el porqué de esa mala relación, pero hubo algo en la forma en la que Alex la miró, que le advirtió que era mejor cambiar de tema.

—¿Tus pinturas?

—¡Ah, es que no te he contado lo más interesante! —exclamó, un poco más animado —Todos estos cuadros que ves aquí, los pinté yo.

La joven se quedó medio pasmada, observándolo con una mezcla de sorpresa y fascinación.

—¿Eres pintor? —murmuró, con un peculiar brillo en la mirada, sonriendo.

—Bueno, yo diría que esas son palabras mayores, pero al menos lo intento —dijo, encogiéndose de hombros, como si el maravilloso arte que saliera de sus manos no fuese tan impresionante como en realidad era.

Scarlett se giró hacia la pared y observó uno de los cuadros atentamente, percatándose de la delicadeza con la que parecía estar dada cada pincelada, del buen gusto con el que se mezclaban los colores gradualmente hasta formar la hermosa representación de un atardecer de otoño.

—Pues, a mi parecer, son muy buenos intentos —dictaminó en un murmullo, haciendo que el pecho de Alex se llenara de orgullo, dándose cuenta de algo que lo sorprendió: nunca antes había permitido que alguna de sus conquistas viera sus pinturas; y jamás le había interesado tanto la opinión de alguien sobre ellas como le interesaba la de Scarlett… ¿Por qué? No tenía ni idea, pero lo cierto es que esa encantadora fierecilla estaba cobrando mucha más importancia dentro de su corazón de la que él mismo se había imaginado que podría llegar a tener. De hecho, hacía ya algún tiempo que, estando a su lado, se olvidaba casi por completo del ambicioso objetivo que la había llevado hasta ella inicialmente, de que la tarea que le había encomendado Wells era enamorarla, no enamorarse de ella.

—Te lo agradezco —dijo, esbozando una sonrisa complacida.

Recorrieron el salón lentamente y en silencio, pues la muchacha parecía estar tan fascinada observando los cuadros, que se detenía delante de cada uno un momento para recorrerlo con las yemas de los dedos, como si quisiera grabarse sus texturas y colores para siempre en la memoria.

—¿Qué pintaste aquí? —cuestionó momentos más tarde, al estar frente al marco cubierto con la seda negra.

—A mi madre —susurró, sin darse cuenta de que su mirada adquiría un toque de melancolía. Nunca le había hablado a nadie de aquel retrato; era algo tan sagrado, tan personal, que prefería esconderlo en el profundo rincón de su alma, donde estaban las pocas cosas que le importaban de verdad —. La pinté hace unos ocho o diez años, justo como la recuerdo.

—¿Y por qué está cubierta? —preguntó extrañada, frunciendo el ceño.

Alex suspiró, entristecido.

—No lo sé muy bien —confesó con un hilo de voz —. Solo recuerdo que un día la extrañé tanto que me dolió ver ese cuadro y darme cuenta de que era lo único que me quedaba de ella; que nunca podría hacerla salir de ahí para volver a abrazarme o confortarme con sus palabras de amor; entonces decidí cubrirlo, y así permaneció cuando me mudé aquí. —Sin darse cuenta, sus ojos se habían encharcado ligeramente; él, un hombre tan fuerte y tan cínico que no se derrumbaba ante nada, estaba a punto de echarse a llorar delante de Scarlett Lawrence. Era extraño, pero aquel parecía ser un poder que ella poseía: reblandecerle el corazón, devolverle la sensibilidad a su alma, derretir las profundas capas de frialdad e indiferencia con las que se había acostumbrado a ver la vida para no sufrir tanto.

—Lo siento mucho —farfulló la chica bajando la mirada, sintiendo cómo un leve rubor se apoderaba de sus mejillas; aunque en realidad no sabía si le estaba dando el pésame por la muerte de su madre, o por haber tocado un tema que se notaba que aún le dolía en el alma.

Él calló un instante antes de murmurar:

—¿Te gustaría verlo?

—¿Me lo permitirías?

—Me encantaría escuchar qué te parece —confesó, antes de estirar el brazo y quitar la tela que cubría el cuadro de un tirón.

Scarlett se quedó anonadada; aquella era la mujer más hermosa que hubiese visto jamás. Tenía el cabello tan brillante y oscuro como el de Alex, peinado en un sencillo moño que le servía de

marco a un rostro de facciones pálidas y delicadas, idénticas a las de una muñeca de porcelana. Sus ojos eran verdes y profundos, pero tenían un halo inconfundible de tristeza, aunque la tenue sonrisa que dibujaban sus delgados labios intentara disimularlo. Iba vestida de negro, como si estuviera de luto, con la espalda muy recta y las manos puestas delicadamente sobre la falda, en una postura llena de elegancia.

—¡Era hermosa! —susurró asombrada, alargando el brazo hasta poder pasar los dedos por la pintura.

—No solo eso. También era una mujer maravillosa, y me amaba más que a su vida —repuso, intentando sonreír mientras recordaba los escasos once años que había tenido la fortuna de tenerla a su lado.

—¿Y hace mucho tiempo que…se fue? —preguntó en un susurro.

—Más del que me gustaría recordar —replicó, consciente de que, para Scarlett, su madre era la bruja de Josephine Lincoln, la duquesa, y que, por tanto, no podía arriesgarse a dar fechas erróneas que otros pudiesen desmentir por casualidad.

—Debes extrañarla mucho —comentó, mirando fijamente al cuadro, cuyos dulces ojos color esmeralda parecían clavarse sobre ella con la misma intensidad que los de su hijo.

—No te imaginas cuánto. —Suspiró y, tras un largo silencio, añadió: —¿Sabes?, creo que le habrías agradado mucho.

Aquel comentario hizo que una sonrisa aflorara de sus labios.

—¿Ah, sí? —indagó, girándose para quedar cara a cara frente a él.

—Tenía un sexto sentido envidiable; conocía el alma de las personas con tan solo mirarlas a los ojos. Seguro no habría tardado ni medio minuto en darse cuenta de lo extraordinaria que eres —dijo, mirándola con infinita ternura, mientras alargaba su mano y entrelazaba los dedos con los suyos, provocando que a ella se le erizara hasta el alma.

Ahí estaba de nuevo… esa bendita y deliciosa conexión entre ellos; como si el tiempo se hubiese detenido, como si nada en el mundo importara más que el instante que estaban viviendo.

Muy lentamente, como la última vez, Alex se acercó buscando sus labios, pero cuando estuvo a punto de rozarlos, todas las alarmas en el interior de Scarlett se encendieron.

¡No puedes volver a besarlo, no puedes volver a besarlo, tonta!, le gritó una molesta voz en su interior. No al menos hasta que aclares ese enredo en que se te ha convertido la cabeza.

Entonces, luchando contra el deseo de arrojarse a sus brazos y besarlo hasta que el cuerpo le dijera basta, le puso ambas manos sobre el pecho y dio un paso hacia atrás agachando la cabeza, incapaz de mirarlo.

—¿Qué pasa? —susurró él —¿Hice algo malo?

Ella negó con la cabeza, intentando deshacer el horrible nudo que se le estaba formando en la garganta y que amenazaba con convertirse en lágrimas en cualquier momento.

—¿Entonces? —indagó, tomándola de la barbilla suavemente con los pulgares para que lo mirara.

Por un instante Scarlett lo observó sin decir nada, pero Alex pudo ver que sus ojos estaban cargados de miedo.

—Yo… Es que tú… es que nosotros… —empezó a titubear, sin saber qué palabras usar para expresar todo lo que le estaba atravesando la cabeza y el corazón —¡Es que esto no puede volver a pasar!—exclamó al fin resueltamente, más como si estuviese tratando de convencerse a sí

misma que otra cosa.

—¿Te refieres a que no puedo volver a besarte? —Entornó los

párpados, confundido.

Ella se mordió el labio y asintió, mirándolo como si estuviera apenada por tener que darle aquella respuesta.

—No me digas que lo hago tan mal —bromeó, arqueando una ceja y esbozando una dulce media sonrisa.

—No, no se trata de eso, es solo que…—Bajó la cabeza y volvió a callar, sin saber cómo explicarle las razones que la detenían para aceptar ese beso, que en el fondo ella se moría de ganas por recibir. Tenía miedo de que se ofendiera, de que la considerara una timorata, una miedosa a la que no le bastaban todas las muestras de respeto y afecto que le había dado los últimos meses, porque así era justamente como se sentía en ese momento.

—Sabes que puedes contármelo, ¿verdad? —murmuró Alex, tomando su barbilla de nuevo entre los dedos, con un tono tan tierno y comprensivo que casi la hace derretirse —Puedes decirme lo que sea; lo que piensas, lo que sientes, cualquier cosa; puedes estar segura de que jamás te juzgaré por ello.

—¡Es que ese es justamente el problema! —explotó de pronto, desesperada, cubriéndose el rostro con las manos y apartándose de un salto —¡Que no sé lo que siento, ni lo que pienso, ni nada!, y hasta que no lo tenga completamente claro no quisiera complicar más las cosas entre nosotros.

Con toda la paciencia y tranquilidad del mundo, él volvió a acercársele y le preguntó:

—¿Qué pasa, Scar? ¿Por qué de repente tienes tantas dudas conmigo?

Con los ojos encharcados, ella miró hacia el cielo, rebuscando en el fondo de su ser una respuesta lo más clara y concisa posible.

—No quiero perder mi libertad, Alex —Fue todo lo que pudo decir al fin, con la voz trémula, cargada de sentimiento.

Él la observó en silencio, pestañeando y con el ceño fruncido, más confundido que nunca.

—Tú eres consciente —siguió explicándose al ver la confusión dibujada en su rostro —, de que una relación como la que hemos empezado a construir seguramente acabará convirtiéndose en un cortejo formal, y después en un matrimonio, ¿no es así?

—¿Y eso te parece tan malo? —indagó, y Scarlett tuvo ganas de abofetearse mil veces al notar la chispa de dolor en sus ojos.

Un largo silencio se apoderó del ambiente. Ella sabía que lo que iba a decir podría llegar a herirlo, pero necesitaba ser sincera, necesitaba tratar de explicarle el mar de confusión en el que se le había transformado el corazón desde que empezó a sentir algo por él.

—No, por supuesto que no, pero tampoco sé si es lo que deseo para mi vida; no sé si quiero renunciar a mi libertad, a mi sueño de escribir, para unirme a un hombre…por más que ese hombre seas tú.—Respiró hondo, intentando evitar que una lágrima se derramara por su mejilla, pero no lo consiguió —. No quiero dejar a un lado lo que he sido hasta ahora, lo que puedo llegar a ser, simplemente para convertirme en la esposa de alguien; no quiero que el matrimonio sea una cárcel que me haga enterrar mis deseos y resignarme a vivir infeliz sin poder cumplirlos. Yo quiero hacer cosas grandes —De pronto la mirada se le llenó de ilusión, como si pudiese ver un hermoso y deslumbrante futuro ante sus ojos —, abrirme mi propio camino, volar con mis

propias alas; no depender de las tuyas ni de las de nadie para ser feliz.

Alex se quedó congelado, contemplándola, maravillado ante la clase de mujer que era. Su fuerza, su valentía, la nobleza de su alma, la arrolladora forma en la que defendía todo en lo que creía y quería…toda ella era como un regalo del cielo, de esos que solo caen en la tierra una vez cada eternidad; y él no pudo más que admirarla profundamente, anhelando el momento de poder llamarla suya.

—¿Y quién dice que conmigo vas a tener que renunciar a todo eso? —murmuró.

—Ah, ¿no? —Pestañeó, sorprendida.

Él negó con la cabeza, después volvió a tomar las manos de Scarlett entre las suyas y, dedicándole una de esas dulces miradas que tenían la facultad de hacerle vibrar el alma, pronunció unas palabras que jamás creyó que diría, y que lo hicieron percatarse de lo profundos e intensos que se habían vuelto sus sentimientos hacia ella:

—A mí me gustas tú, Scar; tal y como eres. Tu esencia, tus sueños, tu fuerza…todo de ti. Yo jamás haría nada para marchitar algo de lo que llevas aquí adentro. —Estiró la mano y la puso tiernamente sobre su corazón —Ni siquiera en el caso de que algún día me concedas el infinito honor de llevar mi apellido. Nunca cortaré tus alas, preciosa, al contrario, haré hasta lo imposible por ayudarte a volar.

Aquellas frases retumbaron en el aire como una promesa, un juramento tan íntimo y verdadero, que los unió… más que antes y que nunca. Absolutamente emocionada, conmovida, agradecida, y un montón de cosas más que no podía ni siquiera definir con claridad, Scarlett se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza, sintiendo cómo las lágrimas bajaban por su rostro e iban a parar al hombro de Alex, empapándole el impecable traje gris. Él también la rodeó con los brazos y hundió el rostro entre sus cabellos de aroma exquisito, en el abrazo más sincero que hubiese dado en toda su vida; preso de una sensación extraña, aterradora y fascinante al mismo tiempo: como si ella lo completara, como si no quisiera dejarla marchar nunca.

—¿Entonces no estás enojado conmigo por …? —cuestionó ella cuando se separaron.

Él le puso el dedo índice sobre los labios, y, aunque se moría de ganas de robarle el beso que le había negado, se limitó a replicar:

—No. Mamá siempre decía que para obtener las cosas que de verdad valen la pena en la vida, es necesario armarse de paciencia; y yo contigo estoy dispuesto a tener toda la que haga falta, porque tú, Scarlett Lawrence, vales toda la pena del mundo.

14

Sorpresa

Tres semanas más tarde, la novela de Scarlett estaba terminada, y, para celebrarlo, Alex le tenía preparada una sorpresa muy especial… aunque no contaba con un pequeñísimo detalle:

—Por favor, Scar —suplicó por quinta vez —. Te prometo que no te vas a arrepentir.

Ella sonrió, indulgente.

—Lo sé, pero créeme, no hay nada que celebrar. Aún falta lo más difícil: buscar un editor que la quiera a pesar de saber que fue escrita por una mujer.

—¡¿Cómo que no tenemos nada que celebrar?! —exclamó, tomándola de las manos —No todos los días una escritora tan talentosa como tú logra acabar una novela, y mucho menos una tan buena como esa.

La muchacha lo miró, con suspicacia, sospechando lo que se proponía.

—Te lo agradezco, pero ni con un millón de halagos vas a convencerme.

Alex ladeó la cabeza, y, con una expresión sumamente tierna, volvió a intentarlo.

—Hazlo por mí. Yo también merezco una sorpresa.

—¿No dices que la sorpresa es para mí? —preguntó frunciendo el ceño, confundida.

—Lo es, pero, mi sorpresa, mi regalo, a decir verdad, será ver tu cara cuando te des cuenta de qué se trata.

—No me asustes —pidió, zafándose de su agarre y poniéndose seria de inmediato.

Él se carcajeó con ganas antes de replicar:

—Tranquila, Scar; no es una cena romántica ni nada que se le parezca. Prometí ser paciente contigo en ese aspecto, y así será.

Y era verdad, en las tres semanas que habían transcurrido desde que intentó besarla, se había comportado como todo un caballero; es más, si no fuese por el anhelo y el deseo con el que lo había sorprendido observándola algunas veces, cuando creía que ella no estaba prestándole atención, podría decirse que casi como un simple amigo,

—¡Tonto! —susurró, dándole un débil golpe sobre la solapa a manera de juego —Sabes que no lo digo por eso.

—¿Entonces?

Cerró los ojos un instante y suspiró hondo antes de confesar:

—Detesto las sorpresas casi desde que me conozco; eso de andar a ciegas, sin saber lo que te espera, me pone los nervios de punta.

Alex se acercó y volvió a tomarla de la mano, depositando un fugaz beso en el dorso.

—Confía en mí —pidió en un murmullo —. Esta será la mejor que te hayan dado en la vida.

—Está bien —aceptó a regañadientes, poniendo los ojos en blanco.

Alex le obsequió la más ancha y brillante de sus sonrisas, emocionado.

—Bien, entonces vámonos —dijo, ofreciéndole su brazo para salir del salón donde habitualmente se reunían para engañar a Amanda con las supuestas lecciones de italiano.

—¿Cómo? ¿Ahora? —murmuró, sorprendida.

Él asintió, con la mirada brillándole de diversión.

—Pero no le he pedido permiso a mamá.

—Pues se lo pediremos juntos —musitó, encogiéndose de hombros —. Ya sabes que, estando conmigo, tu madre te dejaría ir al otro lado del mundo y volver sin ningún problema.

Aquella afirmación la hizo sonreír. ¿Cómo diantres podía ser tan descarado y encantador al mismo tiempo?

—¿Alguna vez te han dicho que eres el hombre más presumido sobre la faz de la tierra, Alexander Lincoln? —preguntó, divertida.

—Muchas, pero solo viniendo de ti las considero el más profundo de los halagos —replicó, esbozando otra de esas luminosas sonrisas que a ella tanto le gustaban.



Tal como el muchacho sospechaba, la vizcondesa estuvo encantada ante de la idea de que aquella tarde, en lugar de dedicarla a estudiar, dieran un paseo en coche por la plaza principal. Sin embargo, les dijo que Clarisse no podría servirles de chaperona, pues quería que la acompañara a la casa de Rosamund Linton para que entre las dos trataran de consolar un poco a su hija, Mary, quien estaba al borde de un colapso de tristeza por su falta de pretendientes esa temporada (y todas las anteriores, a decir verdad).

—¿No piensas decirme a dónde vamos? —preguntó Scarlett una vez estuvieron dentro del cómodo carruaje de Alex.

—Si te lo digo, ya no sería sorpresa.

—¡Por favor! —gimoteó, haciendo un puchero tan tierno e infantil que lo hizo sonreír.

—Te ves tan bonita haciendo esa cara, que casi me dan ganas de decírtelo, pero no lo haré, así que tendrás que aguantar la curiosidad hasta que lleguemos.

Así continuaron, en un ir y venir de sentidas súplicas y divertidas negativas, hasta que, quince minutos más tarde, él le pidió que cerrara los ojos.

—¿Para qué? —indagó, cautelosa.

—Tú solo hazme caso y no los vayas a abrir hasta que yo te diga, ¿sí?

La joven suspiró, resignada.

—A veces me pregunto por qué últimamente hago caso a todas las locuras que se te ocurren.

—Mmm, no sé —contestó tras un breve silencio —; debe ser porque ya me quieres, aunque sea un poquito.

Scarlett se rio, pero en el fondo no pudo evitar pensar que era cierto. Una parte de ella, la que no tenía miedo, la que no estaba llena de aprensión y dudas, sentía algo por Alex...algo a lo que, aunque aún no se atrevía a ponerle nombre, estaba ahí, latiendo con vigor dentro de su pecho, tomando fuerza, alimentándose de todos y cada uno de los tiernos, divertidos y sencillos momentos que compartían.

Unos minutos más tarde, sintió el carruaje detenerse, y escuchó la voz del falso duque diciendo:

—Ahora sí, ya puedes abrirlos.

Al ver adónde habían llegado, todo el aire que contenían los pulmones de Scarlett se esfumó de golpe, haciendo que se le secara la boca y se le abrieran los ojos como platos: estaban frente a las oficinas de Harry Hudson, el editor más exitoso y afamado de Inglaterra. Más de una vez se había dicho por ahí que era algo así como El rey Midas del mundo literario, puesto que cada obra que decidía publicar, llegaba a venderse como pan caliente entre la gente.

—¿Q-qué estamos haciendo aquí? —tartamudeó perpleja, sin quitar la vista de la amplia casa que tenía ante sus ojos, en una de cuyas paredes se veía una placa de marfil que rezaba: H.M. HUDSON, EDITOR.

—Aquí es donde vas a recibir tu sorpresa, preciosa —replicó, sonriendo complacido al ver la expresión de infinita estupefacción dibujada en su rostro.

—Pero, ¡es la oficina del mejor editor de Londres! —chilló.

—Lo sé. Justamente por eso estamos aquí —contestó sin más, antes de bajar del carruaje con un hábil salto y extenderle la mano para que ella hiciera lo mismo.

—!¿Cómo que justamente por eso estamos aquí, Alex?!¡Explícame! —exclamó, sin moverse de su asiento, sintiendo que se ponía roja, aunque no sabía si de la emoción, o del disgusto que le estaba provocando tanto misterio.

—Si tuvieras la bondad de bajarte y averiguar por ti misma en lugar de estar haciendo tantas preguntas, saldrías de la duda más pronto —dijo pacientemente, con la mano aún extendida en su dirección.

Sintiendo que los nervios le abrían un profundo agujero en el estómago, Scarlett le hizo caso y puso los pies en tierra firme, sin imaginar de qué demonios podía tratarse la dichosa sorpresa.

Agarrada del brazo de Alex, subió los escalones de granito blanco y lo vio tocar la puerta un par de veces.

—Buenas tardes —los saludó el hombre rechoncho, bajito y calvo que les abrió la puerta —; ¿en qué puedo servirles?

—Buenas tardes, Quentin —respondió el duque con un tono de voz y una sonrisa tan cordiales, que parecía que se conociesen desde antes —. Soy Alexander Lincoln, ¿se acuerda de mí? Vine hace un par de días.

Aquella revelación desconcertó aún más a Scarlett ¿Alex ya había ido hasta allí? ¿Cuándo? Y lo más importante de todo, ¿por qué?

—¡Ah, claro que sí, excelencia! —exclamó, devolviéndole la sonrisa —Lo recuerdo perfectamente; de hecho, el señor Hudson lo está esperando.

Si la muchacha se había sorprendido con lo que escuchó antes, eso la dejó atónita.

—¡¿Tienes una cita con Harry Hudson?! —exclamó en un susurro ahogado, como si la cita fuera con el mismísimo Jesucristo.

—No, Scar. Tú la tienes —murmuró con picardía, en un tono tan bajo que solo ella pudo oírlo.

Al escuchar eso, la joven agradeció estar agarrada de su brazo, porque, de no ser así, habría caído desparramada al suelo, muerta de la impresión. ¿Ella? ¿Ella tenía una cita con…? ¡No, eso no podía ser! ¿Para qué querría verla un editor tan importante y ocupado como él, a quien además no conocía, ni la conocía? Cuando estaba a punto de abrir la boca para pedirle a Alex una explicación, Quentin volvió a hablar:

—Pasen, por favor —dijo, realizando un gesto con la mano hacia el interior de la casa y haciéndose a un lado para dejarlos entrar.

—O me explicas qué está pasando —susurró Scarlett al oído de Alex, mientras caminaban hacia adentro —, o te juro que me doy la vuelta y me marcho en este mismo instante.

—Por lo visto, la paciencia no es otra de tus innumerables virtudes, ¿verdad, preciosa? —Fue todo lo que replicó en tono burlón.

—¡Qué observador! —exclamó, empezando a sospechar que sería inútil seguir intentando

sacarle información.

Cuando atravesaron el largo pasillo que comunicaba la entrada con la sala principal, se encontraron con una estancia sombría que parecía estar dividida en varios cubículos, en cada uno de los cuales había un hombre tras un escritorio, leyendo y desechando folios a la velocidad de la luz, amontonando los que parecían servir a un lado, y convirtiendo los otros en arrugadas esferas de papel que iban a parar a los cestos de basura que cada uno tenía a sus pies, junto a su lugar de trabajo. Scarlett no pudo evitar preguntarse si aquellos sujetos eran ayudantes del señor Hudson, y si su novela había pasado por manos de alguno de ellos antes de llegar a él.

—Tengan la bondad de tomar asiento —dijo Quentin de pronto, señalándoles un pequeño y mullido sofá en un rincón —. Iré a avisarle al señor que han llegado —añadió, dándose la vuelta y subiendo por las angostas escaleras de madera que conducían a la segunda planta.

—¿De verdad no me dirás qué estamos haciendo aquí? —masculló la muchacha mientras se sentaban.

Él exhaló, resignado, aunque con una chispa de diversión en los ojos.

—Está bien, tú ganas; quería que te dieras cuenta por ti misma, pero veo que no estarás en paz hasta que te lo cuente. —Hizo una breve pausa, intentando acrecentar su expectación —. Lo que sucede es que, hace un par de semanas, cuando me di cuenta de que estábamos a punto de acabar tu novela, me tomé el atrevimiento de ponerme en contacto con Harry Hudson para enviarle los primeros capítulos, y al parecer le gustaron tanto, que me citó hoy mismo para hablar sobre la posibilidad de publicarla.

Scarlett se quedó pasmada, con la boca y los ojos abiertos de par en par, mirándolo como si no pudiera creer sus palabras.

—¿T-tú le diste parte de mi novela a Harry Hudson? —indagó, solo para estar segura de que aquello no era una ilusión.

—Sé que estuvo mal hacerlo sin tu consentimiento, pero…—empezó a disculparse tímidamente, temiendo que estuviera molesta por no habérselo consultado.

—¿Y le gustó? —lo interrumpió, sin siquiera haberlo escuchado. Alex sonrió, viendo que, lejos de parecer molesta, estaba gratamente sorprendida, como si aquello fuese un milagro que su mente apenas podía procesar.

—Yo diría que mucho. Me envió una extensa carta hablando sobre lo interesante que le había parecido la historia y tu forma de escribir.

—¿En serio? —Esbozó una sonrisa tan amplia y encantadora, que el corazón de Alex se llenó alegría y orgullo por haber decidido darle aquella sorpresa.

—Te dije que no te arrepentirías, preciosa —le susurró al oído, en un tono tan seductor y profundo que logró estremecerla, haciendo que por un instante se olvidara hasta de respirar.

—Pueden pasar, señor duque —dijo Quentin de repente, bajando a toda prisa por las escaleras —. El señor Hudson los recibirá ahora mismo.

Alex le agradeció con un asentimiento y una sonrisa.

—¿Lista para convertirte en la mejor escritora que el mundo haya visto? —le preguntó cuando se pusieron de pie, dándole una rápida caricia en el mentón.

Scarlett movió la cabeza en un gesto afirmativo, sintiéndose más nerviosa y emocionada de lo que había estado en toda su vida. ¿Y si al final resultaba que la obra no era lo suficientemente buena?, ¿y si al editor solo le gustaban los tres primeros capítulos y el resto no?, ¿y si algo, lo

que fuera, salía mal?

—Tengo miedo, Alex —confesó en un murmullo, mirándolo a los ojos.

—No hay por qué, Scar —susurró él, ofreciéndole una amplia y brillante sonrisa que la sorprendió, no por lo hermosa que era, sino por toda la confianza que había reflejada en ella, como si de verdad pensara que podía llegar a ser la mejor novelista del mundo…como si pensara que ya lo era —. Eres fantástica en lo que haces, y tienes que aprender a confiar en ti. Te prometo que todo saldrá bien.

—¿Y si no le gusta? — cuestionó, temerosa, percibiendo que los ojos estaban a punto de llenársele de lágrimas.

Él le regaló una sonrisa tranquilizadora.

—Entonces recorreremos todo Londres, toda Inglaterra si es preciso, hasta encontrar a un editor que le dé el valor que merece —dijo, alzándose de hombros, como si eso fuera algo facilísimo de hacer —; al fin y al cabo, este no es el único que existe, ¿o sí?

Ambos se miraron un largo instante a los ojos, y luego Scarlett pronunció una palabra que le salió del fondo del alma:

—Gracias. —Le apretó la mano con fuerza, sintiéndose afortunada de haberlo conocido.



Cuando subieron al despacho de Harry Hudson, se encontraron con que era un hombre despeinado, paliducho, desgarbado e iba vestido con un sencillo traje color azul oscuro que lo hacía lucir algo sombrío.

—¡Excelencia! —exclamó, levantándose del escritorio para darle la mano.

—Disculpe la tardanza, señor —replicó Alex, estrechándosela —. Ya sabe cómo se ponen de imposibles las calles de Londres a veces.

—No tiene que disculparse —repuso, sonriendo indulgentemente —, yo más que nadie sé cómo son esas cosas. —Después de un breve silencio, miró a Scarlett y añadió —Y la dama es la señora duquesa, supongo.

Alex miró a la joven y, viendo que se había puesto más roja que un volcán ante el comentario, no pudo aguantar la tentación de coquetear un poco con ella:

—Qué más quisiera yo, señor Hudson, pero no, la señorita es Scarlett Lawrence, hija de la vizcondesa de Holt, y una persona muy estimada para mí.

—Oh, perdonen la indiscreción. Un gusto conocerla, señorita — musitó, volviendo a su asiento —. Pero siéntense, por favor. —Les hizo un gesto hacia las dos sillas que tenía enfrente.

Tal como la joven se había imaginado siempre la oficina de un editor (y cabe resaltar que lo había hecho infinidad de veces, soñando que entraba en ella con su manuscrito en la mano y salía con una oportunidad ganada); la de Harry Hudson era pequeña y sencilla: de pisos de madera y paredes tapizadas de azul, decoradas con recortes de gacetas enmarcados en los que se hablaba de su magnífico trabajo como El rey Midas de los libros; también contaba con varios archiveros ubicados contra la pared y una larga mesa de madera de roble al lado derecho, sobre la que se apilaban un montón de desordenadas carpetas que tenían toda la pinta de ser manuscritos en revisión.

—¿Gustan algo de beber?

Ambos negaron con la cabeza, y Alex miró de soslayo a Scarlett; estaba tan pálida que parecía

que no iba a ser capaz de pronunciar palabra alguna durante toda la reunión.

—Bien, vamos al grano, entonces —dijo Hudson, apoyando los codos en la mesa y entrelazando sus huesudos dedos —. Le pedí que tuviera la bondad de venir a verme hoy, *milord*, porque estuve leyendo los capítulos de la historia que me hizo llegar hace un par de días con mi secretario, y me place decirle que, como editor en jefe, y dueño de H.M. HUDSON, estaré más que complacido de publicarla. Al escuchar la noticia, el corazón de Scarlett dio un vuelco tan violento que tuvo ganas de levantarse y ponerse a saltar de la emoción, pero en lugar de eso se conformó con intercambiar una alegre sonrisa cómplice con Alex, cuyos profundos ojos negros parecían gritar: *«¿Lo ves? ¡Te dije que no había nada que temer! Estoy orgulloso de ti, preciosa »*.

—No sabe cuánto me complace oír eso, señor Hudson —musitó él, volviendo a la realidad —, sin embargo, creo que, habiendo tomado esa decisión, lo más conveniente es que hable con la autora de la novela. Solo ella tiene la última palabra sobre si acepta o no su propuesta.

El hombre se quedó atónito, mirando al falso duque y pestañeando.

—¿Autora? —indagó en un murmullo apenas audible, observándolo como si estuviera terriblemente confundido —Disculpe usted, excelencia, pero yo pensé que su señoría era quien había escrito la novela.

Él volvió a sonreír ante la confusión, derivada del hecho de que, como no quería que Hudson se predispusiera y se negara a echarle un vistazo por el simple hecho de haber sido escrita por una mujer (como hacían muchos), se la había entregado a Quentin sin especificar a quien pertenecía en realidad, pidiéndole solamente que le dijera a su jefe que era Alexander Lincoln, duque de Berwickshire, quien se la hacía llegar.

—Qué más quisiera yo que haber tenido siquiera la mitad del talento necesario para escribir una obra tan magnífica como esa, señor; pero la autora de esa joya que usted desea publicar no es otra que la señorita Lawrence, aquí presente —informó con los ojos chispeantes de orgullo, mientras extendía la palma de la mano para señalarla.

—¿Ella? —indagó el editor, tan perplejo como si le hubieran dicho que la tierra se había vuelto plana de repente.

—Así es. La señorita Scarlett Lawrence es la mujer que lo hará ganar miles de libras con su trabajo.

En ese momento, la muchacha sintió que había llegado su turno de decir algo, lo que fuera, así que empezó con lo primero que se le vino a la cabeza, un sentimiento que en ese momento le inundaba hasta el último poro del cuerpo.

—Señor Hudson, antes que nada, permítame agradecerle infinitamente por la oportunidad que me está dando; no sabe cuánto significa para mí el hecho de que alguien tan respetado dentro del mundo editorial como usted esté…

—¿Me permitiría un momento a solas con el señor duque, señorita? —la interrumpió bruscamente, importándole un comino lo que le estaba diciendo.

Scarlett pareció necesitar un segundo más de lo normal para procesar esa petición, pero luego replicó en un susurro:

—Claro. —Y se dirigió a la salida tan rápido como sus temblorosas piernas se lo permitieron, empezando a sospechar el motivo por el cual el editor no deseaba que estuviera presente durante la conversación que tendría con Alex.

—¿Pasa algo malo, señor Hudson? —preguntó él cuando se quedaron a solas.

El hombre suspiró y lo miró a los ojos.

—Verá excelencia, yo soy un hombre de negocios y, como tal, no me gustan para nada los rodeos, así que voy a permitirme ser lo más directo posible con usted: no pienso publicar ese manuscrito.

Alex se quedó pasmado, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—¡Pero, si acaba de decir que le encantó! —protestó, alzando una octava su tono de voz, sin comprender.

—Lo sé, *milord*, pero eso era antes —contestó, teniendo la decencia de mostrarse algo apenado.

—¿Antes? ¿Antes de qué? —indagó, constriñendo sus apuestas facciones en un mal gesto.

—De saber que fue una dama quien la escribió.

Su interlocutor se quedó mirándolo, con una chispa de incredulidad y rabia cruzándole por los ojos.

—¡¿Me está hablando en serio?! —cuestionó arqueando una ceja, poniéndose en pie de un salto —¡¿Me está diciendo que va a ser tan idiota de perder la oportunidad de publicar la mejor novela que ha caído en sus manos en décadas solamente porque la escribió una mujer?! —Sabía que insultar al hombre que tenía en sus manos el inicio de la carrera literaria de Scarlett no era muy sensato que digamos; pero tantos prejuicios y estrechez de miras logró sacarlo de casillas al instante.

Aquel insulto claramente ofendió al editor, quien, levantándose también, lo fulminó con la mirada y siseó:

—Mire, señor duque; no sé qué tanto entienda usted del mundo editorial, pero, como el mejor editor de Londres, tengo una reputación que cuidar, y no voy a permitir que se arruine en un santiamén solo por abrirle las puertas de mi compañía a su…amiguita. —El tono tan malicioso con el que pronunció esa última palabra solo logró que la furia se acrecentara aún más en el pecho de Alex —. Mis socios se me irían encima, los demás escritores que trabajan para mí, renunciarían de inmediato al saber que he osado poner su trabajo al mismo nivel que el de una mujer… ¡Los lectores mismos! —exclamó, haciendo un afectado ademán al aire con la mano — ¿Quién me garantiza que la gente quiera comprar ese libro cuando sepa que ha salido del cerebro de una dama con aires de intelectual, que pretende estar al mismo nivel de un hombre aventurándose a escribir semejantes cosas? ¡No, señor Lincoln, no estoy dispuesto a arriesgar tanto por una simple…mujercita, por más amiga suya e hija de la vizcondesa de Holt que sea! — concluyó, arrugando su ancha nariz en un gesto de profundo desagrado.

Alex sintió que la rabia tensionaba todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, haciendo que los dedos se le crisparan en temblorosos puños. Tenía ganas de matar a aquel sujeto, de abalanzarse sobre él y ahorcarlo hasta hacerle tragar todas sus prejuiciosas y estúpidas palabras, pero en lugar de eso, se limitó a aplastarlo con la mirada y gruñir:

—Algún día, esa mujercita, como usted la llama, será una escritora tan grande, que va a arrepentirse de haberla rechazado.

Hudson se carcajeó, echando su cabeza hacia atrás y dejando a la vista sus amarillentas muelas.

—¿Quiere que le dé un consejo, señor duque? —cuestionó cuando al fin se calmó, casi medio

minuto después —Dígale a su amiguita que, si lo que quiere es algo con qué entretenerse, deje de perder el tiempo queriendo involucrarse en oficios de hombres y más bien se dedique a buscar un marido, porque lo que es escribiendo, no va a llegar muy lejos; se lo aseguro. —La contundencia con la que dijo esas palabras, como si fueran una verdad que ni el mismísimo Dios pudiese rebatir, hizo que Alex tuviera que usar toda su fuerza de voluntad para no romperle la cara. ¡Por favor, ¿cómo podía ser tan tonto e insensible de rechazar semejante maravilla simplemente por provenir de una mujer? ¡¿Es que no se daba cuenta de la joya que era esa historia, de lo mucho que valía la pena darle una oportunidad?! Como era obvio que no, lo mejor sería acabar con aquella absurda conversación de una buena vez, antes de que la sangre se le calentara tanto como para acabar destrozándole la boca a puñetazos.

—¡Váyase al diablo! —escupió, mirándolo con profundo desdén antes de dirigirse hacia la puerta y azotarla con fuerza al salir.

Scarlett, quien estaba sentada en una silla ubicada en el rincón, echa un manojo de nervios, se sobresaltó cuando vio la fúrica expresión en el rostro de Alex. Claro que lo había oído alzar la voz un par de veces, pero, por más que había intentado aguzar el oído para escuchar lo que decía, le había sido imposible distinguir sus palabras con claridad. Sin embargo, era más que obvio que algo muy grave debía de haber sucedido, porque nunca lo había visto tan enojado; sus hermosas y varoniles facciones estaban completamente tensas y sus ojos negros ardían como si contuviesen las mismísimas llamas del infierno; además, su respiración era tan agitada, que hacía que sus anchos pectorales subieran y bajaran con extrema rapidez.

—¿Qué pasó? —murmuró, asustada, caminando hacia él.

—Vámonos. —Fue todo lo que respondió bruscamente, con la mirada clavada en el suelo, como si su furia fuera tan intensa que no se atreviera a mirarla —. Fue un error haberte traído aquí. —Acto seguido, la tomó de la mano con fuerza, y casi sin darse cuenta de que estaba andando demasiado rápido para que ella pudiera seguirle el paso, la hizo bajar las escaleras y salir de la casa.



—¿Ahora sí me vas a decir qué pasó? —Volvió a preguntar la joven una vez estuvieron dentro del coche.

—¡Que ese sujeto es un idiota! —exclamó rabioso, mirando por la ventana mientras el cochero emprendía la marcha de vuelta a la mansión Lawrence. Se sentía incapaz de verla los ojos, de decirle que lo que pensaba que sería la mejor sorpresa de su vida había resultado ser un fiasco total, y todo por culpa de un imbécil que no sabía valorar su talento —Te hizo salir del despacho para decirme que no pensaba vender una novela escrita por una mujer.

Aquello no la sorprendió, pues la posibilidad de que eso llegara a suceder se le había pasado infinidad de veces por la cabeza, sobre todo cuando Hudson la conminó a retirarse de su despacho con tanta brusquedad, sin siquiera tomarse la molestia de escuchar sus agradecimientos. Scarlett siempre había tenido claro que adentrarse en un mundo como en el de la literatura, dominado por hombres pedantes, presumidos, y demasiado orgullosos para aceptar el hecho de que una mujer pudiera tener el talento suficiente para dedicarse seriamente a escribir, no sería fácil; así que, de algún modo, siempre había procurado estar preparada para los rechazos, si no a sus historias, sí a su condición de mujer.

—¿No vas a decir nada? —murmuró Alex, aventurándose a enfrentar su mirada por primera vez desde que salieron de la oficina del editor. Para su sorpresa, en ella no encontró atisbo alguno de rabia, frustración, ni siquiera tristeza. Al contrario, sus preciosos ojos de mar lo miraban con una inusitada dulzura.

—No es el único editor que hay en Londres, ¿o sí? —replicó, ladeando ligeramente la cabeza, repitiendo las palabras que él había usado antes para tratar de tranquilizarla.

—Pues no —dijo, con expresión mortificada —, pero yo quería que esto fuera especial para ti; yo tenía fe en que te aceptaría. No se me pasó por la cabeza pensar que…

—Que fuera un hombre como la gran mayoría, lleno de prejuicios sobre el intelecto de las mujeres y lo que somos capaces de hacer con él —completó tranquilamente, sabiendo con exactitud lo que Alex estaba pensando en ese momento.

Él dejó transcurrir un largo instante en silencio antes de inclinar su torso hacia adelante, tomar las manos de Scarlett y susurrar:

—Perdóname. Nunca creí que esto fuera a salir tan mal.

Ella lo miró a los ojos, con los suyos llenos de indulgencia y agradecimiento.

—Por lo menos ahora sabemos que planear sorpresas no es lo tuyo —bromeó, sonriendo, haciendo que él se relajara un poco —. Ya, hablando en serio, no hay nada de qué disculparse.

—¡Claro que sí, Scar! —murmuró —El comportamiento de Hudson fue…

—No fue tu culpa —repuso dulcemente, luego hizo una pausa y añadió —: Quiero que entiendas algo: lo que sucedió hoy, independientemente de cómo acabó, es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, y te lo voy a agradecer toda la vida.

—¿Cómo puedes decir que fue lo mejor, si ese hombre rechazó tu trabajo? —cuestionó, frunciendo el ceño.

—Es que yo no me refiero a lo que pasó con Hudson, sino a lo que pasó contigo —murmuró, con la voz cargada de sentimiento, como si se estuviera refiriendo a algo importantísimo para ella.

—No entiendo a qué… —empezó a farfullar, pero Scarlett lo interrumpió al instante:

—Todos necesitamos a alguien que crea en nosotros, que esté dispuesto a apoyarnos por más locos o estúpidos que parezcamos, y eso es justamente lo que hiciste conmigo hoy: demostrarme que yo también tengo a ese alguien; que ese alguien eres tú —murmuró, sin poder contener un grueso lagrimón que se escurrió por su mejilla.

Ambos se quedaron mirándose a los ojos, percatándose de repente de lo importantes que se habían vuelto el uno para el otro; era como si se complementaran, como si cada uno encontrara en el otro algo extraordinario, un tesoro que jamás creyeron que llegase a existir, algo que ni siquiera sabían que necesitaban, hasta que el destino decidió cruzar sus caminos.

Absolutamente emocionado por sus palabras, Alex se acercó, acunó su rostro entre las manos y le secó la lágrima suavemente, con la férrea certeza de que sería capaz de hacer cualquier cosa para lograr que Scarlett fuera feliz; y no precisamente por el plan que tenía con Wells, sino porque ella se lo merecía… Y le importaba, le importaba de verdad, como ninguna otra mujer lo había hecho nunca.

—Te dije que te ayudaría a volar, preciosa; y no me preguntes cómo, porque no lo sé, pero te prometo que lo haré —juró decididamente, antes de que la muchacha se abalanzara sobre su cuello, dándole un abrazo tan cálido y profundo, que logró calentarle hasta el último rincón del

alma.



Al anochecer, Scarlett y Clarisse estaban reunidas en la habitación de esta última, quien llevaba casi media hora parloteando acerca de todo lo ocurrido en la visita que habían hecho a la casa de Rosamund Linton; sin embargo, al ver que su hermana parecía tener la cabeza en otro planeta, decidió preguntarle:

—¿Te encuentras bien?

—¿Hmm? —murmuró, volteando el rostro para mirarla—¿Qué decías?

La chiquilla soltó un bufido de impaciencia, levantándose de su asiento para acomodarse junto a ella, al borde de la cama.

—Te preguntaba si estás bien, pero es evidente que no, así que suéltalo, ¿qué te pasa? —indagó, con ese aire pragmático que solía tener cuando quería averiguar algo urgentemente.

Scarlett sabía que desde que había vuelto de la oficina de Hudson estaba muy distraída, pero no podía evitarlo; por más que se esforzaba, su mente no dejaba de volar hacia Alex, haciéndole recordar lo dulce que era, lo mucho que confiaba en ella, la defendía y alentaba a cumplir sus metas… Justo como siempre pensó que lo haría el hombre del que pudiese llegar a enamorarse. Era una locura, un par de meses atrás, su presencia no le producía más que hastío, pero ahora, después de ver todo lo que había hecho por ella, estaba agradecida de tenerlo en su vida.

—Nada —murmuró con la mayor naturalidad que pudo, porque en realidad no sabía cómo poner en palabras el avasallador remolino de sentimientos que estaba experimentando —. Solo estoy algo fatigada por el ajetreo del día.

—Te conozco casi mejor que a mí misma y sé que algo te sucede, así que, si no quieres que insista hasta volverte loca, es mejor que me lo digas de una vez.

Su interlocutora suspiró, observándola; eran tantas cosas las que tenía que contarle, tantas las sensaciones que se entremezclaban en su alma, que en realidad dudaba que alguien pudiese entenderla (mucho menos su hermanita menor, quien, aunque era muy inteligente, aún no tenía ninguna experiencia en los asuntos del corazón, y mucho menos en uno tan revuelto como el suyo). Sin embargo, sentía que, si no quería terminar ahogada en su propia indecisión, necesitaba hablar con alguien de lo que le estaba sucediendo.

—Está bien, te lo voy a contar, pero, por amor a Dios, prométeme que no gritarás como una loca con cada cosa que te diga —pidió, lanzándole una mirada de advertencia.

—Te lo prometo —murmuró, levantando la mano derecha, con los ojos brillantes de expectación.

Scarlett se enderezó en la cama, y, con toda la tranquilidad que pudo, le relató todo lo que había venido sucediendo entre ella y Alex últimamente, lo confundida y dichosa que se sentía a su lado, así como también el montón de temores que le atenazaban el corazón y lo llenaban de dudas.

Su hermana no dijo nada, se limitó a escucharla con atención, dejando que la sorpresa, la ternura, la estupefacción y un montón de emociones más se reflejaran en su rostro a medida que la oía hablar. Cuando acabó, lo único que hizo fue lanzar un largo suspiro lleno de ensoñación y declarar:

—No hay duda, el duque está loco por ti, y de remate.

—¿Tú crees? —murmuró, dubitativa, frunciendo el ceño.

—Estoy segura —dijo con firmeza —. Ahora lo que realmente hay que preguntarnos es, ¿qué sientes tú por él?

Scarlett soltó un resuello desesperado, escondiendo el rostro entre las manos.

—Ese es el problema, que no lo sé —confesó —. Cuando me mira, cuando me habla y me toca, siento… cosas, cosas que jamás en la vida pensé que podía llegar a sentir por nadie: se me acelera la respiración, el corazón me late como si quisiera salírseme del pecho, las piernas se me vuelven gelatina; y hasta siento esas ridículas mariposas en el estómago de las que todo el mundo habla cuando está enamorado; pero después, cuando él se va, me lleno de miedo…me da pánico lo que pueda llegar a pasar.

—¿Pánico? ¿Tú? —indagó Clarisse frunciendo el ceño, pues Scarlett era la persona más segura que había conocido en la vida —¿De qué?

La joven suspiró larga y pesarosamente, con el rostro plagado de mortificación.

—Es que no es fácil, Clari. Hace un par de meses yo tenía mis prioridades perfectamente organizadas. Sabía lo que quería y lo que no, lo que podía esperar del futuro y de mí misma, tenía claro en qué quería invertir mi tiempo y mi energía, pero ahora que lo he conocido mejor, que sé el hombre tan maravilloso que es… —Miró al cielo, sintiendo un horrible nudo en la garganta, mientras percibía cómo sus ojos se llenaban de lágrimas —es como si se me hubiera trastocado la vida. —Hizo una pausa y se obligó a respirar profundo antes de continuar —. Sé que él está dispuesto a ofrecerme un futuro, uno con el que cualquier mujer soñaría, pero yo no estoy segura si es el que deseo para mí. Olvidarme de lo que siempre he querido, dedicarme a llevar una casa, atender un esposo, y además convertirme en duquesa, todo eso me resulta…

—¿Abrumador? —completó, tomándola de las manos.

Scarlett asintió, agradeciendo que alguien por fin hubiera encontrado el término exacto para denominar cómo se sentía: abrumada. Alexander Lincoln era como dar un salto al vacío, un paso que la llevaba fuera de todo lo que conocía, de lo que siempre había soñado conocer; y la aterraba pensar que dar ese paso la condenara a llevar una vida vacía, tan desesperadamente común y monótona que acabara odiándola.

Clarisse alargó el brazo y le acarició suavemente el cabello.

—¿Quieres saber qué haría si fuera tú? —preguntó en un murmullo, mirándola con dulzura.

—Por favor.

—Darle una oportunidad a lo que estás sintiendo. No lo frustres, déjalo crecer, avanzar y, si es el caso, prosperar; permite que sea el tiempo quien diga si vale la pena o no. Al final, si resultase que no es así, simplemente te alejas de él y se acabó; pero no permitas que tus miedos te priven de lo que estás sintiendo, que te alejen de un hombre que te ha demostrado de tantas formas lo mucho que te quiere y le importas, porque entonces sí que podrías arrepentirte por el resto de tu vida.

Con los ojos llenos de lágrimas, Scarlett respiró hondo y la miró a los ojos; ¿en qué momento aquella chiquilla despreocupada y alegre se había vuelto la más sabia de las mujeres?

—Eres la mejor hermana del mundo, ¿lo sabías? —cuestionó, inclinándose hacia adelante para abrazarla, dejando que el llanto rodara por sus mejillas libremente.

—Mmm, sí —replicó ella cuando se separaron, observándola con una sonrisa que era mitad divertida, mitad presumida —, pero me encanta que me lo recuerdes de vez en cuando.



Horas más tarde, metida en su cama, Scarlett se dedicó a pensar seriamente en la posibilidad que Clarisse le había planteado: darle una oportunidad al duque, dejar que fuese el destino el que decidiera lo que pasaría entre los dos. Al pensar en ello, el corazón le dio un vuelco emocionado. ¿Y si su hermana tenía razón? ¿Si él fuera el hombre de su vida? ¿Si todos sus temores eran infundados y al final lograban construir una relación plena y dichosa, en la que no tuviese que olvidarse de sus sueños y metas?

Era una locura, demasiado pedirle al destino, pero algo en el fondo de su ser le gritaba que, aunque se muriera de miedo, solo había una manera de averiguarlo: abriéndole su corazón a Alexander Lincoln… pasara lo que pasara después.

15

Presiones

A la mañana siguiente, Alex se estaba arreglando cuando Julius llamó a la puerta, comunicándole que Thomas Wells estaba esperándolo en la sala.

Él resopló y puso los ojos en blanco, fastidiado. Desde que se había trasladado a Londres, aquel insufrible banquero lo visitaba al menos dos veces por semana para que le informara de los progresos que estaba teniendo su plan, y, la verdad, era que aquellas visitas no le agradaban para nada. Por alguna razón, ya no se sentía cómodo contándole sobre lo que hacía o dejaba de hacer con Scarlett, sobre los secretos que ella le confiaba, la actitud que tenía para con él, en fin; sin embargo, siendo su cómplice en todo aquello, no le quedaba más opción que revelarle gran parte de lo que hablaban, aunque eso lo hiciera sentirse como un vil traidor.

—Dile que ya voy —pidió, pasándose las manos por el cabello húmedo para tratar de peinar sus rebeldes mechones.

Unos minutos más tarde, al llegar a la sala, la imagen que lo recibió fue alarmante: Wells estaba más pálido que un muerto, despeinado, con una cara de preocupación tan grande que parecía estar a punto de darle la peor noticia de su vida.

—Buenos días —lo saludó el joven acercándose a él, quien se puso en pie de un salto.

—Qué bueno que te encuentro —farfulló —. Es importante… no, más bien sumamente urgente que hablemos.

El falso duque le hizo una seña con la mano para que volviera a sentarse en el amplio sofá color verde oliva, mientras él hacía lo propio, ubicándose en una silla con espaldar abollonado, justo al frente.

—Usted dirá —murmuró, empezando a preocuparse aún más por el semblante del hombre, quien, ahora que lo veía de cerca, parecía estar a punto de sufrir un colapso nervioso.

—Estoy al borde de la quiebra —anunció sin rodeos, mirándolo a los ojos —; y necesito tu ayuda.

Alex necesitó casi medio minuto para procesar aquella información y volver a hablar:

—¡¿Qué?! —chilló, abriendo los ojos de par en par, consternado

—¡Pero, ¿cómo?, si usted es uno de los hombres más ricos de Londres!

—Lo era —corrigió, con la mirada clavada en el suelo y los codos apoyados en las piernas, abrumado —. Aunque he procurado mantenerlo en secreto, la verdad es que en los últimos meses he tenido una pésima racha en los negocios; hace un par de semanas invertí lo poco que me quedaba con la esperanza de recuperarme, pero todo salió mal. Ahora estoy endeudado hasta el cuello, y si no hago algo pronto, voy a perderlo todo.

—Usted perdonará mi indiscreción, señor Wells —dijo, después de un largo silencio —, pero, ¿qué tengo que ver yo con todo eso?

—¡¿Cómo qué?! —graznó, poniéndose de pie de un salto y abriendo los ojos como platos — ¡¿Acaso no te das cuenta de que, en la situación en la que estoy, que tú te cases cuanto antes con Scarlett Lawrence para que empecemos a tener control sobre su dinero es la única salida que me queda?!

—¿Empecemos? —repitió, frunciendo el ceño, sin poder creer lo descarado que estaba siendo.

—Sí —repuso rápidamente, volviendo a tomar asiento, demasiado preocupado por su situación como para percatarse de la expresión en el rostro de Alex —. Escucha, tenemos que acelerar el plan. Ya sé que vas bien, que has conseguido que ella te acepte, e incluso le has dado un par de besos, pero eso no basta; tienes que lograr ponerle el maldito anillo matrimonial en el dedo en dos meses, o voy a estar perdido… Y tú también.

—¡¿Dos meses?! —vociferó, saltando de la silla como si se hubiese enterrado un par de alfileres en las posaderas.

—Ese fue el plazo que me dieron mis acreedores para pagar todo lo que les debo —explicó —; si no lo hago, no solo voy a perder todas mis propiedades, sino que esta farsa en la que estamos montados se irá al diablo, porque dentro de poco ya no podré seguir pagando esta casa, ni el carruaje que usas, ni la decena de empleados que te sirven, ni ningún otro lujo digno del duque que se supone que eres.

Alex volvió a sentarse, agachando la cabeza y cubriéndose el rostro con las manos. ¡Por Dios, ¿en qué momento las cosas se habían complicado tanto?! ¿Por qué justo ahora que todo empezaba a marchar bien con Scarlett?

—Es imposible —murmuró con los ojos cerrados, masajeándose el tabique con los dedos para intentar calmarse —. Es cierto que las cosas van bien, pero no tanto para que acepte ser mi esposa en tan poco tiempo. No hay forma de que eso suceda —ratificó, recordando las dudas que la muchacha había manifestado un par de días antes respecto a su relación.

—¿Y si te dijera que sí la hay? —comentó el banquero con un deje de malicia en la voz.

—¿Cuál? —indagó levantando la cabeza, sin estar seguro de querer oír la respuesta.

—Comprometer su honra. Que no pueda casarse con nadie más que no seas tú, y que tenga que hacerlo lo antes posible.

Él se quedó paralizado, sin poder creer lo que estaba oyendo. Aquella salida era demasiado baja, demasiado vil, inclusive para un gusano avaricioso como Wells.

—¿Se refiere a… robarle su honor? —indagó, estupefacto.

El hombre guardó silencio, meditando el asunto.

—Mmmm, no creo que sea necesario llegar a tanto —dictaminó, rascándose pensativamente la barbilla —. Después de todo, si queremos que la vizcondesa siga estando de acuerdo con hacerte su yerno, debes mantener tu fachada de hombre honorable hasta el último momento. Yo diría que basta con urdir una situación lo suficientemente comprometedora como para que, al ser presenciada por unos cuantos testigos, nadie pueda dudar de que debes hacerla tu esposa cuanto antes…No sé, un par de besos, de caricias, en fin, siendo el seductor nato que eres, tú debes saber más de todos esos ardides que yo.

—Ella nunca lo permitiría —gruñó —. Es demasiado decente, demasiado digna e inteligente como para no huir de cualquier situación que pueda poner en peligro su respetabilidad y la de su apellido.

Wells rio, burlón.

—¡Por favor, es obvio que no es tan digna ni tan inteligente como crees! —exclamó — Después de todo, ya permitió que la besaras una vez, la única diferencia es que ahora habrá público, y eso nos asegurará que no pueda huir de ti nunca más.

El joven lo miró, asqueado, preguntándose cuándo demonios había sido tan idiota de hacer tratos con una sanguijuela repugnante como esa. No podía hacerle eso a Scarlett. No podía

permitir que su nombre y su reputación quedaran manchadas para siempre por su culpa. ¿Quién la respetaría después de que el chisme sobre lo ocurrido se hubiera esparcido como polvo por toda la ciudad? ¿Qué editor querría darle una oportunidad cuando la gente la creyera una casquivana, una mujer sin vergüenza, que era capaz de entregarse al duque de Berwickshire con tal de atraparlo? No, definitivamente no podía hacerle semejante bajeza, no ahora que ella se había convertido en alguien tan especial para él. Claro que deseaba que lo aceptara como esposo, claro que soñaba con el día en que pudiera poner el anillo de compromiso en su dedo, pero quería que cuando eso pasara, fuese de verdad, porque ella también lo deseara, porque estaba completamente segura de hacerlo; no porque una horda de chismosos conducidos por Wells los descubriera en una situación comprometedora y la hiciera sentirse obligada a aceptarlo… eso no; si llegaba a ocurrir de esa forma, Scarlett jamás se lo perdonaría, ni él tampoco.

—¿Qué pasa? —preguntó el banquero, al ver que se había quedado callado —No me digas que vas a ponerte con escrúpulos tontos a estas alturas, después de todo lo que hemos hecho.

—No —titubeó, dudoso —, no son escrúpulos. Es que…sencillamente me parece que no es necesario perjudicarla tanto para lograr un compromiso matrimonial, al menos no ahora que las cosas han empezado a ir bien entre nosotros. Si me da un poco más de tiempo…

—¡¿Tiempo?! —rugió, histérico, echando chispas por los ojos, mientras se levantaba de sopetón de la silla —¡¿No te estoy diciendo que eso es justamente lo que no tenemos?! ¿Qué diablos te pasa? ¿Por qué de repente insistes en ser tan correcto con esa chica? ¡¿Acaso fue que de la nada te volviste un hombre decente, y yo no me enteré?!

—No. —Volvió a negar, fijando la mirada en el suelo, con los dedos entrelazados —, es solo que… —De pronto no tuvo ni idea de qué decir, se sentía terriblemente confundido. ¿Que qué? ¿Qué era lo que realmente le estaba sucediendo? ¿Cómo podía explicarle a Wells que Scarlett se había convertido en mucho más que un negocio para él, que era la mujer más buena, inteligente, noble y especial que había conocido, y que tan solo pensar en la posibilidad de lastimarla le producía un horrible nudo en la garganta, lo hacía sentir sucio, vil, casi tan miserable como su padre?

—Te enamoraste de ella —completó el banquero en un susurro consternado, abriendo los ojos como si acabara de hacer el descubrimiento más sorprendente y aterrador del mundo —¡Claro! Esa es la única razón para… Mírame, mírame y dime que estoy equivocado, que me enloquecí, que me volví idiota —farfulló, horrorizado ante la posibilidad de algo que podía poner de cabeza todos sus planes: que Alex se hubiese enamorado de *La fierecilla*. Nunca se le había ocurrido pensar que su pieza clave en aquel ambicioso juego de ajedrez; el hombre al que había elegido como su cómplice precisamente por creerlo tan inteligente, cínico y sin corazón como para ayudarlo a llevar a cabo sus propósitos sin sentimentalismos ni escrúpulos tontos, pudiera cometer la reverenda estupidez de enamorarse de verdad.

El muchacho levantó el rostro y lo miró; por un momento pensó en negarlo todo, en decirle que efectivamente se había vuelto loco, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, negándose a salir. ¡Por Dios!, ¿qué demonios le pasaba con Scarlett? ¿Por qué no podía verla y tratarla como a todas las mujeres que había conocido antes; frío, calculador, sin sentimientos?

—¡Eres un soberano cretino! —bramó, furioso, agarrándolo del cuello de la levita y levantándolo con una fuerza casi sobrenatural, impropia de un hombre de su edad —¡El plan era enamorarla, no que te enamoraras tú de ella, imbécil!

—Yo… —empezó a balbucear, tan consternado por la agresiva reacción de Wells como por la posibilidad que se estaba presentando ante sus ojos. ¿Sería posible que de verdad estuviese enamorado de Scarlett? ¿Él, que se creía inmune a aquel sentimiento? ¿Él, que jamás creyó posible que existiese una mujer capaz de despertar en su alma siquiera una migaja de afecto sincero?

—¡No trates de negarlo! —le espetó —Lo veo en tu mirada, lo he estado notando en la forma en que hablas de ella últimamente. Al principio creí que eran ideas mías, pero, ahora todo está muy claro, ¡la amas, la amas como un loco, como un estúpido!

Alex permaneció impasible, pero, en el fondo, esas palabras empezaron a retumbarle en la cabeza como martillazos. ¿Podía ser que lo que comenzó como una simple chispa de admiración y respeto se hubiese transformado poco a poco en amor?

Sin embargo, no tuvo tiempo de ahondar mucho en aquella pregunta, porque, de la nada, las fúricas y fuertes manos de Wells lo dejaron caer en la silla con violencia, como si fuera un muñeco de trapo.

—Escúchame bien, Alexander —siseó, apuntándole con su acusatorio dedo índice, mirándolo con tanto odio que parecía querer hacerlo picadillo —: a mí me importa un comino lo que sientas por esa muchacha; si la amas, si la odias, me da igual, lo único que sé, es que, si no quieres que ella y su familia acaben detestándote por el resto de sus vidas, vas a hacer lo que yo te ordene, ¡y punto!

—¿A…a qué se refiere con eso? —murmuró, alarmado.

—A que, si no aceptas seguir el plan que te he propuesto para comprometer su honor, soy capaz de ir ahora mismo a la casa de la vizcondesa y contarle quién eres en realidad: un bastardo sin fortuna ni vergüenza, un mentiroso que se está aprovechando de su hija, y que, por si fuera poco, la ha secundado secretamente en esa locura de escribir.

Él se quedó pasmado; por un instante se le pasaron por la cabeza imágenes horribles, en las que, al enterarse de la verdad, Scarlett lo odiaba, le decía que era un falso, que no quería volver a verlo nunca más. Entonces experimentó la sensación más horrible del mundo, como si una gigantesca mano le estrujara el corazón con fuerza, provocándole un dolor tan profundo que le traspasó hasta el último rincón del alma; pero no lo demostró, sabiendo que, si de verdad quería conseguir lo que se proponía, no podía darse el lujo de parecer débil delante de Wells.

—No puede hacer eso —le dijo, mirándolo a los ojos con determinación —. Sabe perfectamente que, si yo caigo en esta mentira, usted se va conmigo.

Un brillo cruel y pícaro atravesó fugazmente los ojos de su interlocutor, quien esbozó una sonrisa retorcida.

—Te juro que, si por tu culpa pierdo todo lo que tengo, eso no me importará en lo más mínimo. —Y después de un breve silencio, añadió —: No me retes, porque te aseguro que, en la situación en la que estoy, tú tienes mucho más que perder que yo; empezando por esa mujercita que tanto te gusta.

Al oír esa amenaza, el falso duque sintió la furia expandirse por su cuerpo como lava ardiente, y tuvo ganas de lanzarse sobre Wells para matarlo, pero se contuvo, pues al fin y al cabo tenía razón: en ese juego era él quien llevaba todas las de perder. Por eso no podía permitir que le dijera la verdad a Scarlett. Si quería tener alguna posibilidad de que lo perdonara, tenía que contársela de sus propios labios; buscar las palabras, la forma y el momento indicados para

hacerle saber que, aunque todo había comenzado gracias a su desmedida ambición, en el camino las cosas habían cambiado; que jamás había pretendido hacerle daño, y que todos los momentos que habían compartido en los últimos meses eran reales… y los mejores que había vivido nunca. Así las cosas, aunque no le agradaba para nada ceder a las pretensiones del banquero, tenía que hacerlo. Necesitaba tiempo, todo el que pudiese obtener para intentar ganarse el corazón de Scarlett por completo antes de arriesgarse a ser sincero con ella; solo así tendría una esperanza de no perderla para siempre.

—¿Qué tengo que hacer? —escupió desdeñosamente.

Su interlocutor rio, triunfante.

—Así me gusta —dijo, antes de volver a sentarse, tan tranquilo como si la discusión que acababan de tener no hubiese sucedido nunca —. Es muy sencillo: dentro de una semana los McMillan harán una fiesta para presentar a su hija menor en sociedad, y supongo que habrás recibido una invitación, al igual que las Lawrence y yo, ¿no es así?

Él asintió con sequedad.

—Bien, pues, a la medianoche, durante el baile, debes encontrar la forma de escabullirte con ella hacia la parte de atrás de la casa, junto al invernadero; la seducirás, y te encargarás de ponerla en la situación más comprometedora que puedas para que, cinco minutos más tarde, cuando unos cuantos testigos y yo pasemos por allí casualmente, podamos verlos en medio de su tierno y apasionado romance. —Pronunció aquellas palabras con un dulzor tan irónico, que logró que la sangre de Alex se calentara aún más.

—De acuerdo —gruñó, fulminándolo con la mirada —. Y después de eso, ¿tengo su palabra de que no le dirá la verdad?

—Por supuesto, muchacho —confirmó, esbozando una sonrisa que a él no le inspiró ni un ápice de confianza —. Si haces lo que digo, te juro que de mi boca jamás saldrá ni una palabra acerca de tu verdadera identidad.

El falso duque suspiró, resignado, sabiendo que no tenía otra opción.

—Está bien —musitó, sin poder evitar sentirse como el más ruin y asqueroso de los hombres —, lo haré.

Wells volvió a esbozar una sonrisa descaradamente triunfal y le tendió la mano para despedirse, pero él permaneció estático, limitándose a mirarlo como si fuera el más asqueroso de los insectos.

Sin darle la más mínima importancia, el hombre se encaminó hacia la puerta; sin embargo, cuando estaba a punto de salir, se giró y murmuró:

—Enamorarte de esa chica fue el peor error que pudiste haber cometido, Alex. Ella no está hecha para un bastardo mentiroso como tú.

Y se marchó, dejándole la cabeza hecha un mar de confusión, rabia, culpa, y mil sentimientos más, pero, sobre todo, con la horrible sensación de tener una espina clavada en el corazón. No quería lastimar a Scarlett, no quería que lo creyera un descarado capaz de aprovecharse de su inocencia, un canalla al que le importaba un comino dejar su reputación por el suelo con tal de conseguir que lo aceptara como esposo; no obstante, como estaban las cosas, tampoco tenía otra opción: era hacer lo que Wells le exigía, o dejar que cumpliera con la amenaza que lo llevaría perderla para siempre.

16
Cambio de planes

—¿Crees que esté enojado conmigo? —le preguntó Scarlett a Clarisse en un murmullo, mirando disimuladamente a Alex, quien estaba ubicado al otro lado del salón de fiestas de los McMillan, bebiendo una copa de coñac como si fuera la última en el mundo. Desde su llegada a la reunión no le había dirigido más que un frío saludo, y tenía aspecto de estar sumamente malhumorado, triste, cansado, pensativo, o todo junto.

—No lo sé. ¿Le hiciste algo?

—¡Por Dios! ¿Qué le pude haber hecho? Si hace tiempo que no va por la casa; desde que fuimos a ver al editor.

—Pero, tú dijiste que todo acabó bien entre ustedes ese día, ¿o no?

—¡Sí! —exclamó, en un murmullo que entremezclaba desesperación y desconcierto a partes iguales —Por eso no entiendo por qué ni siquiera me ha mirado en toda la noche.

La chiquilla suspiró, sorprendida de cómo habían cambiado las cosas entre su hermana y el duque. Antes, ella no soportaba ni siquiera que respiraran el mismo aire, pero ahora hasta parecía enfadada porque no le prestara atención.

—Tal vez deberías ir a preguntarle qué le pasa—sugirió, encogiéndose de hombros.

—¿Tú crees?

—Es mejor que estarte rompiendo la cabeza con especulaciones toda la velada —replicó con simplicidad, antes de beber un sorbo del vaso de limonada que tenía en las manos.

Scarlett guardó silencio, cavilando el asunto.

—Tienes razón —dijo al fin —, pero mejor esperaré al siguiente baile.

Lo que la joven ni siquiera sospechaba, era que si Alex no había querido dirigirle la palabra en toda la noche no era precisamente porque estuviera enojado con ella; sino porque solo recordar lo que iba a tener que hacerle llegadas las doce, lo hacía sentir tan culpable y sucio que no se atrevía a mirarla a los ojos. Por eso prefería quedarse allí, en un rincón del salón, aislado como una ostra, bebiendo coñac, vino, brandy, o cualquier cosa que le ayudara a calmar los nervios.

Sin embargo, faltando veinte minutos para la hora señalada, vio a Wells aproximarse hacia él con semblante serio, y supo que no podría seguir huyendo de su horrible deber.

—Espero que no te hayas arrepentido a último minuto —murmuró.

—¿Por qué lo dice? —indagó secamente, apurando el último sorbo de su copa y sirviéndose otra.

—Porque no has determinado a esa muchacha en toda la noche y ya van a dar las doce.

Alex lo fulminó con la mirada.

—No se preocupe, ya me ha dejado perfectamente claro lo que tengo que hacer. No pienso arriesgarme a desobedecerlo —gruñó, malhumorado.

—Eso espero, porque no me gustaría tener que…

—¡Ya le dije que lo haré! —le espetó en voz baja, echando chispas por los ojos, y apretando su copa con tanta rabia que los dedos se le pusieron pálidos —Ahora lárguese y déjeme en paz.

Dirigiéndole una última mirada de advertencia, el banquero le palmeó el hombro cínicamente y volvió a unirse al pequeño grupo de invitados con los que había estado conversando antes, los

mismos a quienes, en el momento justo, pensaba invitar a tomarse una copa fuera de la casa, excusándose en el calor casi infernal que reinaba en la estancia. Unos instantes después, el grupo de músicos contratados por los MacMillan para amenizar la velada, llenó el ambiente con las notas de un alegre vals, invitando a las parejas a volver a la pista. Justo cuando Scarlett se había alejado un poco de Clarisse para ir en busca de Alex, lo vio aproximarse a ella con sus habituales zancadas de felino.

—Hola —la saludó, haciendo un esfuerzo monumental por aparentar calma y esbozar una dulce sonrisa, como si no supiera la desgracia que estaba a punto de provocarle —, ¿quieres bailar esta pieza conmigo?

Ella lo miró ladeando la cabeza, extrañada.

—¡Vaya, pensé que nunca lo pedirías! —exclamó, con un tono mucho más irritado del que hubiese querido, apuntando su nombre en el carné de baile.

Él le respondió con otra deslumbrante sonrisa, extendiéndole su brazo para conducirla a la pista, donde ya se arremolinaba un número considerable de parejas. Cuando estuvieron en el centro, le rodeó la espalda con las manos y comenzaron a moverse al suave ritmo de la música. Ahora que lo tenía lo suficientemente cerca para detallarlo, a Scarlett le quedaba claro que Alex estaba muy tenso; tenía la mandíbula apretada, el ceño levemente fruncido y la mirada perdida en un punto fijo en el horizonte, como si no quisiera mirarla a la cara.

—¿Te sucede algo? —preguntó, cuando se hizo evidente que él no estaba muy conversador esa noche.

—¿Mmm? —indagó, saliendo de su ensimismamiento —Perdona, no te oí, estaba distraído.

—Sí, ya lo noté —masculló, sonando un poco decepcionada.

—Discúlpame, Scar —murmuró, dejando de lado todos sus horribles y fatalistas pensamientos para centrar su atención en ella —; sé que esta noche he sido muy descortés contigo, pero es que tengo la cabeza hecha un embrollo; tanto que me estuve planteando seriamente la idea de no asistir a este baile —confesó.

—¿Algún problema? —cuestionó, observándolo con franca preocupación.

«¡Que estoy a punto de arruinar tu reputación y no quiero hacerlo, preciosa! », pensó, sin poder evitar dirigirle una mirada mortificada.

—Alex, ¿pasa algo grave?, ¿hay algo en lo que pueda ayudarte? —indagó, empezando a preocuparse aún más al ver la expresión en su rostro.

Él la miró, guardando silencio durante un largo instante. Sabía que no tenía opción, si no cumplía con las exigencias del desgraciado de Wells, todo el mundo saldría de aquella fiesta sabiendo que él no era el duque de Berwickshire, y eso representaría su desgracia… La desgracia de perderla para siempre, así que no le quedó más remedio que tragar saliva, respirar profundo y contestar:

—Eres muy dulce, Scar, y, ahora que lo mencionas, sí, hay algo que me gustaría hablar contigo, pero no quisiera que fuese aquí. ¿Te molestaría acompañarme afuera?

Ella carraspeó, algo nerviosa, sabiendo que también necesitaba estar a solas con él para comunicarle la decisión que había tomado respecto al futuro de su relación.

—Qué bueno que lo dices porque… hay algo de lo que he querido hablar contigo toda la noche.

—¿En serio? —murmuró curioso, ladeando la cabeza —Entonces vamos —Dejó de bailar y le

ofreció su brazo para que salieran, mientras echaba un rápido vistazo al reloj de péndulo ubicado a un lado del salón: faltaban diez minutos para la media noche, el tiempo justo para cumplir con su indeseable tarea y acabar de sentirse como el peor de los hombres.

Por suerte para ambos, tanto Amanda como Clarisse parecían estar demasiado ocupadas intentando presentar a Mary Linton a todos los solteros de la fiesta, (pues Rosamund, ya había decretado casi al borde de las lágrimas que aquella velada era prácticamente la última oportunidad de su hija para hallar un buen partido); lo cual impidió que se dieran cuenta de cómo se escabullían discretamente por la puerta de atrás.



La noche estaba tan oscura y helada que, mientras caminaban en silencio por el amplio césped que conducía hacia el invernadero, Scarlett sintió que las piernas le temblaban y la piel de los brazos, tan solo cubierta por la delgada seda de su vestido rojo, se le erizaba; aunque en realidad no estaba segura de sí se debía al frío, o a los nervios por lo que estaba a punto de decirle a Alex.

Por su parte, él caminaba erguido, con la mirada perdida, lidiando con dos voces totalmente distintas dentro de su cabeza; una le gritaba que tenía que hacerlo, que era su única alternativa; mientras la otra no hacía más que recordarle que ella no se merecía semejante bajeza y que probablemente tampoco se la perdonaría nunca.

Finalmente, llegaron a su destino: la entrada del invernadero ubicado unos cuantos metros al este de la casa, el cual albergaba una gran variedad de plantas de todos los colores y tamaños.

—Tú dirás —murmuró la muchacha cuando se detuvieron, ansiosa de saber por qué había estado alejado de ella toda la noche.

Alex se quedó paralizado, en blanco, pues en realidad no tenía absolutamente nada que decirle.

—De ninguna manera —se escabulló hábil y amablemente, sonriendo —: primero las damas, por supuesto. —Le hizo un gentil gesto con la mano para cederle la palabra.

Ella agradeció en el alma poder hablar primero, ya que sentía que, si seguía guardándose las palabras un segundo más, el valor que había estado reuniendo durante días para hablar con él acabaría evaporándose. Respiró profundo, llevando las manos hacia atrás para ocultar cómo se encajaba las uñas en las palmas, muerta de miedo.

—Yo…yo… —Aunque lo intentó, no logró evitar que la voz le sonara trémula y vacilante — acepté que viniéramos aquí porque…— De pronto, las palabras que buscaba, las que había estado ensayando una y mil veces en su cabeza las últimas horas se esfumaron, quedando aplastadas bajo la montaña de nervios que le oprimía el pecho.

¡Maldita sea! ¿Por qué era tan difícil decirlo? ¿Por qué era tan difícil vencer sus miedos y admitir en voz alta que se moría de ganas por darse una oportunidad con ese hombre?

—No me asustes, Scar —murmuró él, con un dejo de preocupación en la voz —. Ahora soy yo el que estoy comenzando a pensar que te ha sucedido algo malo.

—¡No!, no es nada malo, al contrario, yo diría que es algo muy bueno…para los dos.

—¡Entonces dímelo! —pidió sonriéndole, sintiendo que recibir una buena noticia por parte suya era lo único que podría salvar un poco la noche tan horrible y tortuosa que estaba teniendo

La joven se irguió, volvió a tomar aire, y lo miró fijamente a los ojos, esos ojos oscuros, profundos y hechizantes que tenían el poder de atravesarle el alma, los únicos que la habían mirado con respeto y admiración, los únicos que le dieron el valor suficiente para lanzarse a un

vacío en el que jamás pensó que caería: el del amor.

—Lo he estado pensando bien… y quiero que nos demos una oportunidad.

Alex se quedó atónito, pestañeando, sintiendo que se le paralizaba el corazón. ¿De verdad había oído bien? ¿En serio se estaba refiriendo a lo que él creía?

—¿O-oportunidad? —balbuceó, como si no conociera aquella palabra —¿Oportunidad de…?

Scarlett sonrió al ver la expresión consternada de su rostro.

—Justamente de lo que estás pensando —confirmó —: quiero que me cortejes formalmente, que nos conozcamos mejor. —Dio un paso hacia él y, colocando la mano derecha sobre su pecho, susurró —: deseo saber si esto que siento por ti es real; si es lo suficientemente fuerte como para que podamos llegar a pensar en un futuro juntos.—Agachó la cabeza para esconder una sonrisa tímida.

—Pero, tú misma dijiste hace poco que… —murmuró el falso duque, quien aún no podía salir de su asombro.

—Sé lo que dije —susurró, acercándose a él y mirándolo a los ojos —, pero lo hice porque tenía miedo. Ahora he comprobado que no tengo nada que temer. Eres un hombre excepcional, honesto, bueno, transparente, dulce, y sé que nunca me harías daño; que estás dispuesto a quererme por lo que soy, sin importar nada... y creo que todo eso merece una oportunidad, nosotros nos la merecemos, ¿no crees?

Alex ni siquiera podía hablar; cada halago de Scarlett era como una daga que se le clavaba en el alma, provocando que su dolor y su culpa crecieran a niveles casi insoportables. ¡Por Dios! ¿Cómo podía estar contemplando la posibilidad de hacerle semejante canallada cuando ella le estaba abriendo su corazón de esa manera, cuando se estaba despojando de todos sus temores solo para dejarlo entrar en él?

Guardó silencio un largo minuto, perdiéndose en sus profundos ojos color de mar, los cuales lo miraban con tanta dulzura, con tanta esperanza y anhelo, que se dio cuenta de que jamás podría hacerle daño, ni siquiera, aunque aquel mundo construido a base de mentiras se le viniera encima. Ya vería después cómo arreglárselas con la sabandija de Wells, pero no iba a permitir que el honor de la mujer más hermosa y especial que había conocido pagara las consecuencias de su ambición y cobardía.

—¿Qué pasa? —murmuró ella, algo entristecida al ver que, en lugar de hacer que se pusiera a brincar de la felicidad, la noticia parecía haberlo dejado pasmado —¿No te agrada lo que acabo de decirte?

—Sí —replicó sinceramente, intentando componer una sonrisa —, por supuesto que sí, es solo que… —De pronto oyó algo que hizo que todos los colores de su rostro desaparecieran, quedándose petrificado: eran voces, voces y risas provenientes de la entrada de la casa que se aproximaban hacia ellos. ¡Maldita sea, había perdido la noción del tiempo! ¡Habían dado las doce y ni siquiera se había dado cuenta!

—Tenemos que salir de aquí —farfulló, con el rostro colmado de pánico.

Antes de que Scarlett tuviera tiempo de pronunciar una sola sílaba, la tomó de la mano y comenzó a correr como desquiciado hacia las caballerizas ubicadas en los terrenos traseros de la propiedad, las cuales estaban lo suficientemente lejos como para que ni a Wells ni a ninguno de sus estúpidos testigos se les ocurriera buscarlos.

—¡Auuuch! —chilló la muchacha, sintiendo cómo la mano de Alex se cernía con fuerza sobre

su muñeca, mientras ella hacía un esfuerzo casi sobrenatural por seguir el ritmo de sus largas zancadas para no quedarse botada a mitad del camino —¡¿Qué pasa?! ¡¿Por qué estamos corriendo así?!

—No preguntes —dijo, forzando a sus piernas a moverse más y más rápido, muerto de miedo de que el banquero o alguno de los invitados pudiera llegar hasta el invernadero y verlos a lo lejos —; solo corre, luego te lo explicaré todo.

Unos minutos después, tras una carrera que los dejó sin un gramo de aire en los pulmones, por fin llegaron a las caballerizas, que estaban ocupadas por varios ejemplares pura sangre, tan hermosos como el firmamento estrellado que brillaba sobre sus cabezas.

—¡¿Me quieres explicar qué demonios fue eso?! —jadeó Scarlett, recostándose en una de las paredes laterales del lugar, mientras inclinaba el torso hacia adelante para intentar recuperar el aliento.

—Lo siento —replicó él, respirando hondo para calmar los frenéticos latidos de su corazón —. Es que escuché voces venir hacia nosotros y no quería que nos encontraran a solas… Ya sabes los chismes que se podrían formar.

—¿Y por eso tenías que arrastrarme cual pluma al viento? —se quejó, más indignada por el susto que se había llevado que por otra cosa, pues sabía que su intención era protegerla, como siempre.

—Mmm, no, no solo por eso —confesó, con los ojos llenos de una repentina chispa de picardía, acercándose hasta que las puntas de sus narices se rozaron —. También porque no deseo que haya testigos cuando te demuestre lo feliz que estoy de que al fin hayas decidido darme una oportunidad, preciosa. —Dicho esto, inclinó el rostro hasta cubrir la escasa distancia que los separaba y posó sus labios sobre los de ella en un beso suave, delicado y profundo, que hizo que sus corazones se les desbocaran dentro del pecho y comenzaran a moverse al mismo ritmo, frenético y apasionado, como si supieran que estaban viviendo el momento más importante de sus vidas, el que marcaría el comienzo de una nueva historia entre los dos.

Siendo apenas consciente de lo que hacía, Alex deslizó su mano hasta ponerla sobre la nuca de Scarlett y la movió hacia atrás, esparciendo ávidos y expertos besos sobre la suave piel de su cuello, que tenía el aroma más exquisito del mundo.

—¿Qué demonios has hecho conmigo, Scarlett Lawrence? —jadeó sin separarse de ella, sintiéndola estremecerse entre sus brazos y soltar un débil gemido de placer —¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti, de desearte…de quererte?

Ella quiso articular aunque fuese una palabra, preguntarle si era cierto lo que acababa de decir, pero fue incapaz de hacerlo; estaba tan embebida en el momento, tan fascinada dejando que sus inexpertas manos vagaran libremente por los gruesos cabellos y la espalda de Alex, que solo pudo acercarlo más a su cuerpo, percibiendo cómo cada poro de su piel le rogaba que no volvieran a separarse nunca. Sin saber muy bien lo que hacía, y guiada por una bruma casi incontrolable de deseo, se abrazó a él y buscó de nuevo su boca para darle un beso largo y apasionado que llenó hasta el último de sus vacíos. De pronto, ambos se sintieron como las piezas perdidas de un rompecabezas, que jamás habían podido encajar del todo en el mundo… hasta que se encontraron.

Por primera vez en sus casi veintiún años, Scarlett se sintió plena, completa, como si toda la vida hubiese tenido un hondo vacío en el alma, del que no se había percatado hasta que Alex

llegó para llenarlo, no solo con sus besos y sus caricias, sino con sus actos, su ternura, su apoyo y confianza…que era mucho más de lo que había soñado nunca. Por su parte, el falso duque estaba experimentando la sensación más extraña del mundo: era como si el calor que emanaba de ella no solamente le estuviera derritiendo hasta el último centímetro del cuerpo; sino también de su adormecido corazón. Hasta ese momento se había pasado la existencia jurando que no iba a enamorarse nunca, que jamás iba a permitir que una mujer se instalara tan profundamente dentro de su alma como para tener el poder de hacer con él lo que quisiera; pero, teniéndola ahí, entre sus brazos, con sus cuerpos casi fundidos en uno solo, rebosantes de deseo, supo que eso era justamente lo que estaba sucediendo: aquella fierecilla endemoniada y adorable había logrado colarse hasta en la última fibra de su ser, se había adueñado hasta del último trocito de su corazón… Y la amaba, estaba enamorado de ella como un loco, como un idiota.

Permanecieron así, suspendidos en el tiempo y el espacio, dejando que sus bocas y sus almas bailaran el hasta ahora desconocido vals del amor, hasta que Alex, sospechando que si dejaba que las cosas continuaran al pasional ritmo al que iban, acabaría haciéndola suya allí mismo, en aquel maloliente lugar lleno de caballos, heno, y excremento, sacó fuerzas para controlarse y dio un brusco paso hacia atrás, separándose de ella lo suficiente para volver a respirar.

—¿En serio me quieres? —preguntó la chica, con la respiración aún agitada y los ojos colmados de ilusión.

Él la observó fijamente, acariciándole la mejilla con ternura.

—Más que a nada en este mundo, preciosa —admitió con una leve sonrisa en los labios, sintiendo que con esas palabras renacía, dándole inicio a una nueva etapa de su vida, una en la que ya no importaban las mentiras, ni las ambiciones del pasado… solo Scarlett, y todo lo que empezarían a construir juntos de ahora en adelante.

Unos minutos más tarde, para que nadie sospechara, volvieron a entrar por separado por la puerta de servicio y se unieron discretamente a la reunión. Nadie parecía haber notado su ausencia, excepto por Thomas Wells, quien apenas vio al falso duque de nuevo en el salón, le dirigió una mirada asesina que le causó escalofríos, pues prometía una sola cosa: vengarse por haberse atrevido a desobedecerlo. De inmediato, Alex presintió que debía tener cuidado, pues ahora más que nunca su secreto estaba en peligro.

17

Secretos en peligro

Al día siguiente, tras una larga noche de insomnio provocado por la emoción de saber que Scarlett por fin le había dado la oportunidad que tanto anhelaba, pero también por el miedo de lo que Wells pudiera hacer en su contra, Alex fue despertado por Julius, su mayordomo, con una noticia que lo dejó incorporado en la cama de golpe, pálido como un papel.

—Ha venido de nuevo el banquero, señor. Le dije que esperara a que lo llamara, pero no quiso; solo dejó esta nota.

Sintiendo que un montón de alarmas empezaban a encenderse en su interior, él la tomó y la leyó mentalmente:

De mí nadie se burla. Prepárate para decirle adiós para siempre a tu querida Scarlett.

Al leer aquella corta, pero amenazante frase, su corazón se paralizó. ¡Ese desgraciado iba a delatarlo, o tal vez ya lo estaba haciendo! Quizá ya se encontraba de camino la mansión Lawrence y por eso no había querido que lo despertaran. Si eso era así… ¡Scarlett estaba a punto de descubrir la verdad!

—¿Hace cuánto estuvo aquí? —farfulló, saliendo de la cama con la velocidad de un lince para dirigirse al cuarto de baño.

—Hará unos…veinte minutos, señor —informó.

—Alista mi ropa y déjame solo, por favor. Necesito arreglarme para salir —ordenó, apurado, calculando que, si sus sospechas eran ciertas, Wells estaría ya a punto de llegar a casa de la vizcondesa.

Diez minutos más tarde, con la ropa apenas puesta y muy desarreglada, bajó las escaleras como un torbellino y, mientras tomaba a toda prisa su sombrero gris colgado en el perchero, oyó a Julius preguntarle:

—¿Desea que le diga al cochero que prepare el carruaje, señor?

—No, déjalo. Tengo prisa y no puedo esperar hasta que alisten los caballos —replicó, saliendo de la estancia como alma que lleva el diablo, antes de que el mayordomo tuviese tiempo de decirle nada más.



El cielo estaba cubierto por unas nubes tan negras que era obvio que en cualquier momento empezaría a llover, sin embargo, a Alex no le importó. De hecho, en aquel instante no podía pensar en nada que no fuera correr, correr como un loco para evitar su desgracia. Los pulmones le dolían, sentía el corazón más desbocado que un caballo en plena carrera, los músculos de las piernas le ardían como si se estuviesen quemando, pero siguió sin importarle; lo único realmente trascendente en ese momento era Scarlett, o, mejor dicho, que ella no se enterara de la verdad. Atravesándosele sin la menor cortesía a cuanto coche o peatón se le cruzaba en el camino, sobrevoló calles y casas enteras hasta llegar al barrio más refinado de Londres: Mayfair. La familia Lawrence ocupaba la residencia número dieciséis, así que rebasó las quince anteriores a

la velocidad de la luz, con una mezcla de pánico, angustia y adrenalina en el pecho… pero no fue suficiente. Al llegar a la casa de Amanda, el coche de Wells estaba estacionado justo enfrente, tan solo ocupado por el cochero, lo cual únicamente significaba una cosa: que él estaba adentro desde hace sabría Dios cuánto, revelándolo todo, tal y como había amenazado con hacer.

Sintiendo unas gruesas gotas de sudor deslizársele por la frente, Alex se pasó la mano por el rostro, frustrado; ¡estaba perdido! Por un instante quiso huir, que la tierra se abriera y se lo tragara para no tener que enfrentar lo que vendría, pero era inútil, si su cómplice ya había hablado, lo más seguro era que tarde o temprano él tuviera que poner la cara ante la vizcondesa… y ante Scarlett, quien, a decir verdad, era la única que le importaba.

Seguro de que no tenía sentido dilatar algo que de todas formas iba a suceder, llamó a la puerta, en la que, unos instantes después, fue recibido por una joven criada que lo hizo seguir al salón de té, donde estaban reunidos Clarisse, Amanda, Scarlett, y, por supuesto, Wells. Caminando tan lentamente como si fuese hacia el mismísimo cadalso, con un horrible e intenso temblor nervioso recorriéndole el cuerpo, atravesó el vestíbulo y alcanzó la estancia señalada por la mucama.

Al verlo llegar, el ambiente pareció congelarse, todos callaron de repente, y las tres mujeres le dirigieron miradas tan atónitas que él no supo cómo interpretar.

«Ya lo saben todo. La he perdido», pensó.

Sintiendo la boca más seca que un desierto, dio un paso hacia adelante, carraspeó, y se aventuró a murmurar tímidamente:

—Buenos días.

Tras otro instante de silencio que le pareció eterno, la vizcondesa por fin exclamó:

—¡Señor duque! ¿Pero, qué le ha pasado? ¡Viene usted hecho un desastre!

Al escucharla llamarlo así, Alex casi se desmaya de alivio; había llegado justo a tiempo.

—Lo sé, yo… —La consternación que le causaba la suerte que había tenido era tan grande, que no le permitía articular palabra.

—¿Estás bien? —le preguntó Scarlett, observándolo con una mezcla de preocupación y dulzura que le hizo tener ganas de lanzarse a abrazarla.

—Sí, perfectamente —dijo, pasándose la mano por el cabello —. Yo… yo vine a ver al señor Wells por un asunto de negocios. Acabo de recibir una carta urgente de Escocia; parece que algo no anda bien con los trabajadores de mis tierras, así que necesito que viaje ya mismo para ver qué es lo que sucede —inventó rápidamente, hilvanando las palabras y las ideas a medida que hablaba.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí? —indagó la muchacha, entornando los ojos con perspicacia.

—Porque fui a su casa primero. Fue allí donde me dijeron que había salido para acá —replicó sin alterarse, haciendo gala de su infinita y envidiable capacidad para mentir.

—¡Vaya! Tiene que ser algo realmente grave si ha decidido venir a buscarlo con este clima tan horrible… ¡Y corriendo! —exclamó Amanda, reparando en lo desarreglado de su ropa.

—Tanto que no tuve tiempo de esperar a que prepararan el carruaje, *milady* —explicó —. ¿Sería mucha molestia si les pido que tengan la bondad de permitirme hablar a solas con él?

—¡Claro que no, excelencia! Nuestra casa es enteramente suya —replicó su interlocutora, mirándolo con una inexplicable chispa de alegría en los ojos —. Vamos, niñas. Dejemos que los

caballeros hablen de sus asuntos —añadió, haciéndoles un gesto con la mano a sus hijas para que la siguieran fuera de la estancia.

Cuando pasó por el lado de Alex, Scarlett le puso afectuosamente la mano sobre el hombro y volvió a mirarlo con un deje de angustia, como si no se hubiera creído sus palabras y todavía estuviese preocupada por él. Para tranquilizarla, el joven le regaló una leve sonrisa, dándole a entender que todo estaba bien.

—¡Vaya, no hay duda de que corres tan bien como mientes! —exclamó el banquero cuando se quedaron solos —Recibiste mi nota, ¿verdad?

—¿Por qué otra razón estaría aquí, si no? —preguntó, exasperado, fulminándolo con la mirada.

—Entonces sabes lo que voy a hacer. Ayer teníamos un trato y tú lo incumpliste; así que ten los pantalones para atenerte a las consecuencias.

—Tuve una buena razón para hacerlo —argumentó, sin que en su voz se reflejara ni un ápice del terror que le provocaba pensar que él podría abrir la boca y contarlo todo en cualquier segundo.

—¡Ja! Eso no me lo tienes que explicar. ¡Ya sé que estás enamorado de esa muchacha hasta los huesos, y que seguramente por eso fuiste incapaz de ponerla en una situación comprometedora!

—No lo hice solo por eso —repuso con sequedad —. Unos minutos antes de que usted y sus testigos llegaran al invernadero, Scarlett me dijo que estaba dispuesta a darme la oportunidad de cortejarla formalmente, con miras a un futuro matrimonio.

—¿Y eso qué, idiota? —gruñó, malhumorado —¿No te das cuenta de que ya es demasiado tarde? Aunque al final decida que sí quiere casarse contigo, hasta que eso suceda y puedas entrar en posesión de su dote, van a pasar más de dos meses, que es todo el tiempo del que dispongo para no quedarme en la calle.

—¿Y si le dijera que no? —farfulló, dando un paso hacia el anciano, quién lo miró con el ceño fruncido, como si se hubiera vuelto loco de repente —Esta oportunidad que Scarlett está dispuesta a darme lo cambia todo —continuó explicándose —; si hasta ahora no había podido conquistarla era porque ella tenía miedo de abrirme su corazón, pero ayer, en el invernadero, me confesó que ese miedo ya no existe, que ahora confía plenamente en mí.

—¡Bueno, ¿y?! —exclamó, encogiéndose de hombros, empezando a impacientarse con tantos rodeos —¿Cómo eso evita que yo quede en la ruina?

Alex tuvo que tragar saliva para dar aquella respuesta; si quería convencerlo, tenía que parecer el mismo cínico de siempre, preocupado únicamente por el dinero de la familia Lawrence; no podía permitir que Wells confirmara que todas sus sospechas respecto a lo que sentía por Scarlett eran ciertas.

—¿Acaso no se da cuenta? Ya la tengo en mis manos. Ahora que por fin ha cedido, me resultará mucho más fácil hacer con ella lo que quiera… incluso lograr convertirla en mi esposa en menos de dos meses —replicó, mirándolo con absoluta seriedad.

El hombre permaneció callado, meditando la situación mientras le dirigía una profunda mirada, como si quisiera escrutar su rostro para saber si le estaba hablando con la verdad.

—No me convences —dictaminó tras un largo rato —. Además, ¿por qué tendría que confiar en ti después de lo que hiciste? ¿Quién me garantiza que no me estás diciendo todo esto solo para

que no abra la boca?

Ante esa inquisidora pregunta, Alex supo que, si no quería que la desgracia que tanto había estado temiendo sucediera en menos de cinco minutos, tendría que resultar aún más convincente, así que, sin pensarlo dos veces, soltó:

—Puede que yo sienta algo por esa chica, es verdad, pero usted me conoce mejor que nadie, y sabe que, por encima de cualquier mujer, hay una sola cosa que me interesa en la vida: el dinero. Ella me agrada, y mucho, no se lo voy a negar, pero le aseguro que eso no me ha hecho olvidar el motivo por el cual decidí hacer parte de este plan: yo quiero ser rico, muy rico, deseo posición y fortuna; y esa es la mejor garantía que tiene de que puede confiar en mí: que a ambos nos sigue impulsando el mismo objetivo.

Wells guardó silencio de nuevo, pensativo. Alex se veía muy seguro de lo que decía, y además tenía razón: en todos sus años de vida jamás había conocido a alguien más codicioso y calculador que él, justamente por eso le había parecido tan increíble que se hubiese enamorado en serio de alguien, y mucho más de la hija de la vizcondesa, que había empezado tratándolo peor que a un perro sarnoso.

—Piénselo —murmuró el muchacho, usando el tono más persuasivo del que era capaz —; soy el único cómplice que tiene en este asunto, y si me delata, yo quedaré como un mentiroso delante de todo Londres (cosa que le aseguro que no me importaría en lo más mínimo), pero, en cambio, usted echará por la borda la única oportunidad que tiene para no quedarse en la ruina. ¿Es eso lo que quiere?, ¿tirar a la basura años y años de esfuerzo solo por darse el gusto de arruinar mi reputación?

Otro largo silencio se apoderó de la estancia, mientras, por primera vez en su vida, el falso duque se atrevía a rogarle algo al cielo: *«Por favor, que me crea, que me crea».*

—Está bien —aceptó finalmente a regañadientes —, pero déjame advertirte algo —Dio un paso hacia él, mirándolo con un amenazador brillo en los ojos —: Debes estar casado con ella para el veinticinco de junio; si te tardas, aunque sea un día más, mis acreedores vendrán a quitármelo todo… y te juro por mi santa madre que, si eso llega a suceder, me va a importar un comino que tu reputación, la mía, y el mundo entero se vayan al demonio, ¿te quedó claro?

Al escuchar eso, una extraña combinación de pánico y alegría se apoderó del pecho de Alex. Alegría porque había logrado convencerlo de que no lo delatara; y pánico porque era perfectamente consciente de que solo sesenta días lo separaban de la fecha señalada. Tenía sesenta días para casarse con Scarlett, sesenta días para encontrar el valor de decirle la verdad.

—Así lo haré —prometió con tono adusto, irguiéndose aún más en su lugar.

Dos minutos después, las Lawrence entraron de nuevo en la sala.

—Espero que hayan podido arreglar todos sus asuntos, excelencia —dijo Amanda con una educada sonrisa, volviendo a acomodarse en el sillón en el que estaba sentada antes.

—Afortunadamente, sí, pero ahora el señor Wells debe irse. Como les he comentado hace un momento, es indispensable que viaje cuanto antes a Escocia para tratar de poner un poco de orden en mis tierras; ¿no es verdad? —preguntó dirigiéndose al banquero, quien de inmediato supo que el falso duque estaba tratando de buscar una excusa para sacarlo de allí.

—Así es —confirmó —. Ahora, si me permiten…—Hizo una leve reverencia a manera de despedida y se dirigió hacia la puerta, sin embargo, antes de que pudiera dar un paso fuera del salón, la vizcondesa lo detuvo:

—¿No deseaba usted decirme algo importante, señor Wells? ¿No vino aquí para eso?

El hombre tragó saliva y se giró para mirarla, incómodo, sin tener ni idea de qué decir. Alex tuvo que reprimir una carcajada al verlo en aprietos; era lo mínimo que se merecía por haberlo chantajeado tan vilmente.

—Yo… —titubeó —Tonterías mías, no me haga caso. —Hizo un gesto vago con la mano para restarle trascendencia, y se marchó como alma que lleva el diablo, sin darle posibilidad de preguntar nada más.

—Bueno —dijo Amanda, levantándose de su asiento con una sonrisa más radiante que el sol —, ahora que el señor Wells se ha ido, y que tenemos la fortuna de saber que los problemas que aquejan los negocios de su excelencia no son tan graves —dijo, dirigiéndose a Alex —, ¿qué les parece si hacemos un brindis?

—¿Brindis? —repitió Scarlett divertida —¿Con qué motivo?

—¡Ay, por Dios, hijita! —exclamó, esforzándose por no poner los ojos en blanco —¿Te parece poco la gran noticia que me diste esta mañana?

Alex miró a Scarlett con los párpados entrecerrados, sin comprender a qué se refería la vizcondesa.

—Es que ya se lo he contado todo —explicó la joven con una tímida sonrisa, sonrojándose de una manera que a él le pareció sumamente adorable —; que tú y yo… ya sabes, estamos dispuestos a conocernos mejor y a formalizar el cortejo.

—¡Y no puede imaginarse lo feliz que estoy, *milord*! —intervino la mujer, rebosante de dicha —Desde que lo vi supe que usted era el hombre indicado para mi niña, el que la haría recapacitar y dejar atrás ese tonto capricho de…

—¡Madre! —la reprendió la muchacha, abriendo los ojos como platos, sin entender por qué tenía que sacar a relucir ese tema justo en aquel momento.

—Tienes razón, cariño —concedió, sin dejar de sonreír, acariciándole el rostro con dulzura —, no vale la pena hablar de eso ahora. Lo único importante es que ustedes por fin han decidido darse una oportunidad, y que, si todo marcha bien, pronto serán la pareja más feliz que Inglaterra haya conocido.

Dicho esto, llamó a una de las mucamas para que les sirvieran cuatro copas del vino tinto reservado para ocasiones especiales, y se dispuso a hacer el más efusivo de los brindis.

Aunque Alex hizo un esfuerzo casi sobrehumano por sonreír y mostrarse tan feliz como se supone que debería estar en esas circunstancias, era obvio que no lo había logrado del todo, pues, una vez que su madre y Clarisse estuvieron lo suficientemente distraídas hablando sobre la bella pareja que hacían, Scarlett se le acercó y murmuró:

—¿Estás seguro de que todo está bien, cielo? —preguntó, sin siquiera darse cuenta de que había usado aquella cariñosa palabra.

Él la miró y sonrió. De repente, al escucharla llamándolo de esa forma tan dulce, le pareció que todos sus problemas perdían importancia; y tuvo la certeza de que, si aun después de contarle la verdad, conseguía que ella se quedara a su lado, iba a ser el hombre más dichoso sobre la faz de la tierra.

—Lo estaba hasta hace un momento, pero ahora tengo un problema —replicó.

—¿Cuál? —preguntó, alarmada.

—Que no comprendo cómo he logrado pasar veinticinco años de mi vida sin conocerte,

Scarlett Lawrence —replicó, mirándola embelesado, mientras tomaba un brillante mechón de cabello que se había soltado de su elegante recogido y se lo ponía tras la oreja.

—Tonto —rio, abochornada, aunque en realidad aquel cumplido logró hacerle revolotear el corazón como pocas cosas lo habían hecho jamás.

18

La discusión

A partir de la charla sostenida con Wells, Alex había empezado a crear una especie de calendario mental para ejecutar sus planes. Tenía sesenta días exactos, de los cuales, treinta tendrían que ser empleados en un cortejo lo suficientemente especial como para que, cuando le hiciera la propuesta de matrimonio a Scarlett, no hubiese riesgo alguno de obtener un No como respuesta. Los veintinueve restantes tendrían que alcanzar para llevar a cabo los preparativos de una boda sencilla, pero muy bonita, como ella se la merecía; (aunque debía confesar que, en lo referente a eso, tenía miedo a que algo pudiese escapársele de las manos; puesto que sabía a la perfección que, cuando las palabras mujeres y matrimonio se juntaban, cualquier límite de tiempo resultaba insuficiente; más aún para la vizcondesa de Holt, quien de seguro querría organizar la más pomposa de las ceremonias para festejar el tan anhelado enlace de su hija con el duque de Berwickshire); pero ya vería cómo hacer para evitar que eso sucediera; por ahora lo más importante era aprovechar al máximo los días del cortejo, y así lo hizo.

Conocía muy bien a Scarlett como para saber que, lejos de ser una mujer frívola a la que se le pudiera deslumbrar con joyas o vestidos finos, era alguien que se complacía en extremo con las cosas pequeñas de la vida, las que realmente tenían valor: un paseo tomados de la mano en un día soleado, una amena conversación bebiendo té en el jardín, hacerla reír a base de simpáticas ocurrencias, arrancar una flor de por ahí para ponérsela en el cabello; en fin; así que, durante los treinta días siguientes, se dedicó a llenarla de todo eso, a ratificarle que, más que su futuro marido, él estaba dispuesto a ser su amigo, su compañero, su amante, su confidente, su cómplice, cualquier cosa que necesitara para ser feliz; corroborando diariamente que, estando a su lado, él también lo sería.

Por su parte, ella estaba viviendo el mejor momento de su vida. A menudo se sentía como si estuviera flotando en una nube de felicidad, sin comprender por qué había tardado tanto en percatarse del hombre tan maravilloso que era Alex. Desde el día en que había empezado el cortejo, pudo darse cuenta de que no se había equivocado al darle una oportunidad, ni tampoco en cuanto a los sentimientos que albergaba respecto a él, los cuales, alimentados por la ternura, respeto, cariño y admiración que él le demostraba a diario, iban haciéndose cada vez más grandes y sólidos, acercándose a ese sentimiento al que tantas veces había rehuido: amor.

Sin embargo, a pesar de que todo parecía ser color de rosa cuando estaban juntos, había ocasiones en las que la joven no podía dejar de notar algo extraño en su pretendiente, como si tuviera prisa y quisiera acelerar las cosas entre ellos en lugar de dejar que fluyeran naturalmente, como debía ser. Por ejemplo, una tarde, mientras ambos tomaban el té a solas, aprovechando que Amanda había ido de compras a la tienda de la señora Lestrange, y Clarisse había desobedecido las órdenes de su madre de no quitarles los ojos de encima y se había esfumado de la habitación para darles algo de privacidad, sostuvieron una conversación en la que él nombró tantas veces la palabra matrimonio, que Scarlett no pudo soportar las ganas de preguntarle:

—¿Por qué a veces siento que te urge que nos casemos? —Entornó los ojos, llenos de curiosidad y perspicacia.

Alex maldijo para sus adentros; nunca pensó que ella pudiera llegar a notar lo ansioso que

estaba por llevarla al altar cuanto antes, mucho menos cuando había hecho hasta lo imposible para que no se diera cuenta.

—Porque así es —dijo, optando rápidamente por llevar a cabo una táctica que no le fallaba nunca, y que de seguro la haría olvidarse del tema y dejar de hacer preguntas a las que él no podía responder, o, al menos, no con la verdad.

—¿Ah, sí? —indagó, divertida, arqueando una ceja y sonriendo, mientras estiraba el brazo para tomar una de las pastas recién hechas que reposaban sobre la bandeja del té —¿Por qué?

Él se inclinó hacia adelante, y, con un movimiento rápido, pero delicado, atrapó la mano entre las suyas y se la llevó a los labios para depositar un fugaz beso en el dorso.

—Porque estoy cansado de que esto sea lo más lejos a lo que mi boca pueda llegar cada vez que te veo, Scar —murmuró, mirándola fijamente, de una forma tan seductora, profunda y llena de deseo, que hizo que su corazón comenzara a saltarle como loco.

—¡Alex! — exclamó, agachando la cabeza, sintiendo que las mejillas se le teñían de un rojo intenso, sin poder evitar que una pícara sonrisa asomara en sus labios.

Él se puso de pie y, con sus largas zancadas de felino, alcanzó el sofá en el que estaba sentada, acomodándose a su lado.

—No estoy diciendo nada que no sea verdad —le ronroneó al oído, aprovechando el momento para morderle delicadamente el lóbulo de la oreja, haciéndola estremecer —. Todos los días pienso en ti, preciosa; sueño con el día en el que un cura nos dé su bendición para poder llamarte mía, para poder besarte sin restricciones, sin miedo a que tu madre o tus hermanas puedan entrar en cualquier momento por esa puerta y sorprendernos. —Cada palabra era un tentador susurro, una suave caricia que lograba traspasarla hasta llegar a lo más profundo de su ser y hacerla vibrar, empezando a agitarle el pulso a niveles que cualquiera en su sano juicio consideraría peligrosos.

—Alex, yo… Nosotros no…—Quería hablar, decirle que lo más prudente era conservar la distancia, como dictaban las normas sociales, pero antes de ser capaz siquiera de formular una frase o pensamiento coherente, él acunó su rostro entre las manos y la besó, justo como aquella noche en la fiesta de los MacMillan, intensamente, lleno de toda la pasión, ternura y deseo que llevaba dentro. Sus hábiles palmas le recorrieron la espalda con avidez, acercándola a su cuerpo como si la necesitara para sentirse completo. Sus bocas volvieron a bailar el hechizante y delicioso vals del amor, los latidos de sus corazones se desbocaron, y la sangre comenzó a hervir dentro de sus cuerpos, demandándoles que se dejaran llevar, llenándolos de un fuego electrizante que, a partir de ese momento, guio no solo sus pensamientos y emociones, sino también sus acciones. Antes de darse cuenta de lo que hacían, Scarlett estaba tendida sobre el sofá, disfrutando de las caricias de Alex, del peso que su fornido y masculino cuerpo ejercía sobre el suyo, del calor que parecía emanar de cada poro de su piel hasta envolverlos, el cual se intensificaba más y más con cada beso… con cada caricia.

Sin embargo, cuando ambos sabían que estaban a punto de perder toda la compostura para entregarse de lleno a la pasión, tal como el cuerpo y el alma se los exigían, Alex sacó la fuerza suficiente para apartarse de ella, mirarla a los ojos, y susurrar:

—¿Ahora entiendes cuál es mi urgencia por casarme contigo, preciosa? —Le acarició el carnoso y suave labio inferior con el pulgar, haciéndola abrir los ojos de nuevo y regresar a la realidad —Te quiero demasiado como para robarte el honor en el salón de té de tu madre, pero te

juro por Dios que cada vez que te veo me es más difícil controlarme, y no sé hasta cuando pueda resistir la tentación. Sin saber por qué, aquel comentario la hizo sentirse tremendamente halagada… Y abochornada.

—Pues, tal vez pronto ya no tengas que esperar tanto —murmuró, con un dejo de picardía en la voz.

—El cielo te oiga, Scar, porque esto de andar poniendo a prueba mi autocontrol contigo me va a matar —afirmó con una sonrisa pintada en los labios, antes de darle un beso en el dorso de la mano y levantarse del sofá para ayudarla a incorporarse.



Una semana más tarde, cuando estaba cercano a cumplirse el plazo de los treinta días que se había propuesto para pasar del cortejo a la tan ansiada propuesta matrimonial, Alex no podía sacarse de la cabeza el momento que había vivido con Scarlett en el salón de té de la mansión Lawrence. Había sido algo tan profundo, tan íntimo y especial para los dos; la había notado tan dispuesta, tan segura de entregarse a él en cuerpo y alma, que decidió que ya podía dar el siguiente paso sin temor a recibir una respuesta negativa. Así las cosas, al día siguiente, tras haberse arreglado con más esmero que nunca, y haber gastado los pocos ahorros que le quedaban en comprar el mejor anillo de compromiso que pudo; se puso en marcha hacia la casa de la vizcondesa… sin imaginar ni por asomo lo que encontraría allí.



Aquella mañana Scarlett se levantó más temprano que de costumbre, pues tenía la intención de aprovechar que su madre y su hermana iban a visitar a Rosamund Linton, para comenzar a trabajar en una nueva historia que llevaba días rondándole la cabeza. Por eso, cuando creyó que ya se habían ido, regresó a su habitación, se sentó en su pequeño escritorio y, con una sonrisa de oreja a oreja, volvió a hacer lo que más feliz le hacía en la vida: escribir.

No obstante, unos minutos más tarde, cuando ya llevaba varios párrafos redactados, Amanda entró en su habitación sin tocar, abriendo la puerta tan rápidamente que no le dio tiempo de ocultar las hojas.

—Hijita, ¿de casualidad has visto el collar que…? —Calló al instante, algo extrañada de encontrarla tan temprano frente a su escritorio, con pluma y papel en mano —¿Qué haces? —preguntó con un toque de aprensión en la voz, entornando los ojos y acercándosele.

La muchacha maldijo para sus adentros. Desde hacía meses, cuando ella y Alex comenzaron a hacerse más cercanos gracias a las supuestas clases de italiano, su madre juraba que se había olvidado por completo de la escritura; lo cual había servido para que dejara de sermonearla y vigilarla; por lo tanto, si quería que las cosas siguieran así, no había otro camino que inventar una mentira piadosa.

—¿Y-yo? —titubeó, nerviosa, alzando la mirada para observarla

—Escribiendo una carta.

Amanda frunció el ceño, mirando la gran cantidad de hojas apiladas sobre la mesa.

—¿Tan larga? —murmuró —¿A quién?

Scarlett sintió que se le abría un vacío en el estómago; era pésima para mentir, lo había sido desde que tenía memoria, y la gente siempre acababa por descubrirla, mucho más su madre, que

la conocía como la palma de su mano.

—A…—Por más que lo intentó, ningún nombre conocido salió de su boca, y entonces supo que estaba perdida.

—Dime la verdad —advirtió la vizcondesa con voz que, aunque calmada, escondía una nota de severidad; empezando a sospechar de qué se trataba todo aquello —Has vuelto a escribir, ¿no es cierto? —De repente, las facciones se le pusieron tan rígidas como una piedra.

Ella sabía que no tenía ningún sentido negarlo, así que se armó de valor, se puso de pie, y asintió.

Inmediatamente, vio cómo los ojos de Amanda empezaban a centellear con una furia asesina.

—¿Por qué? —preguntó, con la mandíbula apretada y la voz temblorosa, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano por controlarse —¿Por qué insistes en eso justo ahora que el duque está tan interesado en ti?

Scarlett dio un paso hacia adelante y, con una seguridad casi apabullante, contestó:

—Te lo he dicho antes y te lo repito ahora: escribir es mi sueño, y no pienso abandonarlo por nada ni por nadie; ni siquiera, aunque mil duques estuvieran interesados en casarse conmigo.

Al escuchar la burrada que su hija acababa de soltar, todos los esfuerzos que la vizcondesa estaba haciendo por mantenerse calmada se fueron al demonio.

—¡Pero, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo, insensata?! —exclamó, con la voz plagada de furia —¡¿No comprendes que es una locura que pretendas volver a la misma estupidez de siempre?!

En ese momento, fue Scarlett quien no pudo soportar más y explotó:

—¿Estupidez? —repitió en un murmullo, sintiendo que el pecho se le llenaba de rabia y dolor al oírla hablarle así —¡¿Eso es lo que son para ti mis sueños, mis…?!

—¡Pues sí! —la interrumpió, profiriendo un grito que podría haber escuchado hasta un sordo —Y te aseguro que no soy solo yo la que piensa así. ¿O acaso qué crees que dirá Alexander Lincoln cuando se dé cuenta de las aficiones tan … impropias que tienes? ¿De verdad piensas que querrá casarse con una mujer que está dispuesta a poner en ridículo su apellido constantemente ante la sociedad dedicándose a un oficio tan poco respetable para una dama? ¿En serio crees que podrá siquiera tolerarte cuando se dé cuenta de que para ti es más importante garabatear letras en un papel que casarte con él?

—¡Basta! —bramó, dispuesta a no dejarse humillar más. Por un segundo quiso gritarle a la cara que Alex estaba enterado de que ella quería dedicarse a escribir, que era él quien más la había apoyado en la vida para lograrlo, pero, temiendo que se pusiera tan furiosa que no le permitiera volver a verlo, se contuvo y se limitó a decir: —Estoy segura de que él no piensa así.

Su interlocutora soltó una fuerte e irónica risotada, cruzándose de brazos.

—Yo no estaría tan segura, querida.

—Pues yo sí, y mucho —repuso con absoluta convicción, acercándose a su madre hasta que sus rostros estuvieron a pocos centímetros de distancia —¿Y sabes por qué? —preguntó, mirándola fijamente —Porque él sí me quiere; no como tú, que pareces una roca insensible y sin sentimientos, incapaz de sentir amor por nadie, ni siquiera por mí, que soy tu hija.

—¡A mí no me hables así, mocosa! —voceó, levantando su regordeta mano para asestarle una cachetada tan fuerte que la hizo aterrizar al otro lado del salón, justo a los pies de alguien que, en ese momento, con los ojos llenos de lágrimas y la mejilla palpitándole de dolor, no alcanzó a

reconocer.

—¡¿Estás bien?! —Escuchó la alarmada voz de Alex, al tiempo que lo sentía arrodillarse a su lado y sujetarla por los brazos.

Ella levantó la mirada, y cuando comprobó que sus oídos no la habían engañado, casi lloró de alivio.

—Eres tú —murmuró, muriéndose de ganas por abrazarlo.

—¿Estás bien? —repitió la pregunta con la mirada llena de preocupación, acunando el delicado rostro de Scarlett en las manos para tratar de averiguar si la salvaje de Amanda no le había hecho nada peor de lo que ya había visto al llegar.

Ella asintió, temblorosa, percibiendo dos gruesos lagrimones rodarle por las mejillas.

—Tranquila, no dejaré que esto vuelva a pasar nunca más. Te lo prometo —juró, observándola con una mortificación casi palpable en los ojos, como si se sintiera culpable de no haber llegado a tiempo para defenderla. Luego, con una delicadeza y dulzura infinitas, le enjugó el llanto y la ayudó a ponerse de pie.

—E-excelencia —farfulló la vizcondesa, azorada, tratando de componer una sonrisa inocente cuando lo vio aproximarse hacia ella, mirándola con una furia contenida, pero demencial —, ¡qué bueno que nos visita! ¡¿Hace cuánto tiempo que llegó?!

—El suficiente para darme cuenta de la monstruosidad que acaba de hacer, y para saber por qué la hizo —contestó con voz oscura y profunda, necesitando todo su autocontrol para no ahorcarla. Había alcanzado a escuchar cuál era el motivo de la pelea mientras subía las escaleras, pero nunca se imaginó que Amanda Lawrence cometiera la canallada de maltratar a su hija de esa forma.

—U-usted mejor que nadie debe comprender mis motivos, *milord* —tartamudeó, poniéndose más roja que un tomate —. Scarlett está confundida; últimamente tiene metidas en la cabeza una serie de ideas que yo…

—¡La única que está confundida aquí es usted, señora! —gritó, furibundo —Y déjeme aprovechar que estoy aquí para aclararle un par de cosas.

—Alex —murmuró la joven, quien permanecía a su lado, suplicándole con la mirada que no agrandara la discusión; pero él no pareció escucharla, porque siguió hablando como si nada, dispuesto a defenderla de todo, hasta de su propia madre.

—Número uno, hace ya mucho que estoy enterado de que su hija sueña con ser una gran escritora, y déjeme decirle que no me afecta en lo más mínimo; al contrario, he tenido la oportunidad de ver su trabajo, y me siento tan orgulloso de ella que no puedo comprender cómo es que usted no lo está también.

La mujer se quedó estupefacta ante esa revelación, mientras Scarlett agachaba el rostro para ocultar una leve sonrisa. No cabía duda: Alex era su salvador, y en ese momento, la estaba salvando de la peor amenaza del mundo: Amanda.

—Número dos —continuó, aplastándola con la mirada hasta lograr que se sintiera casi tan insignificante como una cucaracha —: No se atreva a volver a decir que yo voy a despreciarla por querer escribir, porque nunca ha habido algo más falso en el mundo. Y si le preocupa tanto que el hecho de que los sueños de Scarlett puedan manchar mi apellido, no se preocupe; dentro de unas semanas, cuando ella sea mi esposa —Hizo un particular énfasis en las últimas dos palabras, que provocó que el estómago de la muchacha diera un vuelco de emoción —, esa

mancha recaerá enteramente sobre mis hombros, y estaré orgulloso de poder gritarle al mundo que tengo a mi lado a una mujer excepcional, que no solo es inteligente y hermosa, sino que está llena de aspiraciones que yo voy a hacer hasta lo imposible por ayudarle a cumplir. Número tres, le pido encarecidamente que no vuelva a ponerle un dedo encima, porque si yo me entero de que ha vuelto a hacerlo, le juro por Dios que no respondo —concluyó, con una mirada tan amenazante, que le dejó claro a la vizcondesa que jamás había hablado tan en serio en toda su vida.

—Excelencia, yo…—Volvió a murmurar esta, quien estaba pasmada con todo lo que el duque le estaba diciendo. Jamás imaginó que el noble pretendiente de su hija conociera y aceptara sus rarezas, ni mucho menos que estuviera dispuesto a acolitarlas con tanto orgullo.

—¡Déjeme acabar, que todavía no he dicho lo más importante! —ordenó severamente, haciéndola dar un respingo. Acto seguido, se giró hacia Scarlett y, respirando hondo para darse un poco de valor, murmuró: —Yo tenía la intención de preguntarte esto en otras circunstancias, pero, viendo lo que está pasando, creo que este es el momento justo para hacerlo.

Ante la estupefacción de madre e hija, sacó el estuche de terciopelo negro que guardaba en el bolsillo interior de su traje y lo abrió, dejando a la vista un pequeño y precioso diamante en forma de rombo; después hincó una rodilla en el suelo e hizo la pregunta que parecía llevar una eternidad atascada en sus labios y en su corazón:

—Scarlett Lawrence, ¿me concederías el inmenso honor de poder pasar el resto de mis días a tu lado, siendo mi esposa?

Por un instante ella se quedó petrificada, con la boca abierta y la sensación de que el mundo se había partido en dos bajo sus pies. Sin decir nada, lo miró con fijeza y se perdió en sus profundos ojos negros, que la observaban con tanto amor y devoción como nadie lo había hecho nunca. Entonces estuvo completamente segura de que delante no solo tenía a su salvador, al hombre más maravilloso que hubiese parido la tierra, sino también al único con quien podría compartir su vida… Porque lo amaba, porque con ese increíble gesto de amor que acababa de tener al defenderla, ratificaba que solo a su

lado podría conocer la felicidad y la plenitud, ser ella misma sin tener nada que temer o avergonzarse. Fue ahí que cualquier duda que hubiese podido albergar en su interior desapareció, y su corazón por fin habló libremente, sin miedos ni ataduras:

—Sí. Claro que sí. —Su voz se había convertido en un murmullo tembloroso por la emoción, pero era lo suficientemente fuerte como para que Alex la escuchara. Antes de poder ponerse de pie, sintió el cuerpo de su prometida abalanzarse sobre el suyo, rodeándole el cuello en un amoroso abrazo que él correspondió con todas sus fuerzas, sintiéndose como el más pleno y afortunado de los hombres.

—¡Por fin! —exclamó Amanda, entre fascinada y aliviada, olvidando la fuerte discusión que acababan de tener —Iré a contárselo a Clarisse ahora mismo —añadió, saliendo como un rayo del cuarto y gritando el nombre de su hija menor como loca, mientras dejaba que la pareja se fundiera en un mar de besos y palabras de amor que prometía durar toda la vida… O al menos hasta que llegara el inevitable momento en que él tuviese que revelarle quién era en realidad.

19

Complicaciones

Todo estaba saliendo a pedir de boca para Alex. No solo había conseguido que Scarlett aceptara su proposición matrimonial en el tiempo estimado, sino que, ahora, tan solo una semana y media después de haberle puesto el anillo en el dedo, los preparativos de la fastuosa boda parecían ir sobre ruedas, tanto, que se había coordinado que la fiesta de compromiso se haría el veinte de junio, y el matrimonio cuatro días más tarde, justo a tiempo para evitar la tragedia de que Wells abriera la boca y lo contara todo.

Sin embargo, el falso duque no contaba con que una pequeña complicación estaba a punto de echar por tierra todos sus planes: al escribirle a Emma para que se presentara en la fiesta de compromiso, ella respondió muy apenada, diciendo que aún no había podido resolver el asunto que la había llevado a Dorsetshrire, y que, por tanto, aunque daría la vida por estar con Scarlett en ese día tan importante, no creía que pudiera regresar a Londres sino hasta los primeros días de julio. También añadió que estaba muy feliz de saber que su querida y rebelde hermanita por fin había encontrado a su príncipe azul, y que, como no quería ser la causante de que tuvieran que posponer su unión, les suplicaba que se comprometieran prescindiendo de su presencia; pues iría a visitarlos en cuanto le fuese posible.

Alex, quien estaba presente cuando Clarisse leyó aquella carta, sintió que con la autorización dada por Emma para que se casaran antes de su llegada, sus planes no corrían ningún riesgo de retrasarse, pero, para su desgracia, su prometida se negó rotundamente:

—No pienso casarme ni comprometerme sin que mi hermana esté aquí —sentenció con firmeza, sentada delante del escritorio color caoba del estudio de la mansión Lawrence.

—Pero, Scar, ya están listos los preparativos para ambas reuniones —apuntó Clarisse en un murmullo.

—Pues se posponen las dos hasta que Emma pueda venir —dijo, en un tono tan decidido que casi parecía estar dando una orden —. Ya les he dicho que no voy a vivir una fecha tan importante sin que toda mi familia esté conmigo.

Alex apretó los párpados un microsegundo, tragándose la maldición que habría querido soltar a los cuatro vientos; no podía permitir que la boda se retrasara un solo día; si eso llegaba a suceder… estaría perdido.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó la joven, alzando la cabeza para mirarlo.

Él, que permanecía de pie tras el respaldo de la silla en la que ella estaba sentada, con la mano puesta afectuosamente sobre su hombro, respiró profundo e intentó calmar un poco su rabia y su nerviosismo antes de decir:

—Tú más que nadie sabes cuánto me agrada que te lleves tan bien con tu familia, preciosa, pero no creo que posponer el matrimonio sea una buena idea. Después de todo, como dice tu hermana, la reunión ya está organizada, y como lo dice la propia Emma en su carta, ella vendrá a vernos apenas pueda; entonces, ¿para qué esperar más?

Scarlett se levantó y, mirándolo con un deje de tristeza y súplica en los ojos, murmuró:

—Porque no es lo mismo. Yo quiero que Emma esté aquí, conmigo, dándome sus consejos, ayudándome a arreglar, llevando la cola de mi vestido, en fin, dándome su cariño y su apoyo,

¿entiendes?

Antes de que pudiera replicar algo, Amanda tomó la palabra:

—Si me permite, excelencia, yo también pienso que deberíamos esperar a Emma. Mis hijas han sido siempre muy unidas, y estoy segura de que Scarlett no sería completamente feliz si el día de su boda no ve a su hermana mayor. Además, creo que ambos eventos podrían posponerse unas cuantas semanas; después de todo, no tenemos ninguna prisa, ¿o sí? —cuestionó, arqueando una ceja.

Sin darse cuenta, Alex la fulminó con la mirada. Tenía ganas de gritarle que se callara, que él sí tenía toda la prisa del mundo, porque su felicidad y la de Scarlett prácticamente dependían de que la bendita boda se realizara en la fecha que habían acordado.

—¿Podrían dejarme un momento a solas con mi prometido, por favor? —pidió la joven al percatarse del drástico cambio en su expresión. Amanda y Clarisse asintieron y se precipitaron hacia la puerta.

Cuando se quedaron solos, Scarlett se paró frente a él cruzando los brazos, con las facciones convertidas en piedra.

—¿Qué pasa, Alex? —cuestionó, en el tono más ofuscado que él le hubiese oído en mucho tiempo.

—¿Qué pasa de qué, Scar? —murmuró, cancinamente.

—Pues, de esto —chilló, agitando las manos al vacío, como si el problema estuviese justo ante sus narices —; no entiendo por qué te niegas a complacerme en algo que sabes que es tan importante para mí.

Él volvió a suspirar hondo, con el rostro mirando al cielo. De pronto tuvo ganas de estar en cualquier otro sitio que no fuera allí, teniendo que inventarle una mentira tras otra, intentando aparentar

que no sucedía nada.

—No me niego, preciosa —dijo, acercándose para tomarla de la mano —; es solamente que… —Y no tuvo ni idea de qué decir, porque sabía que, en el fondo, no había una excusa aceptable para tanta precipitación.

Ella esperó a que terminara la frase, pero como no lo hizo, se aventuró a preguntar tímidamente:

—¿Es por lo que hablamos el otro día?

—¿A qué te refieres? —indagó, frunciendo el ceño.

—Pues…—De repente las mejillas se le pusieron más rojas que un tomate, y tuvo que bajar la mirada para evitar encontrarse con los ojos de su prometido —a lo que me dijiste cuando estábamos en el salón de té… Ya sabes, eso de que no sabías cuanto tiempo serías capaz de soportar estar… lejos de mí.

Alex la observó un momento con su infinito aire seductor antes

de contestar:

—Sí, puede que eso tenga algo que ver —admitió, hundiendo la

mano que tenía libre en su espeso y atractivo cabello color chocolate, mientras daba otro paso hacia adelante, provocando que las puntas de sus narices se tocaran.

—Pues entonces, te aseguro que no vas a tener nada de qué preocuparte —comentó, decidida a dejar a un lado su pudor para tratar de convencerlo.

—Ah, ¿no? —murmuró con una sonrisa pícara, casi pegado a sus labios —¿Por qué?

—Porque, si me complaces en esto —empezó a decir, acariciando la fina tela de su camisa blanca con un roce suave y provocador —, pienso recompensarte con creces todos los días que tengamos que posponer nuestra boda para esperar a mi hermana.

Al escuchar aquella tentadora propuesta, la sangre de Alex ardió como un volcán, y sintió el impulso de tomarla por las caderas para tenerla más cerca de su cuerpo y poder besarla ferozmente, pero, de pronto, como un destello de lucidez en medio de la ráfaga de lascivia que empezaba a extenderse por sus venas, le vino a la mente un recuerdo: no podía permitirse flaquear, no cuando se suponía que debería estar totalmente enfocado en hacerla desistir de dilatar el matrimonio.

—Eso suena maravilloso, Scar, pero debo confesar que no es solo por lo mucho que te deseo que me resisto a esperar más tiempo para casarnos —replicó, separándose un poco para poder mirarla a los ojos.

—¿Entonces?

Él bajó la mirada, sin saber qué responder a eso. ¿Cómo decirle lo que de verdad estaba sucediendo? ¿Cómo confesarle que del hecho que se casaran el veinticinco de junio, ni un día después, dependía que el mudo de mentiras que se había inventado para enamorarla no se les derrumbara encima, aplastándoles el corazón y las ilusiones?

—Alex, mírame —pidió, bajando la mano hasta su barbilla para obligarlo a verla a los ojos —. Tú siempre has sido honesto conmigo, el hombre más honesto que conozco, de hecho, así que, si está pasando algo grave, algo por lo que creas que no podemos esperar a Emma, solo dímelo; te prometo que trataré de entender.

Al falso duque se le formó un horrible nudo en la garganta. Por un instante pasó por su cabeza la idea de aprovechar el momento para sincerarse de una vez por todas con ella, pero la desechó de inmediato, en cuanto se imaginó el profundo dolor y la rabia que sentiría al enterarse de que él no era más que un mentiroso, un bastardo hijo de nadie, que en un principio se le había acercado con la única intención de adueñarse de su dinero.

—Tengo miedo —dijo, sintiendo que, al menos en eso, estaba siendo completamente sincero.

La muchacha volvió a sonreír, mirándolo como el niño asustadizo e indefenso que en ese momento le pareció.

—¿Miedo de qué, cielo? —murmuró con ternura.

Él respiró profundo, como si necesitara reunir valor para hablar.

—Sé que puede resultarte ridículo, y hasta absurdo, pero me muero de terror de solo pensar que, si posponemos tanto tiempo nuestra boda, pueda pasar algo que nos impida realizarla después.

—¿Algo como qué? —indagó, ladeando levemente la cabeza.

—No sé, tantas cosas que pueden pasar… —musitó, encogiéndose de hombros —. Tal vez que un temblor sacuda la tierra y nos mate, o que por alguna razón tú dejes de amarme y ya no quieras casarte conmigo.—Pronunció aquella última frase lentamente, casi con cautela, queriendo ver su reacción al escucharla.

Scarlett soltó una carcajada ante aquellas teorías tan fatalistas.

—Eso nunca va a pasar —lo tranquilizó, volviendo a abrazarse a su cintura.

—¿Qué? ¿Lo del temblor, o que dejes de amarme?

—Ambas.

—¿Por qué estás tan segura?

—De lo del temblor, porque sé que Dios no será tan cruel conmigo como para permitir que una pared me parta la cabeza justo ahora que he encontrado al hombre de mis sueños; y de que no voy a dejar de amarte nunca… es muy sencillo —Sus delgados brazos se trasladaron hasta el cuello de Alex, observándolo con profundo amor—: porque mi corazón te pertenece, y así seguirá siendo hasta el día que me muera, pase lo que pase.

Esa abierta declaración hizo que él se llenara de esperanza; tal vez no todo estaba perdido, quizás cuando ella supiera la verdad, el inmenso afecto que le tenía, ese que era casi palpable en su mirada, la llevara a perdonarlo.

—No voy a poder convencerte de no posponer el matrimonio, ¿cierto? —indagó, aun sabiendo de antemano cuál sería su respuesta. Scarlett negó con la cabeza, sonriéndole cual chiquilla traviesa.

—Pero hay algo mucho mejor que puedes hacer —murmuró, mordiéndose el labio inferior con picardía.

—¿Qué? —preguntó, sin poder evitar sonreír.

—Bésame —replicó, en algo que sonó como una súplica y una orden a la vez, con los ojos chispeantes de pasión.

Él le hizo caso, devorando su boca con la misma ternura y pasión de siempre, pero sin poder ignorar una punzada de angustia que empezaba a sentir en el centro del pecho, pues sabía que, ya que no había podido persuadirla, tendría que encontrar otra forma para evitar que su secreto quedara al descubierto antes de que fuese demasiado tarde.



—¡Ya te he dicho que no! —rugió Thomas Wells, quien al día siguiente había sido interceptado por Alex en la calle para hacerle la más absurda de las peticiones.

—Pero, ¡¿por qué no?! —chilló, más desesperado que nunca, siguiéndole los pasos con sus veloces zancadas.

—¡Porque esto no es un juego! —bramó, sin detenerse —Muy claramente te advertí del plazo que tenías, y tú aceptaste; me dijiste que todo estaba bajo control y que casarse con esa niñita iba a ser más fácil que respirar.

—¡Y lo es! —afirmó —El matrimonio se hará, solamente que ha surgido un pequeño inconveniente respecto a la fecha y tendremos que retrasarlo un par de días.

—¡Ah, y es eso lo que tú esperas que les diga a los tipos que vienen respirándome en la nuca desde hace meses para que les pague!—gritó, con un ácido toque irónico en la voz, empezando a ponerse rojo de la ira —¡Que lo siento mucho, pero que ha surgido un pequeñísimo inconveniente, gracias al cual no podré pagarles antes de que me quiten todo lo que tengo y me corten el cuello!

Alex odiaba tener que rogar, de hecho, no recordaba haberlo hecho nunca, sin embargo, dadas las circunstancias, era el único camino que le quedaba:

—¡Por favor! —exclamó, agarrando la manga del traje azul oscuro del banquero —Solo inténtelo. Hable con ellos, ofrézcales el doble de lo que les debe a cambio de un poco más de plazo; le juro que, en cuanto me case con Scarlett, yo me haré cargo de su deuda.

—¡No me digas! —vociferó, sarcástico, frenándose en seco para mirarlo cara a cara mientras se soltaba bruscamente de su agarre —Así como cuando recién comenzamos con el plan, que me juraste que la harías caer rendida a tus pies en un santiamén; o hace unos días, cuando casi me aseguraste por tu madre que ibas a lograr estar casado antes de que caducara el plazo que te di.

El joven estaba empezando a desesperarse; si Scarlett no había cedido, ahora le quedaba claro que Wells tampoco lo haría… y eso solo significaba una cosa: que él estaba absoluta e irremediablemente perdido.

—¡Por favor! —Volvió a suplicar, en un tono con el que cualquiera hubiera dicho que estaba al borde de las lágrimas —Ya sé que las cosas no han marchado como le prometí, pero…

—Mira, bastardo del demonio —siseó Wells, agarrándolo de pronto del cuello de la camisa con una fuerza brutal, aprovechando que la calle por la que transitaban estaba prácticamente vacía debido a lo temprano que era —, los tipos con los que me he metido no solo son mis acreedores, sino que son muy peligrosos y, para colmo, están hartos de esperar; así que si no quieres que me hagan papilla, y que de paso yo tenga que hacer lo mismo con el corazón de tu querida Scarlett, más te vale casarte con ella en la fecha que habíamos acordado para acabar con esto de una buena vez, ¿comprendes?

Él se quedó mirándolo, estupefacto, sin poder evitar preguntarse en qué clase de negocios estaría metido el que, a los ojos de todo el mundo, era el banquero más honorable de Londres.

—Pero, es que no voy a poder…—murmuró, empezando a asustarse con la furia asesina reflejada en los ojos de su interlocutor.

—¡Me importa un comino lo que tengas que hacer! —lo cortó, iracundo —O cumples con lo que prometiste, o te juro por todo lo que es sagrado en la vida que vas a saber de lo que soy capaz, Alexander Campbell.

Dicho esto, lo soltó y le dio un fuerte empujón que lo agarró desprevenido, dejándolo sentado en el arenoso pavimento de donde no fue capaz de levantarse ni siquiera cuando lo vio doblar la esquina a paso rápido.

Todo estaba perdido, la única posibilidad que había contemplado como una remota fuente de salvación acababa de irse al diablo y ahora no tenía ni idea de qué hacer. Era obvio que, aunque se pusiera de rodillas a sus pies, Scarlett no iba a aceptar casarse sin que su hermana mayor estuviera presente; y que Wells tampoco iba a ayudarlo; así que estaba en un callejón sin salida.

Sintiendo que un inconveniente rio de lágrimas comenzaba a encharcarle los ojos, se puso en cuclillas y se cubrió el rostro con las manos, desesperado. Sabía que durante años había sido un cínico, un canalla sin escrúpulos que se había aprovechado de cuanta mujer se le atravesaba en el camino, pero con su prometida todo era diferente: en ella había descubierto las cosas buenas de la vida, las que realmente valían la pena, ella le había enseñado lo que era amar de verdad, había transformado su mundo y su alma, lo había convertido en un mejor ser humano; y si Dios realmente existía, si era tan misericordioso como todos decían, tenía que concederle el milagro de no perderla para siempre… Eso era a lo único a lo que le quedaba por aferrarse en aquel momento: un milagro.



Horas más tarde, encerrado en su despacho, la angustia de Alex iba en aumento. Sabía que lo correcto era decirle la verdad a Scarlett, hablar con ella y quitarse de encima el peso que llevaba

meses cargando en la conciencia, pero la sola posibilidad de que acabara odiándolo le aterraba tanto, que era incapaz siquiera de imaginarlo.

De pronto, cuando estaba a punto de levantarse de su cómodo asiento de cuero para ir a servirse otro trago (el cuarto o quinto del día, no sabría decirlo con exactitud), oyó que alguien llamaba a la puerta.

—¡¿Quién?! —gritó, fastidiado, pues lo único que deseaba era estar solo para poder pensar.

—Soy yo, señor, Julius. Solo quería avisarle que el almuerzo está servido.

—No me apetece comer, gracias —dijo, esperando no sonar tan molesto y frustrado como en realidad se sentía.

Unos segundos después, cuando pensó que el mayordomo ya se había ido, lo vio abrir la puerta, alarmado por el tono triste y abatido que había notado en su voz.

—Disculpe, señor, ¿se encuentra bien?

—No, Julius, no estoy bien —confesó cansinamente, dirigiéndose a la mesa de los licores para volver a llenar su vaso —; de hecho, creo que nunca en mi vida me había sentido peor.

—Y… ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle? —preguntó con respetuosa cautela.

Al escuchar aquella pregunta, Alex percibió un horrible nudo en su garganta y supo que, si no quería acabar enloqueciendo por completo, tenía que desahogarse con alguien cuanto antes, aunque fuera con el viejo mayordomo que tan fielmente le había servido durante media década (quien, además, estaba enterado del plan por el cual habían tenido que trasladarse a Londres).

—Sí —afirmó, con los ojos llenos de preocupación —. ¿Me darías un consejo?

El hombre esbozó una ligera sonrisa, sintiéndose honrado ante esa petición.

—Los que usted guste, señor.

El joven tomó un largo sorbo de vino antes de dirigirse de nuevo a su asiento y soltar:

—Lo he estado pensando, y creo que lo mejor será contarle la verdad a Scarlett.

—¡¿Qué?! —chilló su interlocutor, abriendo los ojos como platos

—Pero... ¡¿por qué?!

—Wells me está chantajeando con revelarle mi verdadera identidad si no estoy casado con ella antes del veinticinco de este mes, y como ya tengo completamente claro que eso no sucederá; el único camino que me queda es adelantarme a contárselo yo mismo; pero, si te soy sincero, tengo pánico de hacerlo —explicó, abatido, apoyando las manos en los muslos.

El anciano guardó un largo silencio antes de preguntar:

—Disculpe usted, señor, pero, ¿está seguro de hacer eso?

Alex suspiró y recostó la cabeza en el respaldo de la silla, como si estuviera cansado hasta de vivir.

—No; y justamente por eso quiero que me aconsejes —dijo, dando otro sorbo a su licor.

—Me perdonará lo que voy a preguntarle, pero, ¿está usted enamorado de la señorita Lawrence? Es decir, ¿la quiere de verdad?

—Más de lo que pensé llegar a amar a nadie en esta vida —confesó con absoluta seguridad, sabiendo que no había nada más cierto en el mundo.

—¿Y ella? —indagó —¿Lo ama de la misma manera?

Alex recordó el día anterior, cuando Scarlett le juró que su corazón le pertenecía, y que así seguiría siendo hasta el día de su muerte.

—Sí —afirmó, esbozando una leve y orgullosa sonrisa —. Estoy seguro de ello.

—Siendo así, considero que hace bien en decirle la verdad.

—¿Y si la pierdo? —murmuró, con la mirada plagada de angustia.

—Según me ha contado, eso acabará sucediendo de todos modos si elige callar y permite que el señor Wells hable primero; sin embargo, si es usted quien lo hace, puede que no todo esté perdido.

—¿Crees que sea posible que me perdone si decido sincerarme ahora, a pesar de todo el tiempo que ha pasado?

—Lo que creo, señor, es que, si yo estuviese en el lugar de la señorita Lawrence, me gustaría que la persona con la que me voy a casar, la que ha dicho infinidad de veces que me ama (como supongo que lo habrá hecho usted), tenga la valentía de demostrarme ese amor siendo sincero conmigo, aunque sea tardíamente.

Alex calló, sopesando aquel argumento un buen rato, hasta que el mayordomo volvió a tomar la palabra:

—¿No le sucedería a usted lo mismo?

—¿Perdón? —indagó con el ceño fruncido, girando el rostro para mirarlo.

—Piénselo bien, señor; si fuese ella la que le hubiera mentido respecto a su identidad durante meses, ¿no desearía que al menos tuviese la decencia de hacérselo saber de sus propios labios? ¿No sería preferible eso a la humillación tener que enterarse de todo gracias de un desconocido, y sabrá Dios en qué circunstancias? —indagó, dedicándole una profunda e inescrutable mirada.

El muchacho suspiró, con aspecto de estar infinitamente confundido.

—Pues sí, pero, de todas formas, hacerlo no garantiza que vaya a perdonarme.

—Pero no hacerlo sí le garantiza perderla para siempre —repuso —. Medítelo y verá que estoy en lo cierto, señor —añadió, tras un momento de silencio —. Además, si la señorita Lawrence lo ama siquiera la mitad de lo que usted dice amarla, de seguro acabará perdonándolo.

—¿Por qué estás tan convencido de eso? —cuestionó con curiosidad.

—Porque el amor, cuando es de verdad, siempre viene acompañado del perdón; son una dupla inseparable.

Alex se quedó sin palabras ante esa tajante afirmación, observando fijamente a Julius. Por un instante le pareció estar frente al hombre más sabio del mundo, como alguien que el cielo había puesto en su camino para infundirle el valor de hacer lo correcto.

—Inténtelo —murmuró el anciano, yendo hacia él para palmearle el hombro tan afectuosamente como lo haría un verdadero padre —. Nunca nadie se ha arrepentido de ser valiente.

Dicho esto, se dirigió hacia la puerta y se marchó, dejándolo a solas con el remolino de dudas e indecisiones que lo asaltaban, y con sus palabras martillándole en la cabeza. Así permaneció durante muchas horas, hasta que, casi al anochecer, por fin fue capaz de tomar una determinación: si había tenido las agallas para engañar a Scarlett durante meses, ahora, en nombre del amor que le tenía, debía encontrar el valor para decirle la verdad… Aunque le aterrara pensar en las consecuencias que eso traería.

20

¿La verdad?

—Scar, tenemos que hablar. Lo primero que quiero que sepas es que te amo con todo el corazón, que si hice lo que hice fue por idiota, por ambicioso, por… ¡No, no, así tampoco! —refunfuñaba Alex entre murmullos al día siguiente, mientras iba de camino a la mansión Lawrence, practicando una de las mil formas que se le habían ocurrido para sincerarse con su prometida —Tiene que ser algo sutil para lastimarla lo menos posible, pero sin tantos rodeos para no desesperarla. Intentemos otra vez… —E intentó una, dos, tres, y hasta seis veces más, pero fue en vano. Él, que siempre había sido tan hábil con las palabras, era incapaz de encontrar la forma menos dolorosa de decirle aquella cruda verdad. Cada frase que soltaba le parecía insulsa, insuficiente, inútil, así que, al final, cuando estaba frente a la puerta de la casa, decidió que lo mejor era improvisar, que su corazón y sus labios dijeran lo que tuviera que decir, y después… que Dios se apiadara de su alma.

Sintiendo que le temblaban las rodillas, llamó, e instantes después le abrió una mucama rubia, quien le informó que tanto Amanda como Clarisse habían salido, y que Scarlett se encontraba sola en el salón de costura.

—Tanto mejor —murmuró, un poco aliviado al saber que, por lo menos de momento, no tendría que enfrentarse a la furia de la vizcondesa y de su hija menor.

—¿Decía, excelencia? —preguntó la empleada mientras lo acompañaba al salón de costuras.

—No, nada —balbuceó —. Que nadie nos interrumpa, por favor.

La chica asintió, y, tras dejarlo frente a la puerta, se marchó.

Percibiendo que la cercanía de aquel temido momento empezaba a abrirle un terrible vacío en el estómago, Alex entró sin hacer ruido. Scarlett estaba de pie junto a la ventana que daba al jardín, demasiado absorta en la belleza de los rosales como para percatarse de su llegada. La miró de arriba abajo y le pareció que aquella mañana estaba más hermosa que nunca: llevaba un fino vestido de muselina azul cielo, idéntico al tono de sus ojos, y sus sedosos cabellos estaban recogidos en un moño alto, con unos pocos mechones sueltos sirviéndole de marco a su delicado rostro, en cuyas mejillas era posible distinguir un tenue pero sensual rubor. ¡Dios, ¿Cómo demonios habían sido capaz de engañar a ese tesoro de mujer?! Y lo que era peor, ¡¿cómo iba a ser capaz de destrozarle el corazón en menos de cinco minutos?!

Maldiciendo una vez más su idiotez y su suerte, carraspeó para hacerse notar.

—¡Alex! —exclamó ella al verlo, y, con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en el rostro, salió corriendo a abrazarlo —No te esperaba tan temprano.

Él se quedó un segundo más de lo normal entre sus brazos, temiendo que esa fuera la última vez que le permitiese tocarla.

—Lo sé —replicó, intentando componer algo parecido a una sonrisa —, pero, he querido venir antes porque… porque necesito hablarte de algo.

—Te escucho —dijo, aun con su expresión alegre y despreocupada.

—Ven, es mejor que nos sentemos. —La tomó de la mano y la llevó hasta el ancho sofá color crema ubicado en el centro de la estancia.

Cuando estuvieron sentados el uno frente al otro, él se quedó en silencio durante un largo rato,

observándola de una forma tan extraña e indescifrable que la asustó.

—¿Pasa algo malo? —murmuró, ladeando la cabeza.

Al ver que había llegado el inevitable momento de decir la verdad, esa verdad a la que llevaba meses temiéndole, Alex sintió una horrible presión en el pecho, como si alguien se estuviera sentando sobre su corazón y le impidiera respirar con normalidad, así que tuvo que tomar aire disimuladamente antes de contestar:

—Bu-bueno, eso depende de lo que entendamos por la palabra «malo» —balbuceó, incapaz de ir al grano, percibiendo los desbocados latidos de su corazón —. Sí, tengo que contarte algo, algo importante, pero, antes de hacerlo, quiero pedirte que intentes tomártelo con toda la calma que puedas, ¿sí?

—Me estás asustando —confesó, agachando un poco el mentón para mirarlo a los ojos.

—No, no hay nada de lo que debas preocuparte —farfulló, nervioso — es solo que… —Por Dios que deseó seguir hablando, pero de pronto un espantoso nudo se apoderó de su garganta, robándole las palabras y el aliento.

¡Vamos, no es el momento de ser cobarde!, lo azuzó una áspera y agresiva voz dentro de su cabeza, ¡Hazlo por ti, por ella, se lo merece!

—Tú sabes que yo te amo con todo el corazón, ¿verdad? —prosiguió, dispuesto a acabar con aquella tortura de una buena vez —Que eres la mujer de mi vida, la mejor que he conocido nunca.

Ella lo miró con ternura, sonriendo.

—Si no lo supiera, no estaría a punto de casarme contigo, cielo —respondió dulcemente, alargando su mano para acariciar la suya.

—Y que nunca te haría daño intencionalmente —continuó, mirándola con tanta angustia que logró asustarla de verdad, haciendo que se pusiera mucho más seria.

—Alex, si no quieres que me dé un infarto, habla de una buena vez, por favor —lo apuró —. ¿Por qué tantos rodeos? ¿Qué es lo que quieres decirme?

Él respiró hondo y le apretó las manos con fuerza antes de hablar:

—Lo que sucede Scar —titubeó, bajando la cabeza, incapaz de mirarla a los ojos —, es que yo… yo tengo que…

—¡No te imaginas la belleza de tela que hemos comprado para que la señora Lestrange confeccione tu vestido de novia, hija! —gritó Amanda de pronto, entusiasmada, abriendo la puerta de golpe y entrando al salón como una tromba —¡Ah, excelencia! —exclamó, al percatarse de la presencia de su futuro yerno, quien en ese momento no supo si suspirar de alivio o echarse a llorar —No sabía que vendría usted tan temprano.

Él hizo una seca reverencia a manera de saludo, mientras Clarisse entraba a la estancia tan cargada de cajas y paquetes, que parecía que en cualquier momento perdería el equilibrio y se vendría al suelo.

—Lo mismo le dije yo, pero parece que tiene algo muy importante que contarme, ¿verdad, cariño? —preguntó Scarlett, estirando la mano para acariciarle la mejilla, mientras le sonreía con una dulzura que solo logró hacerlo sentir más culpable.

Él guardó silencio, sabiendo que no podía arriesgarse a soltarle semejante verdad en presencia de su familia… claro, al menos no si quería salir vivo de allí.

—Sí —replicó, mientras su mente iba a mil por hora intentando fabricar una mentira rápida

—. Yo quería… saber dónde quieres que pasemos nuestra luna de miel.

Ella lo miró fijamente, con una chispa de suspicacia en los ojos, como si sospechara que le estaba mintiendo.

—¿Estás seguro de que era eso? —preguntó, puesto que, por la cara de angustia que tenía cuando llegó, habría jurado que se trataba de algo mucho más trascendental.

—¿Acaso qué más podría ser? —dijo, intentando componer una despreocupada sonrisa para darle firmeza a su mentira.

—Bueno, no sé —admitió, encogiéndose de hombros —, es que pensé que…

—Con todo respeto, *milord* —Volvió a interrumpirlos Amanda, con el mismo tono alegre de antes —, ya tendrán tiempo de hablar de eso después. Ahora lo importante es que Scarlett mire la tela que trajimos y le dé su aprobación para que la modista comience a hacer el vestido cuanto antes. Ven, cielo —dijo, tomándola de la mano para que se pusiera de pie y fuera hasta la pequeña mesa de madera donde Clarisse había dejado el mundo de compras que llevaba consigo.

Todo lo demás, fue tiempo echado al viento; una vez la muchacha vio la preciosa seda color marfil con la que se haría su ajuar de novia, quedó tan maravillada que se envolvió en ella y comenzó a soñar despierta, caminado de un lado para otro como si estuviera flotando en una nube de felicidad, bailando un vals que solo sus oídos podían escuchar: el de la ilusión que le provocaba saber que estaba a punto de casarse con el hombre que amaba.

Al verla tan feliz, con aquella amplia y sincera sonrisa iluminándole el rostro, Alex sintió que no iba a ser capaz de decirle la verdad, al menos no ese día, que parecía estar soñando despierta con el matrimonio, sin saber que se casaría con un vil mentiroso que tarde o temprano tendría que romperle el corazón.

—Parece que por fin ha conseguido el milagro, señor duque —comentó Clarisse con aire satisfecho, sentándose a su lado y sacándolo de sus tortuosas cavilaciones.

—¿Se refiere a que voy a casarme con ella? —preguntó, mientras ambos seguían con la mirada puesta en Scarlett, quien en ese momento estaba siendo correteada por su madre para que le devolviera la tela antes de que la ensuciara por estar bailando sola como una loca (según sus propias palabras).

—No, me refiero al milagro de hacerla absolutamente feliz — contestó, contenta al verla tan plena —. La conozco casi mejor que a mí misma, y puedo jurarle que jamás la había visto tan dichosa e ilusionada como está ahora.

—Es normal, ¿no? —balbuceó él, girando el rostro para observar a su futura cuñada —. Todas las mujeres se ponen así en la víspera de su matrimonio.

La joven soltó una delicada risita.

—No se confunda, *milord*. Mi hermana está así por su causa; porque usted le enseñó lo que es el verdadero amor, el que ella se merece.

Alex apretó los párpados un microsegundo, como si esa afirmación le hubiese perforado el pecho cual puñalada, provocándole el más terrible de los dolores.

—No vaya a arruinarlo —añadió la chiquilla, en tono suplicante —.Lo adora más que a su propia vida.

Dicho esto, le sonrió gentilmente y se levantó a ayudarle Amanda con la difícil tarea de despojar a Scarlett de la tela, con la que seguía yendo de un lado para otro como si no quisiera desprenderse de ella nunca.



A pesar de la charla sostenida con Clarisse, Alex estaba cada vez más convencido de que lo mejor era revelarle su verdadera identidad a Scarlett y acabar con aquella farsa de una buena vez, así que durante las semanas siguientes no cesó de intentarlo; sin embargo, siempre ocurría algo que se lo impedía. Era la cosa más extraña del mundo, como si el destino se empeñara en desviarlo del camino de la verdad. Pero como él no era un hombre que se rindiera tan fácilmente, y además sabía que el tiempo jugaba en su contra, decidió hacer un intento más: faltando un día para que se llevara a cabo la fiesta de compromiso volvió a la mansión Lawrence, más decidido que nunca contárselo todo a su prometida; No obstante, apenas entró al comedor, comprendió que ese día tampoco sería el más oportuno para hacerlo, pues allí estaban reunidas la vizcondesa y sus dos hijas, con los rostros tan llenos de preocupación como si hubiesen recibido la peor noticia del mundo.

—¿Ha pasado algo grave? —preguntó después de saludarlas, sentándose a la mesa, junto a su prometida.

Amanda, quien hasta ese momento parecía estar absorta en sus pensamientos, alzó la vista del mantel para mirarlo.

—¿No lo sabe aún, *milord*? —indagó.

—¿Saber qué?

—Que el señor Wells ha desaparecido —informó Scarlett en un murmullo.

—¡¿Qué?! —exclamó, abriendo los ojos como platos —¡¿Cuándo?! ¡¿Cómo?!

—No lo sabemos con exactitud, excelencia. Toda la información que tenemos es la que nos dio mi amiga Rosamund ayer, cuando vino a tomar el té con nosotras —explicó la vizcondesa —. Verá, ella es vecina de los Wells, y nos contó que hace algunas noches, tres o cuatro a lo sumo, estaba llegando a su casa de una reunión cuando vio a un grupo de sujetos con cara de pocos amigos entrando en la vivienda del señor Wells y llevándoselo todo: muebles, cuadros, candelabros y hasta las alfombras. Después él salió corriendo, desesperado, suplicándoles que no lo despojaran de sus cosas, que se comprometía a pagarles en cuanto se concretara un negocio que traía entre manos; pero al parecer los tipos le contestaron a gritos que no estaban dispuestos a esperarlo, que llevaba meses diciéndoles lo mismo, y se fueron, no sin antes recordarle que ellos tenían las escrituras de esa propiedad, y que, si no quería que algo malo le pasara a su familia, debía desocuparla esa misma noche. Dice Rosamund que unos minutos más tarde los vio marcharse de allí como alma que lleva el diablo con maletas en mano, y que desde entonces nadie ha vuelto a saber de ellos.

Alex se quedó petrificado. Era cierto que el banquero llevaba algunos días sin ir a su casa a presionarlo para que adelantara la boda, pero él, ingenuamente, había pensado que se debía a que al fin se había compadecido y había decidido convencer a sus acreedores de ampliar el plazo para pagar su deuda. Nunca habría imaginado que en realidad todo se tratase de que esos sujetos habían ido a tomar represalias contra él.

—¿Te sientes bien? —murmuró Scarlett, poniendo su delicada mano sobre la de Alex al ver que la noticia lo había dejado más pálido que un muerto.

—Sí —respondió, aunque tenía la mirada perdida, como si su cerebro aún estuviera intentando procesar toda la información que acababa de oír —. Es solo que estoy… impresionado. Él jamás

me mencionó nada de esto, nunca me dijo que estuviera tan mal —mintió.

—Cosa que no es de extrañar —terció Clarisse, frunciendo sus labios en una delgada línea.

—¿A qué se refiere? —cuestionó el falso duque, levantando el rostro para mirarla.

—Esta mañana fuimos a dar un paseo por la plaza, y nos encontramos con que la mala situación económica del señor Wells lleva semanas siendo un secreto a voces entre la gente. Incluso escuchamos a algunas señoras respetables decir que él les había pedido prestadas a sus esposos grandes cantidades de dinero clandestinamente para poder seguir llevando el nivel de vida al que estaba acostumbrado, con el fin de que ni su familia ni nadie sospechara que se estaba hundiendo en la miseria.

Alex volvió a guardar silencio, sintiendo que una nueva e infinitamente más angustiante duda se le clavaba en el pecho: Si Wells de verdad llevaba tantos días en la ruina, si esos sujetos en realidad lo habían despojado de todo, ¿por qué no había abierto la boca ya?, ¿por qué no había ido directamente a la mansión Lawrence a gritar a los cuatro vientos su verdadera identidad, como tantas veces había amenazado con hacer? Y lo más importante, ¡¿qué demonios estaba esperando para hacerlo?!

¡Dios! Si antes aquella situación era una carrera contra el tiempo, ahora se había convertido en una bomba que podía estallarle en las manos en cualquier momento, sobre todo teniendo en cuenta que ahora su cómplice estaría metido quien sabe dónde, odiándolo más que nunca, y seguramente deseando vengarse.

—Yo creo —intervino Scarlett, interrumpiendo el pesado silencio que había comenzado a reinar en la estancia —que lo que debemos hacer es ir a buscarlos y tratar de ayudarlos en todo lo que podamos.

—¿Te refieres a ir nosotras mismas? —indagó Amanda, arqueando una ceja, como si esa idea jamás se le hubiese cruzado por la cabeza.

—¿Qué tiene de extraño? —cuestionó, encogiéndose de hombros —¿No eres tú la que siempre dice que el señor Wells es íntimo amigo de nuestra familia, que ha hecho mucho por nosotras desde que papá murió? Bueno, pues tal vez sea el momento de retribuir esa amistad ofreciéndole nuestra ayuda.

La vizcondesa guardó silencio un instante, sopesando la situación.

—Tienes razón —concedió al fin, levantándose de su asiento decididamente, como si estuviera dispuesta a salir a buscarlo en ese mismo instante —. Eso sería lo que tu padre hubiese querido que hiciéramos, y eso haremos.

En ese momento, Alex sintió la tierra abrirse bajo sus pies. Por nada del mundo podía permitir que encontraran al único hombre que conocía su secreto, y que seguro estaría encantado de usarlo para hacerle daño.

—¡No! —gritó, con tal fuerza y contundencia que las hizo dar un respingo. Las tres se voltearon a mirarlo con los ojos abiertos de par en par, sorprendidas ante semejante arrebato —Me refiero a que no tienen que molestarse —corrigió de inmediato, suavizando el tono de su voz —. Si me lo permiten, yo iré a buscarlo personalmente y le ofreceré toda la ayuda que haga falta, no solo en mi nombre sino en el de ustedes.

—¿Haría usted eso por nosotras, excelencia? —indagó la vizcondesa, sonriendo con tanta fascinación que parecía tonta.

—Por supuesto —corroboró él con un leve asentimiento —. Será un placer actuar en nombre

de la familia de la mujer que amo, que muy pronto será la mía también.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció Scarlett, acariciándole la mano dulcemente para agradecerle su generosidad; aunque en ese momento se moría de ganas por lanzarse a sus brazos y besarlo hasta que le ardieran los labios.

—No, no te preocupes, yo me encargaré de todo. Lo buscaré hasta por debajo de las piedras si es necesario —mintió, sabiendo que lo que menos le convenía (si no quería que sus planes de casarse con ella se fueran al diablo), era que Wells apareciera. Un instante después le dio un casto beso en el dorso de la mano, se despidió de Amanda y Clarisse, y se marchó.



Una vez en su estudio, se quitó el saco de su traje negro, aflojó el cuello de su camisa, sirvió una copa de coñac a rebosar y, mientras la bebía, se puso a caminar de un lado para otro, sintiendo cómo la angustia crecía en su interior con cada segundo que pasaba. ¿Qué rayos pretendía Wells? ¿Por qué se mantenía en silencio si ya lo había perdido todo? ¿Qué estaba esperando para darle la puñalada trapera? No tenía ni idea, pero fuera cual fuera la razón por la que había decidido callar, Alex estaba seguro de que no duraría para siempre, así que debía aprovechar el poco tiempo que le quedaba. Debía conseguir decirle la verdad a Scarlett antes de que la bomba que tenía entre las manos acabara explotando y destruyendo lo más valioso que había tenido en la vida: su amor.

Tras unos minutos meditándolo, se dio cuenta de que lo mejor era hacerlo esa misma noche, cuando ni Clarisse, ni Amanda, ni la servidumbre estuvieran rondando por ahí, dispuestas a aparecer en el momento menos oportuno sin darse cuenta.

—Está decidido —murmuró con determinación, hablando para sí mismo —: aunque sea lo último que haga en la vida, hoy voy a decirte quien soy, Scar.

21
Una noche inolvidable

Sin embargo, unas cuantas horas más tarde, mientras trepaba hacia uno de los balcones de la mansión Lawrence usando una escalera que alguien había dejado olvidada en el jardín, Alex empezó a pensar que querer hablar con Scarlett a medianoche no había sido precisamente la más genial de sus ideas. Sentía el corazón a punto de salírsele del pecho debido a los nervios, estaba temblando de frío, y, para colmo, tenía las manos y las piernas tan entumecidas, que trepar cada peldaño era una tarea casi imposible.

Cinco minutos después, cuando por fin logró subir, todo estaba en penumbras. La luz de la luna que se colaba por las puertas entreabiertas del balcón solo permitía vislumbrar que sobre la cama se hallaba un gran bulto, el cual emitía ronquidos tan profundos y espantosos, que al instante estuvo seguro de que aquella no podía ser otra más que la vizcondesa.

Tratando de que sus pisadas fuesen más ligeras que el viento, salió de la habitación y se dirigió hacia la de Scarlett, agradeciendo al cielo no tener que someterse a la tortura de abrir una por una las puertas del pasillo para saber dónde dormía su prometida.

Al entrar, la luz de las velas que permanecían encendidas sobre un pequeño buró al lado de la cama, le permitió ver lo que estuvo seguro de que era un ángel: recostada de lado, con el cuerpo envuelto en una ligera manta de plumas blancas, estaba ella, la mujer más hermosa y perfecta que hubiese contemplado jamás. Sus largos cabellos color chocolate caían libremente sobre la almohada, sus carnosos labios permanecían entreabiertos, y la expresión de su rostro era tan tranquila, tan apacible y dulce, que tuvo ganas de quedarse allí, a sus pies, contemplándola y adorándola como la diosa que era.

Tragando saliva, e intentando disipar el horrible nudo que se le estaba formando en el estómago, alargó su mano para tocarle el hombro.

—Scar —susurró, pero ella únicamente pareció reconocer su voz entre sueños, porque esbozó una leve sonrisa sin abrir los ojos, haciéndolo sonreír a él también. ¡Por Dios, cuánto la amaba! ¡Cuánto deseaba poder decirle la verdad y acabar con aquella infernal pesadilla! Volvió a llamarla una y otra vez, sin embargo, como no se despertaba, decidió ponerse de cuclillas frente a la cama y hablar un poco

más fuerte:—Preciosa, soy yo. Levántate que tenemos que hablar.

Como si se acabara de despertar de una horrible pesadilla, Scarlett abrió los ojos de golpe, y al ver la sombra de Alex tan cerca a su cara estuvo a punto de gritar, pero él se apresuró a ponerle una mano sobre la boca, murmurando:

—¡Shttt, no te asustes que soy yo! —Se acercó un poco más a la luz de las velas para que pudiera verlo con claridad.

—¿Alex? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, confundida, frotándose los párpados con la mano mientras se incorporaba sobre las sábanas y se cubría el torso con la manta.

—Yo…vine porque necesito hablar contigo —balbuceó, nervioso. Ella lo miró a los ojos, ladeando la cabeza, sin comprender.

—¿A medianoche?

Él asintió.

—Ya sé que no es una hora adecuada para estar a solas en tu habitación, y me disculpo por eso, pero créeme, no tenía otra opción.

Ella suspiró hondo, preocupada. Sabía que desde hacía días su prometido quería contarle algo, sin embargo, cada vez que lo intentaba, los interrumpían, o él se ponía tan nervioso que era incapaz de articular una sola frase coherente.

—Te escucho —dijo con su tono más comprensivo, dando dos golpecitos en el colchón para indicarle que se sentara a su lado.

El falso duque obedeció y, luchando contra la oleada de pánico que amenazaba con obstruirle la garganta, empezó a soltar el discurso que había estado practicando casi durante media hora, mientras caminaba hacia la mansión Lawrence.

—Scarlett, si vine hasta aquí esta noche —empezó a farfullar, sintiendo que el corazón se le aceleraba de una forma casi aterradora —, es porque yo…po-porque tú…po-porque yo necesito… —Tanto tartamudeo lo hacía sentir como un idiota, pero no podía evitarlo. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué demonios tenía que ser tan cobarde?!

—Déjame intentar ayudarte, ¿sí? —se ofreció, acariciándole la mejilla y mirándolo de la manera más amorosa en que una mujer lo hubiese mirado jamás —Estás aquí porque quieres hablar conmigo sin que nadie nos interrumpa, ¿verdad?

Alex volvió a asentir agachando el mentón, dándole la tierna impresión de parecer un niño regañado.

—Bien, pues te aseguro que a estas horas nadie va a entrar a mi cuarto de repente, así que puedes hacerlo con toda confianza —intentó tranquilizarlo, esbozando una ancha y luminosa sonrisa que a él le hizo sentir unas incontenibles ganas de besarla. Pensando que tal vez sería la última vez que podría hacerlo, se acercó a ella y le dio el beso más apasionado que hubiese dado en su vida. Devoró sus labios con avidez, con sed, como si quisiera absorber su esencia para llevarla consigo por si después de esa noche no volvía a verla nunca. La abrazó con fuerza contra su cuerpo, deseando fundirla en su pecho hasta que ella pudiera ver su corazón y leer en él la verdad sin necesidad de palabras; hundió sus dedos en la tersa piel de su espalda, tan solo cubierta con el delgado camisón de algodón blanco, besándola cada vez con más fiereza y arrebato; tanto, que Scarlett pronto empezó a darse cuenta de que aquel beso era distinto a todos los que le había dado antes …No era tierno, ni suave, sino demandante, urgente, como si él estuviera dispuesto a entregarse sin reservas, y quisiera recibir lo mismo a cambio.

Entonces, como una súbita chispa que se encendió en su cabeza, comprendió lo que Alex deseaba, lo que lo había llevado a colarse furtivamente en su habitación a tan altas horas de la noche.

Cuando él se separó de su rostro para mirarla e intentar recuperar el aliento, ella, con los ojos brillantes de pasión y deseo, murmuró:

—Ya sé lo que quieres decirme.

El falso duque la soltó de inmediato, aterrado ante sus palabras.

—¿Ah, sí? —musitó, con un temblor mal disimulado en la voz.

Su prometida asintió.

—Y antes de que me lo pidas, quiero decirte que sí —añadió, muy segura.

Él la observó con recelo, sin entender a qué se refería.

—¿Sí? —repitió —¿Sí qué?

Scarlett clavó los ojos en los suyos, y Alex pudo percibir en ellos una chispa que no había visto nunca; una extraña mezcla de determinación, picardía, amor, y…lujuria.

—Sí quiero. Quiero ser tuya esta noche —susurró sin titubeos.

Él se quedó petrificado, sin comprender cómo había llegado a tan errada conclusión.

—Veo que te dejé mudo —murmuró la muchacha, sonriendo tímidamente.

—U-un poco —admitió —. Verás, Scar, no es que yo no te desee, al contrario, Dios sabe lo mucho que lo hago, pero es que…es que eso no… —Tragó saliva, volviéndose a sentir como un estúpido. ¡La mujer que amaba, la que llevaba meses soñando con tener en cuerpo y alma estaba ahí, diciéndole que quería ser suya, pero él tenía que rechazarla porque aquella era su última oportunidad para decirle la maldita verdad!

—¿Qué? ¿No es correcto? ¿No es la forma en la que un caballero como tú debe comportarse con una señorita como yo? —cuestionó, enarcando una ceja —Lo sé, pero no me importa. Yo quiero esto tanto como tú.

Alex sintió que la respiración comenzaba a acelerársele, y que todos los músculos de su cuerpo entraban en tensión ante tan ansiado momento.

—¿En serio? —indagó, con la boca seca.

En lugar de responderle con palabras, la joven se acercó hasta su rostro y le acarició los labios con los suyos, procurando demostrarle que no tenía ni un ápice de miedo, que lo adoraba y deseaba sobre todas las cosas...incluso sobre las normas morales y sociales que condenaban el deseo que los estaba consumiendo en ese instante.

Fue un beso tan apasionado e intenso, que Alex sintió hasta la última fibra de su ser quemándolo por dentro, debilitando sus fuerzas, sus intenciones de decirle la verdad aquella noche. ¡Maldita sea, la deseaba!, ¡la había deseado durante lo que le parecía una eternidad!, quería tenerla entre sus brazos, fundida en su interior como si fuesen uno solo; quería hacerla tan plena y dichosa como ella lo hacía con tan solo existir.

Sabía que era un error claudicar, que en lo único que debía concentrarse era en la razón que lo había hecho trepar ese maldito balcón a medianoche, pero con ella ahí, observándolo con los ojos llenos de amor y lascivia…simplemente no pudo resistirse: la necesitaba, ansiaba tener su cuerpo casi tanto como su corazón; y tal vez esa fuera la última oportunidad que tendría para demostrárselo sin necesidad de palabras.

—¿Estás segura? —preguntó, dándole una última oportunidad de arrepentirse, pues sabía que si su respuesta era afirmativa no habría marcha atrás; se pertenecerían el uno al otro para siempre.

—De lo único que estoy segura es de que te amo con todo mi corazón, y quiero demostrártelo esta noche —respondió, con avasalladora seguridad.

Volvió a besarlo larga y profundamente, posando sus manos sobre su fina camisa de lino blanco. No sabía qué estaba haciendo, de hecho, ni siquiera tenía una idea medianamente clara de lo que estaba a punto de suceder, (ya que, hasta el momento, tanto Emma como Amanda se habían negado rotundamente a saciar su curiosidad respecto a lo que sucedía en la vida íntima de una pareja que se unía en matrimonio), pero fuera lo que fuera, estaba convencida de que no habría nadie mejor que Alex para vivirlo juntos.

Él la tomó por la espalda y le cubrió el cuello con una estela de besos suaves y tan dulces como la miel, que la hicieron emitir un gemido ahogado, lleno de deseo, percibiendo cómo una

especie de lava ardiente empezaba a recorrerle las venas, vertiéndose en el centro de su estómago como una jauría de locas mariposas que volaban de un lado para otro, dichosas de descubrir lo que era sentirse amada y deseada, y amar y desear a alguien con todo el corazón

La deliciosa sensación que la invadía se intensificó aún más cuando sintió a Alex bajando la delgada tela de su camisón de dormir, dejando al descubierto la tersa piel de su hombro derecho, que también besó una y otra vez, hasta que sus sentidos le exigieron más.... Todo lo que ella quisiera darle.

—¿Estás asustada? —preguntó, sintiendo su respiración tan agitada como la de él.

Scarlett esbozó una sonrisa.

—Contigo, nunca —contestó sinceramente, aferrándose a su cuello.

Alex sonrió de oreja a oreja, agradecido de tenerla entre sus brazos, y del momento que estaban viviendo.

—Eres el amor de mi vida, Scarlett Lawrence —aseguró desde lo más profundo de su alma, observándola con ternura, mientras le apartaba un sedoso mechón de cabello del rostro.

Entonces volvió a besarla con fiereza, dejando que sus finas e inexpertas manos de mujer subieran por su pecho para desabotonarle la camisa y acariciarle los pectorales, provocándole un estremecimiento que lo recorrió entero, haciendo que tuviera que tragarse un gemido gutural que le salió de las entrañas.

Con movimientos ágiles, pero llenos de ternura, deslizó su fino camisón de dormir y sus enaguas hacia abajo, dejándola completamente desnuda ante sus ojos, que se maravillaron al ver que era mucho más bella de lo que había imaginado en sus sueños, mucho más de lo que un vil mentiroso como él podía merecer; era un auténtico ángel… su ángel.

—Eres preciosa —murmuró, como si no pudiera creer la beldad que tenía bajo su cuerpo. Se inclinó de nuevo para colmarla de besos, y pronto ella no pudo hacer nada más que corresponderle, sintiendo que en sus entrañas empezaba a nacer una especie de fuego, de necesidad que iba más allá de toda comprensión, y que solo él tendría el poder de calmar.

Con una mezcla de violencia y afán, como si el traje que llevaba puesto le estorbase una barbaridad, Alex se deshizo de él y lo mandó a volar, dejando piezas de ropa regadas por toda la habitación.

—Veo que tienes prisa —bromeó Scarlett sin poder evitar una pícara sonrisa, deslizando su mano por el torso desnudo de su prometido hasta alcanzar la parte baja de su estómago, donde se detuvo para acariciar suavemente su piel, que en ese momento ardía más que

el mismísimo infierno.

Él se perdió en el profundo y hermoso mar de sus ojos, dándose cuenta de que ella era todo lo que necesitaría para ser feliz el resto de su vida. ¡Santo Dios, la amaba tanto, que sentía que su alma estaba a punto de estallar!

—Y la culpa es toda tuya, preciosa —musitó, acariciándole la punta de la nariz con la suya —. Te he esperado mucho tiempo.

—Ah, ¿sí? —Sonrió divertida —¿Cuánto?

—Toda mi vida. —La miró con tanta devoción que ella se olvidó hasta de respirar. Antes de poder recobrar el aliento para decirle que le sucedía exactamente lo mismo, que lo adoraba como jamás pensó llegar a hacerlo, lo sintió inclinarse una vez más sobre su boca para besarla…Un beso que se prolongó hasta transformarse en el momento más mágico que ambos hubiesen

vivido. Alex recorrió el cuerpo de Scarlett con ternura, deseando grabarse cada centímetro de su piel, luchando con todas sus fuerzas para no recordar que aquella podría ser la única y última vez que tuviera el privilegio de hacerlo. Cuando su amor alcanzó el clímax, y él la oyó murmurarle su nombre al oído, diciéndole que lo amaba, se sintió como el hombre más pleno del mundo, como si fuese capaz de soportar todo lo que vendría después solo por la dicha de poder disfrutar de aquel instante junto a ella, a quien le entregó hasta la última fibra de su cuerpo y de su corazón una y otra vez, hasta que por fin se rindieron al más pesado y satisfecho de los sueños.



Alex se despertó pocas horas después, cuando los primeros rayos de sol empezaban a colarse tímidamente por la ventana, al sentir la suave caricia de Scarlett sobre su espalda.

—Buenos días, preciosa —murmuró, girándose para mirarla, esbozando la sonrisa más plena que ella le hubiese visto nunca.

—Buenos días, cielo —replicó, sonriendo de la misma manera y alargando la mano para acariciarle la mejilla.

Se quedaron ahí, inmóviles, viéndose el uno al otro con el corazón rebosante de alegría, deseando que aquel momento no terminara nunca.

—No me había dado cuenta de tus cicatrices —comentó ella de pronto, refiriéndose a las tres gruesas líneas que le atravesaban la espalda desde el omóplato derecho hasta la columna —. ¿De qué son?

Supo que tuvo que haber preguntado algo indebido, porque la expresión de Alex cambió de repente, volviéndose más seria y meditabunda, como si estuviera recordando algo sumamente amargo.

—Un látigo —susurró, rozando distraídamente el hombro desnudo de Scarlett con el índice.

Ella se quedó pasmada, con los ojos abiertos de par en par.

—¡¿Quién te golpeaba con un látigo?! —indagó, casi escandalizada.

—Mi padre.

—¡¿Cómo?!

—Ya te he contado que no nos llevábamos muy bien —musitó, encogiendo un hombro, deseando no tener que añadir nada más.

—Pues sí, pero nunca me imaginé que las cosas llegaran hasta el extremo de…

—Preciosa, no me lo tomes a mal —la interrumpió cansinamente, sin dejar de acariciarle el hombro—, pero no quiero hablar de eso ahora. No quiero arruinar este momento, nuestro momento. —Le dijo aquello porque, la verdad, ni quería ni podía explicarle que esos latigazos se los había propinado Robert Lincoln a los once años, cuando, en medio de la ingenuidad de su infancia, por primera y única vez en la vida se le había escapado llamarle papá en público.

—Está bien. Te entiendo —concedió, comprensiva, viendo en los ojos de Alex que aquel debía ser un tema muy espinoso para él

—. ¿De qué deseas que hablemos, entonces? —indagó, acomodándose entre sus brazos.

—Mmm, no sé —respondió, relajándose y volviendo a esbozar esa sonrisa pícara y dulce que a ella tanto le gustaba —, puede ser de la maravillosa noche que pasamos.

—Tienes razón —murmuró, apoyando su barbilla en el pecho de su prometido para poder

mirarlo a los ojos —. Fue la más maravillosa que he vivido nunca. Gracias.

—No tienes que dármelas, preciosa, para mí también lo fue —repuso con sinceridad, acariciándole la mejilla.

—Mentiroso —lo acusó en tono de broma, entornando los ojos.

—Ah, ¿no me crees? —cuestionó, enarcando una ceja, divertido.

—No digo que no, es solo que imagino que esta no fue la primera vez que tú…—Se calló y agachó la mirada, sin saber qué nombre darle exactamente a eso tan mágico y especial que acababan de vivir. Alex sonrió, maravillado ante la mezcla de personalidades que habitaban dentro de ella: la mayoría de veces era tan fuerte, tan decidida y segura de sí misma como una guerrera; pero otras se mostraba tan dulce e inocente como una niña… y él no sabía cuál de las dos caras lo enamoraba más.

—No —admitió en un murmullo, tomándola suavemente de la barbilla para que lo mirara —, no es la primera vez que estoy con una mujer, pero sí la primera que estoy con una a la que amo más que a mí mismo.

Scarlett lo miró, enternecida, agradecida con el destino por haber cruzado sus caminos; por haberle permitido descubrir lo que era amar a alguien con todo su ser.

—Te amo —dijo, acercándose para plantarle un beso en los labios —. No veo la hora de ser tu esposa.

Aquellas palabras rompieron toda la magia, todo el esfuerzo que Alex estaba haciendo por tratar de disfrutar el momento y olvidar cuál había sido el motivo original de su visita a aquella casa. Entonces, como una ráfaga, pasó por su mente la idea de aprovechar aquel momento (el único que tendrían realmente a solas antes de la fiesta de compromiso), para decirle la verdad; pero fue incapaz de hacerlo. No tenía agallas para romperle el corazón en mil pedazos; no al menos después de saber lo que era amarla de verdad, en cuerpo y alma. Así que no le quedó más alternativa que rogar al cielo porque, fuera donde fuera que Wells estuviera metido, no se le ocurriera salir de ahí hasta que se hubiese casado con ella. Estaba seguro de que, aun siendo su esposa, Scarlett lo odiaría por haberla engañado, pero entonces las cosas serían distintas: estarían unidos hasta la muerte por un sacramento sagrado, y él no la dejaría marchar de su lado hasta haber obtenido su perdón y su cariño de nuevo, hasta demostrarle que se los merecía, que el lugar de cada uno era allí, en los brazos del otro, justo como estaban en ese momento.

Volvió a abrazarla con fuerza, besándole la coronilla y suplicándole a Dios que no se la arrebatara nunca. Unos minutos después, la luz del amanecer se hizo más intensa y ambos supieron que era hora de separarse, antes de que cualquier miembro de la casa se levantara.

—Te veré en la noche —susurró la joven, una vez Alex recogió su ropa del suelo y se vistió.

—Yo seré el prometido —bromeó, acariciándole la punta de su nariz con la suya.

—Y yo, la mujer más enamorada de la fiesta —replicó, dándole un último beso antes de que volviera a emprender su sigilosa travesía hasta las afueras de la mansión… sin siquiera sospechar que la pesadilla a la que tanto le temía estaba a punto de hacerse realidad.

22

Lo inevitable

Al día siguiente, Scarlett era la mujer más feliz sobre la faz de la tierra: cantaba y bailaba como una niña, yendo de un lado para otro de su habitación con una sonrisa pintada en el rostro, buscando el atuendo que usaría aquella noche para su fiesta de compromiso.

—Jamás pensé que casarte te pondría tan feliz, Scar —confesó Clarisse, sentada al borde de la cama de su hermana.

—La verdad, yo tampoco; pero es que Alex no es cualquier hombre, ¡es el más dulce, bueno, honesto y hermoso de todo el mundo!—exclamó, radiante de dicha, como si apenas y pudiera creer la suerte que tenía.

—¡Ay, el amor, el amor! —suspiró la chiquilla, llena de ensoñación —Si yo también voy a estar flotando en una nube y viendo pajaritos de colores cuando me enamore, quiero encontrar al hombre de mi vida ya mismo —sentenció con firmeza, haciendo que ambas soltaran una estruendosa carcajada.

—¡Por supuesto que lo encontrarás, Clari! —repuso de pronto una animada voz de mujer, entrando en la habitación y cerrando las puertas tras de sí.

Cuando voltearon a mirar y se dieron cuenta de que era Emma, corrieron a abrazarla como locas, pegando gritos de emoción.

La mayor de las Lawrence estaba más hermosa que nunca, ataviada con un elegante vestido color verde pastel, y el cabello recogido en un elaborado rodete que dejaba sueltos dos delgados rizos a cada lado, sirviendo de marco para su angelical rostro.

—¡Emm, no te esperábamos hasta la noche! —exclamó Scarlett.

—¡Ni yo esperaba que te fueras a casar con el duque de Berwickshire después de odiarlo más que a tu peor enemigo, hermanita; pero ya ves, las sorpresas que da la vida! —contestó, esbozando una luminosa y ancha sonrisa.

Las tres se echaron a reír, más felices que nunca de estar juntas.

—Ya, en serio —repuso la futura novia cuando se calmaron un poco —, cuéntanos por qué llegaste antes de lo previsto.

—No lo sé —admitió, encogiéndose de hombros —. Tenía muchas ganas de verlas, y, además, algo me decía que debía estar aquí esta noche, acompañándote.

—¿Pudiste solucionar tus asuntos en Dorsetshire? —preguntó Clarisse, poniéndose un poco más seria de repente.

Emma suspiró, y ambas se dieron cuenta de que se moría de ganas por contarles algo que, a juzgar por la emoción dibujada en su rostro, no parecía estar relacionado en lo absoluto con peones inconformes ni huelgas (que era el motivo por el cual supuestamente había regresado a la hacienda de su difunto marido por tanto tiempo).

—Suéltalo ya, Emm —pidió Scarlett, tomándola de las manos mientras se dirigían hacia la cama para sentarse —. Es obvio que te has estado guardando algo, incluso antes de irte.

La mayor de las Lawrence se mordió el labio inferior, entre pícara y dudosa.

—¿Me juran que no se lo dicen a nadie?

—¡Por Dios, Emm! ¿Por quién nos tomas?! —repuso Clarisse al instante, casi ofendida —.

Sabes que nos llevaríamos ese secreto a la tumba si nos lo pides.

La muchacha volvió a suspirar y asintió con firmeza, como si acabara de tomar una decisión.

—Está bien, se los diré —murmuró, emocionada —: lo que sucede es que…

De repente, alguien llamó a la puerta, haciendo que Scarlett y Clarisse soltaran el aire que habían estado conteniendo inconscientemente.

—¡¿Quién?! —gruñó la menor, malhumorada porque las hubieran interrumpido justo cuando Emma estaba a punto de contarles aquel jugoso chisme.

—Soy yo, niñas —dijo Amanda, entrando en la habitación como una tromba, con una sonrisa más radiante que el sol, acompañada de un séquito casi interminable de doncellas —. Aquí están las muchachas que las ayudarán a arreglarse para la fiesta. Sobre todo, a ti, querida —añadió, mirando a Scarlett con orgullo y dulzura.

—¿Y tiene que ser ya? —preguntó Clarisse, en un tono que entremezclaba súplica y fastidio, haciendo un puchero.

—¡Claro que tiene que ser ya! —exclamó la vizcondesa, como si no pudiera creer esa pregunta tan tonta — ¿O es que tú te crees que dejarlas más bonitas que nunca para esta noche es tan fácil como pestañear?

—Pues no, pero es que hemos pasado mucho tiempo sin vernos, y queríamos…

—¡Shht! —la silenció con rotundidad, poniéndose el índice sobre los labios —Ni se te ocurra protestar, señorita. Ya después tendrán tiempo de hablar todo lo que quieran, ahora lo más importante es que estén listas a tiempo para la fiesta.

En otras circunstancias, Scarlett también habría protestado (pues tenía muchas ganas de saber los verdaderos motivos que habían llevado a Emma a estar lejos de ellas durante tanto tiempo), pero estaba tan feliz, que no le apetecía discutir con su madre por nada del mundo; así que, de muy buena gana, sintiendo que nada ni nadie podía arruinar ese día tan especial, se levantó y se dirigió al tocador para dejar que dos de las mucamas empezaran a encargarse de su peinado.



A las ocho de la noche, la futura novia descendió por las escaleras de caracol que conducían al salón de baile de la mansión Lawrence convertida en una auténtica reina. Llevaba un pomposo vestido de seda color rojo, con el corpiño lleno de preciosos encajes de flores. Además, lucía unos prístinos guantes a juego, y su cabello estaba peinado en un exquisito rodete decorado con horquillas blancas que formaban una especie de diadema, logrando que su rostro se viera más luminoso y radiante que nunca. Al percatarse de su presencia, los invitados prorrumpieron en efusivos aplausos que la hicieron sentir todavía más emocionada. No podía creer el momento que estaba viviendo; que en menos de veinticuatro horas estaría casada con Alex, y que esa noche bailaría el primer vals siendo su prometida oficialmente. ¡La dicha era tanta que hasta le costaba respirar! (o bueno, tal vez eso se debiera a que Amanda había ordenado a las doncellas que le apretaran el corsé hasta límites casi imposibles para resaltar aún más su figura), pero no le importaba, estaba tan contenta, que un poco menos de aire en los pulmones le resultaba una banalidad.

—Te veo, y aún no puedo creer que vayas a ser mi esposa —la saludó Alex cuando llegó al último peldaño de la escalera, dándole un beso en el dorso de la mano y ayudándola a bajar. Él también estaba encantador, con su pulcra levita negra, sus pantalones a juego, los zapatos de

charol del mismo color, y su brillante cabello perfectamente peinado hacia atrás.

—Eres un adulador, Alexander Lincoln —replicó, sonriéndole, mientras avanzaban al centro del salón, con los aplausos de la gente atronándoles los oídos.

—¡Señoras, y señores, su atención, por favor! —vociferó Amanda, que había bajado unos minutos antes, acompañada de Emma y Clarisse —. En nombre de mi difunto esposo, el vizconde Paul Lawrence, y mío, es un honor recibirlos esta noche para el compromiso matrimonial de mi querida hija Scarlett con el excelentísimo duque de Berwickshire, el señor Alexander Lincoln. Ahora, para dar inicio formalmente a este baile, le pido a la feliz pareja que sea la primera en pasar a la pista. —Les dedicó una amplia sonrisa e hizo un gesto con la mano hacia el centro del salón antes de volver a mezclarse entre los invitados.

Un segundo después, la veintena de músicos ubicados en la parte de atrás comenzó a tocar una suave y alegre melodía a base de violines. Alex tomó a su prometida por la cintura y, con la misma habilidad y delicadeza con la que hacía todo lo referente a ella, comenzó a llevarla de aquí para allá al compás de la música, con el corazón rebosante de alegría.

—¿De qué te ríes? —preguntó de pronto, divertido, al ver que los labios de Scarlett se curvaban en una tímida sonrisa.

—De nada, simplemente es que...me estaba acordando de la primera vez que bailamos, aquí mismo, en este salón, ¿lo recuerdas?

—¡Cómo no! —repuso, sonriendo también —Si fuiste la primera y única mujer en el mundo que ha sido capaz de dejarme plantado en medio de un vals, sintiéndome como un verdadero idiota.

Ella se rio con ganas al recordar aquel momento.

—Perdóname —se excusó —; eso fue una completa majadería de mi parte, no debí hacerlo.

—No hay nada que perdonar, preciosa, ya no —replicó, mirándola a los ojos con ternura.

—¿Por qué?

—Porque nada de lo que haya ocurrido entre nosotros en el pasado importa —murmuró, acariciando discretamente con el pulgar la piel de la espalda de Scarlett, haciéndola estremecer de deseo —. Lo único que importa es que estamos juntos, y nuestros corazones se pertenecen… por siempre y para siempre —añadió, acercando su rostro al de ella hasta que su fresco aliento le rozó la piel.

Scarlett tuvo ganas de derretirse de ternura, de olvidarse del montón de gente que tenía su atención puesta en ellos y besarlo hasta que el cuerpo dijera basta, pero no pudo, porque, en ese momento, su prometido la alejó de su cuerpo para hacerla dar un par de gráciles vueltas sobre su propio eje.

—Tengo una sorpresa para ti —le murmuró al oído cuando volvió a tomar su torneada cintura entre las manos.

—¿Cuál?

—Veo que tienes curiosidad, preciosa—bromeó, acercándose un poco más a ella para inhalar su delicioso aroma a azahar —. Pero no voy a decírtelo por ahora, lo haré mañana, cuando seamos marido y mujer; ese será mi regalo de bodas.

—¡Conque tiene usted secretos su futura esposa, señor duque! —exclamó, sorprendida y divertida a la vez.

Alex sintió que la punzada de la culpa volvía a acometerlo con fuerza, como cada vez que

comprobaba que su prometida lo creía el hombre más honesto del mundo.

—A partir de mañana no habrá ninguno, te lo prometo —murmuró, haciendo ese juramento desde el fondo de su corazón, pues ya había decidido que, una vez el cura los uniese en matrimonio, no iba a permitir que pasara un día más sumida en el engaño; se lo contaría todo esa misma noche, su noche de bodas. Precisamente la sorpresa que le había preparado estaba destinada a mitigar un poco el impacto de aquella dura revelación, aunque sabía que nada podría evitar que, al enterarse de la verdad, Scarlett acabara odiándolo… al menos por un buen tiempo.

—¿Y no vas a adelantarme nada? —indagó, sonriendo con picardía.

Él alzó la mirada al cielo, como si estuviera contemplando la posibilidad de hacerlo.

—Mmmm, no, definitivamente no. Solo te diré que es algo tan maravilloso y especial como tú.

—Desde que no me lleves de nuevo con un editor que me mande al diablo y te deje al borde de un ataque cardiaco de la ira, creo que puedo soportarlo todo —bromeó, y ambos se echaron a reír, dando la impresión de ser lo que realmente eran: la pareja más enamorada que Londres hubiese visto en décadas. La felicidad que irradiaban era tanta y tan sincera, que nadie podía siquiera imaginarse la horrible pesadilla que estaba a punto de acabar con ella.

Dieron un par de vueltas al compás de la música, y cuando la tonada acabó, él la tomó de la mano para unirse al resto de los invitados, sin embargo, antes de que pudieran moverse del centro de la pista, un colérico grito los sobresaltó:

—¡Suéltenme, yo tengo derecho a estar aquí! —vociferó desde las puertas del salón una voz masculina y potente.

Cuando Alex se dio la vuelta para ver quién gritaba de semejante forma, sintió el mundo abrirse bajo sus pies: era Thomas Wells. Estaba completamente irreconocible: con el cabello despeinado, el rostro demacrado y lleno de ojeras, y la ropa tan desarreglada que parecía no habérsela cambiado en semanas.

Entró a la estancia seguido por los dos lacayos que custodiaban la puerta, los cuales trataban de sacarlo de allí inútilmente, pues se revolvía con tanta fuerza que lograba zafarse de su agarre en un santiamén.

—¡Qué me suelten, maldita sea! —rugió con la furia de una bestia, haciéndolos dar un paso hacia atrás —Ya les he dicho que tengo algo muy importante que decir en esta reunión, y no pienso irme sin haberlo hecho.

Abriéndose paso entre la multitud, con los empleados aún pisándole los talones, avanzó hasta llegar al centro del salón. A Alex le bastó mirarlo a los ojos un segundo para darse cuenta de la sed de venganza que lo estaba carcomiendo por dentro. Entonces por fin comprendió la razón por la que no había dicho la verdad antes: Estaba esperando justamente esa oportunidad para desenmascararlo; quería asegurarse de que todo el mundo supiera su secreto; porque sabía que el escarnio público haría que la mentira fuese mil veces más dolorosa para Scarlett.

—Disculpe, excelencia —le dijo uno de los jóvenes empleados, agitado de tanto correr —, pero este hombre se metió a la fuerza y no pudimos detenerlo.

—Sáquenlo de aquí —ordenó entre dientes y apretando los puños con fuerza, dispuesto a no darle ni la más mínima oportunidad de hablar.

Los hombres tomaron de nuevo a Wells por los brazos, pero él volvió a escabullirse con un brusco movimiento.

—¿Por qué tanta prisa, excelencia? —indagó con la voz plagada de sarcasmo, mirándolo a los

ojos con infinita malicia, como quien sabe que tiene el sartén por el mango —¿Acaso le incomoda mi presencia?

—¡Llévenselo ya! —ordenó Alex con un berrido, señalando enérgicamente la puerta.

Los lacayos volvieron a hacer el intento de tomarlo por los codos, sin embargo, con una maniobra bastante ágil para alguien de su edad, el banquero se los quitó de encima y dio varios pasos hacia adelante, hasta quedar cara a cara frente al causante de su desgracia.

—¡Ah, no, ya sé! Lo que tiene es miedo, ¿no es verdad? —exclamó, esbozando una cínica sonrisa.

«*No te atrevas. Ni siquiera lo intentes, maldito infeliz*», le advirtió Alex con la mirada, sintiendo cómo le rechinaban los dientes de ira.

—No tengo ni idea de qué está hablando —mintió, manteniéndose rígido en su lugar, con la esperanza de que, si se mostraba indiferente ante sus palabras, nadie más le prestaría atención —. ¡Sáquenlo! ¡Ahora! —Volvió a ordenar, sin apartar su asesina mirada de Wells. Esta vez los lacayos lograron agarrarlo con la fuerza suficiente para arrastrarlo hacia la salida, pero, antes de que Alex tuviera tiempo de sentirse aliviado, su cómplice hizo algo que lo desarmó por completo:

—¡Espere, señorita Lawrence! —bramó, desesperado, dirigiéndose a Scarlett con una mirada suplicante —¡Usted tiene que saber la verdad, tiene que dejarme decirle quién es el paria con el que se va a casar!

Los invitados lanzaron exclamaciones llenas de asombro, sin entender qué sucedía. Por su parte, Scarlett, quien cada vez estaba más desconcertada y confundida ante la situación, se giró hacia su prometido y le preguntó en un murmullo:

—¿Qué está pasando? ¿Por qué este hombre está diciendo todas esas cosas?

—Nada, nada, preciosa. Solo está… confundido, no sabe de lo que habla —contestó, intentando disimular la espantosa angustia que estaba sintiendo —. Deja que se lo lleven, por favor —pidió, en un tono tan suplicante que la hizo empezar a pensar que algo no iba bien. Si era cierto que no estaba pasando nada, ¿por qué Alex se alteraba tanto?

—¡Por favor, señorita! —Volvió a oír vociferar al banquero, cuando casi lograban sacarlo por completo —¡No se deje engatusar más por este mentiroso, escúcheme, o se arrepentirá toda su vida!

Alex deseó con todas las fuerzas abalanzarse sobre Wells para matarlo. ¡Maldito fuera; una y mil veces maldito!

Scarlett miró a los ojos a su prometido una vez más, y el pánico que vio en ellos fue tan profundo, que no le quedó duda de que algo realmente grave estaba sucediendo… Algo que él no quería contarle.

—Dime qué está pasando —dijo en un murmullo, aunque más bien sonó como una orden.

El falso duque tragó saliva. Estaba tan nervioso que no podía pensar con claridad. Sentía su mente y su corazón yendo a mil por hora, agitados, volviéndolo incapaz de inventar algo creíble. Se acabó, estaba acorralado; esta vez no habría mentira que lo salvara del infierno que estaba a punto de empezar a arder.

—Ya te lo dije —replicó, aun sabiendo que esa respuesta no bastaría —, este hombre está trastornado; la mala situación por la que está pasando debe haberlo enloquecido; todo lo que está diciendo son sandeces.

—Ah, ¿sí? —cuestionó arqueando una ceja, en un tono que dejaba absolutamente claro que no le estaba creyendo —. Entonces no te importará que lo escuchemos un minuto para poder seguir tranquilamente con la fiesta.

No le gustaba hablarle así, mucho menos delante del centenar de personas que los observaban, y que en ese momento de seguro estarían intentando aguzar discretamente los oídos para escuchar la conversación que mantenían entre susurros; pero si él no quería decirle qué demonios estaba sucediendo, no le quedaría más alternativa que recurrir a Wells.

Alex no pudo hacer otra cosa que tragar saliva y contener una lágrima de rabia e impotencia que amenazaba con empezar a rodarle por la mejilla, sabiendo que ya todo lo que dijera o hiciera sería inútil.

—¡Suéltenlo! —ordenó Scarlett a los lacayos —. Quiero escucharlo.

Apenas lo dejaron ir, el hombre se enderezó y acomodó las arrugadas solapas de su traje negro, como si, a pesar de la humillación que acababa de sufrir, quisiera volver a entrar al salón con toda la dignidad posible.

—Lo escucho, señor Wells —dijo cuándo lo tuvo enfrente, en un tono calmado, aunque muy serio —. ¿Qué es eso tan importante que tiene que decirme como para atreverse a interrumpir mi fiesta de compromiso de semejante forma?

Él se irguió, intentando parecer más seguro de lo que en realidad estaba. Por su puesto que no le agradaba reaparecer delante de toda esa gente para confesar a viva voz que había sido el autor intelectual de un plan para apoderarse de la fortuna Lawrence; pero, desde que sus acreedores lo habían dejado sin nada (incluyendo a su mujer y a su sobrina, quienes lo abandonaron en cuanto se dieron cuenta de que no tenía dónde caerse muerto), había soñado con el día en que pudiera hacerle pagar a Alex por ello… y esa noche estaba a punto de conseguirlo. Le asestaría un golpe tan bajo y doloroso haciéndolo perder a la mujer que amaba delante de todo el mundo, que su sufrimiento sería la más dulce de las venganzas.

—Lamento mucho esta llegada tan intempestiva, señorita, pero hay algo que usted y su familia deben saber. —Le dirigió una fugaz mirada a la vizcondesa, que permanecía en la parte delantera del círculo de invitados, con una consternación infinita en el rostro.

—¿A qué se refiere? —peguntó, manteniendo la expresión imperturbable, aunque en el fondo empezaba a tener un mal presentimiento, como si su corazón le estuviera avisando que no le iba a gustar para nada lo que escucharía.

—Me refiero a que su flamante prometido, ese hombre con el que le hace tanta ilusión casarse, no es más que un farsante, un mentiroso que la ha engañado a usted y a todo el mundo sin ningún reparo desde el día en que la conoció.

El salón entero prorrumpió en exclamaciones ahogadas, mientras Alex apretaba los ojos con fuerza, como si hubiera recibido una puñalada en el centro del corazón. Había sucedido; la pesadilla que llevaba semanas enteras tratando de evitar se estaba haciendo realidad. Scarlett permaneció inmóvil como una estatua, tratando de hallarle sentido a lo que acababa de oír. ¿Farsante? ¿Mentiroso? ¿Alex?

No, era imposible, esas tres palabras no podían ser parte de la misma frase.

—Claro que no me sorprende que no se lo haya contado —prosiguió, hablando con toda la calma del mundo —, después de todo, eso hacía parte de nuestro plan.

Ella lo miró, pasmada. ¿Plan? ¿Qué plan? Todo le estaba resultando cada vez más confuso.

—No lo escuches, Scar; eso es… —se atrevió a murmurar Alex, haciendo un último intento por evitar su desgracia, sin éxito, porque el banquero levantó aún más la voz, interrumpiéndolo:

—Lo primero que tiene que saber, señorita, es que esta noche, en este salón, no hay ningún duque. Este que ve aquí —Extendió el brazo hacia el joven, señalándolo con la palma de la mano y mirándolo con infinito desprecio —, no es más que un bastardo, un mentiroso vividor que vino a Londres con la única intención de casarse con usted para apoderarse del dinero de su familia.

A Scarlett se le cayó el alma a los pies. Mientras los invitados volvieron a ahogarse en murmullos de incredulidad, ella sintió como si una bomba le hubiese caído encima, dejándola aturdida, incapaz de comprender nada. Se giró hacia Alex con la esperanza de que sus ojos le dijeran que todo aquello no era más que una mentira, una locura, pero él no la miraba; permanecía con la cabeza baja y la mirada puesta en el

suelo, sin poder enfrentarse a todo el dolor y la confusión que sabía que le estaba provocando.

—¿Cómo? —sollozó con dificultad, sintiendo que la opresión en el pecho le hacía casi imposible respirar.

Aquello no podía ser verdad. ¡No podía! Alex no podía ser ese monstruo que Wells estaba describiendo.

—Así como lo oye, señorita. Lamento mucho tener que decírselo, pero este hombre no es lo que usted se imagina. —Hizo una larga pausa antes de continuar, dirigiéndose a las personas que los rodeaban, como si sintiera que debía hacerlos partícipes de aquella confesión —. Alexander Campbell (ese es su verdadero apellido), y yo, nos conocimos cuando él tenía apenas once años. Llegó a la mansión Lincoln siendo un zarrapastroso; llevando consigo una carta en la que una bailarina de cabaret llamada Rose Mary Campbell, le informaba al duque que el niño que tenía ante sus ojos era producto del furtivo romance que habían mantenido hacía poco más de una década, y le suplicaba que, hallándose ella al borde de la muerte a causa de la tisis, se encargara de cuidarlo. Él, movido por la culpa de haber engendrado un hijo fuera del matrimonio, aceptó; sin embargo, como no podía permitir que nadie se enterara de que había tenido un bastardo, me encargó a mí, que en ese momento era su hombre de confianza, hacer circular la noticia de que el chiquillo no era más que su nuevo protegido, hijo de una vieja y querida sirvienta de la familia Lincoln que había fallecido. Desde entonces veló por él; le dio educación, techo y comida, pero siempre lo trató peor que a una rata… la rata que en realidad es.

Scarlett estaba absolutamente atónita. Sus oídos no podían darle crédito a lo que estaban oyendo, no obstante, en medio de toda la bruma de confusión y preguntas que la invadían, un recuerdo se le vino a la cabeza: la mala relación que Alex tenía con su padre. Siempre había creído que se debía a que lo había descubierto siéndole infiel a su madre, pero si lo que el banquero estaba diciendo era verdad (cosa que aún se resistía a creer), si él en realidad era un hijo ilegítimo al que el duque había odiado desde que lo conoció, todo cobraba más sentido: el rencor casi palpable en sus ojos cada vez que alguien lo mencionaba, su reticencia a hablar de él, incluso los latigazos que había descubierto en su espalda la noche en que hicieron el amor... ¡Todo empezaba a encajar de una forma tan perfecta que daba miedo!

—Cuando Alexander cumplió veinte años, el duque creyó que ya había hecho bastante por él y lo echó de su casa como a un perro, advirtiéndole que no quería volver a verlo —continuó, observándola de nuevo—. Desde entonces ese hombre del que usted se enamoró, ese que logró ganarse su corazón haciéndola creer que es el más bueno y honesto del mundo, se dedicó a

ganarse la vida de la manera más ruin que puede haber, ¿sabe cuál? —preguntó en un murmullo, ansioso por dar la estocada final.

Ella cerró los ojos, dejando que las lágrimas que había estado conteniendo le rodaran por el rostro. Estaba segura de no querer oír la respuesta, pero al mismo tiempo la necesitaba; si su prometido de verdad era un mentiroso, un canalla que le había mentido hasta en cómo se llamaba, más valía acabar de quitarse la venda de los ojos de una buena vez.

—¿Cuál? —preguntó con un tembloroso murmullo.

—Usar sus encantos para conquistar a cuanta viuda medianamente adinerada conocía; exprimiéndolas hasta dejarlas sin un penique para después abandonarlas como la basura que pensaba que eran. —Esa confesión hizo que todos los presentes quedaran pasmados; era imposible que aquel hombre tan encantador, que se había mezclado entre la aristocracia con tanta facilidad y se los había echado a todos en el bolsillo en un santiamén, no fuese más que un bastardo embaucador de mujeres —.Y eso era justamente lo que pensaba hacer con usted cuando aceptó el trato que yo le propuse.

—¿Qué…qué trato? —susurró Scarlett, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano para lograr que su voz fuera más fuerte que el llanto que amenazaba con desbordarle los ojos en cualquier momento.

Wells se irguió en su lugar, incómodo; como si hubiese llegado a la parte más importante y comprometedora de todo su relato.

—Verá, señorita —murmuró, teniendo la decencia de parecer algo avergonzado por lo que estaba a punto de confesar —, al inicio de la temporada, la señora vizcondesa me pidió que le ayudara a encontrar un pretendiente adecuado para usted. Debía ser un joven apuesto, culto, encantador, de buena posición social y económica; yo, al no conocer a nadie con ese perfil que permaneciera soltero, pensé de inmediato en Alexander y se lo propuse; le dije que usáramos el apellido de su padre y mi dinero para hacerlo pasar por un duque y así poder llegar a tener control sobre la fortuna de la familia Lawrence, y él, tan ambicioso como ha sido siempre, aceptó, convirtiéndose en el manojo de mentiras del que usted se enamoró, y con el cual está a punto de casarse.

Para cuando aquella cruel confesión acabó, Scarlett sentía que alguien había tomado su corazón y lo había estrujado hasta hacerlo explotar, provocándole un dolor tan horrible que incluso le costaba respirar. Sin embargo, se obligó a sí misma mantener la compostura suficiente para hacer una última pregunta:

—¿Y cómo puedo saber que no me está mintiendo? —indagó con voz temblorosa.

—Pregúnteselo usted misma —dijo con un brillo malicioso en la mirada, haciendo un movimiento con la mano hacia Alex, quien permanecía inmóvil en su lugar, incapaz de evitar que su felicidad acabara de derrumbarse. ¿Seguir mintiendo? ¿Negarlo todo y fingirse inocente? ¿Para qué, si ya no había nada que hacer? La verdad lo había alcanzado, y no podía hacer otra cosa que dejar que se lo tragara vivo… como se lo merecía —; después de todo, no creo que sea tan descarado como para seguirle mintiendo en la cara después de esto.

Ella se acercó a su prometido con paso lento y temeroso, deseando con toda el alma que le dijera que aquello era un error, una calumnia inventada por Wells.

—Dime que no es verdad. Te lo suplico, dime que este hombre miente —rogó con los ojos llenos de lágrimas, intentando aferrarse al Alex que conocía, del que estaba profundamente

enamorada —¡Dímelo! —insistió, esta vez en un grito desgarrador al ver que se había quedado callado, tomándolo de las solapas del traje y zarandeándolo con todas las fuerzas de su dolor para hacerlo reaccionar. ¡Aquello no podía ser cierto, tenía que ser una pesadilla!

Sin embargo, cuando él levantó el rostro, su mirada estaba tan llena de dolor y de culpa, que fue suficiente para que Scarlett supiera que no lo era… Y para que su corazón se quebrara en mil pedazos.

—Yo te lo iba a contar todo, te lo juro —farfulló desesperado, con la mirada llena de impotencia y dolor —. Yo… Yo… —Alargó la mano para intentar acariciarle la mejilla, como tantas veces lo había hecho en el pasado, pero ella retrocedió con brusquedad, observándolo con tal decepción que logró atravesarle hasta el fondo del alma.

—Jamás en tu vida vuelvas a tocarme, maldito mentiroso —le ordenó en un susurro trémulo y rabioso, asesinándolo con la mirada.

Quería desplomarse allí mismo, llorar, golpear, gritar, o hacer cualquier cosa que le permitiese deshacerse de aquel horrible dolor que sentía dentro de su pecho, y que no hacía otra cosa que crecer con cada segundo que pasaba; sin embargo, un momento después se sorprendió a sí misma corriendo fuera del salón, dispuesta a ir donde nadie pudiese verla ahogándose en su propia pena.

El corazón le palpitaba en la garganta, tenía los ojos tan encharcados en lágrimas que incluso le costaba ver por dónde iba; pero eso no le impidió oír el caos que la confesión de Alex había desatado a su paso: los invitados exclamaban, murmuraban, y algunos hasta gritaban, indignados porque un vulgar bastardo se hubiera mezclado con ellos tan descaradamente; incluso le pareció escuchar que alguien se había desmayado, pero no le importó, siguió corriendo hacia la puerta principal, hasta que sintió el frío de la noche golpearle los brazos, y las gotas de una ligera llovizna confundiéndose con su propio llanto. Mientras seguía atravesando las calles sin rumbo fijo, una sola pregunta le martillaba en la cabeza una y otra vez: ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué Alex le había hecho algo tan monstruoso?! ¡¿Por qué se había burlado de su amor de esa forma, aun sabiendo que ella daba la vida por él?, ¿por qué?! Era tanto el sufrimiento y el peso que cargaba su alma, que sin darse cuenta acabó derrumbada de rodillas sobre el asfalto, abrazándose el pecho y gritando desde lo más profundo de sus entrañas. ¿En qué momento la felicidad que hasta hace diez minutos le desbordaba el corazón se había transformado en aquella horrible pesadilla?

No supo cuánto tiempo permaneció allí, ahogada en lágrimas, pero de pronto oyó la desesperada voz de alguien llamándola, y no tuvo que hacer ningún esfuerzo para saber quién era. Quiso ponerse en pie de inmediato para que Alex no la viera así, hecha polvo por su culpa; pero no pudo; estaba temblando de pies a cabeza, aunque no sabía si de ira, de frío, o de puro y físico dolor. Al verla allí, tendida en el suelo, él corrió hacia ella a toda velocidad, aterrado de que pudiese haberse hecho daño.

—¿Estás bien? —farfulló al llegar a su lado, agarrándola de los codos para ayudarla a levantarse.

—¡Suélteme! —ordenó rabiosa, dándole un brusco manotazo, mientras usaba toda su fuerza de voluntad para obligar a sus piernas a funcionar de nuevo. —Usted no tiene nada que hacer aquí. ¡Lárguese! —gritó cuando volvieron a quedar cara a cara.

—Scar, tenemos que hablar —suplicó en un murmullo, con los ojos tan brillantes y la voz tan trémula que era obvio que estaba a punto de echarse a llorar.

—¡¿Qué demonios va a decirme?! —lo cortó con un grito, dirigiéndole una mirada tan fría

como el hielo —¡¿Más mentiras, más engaños, eso?! Pues pierde su tiempo, porque yo no quiero volver a oír absolutamente nada que venga de usted.

—Tienes que escucharme —suplicó, desesperado —. Lo que dijo ese hombre no es verdad. Permíteme explicártelo todo, por favor.

—¡Ah, ¿no es verdad?! —gritó con la voz llena de amarga ironía, alzando las manos al cielo —¿Qué no es verdad? ¡¿Que usted es un falso, un embustero que vino a Londres haciéndose pasar por alguien que no es, o que me engañó durante meses haciéndome creer que me amaba solo para quedarse con el dinero de mi familia?!

—Yo te amo, con todo mi corazón, preciosa —murmuró, repitiendo su única verdad, lo único que había sido absolutamente cierto en toda su vida —. En eso nunca te mentí, te lo juro.

—¡¿Amor?! ¡¿Amor?! —vociferó, sintiendo que le hervía la sangre ante tanto cinismo. ¿Cómo podía estar allí, mirándola a los ojos después de confesarle que la había engañado de la manera más ruin del mundo, y aún tener el descaro de decirle que la amaba? —¡No sea cínico, que usted ni siquiera sabe lo que esa palabra significa!

Él abrió la boca para decir algo, pero ella no se lo permitió.

—¡Cuando uno ama a alguien, no le miente, no lo engaña, no juega con sus sentimientos como si fuesen basura… Y todo eso fue lo que usted hizo conmigo! —bramó, sintiendo que ya no podía seguir conteniendo su ira. Necesitaba gritarle, golpearlo, hacer cualquier cosa que le permitiera aliviar siquiera un poco la avalancha de horribles sentimientos que la estaba carcomiendo por dentro, antes de que terminara matándola.

—Puede que en un principio las cosas sí hayan sucedido como Wells las contó, pero después, cuando te conocí mejor, cuando vi la mujer tan maravillosa que eres, yo… Yo me enamoré de ti de verdad —confesó —. A partir de ese momento todo entre nosotros fue real, nada de lo que dije ni hice contigo fue un engaño, te lo juro, te lo juro por lo más sagrado de mi vida, que eres tú.

El destello de sufrimiento y la tristeza que Scarlett alcanzaba a ver en sus ojos negros, solo la llenaba más de furia, contra él y contra sí misma. ¿Cómo podía seguir fingiendo algo que no sentía de una manera tan descaradamente creíble? ¿Cómo ella había sido tan imbécil de caer en su juego? ¿Cómo pudo transformarse en una de esas idiotas que se olvidan de todo ante una sonrisa bonita y una palabra de amor?

—¿Sabe qué es lo que más rabia me da? —preguntó con la mirada encharcada, observándolo con tanta decepción que lo hizo sentir aún más culpable y desgraciado de lo que ya era —Que yo sí lo amaba de verdad. ¡Yo le abrí las puertas de mi vida, de mis sueños, de mi corazón! ¡Yo habría dado mi vida por usted si me lo hubiera pedido! —vociferó, en un grito tan desgarrador que logró romper en mil pedazos el silencio de la noche… Y el corazón de Alex. —¡Cómo debió haberse reído de mí, miserable infeliz!¡Cómo debió de haber gozado viéndome caer en ese circo que se inventó para atraparme! —exclamó con una mueca irónica, meneando la cabeza y frunciendo los labios con infinita incredulidad y decepción, por él, pero sobre todo, por sí misma, por su infinita estupidez, ¡¿Cómo había sido tan ingenua de caer en las garras de ese miserable?! ¡¿Cómo?! Pensaba, observándolo con asco, con desdén, como si estuviera ante la más inmunda de las cucarachas.

Él sintió aquellas palabras como una puñalada que le caló hasta el fondo del alma. No porque lo estuviese insultando, sino porque estaba hablando de su amor en pasado, como si se hubiera

extinguido, como si se hubiese muerto para siempre.

—Yo quería contártelo todo —se defendió, casi al borde de las lágrimas, sintiendo que en cualquier momento se desplomaría a sus pies para implorarle perdón, aun sabiendo que sería inútil —; de hecho, lo intenté varias veces, pero no pude; cada vez que trataba de hacerlo pensaba que me odiarías, que me querrías lejos de tu vida y… la sola idea se me hacía tan insoportable que prefería callar. —Bajó la cabeza, avergonzado por su cobardía. Nada de aquello estaría sucediendo si le hubiese hecho caso a Julius, si hubiera tenido las agallas de hablarle a Scarlett con la verdad.

Ella guardó silencio un instante y se acercó a él, con el cabello y la ropa chorreándole por la lluvia, y las pupilas llenas de una emoción indescifrable, pero que resultaba ser la amalgama perfecta entre una rabia punzante, un dolor agónico y una decepción infinita.

—¿Quiere que le diga qué es lo más irónico de todo? —preguntó en un murmullo, mirándolo a los ojos por última vez —Que eso acabó sucediendo de todas formas. —Respiró hondo y se irguió, usando toda su fuerza de voluntad para pronunciar con voz trémula las palabras más dolorosas que hubiese dicho en toda su vida: —No quiero volver a verlo nunca. A partir de este momento, usted está muerto para mí, señor Lincoln, Campbell, o como demonios sea que se llame.

Antes de perder la poca compostura que le quedaba y soltarse a llorar como una niña, que era lo único que tenía ganas de hacer en aquel momento, se marchó, dejándolo destruido, maldiciéndose una y mil veces por haber perdido para siempre a la única mujer a la que había amado en toda su vida.

23

Destrozados

Al amanecer, Emma y Clarisse estaban al borde del colapso. El impacto de la noticia recibida la noche anterior había sido tan fuerte para Amanda, que terminó desmayada y tuvo que ser revisada por el doctor Riverwood, el médico de cabecera de la familia, quien decidió que lo mejor era mantenerla dormida a base de láudano por lo menos veinticuatro horas, hasta que las aguas se hubiesen calmado un poco. Además, Scarlett no había llegado a dormir en toda la noche, y nadie tenía ni la más remota idea de dónde podría estar. Emma había ordenado a los empleados que la buscaran hasta por debajo de las piedras si era necesario, pero ninguno había logrado dar con ella.

—¿Y si se suicidó? —sugirió Clarisse en un murmullo angustiado, tomando asiento en el sillón principal de la sala de estar, pues había dado tantas vueltas de un lado para otro debido a la incertidumbre, que ya le dolían los pies.

—¡Deja de decir tonterías! —la reprendió —.Ella es demasiado fuerte como para quitarse la vida por culpa de un imbécil que no se la merece.

—¿Entonces dónde está? ¿Por qué nadie la encuentra? —indagó, con un dejo de desesperación en la voz.

Su hermana suspiró hondo, con la mirada fija en el jardín, cuyo césped estaba empapado gracias al torrencial aguacero que había caído la noche anterior; deseando de todo corazón tener las respuestas a esas preguntas.

—No lo sé. Debe andar por ahí, triste, tratando de aclararse la mente después de lo que ese… canalla le hizo —replicó, sintiendo que se le derramaba la bilis de solo recordar al falso duque de Berwickshire.

—¿Y nos vamos a quedar aquí, tan tranquilas como si nada?

—¿Qué sugieres? —cuestionó, volteándose para mirarla.

—¡Pues que salgamos a buscarla! —exclamó, como si fuese lo más obvio del mundo, golpeándose los costados del cuerpo con los brazos.

—¿Nosotras?

—Sí, Emm, nosotras —confirmó con vehemencia —Tenemos dos piernas, dos pies, un par de ojos, y nuestra hermana nos necesita más que nunca, ¿no te parecen razones suficientes para hacerlo?

La joven la miró, dubitativa, tomándose un instante para pensar.

—Tienes razón —concedió al fin resueltamente, poniéndose de pie —. No podemos dejarla sola, mucho menos ahora. De hecho, creo que se me ocurren un par de lugares donde podemos…

En ese momento escucharon el golpe de la puerta de entrada al cerrarse, y, con el corazón en la garganta, corrieron hacia el vestíbulo. Al llegar, una mezcla de alivio y espanto las invadió a partes iguales: frente a ellas estaba Scarlett, empapada, con el cabello chorreando y más pálida que un papel, pero sana y salva, por lo menos en cuerpo, porque la expresión de su rostro denotaba que a su alma le pasaba todo lo contrario: en sus ojos no había tristeza, ni dolor, ni furia, ni nada… absolutamente nada. Era como si la traición la hubiese dejado vacía, muerta por dentro.. Ambas se lanzaron a abrazarla, aunque ella ni siquiera intentó corresponderles.

—¡¿Dónde has estado, Scar?! —preguntó Emma, alarmada por el estado tan deplorable en el que se encontraba —Te hemos buscado como locas toda la noche.

—Fui a ver a papá —contestó, con la mirada perdida y la voz tan carente de emociones como sus ojos.

—¡¿Pasaste la noche entera en el cementerio?! —exclamó Clarisse, escandalizada.

—Necesitaba estar con él —murmuró desganadamente.

Y era cierto; después de hablar con Alex por la que estaba segura de que sería la última vez, quiso huir del mundo, desaparecer, y se le ocurrió que el único sitio donde podría hallar un poco de paz era junto a su padre; el único hombre que había valido la pena en el mundo, el único cuya compañía podía confortarla y consolarla, aunque fuera un poco. Por eso fue hasta el camposanto y, sin importarle que estuviese cayendo un diluvio, se abrazó a su tumba, decidida a llorar hasta que se le secara el alma, hasta que sintiera que ya no quedaba ni una sola lágrima que pudiese pertenecerle al embustero de Alexander Lincoln.

—Eso no importa —musitó Emma, mirándola con profundo pesar, mientras le daba un beso en la cien, agradecida de tenerla en casa de nuevo —. Lo que debemos hacer ahora es quitarte esa ropa, darte algo de comer y arroparte bien para que no te resfríes, ¿quieres?

Ella asintió y, como si no le quedaran fuerzas para moverse, dejó que sus hermanas la condujeran a su habitación, la ayudaran a ponerse su ropa de dormir, y la metieran a la cama, donde el cansancio no tardó en hacer que se quedara profundamente dormida.

Sin embargo, la dicha del sueño no le duró más que un par de horas, por lo que cuando Emma subió a verla, llevando consigo la bandeja del almuerzo, la encontró sentada, observando por la ventana con el aire más triste y melancólico del mundo.

—¿Puedo pasar? —le preguntó, con una tierna y maternal sonrisa, dirigiéndose hacia su cama.

—Ya estás adentro, ¿no? —indagó cansinamente, sin apartar la vista de donde estaba.

—No has comido nada desde ayer, así que le ordené a la señora Rufus que te preparara el plato que más te gusta —dijo, sentándose a su lado y poniéndole la bandeja con pato a la naranja y estofado de verduras sobre las piernas.

—Te lo agradezco, pero de lo que menos tengo ganas en este momento es de comer.

—Tienes que intentarlo, Scar —pidió, observándola con una mezcla de preocupación y lástima mientras le acariciaba el cabello dulcemente —. Ya sé que todo esto debe de ser muy duro para ti, pero no te puedes echar a morir así. Tú eres la mujer más fuerte que conozco, y este es el momento de demostrarlo.

Scarlett giró el rostro para observarla.

—También era la mujer más enamorada y feliz del mundo, hasta que ese castillo de felicidad se me derrumbó encima —replicó. De pronto sintió que los ojos se le nublaban de nuevo, y supo que la terapia de vaciar todo el llanto que llevaba dentro frente a la tumba de su padre no había servido para nada; iba a llorar por la traición de Alex durante semanas, meses, o quizás toda la vida.

—¿Quieres que hablemos de lo que pasó? —indagó, creyendo que tal vez le haría bien desahogarse.

Ella negó con la cabeza. Estaba segura de que si soltaba una sola palabra delante de su hermana, acabaría inundando el cuarto con sus lágrimas en un santiamén, y no lo deseaba. Siempre había tratado de ser fuerte, de mostrarse serena e imperturbable ante las cosas malas que

la vida a veces traía consigo, pero en ese momento lo único que quería era estar sola y poder llorar hasta que el cuerpo le dijera basta.

—Entonces será mejor que me vaya —murmuró, poniéndose en pie —. Cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarnos. Clarisse o yo vendremos de inmediato.

Al salir, Emma no tardó ni medio segundo en escuchar cómo Scarlett rompía a llorar. Era un llanto tan profundo, tan cargado de tristeza, que logró partirle el corazón, haciéndola maldecir una y mil veces al desgraciado embustero de Alexander Campbell y desear que, donde fuera que estuviese, la estuviera pasando mil veces peor que ella, tal como se lo merecía.



Aunque en un principio Emma y Clarisse habían creído que sería únicamente cuestión de tiempo para que Scarlett se repusiera y volviera a ser la misma de siempre; un mes después, tanto ellas como su madre; quien increíblemente había sacado toda su casta para hacer frente a la avalancha de habladurías que habían caído sobre la familia después de haber sido engañada por *Lord mentiroso* (apodo con el que la aristocracia londinense había bautizado a Alex tras enterarse de que no era más que el bastardo del duque de Berwickshire); empezaban a estar realmente preocupadas por ella: no dormía, no salía de su habitación, lloraba todo el tiempo, y para colmo, lograr que comiera algo era una verdadera odisea.

Aquel ritmo de vida, que más bien parecía una apresurada carrera hacia la muerte, empezaba a dejar notables secuelas en su cuerpo: estaba prácticamente en los huesos, pálida como un muerto, y tenía unas ojeras tan oscuras que parecían habérsele tatuado para siempre bajo los ojos. Atrás habían quedado los días de la joven bella, vivaz, llena de energía y metas, pues ya ni siquiera sentarse a escribir lograba animarla; las pocas veces que lo había intentado, terminaba acordándose de Alex y de los muchos momentos que la escritura los había hecho compartir, cosa que solo lograba dejarla aún más hundida en su tristeza.

Sin embargo, esa no era la única cara de la moneda. Si Scarlett estaba mal, Alex se encontraba aún peor: no solo tenía que vivir día tras día consumido por la culpa y el dolor de no tenerla a su lado, sino que, junto con ella, lo había perdido todo: al enterarse de que era un impostor, se había ganado el repudio de la gente, incluyendo el del propietario de la casa que Wells le había alquilado para vivir, quien lo había sacado casi a patadas de allí; provocando que, si no fuese por la bondad de Julius (quien se había negado a abandonarlo en aquellos oscuros momentos y hasta había ofrecido los ahorros de toda su vida para que ambos pudieran rentar una pequeña habitación en uno de los hoteles más modestos de la ciudad); él hubiese tenido que dormir en una de las bancas de la plaza central.

Pero nada, ni la pobreza extrema a la que ahora se veía sometido, ni la soledad, ni el odio con el que la vizcondesa le había cerrado la puerta en las narices la infinidad de veces que había intentado hablar con Scarlett, ni las burlas de la gente, resultaba más lacerante que el vacío que sentía cada vez que pensaba en ella. No tenerla era tan desgarrador como haber perdido de un tajo un brazo, una pierna, o el mismísimo corazón; tanto, que la única salida que encontraba para poder sobrellevar su sufrimiento era beber… beber hasta perder la conciencia, hasta olvidar que había sido el más estúpido de los hombres haciéndola sufrir. Sin embargo, ni siquiera todo el licor del mundo era capaz de hacer que se la sacara de la cabeza, y mucho menos del corazón.

Una mañana, tras haber pasado la noche bebiéndose hasta el agua de los floreros en un pub de

mala muerte del que ya ni siquiera recordaba el nombre, volvió a su pequeño cuarto de hotel, y, al entrar, se dio cuenta de que Julius parecía llevar una eternidad esperándolo.

—Déjeme adivinar, señor —suspiró cansinamente, cruzándose de piernas en el pequeño sofá gris, que, además de las dos camas y un pequeño armario, era el único mobiliario de la habitación —: bebiendo de nuevo, ¿no?

—En primer lugar —replicó, hablando de una manera casi ininteligible debido a la cantidad casi aterradora de vino que se había tomado, y alzando el dedo índice con aire reprobatorio —, ya te he dicho que no vuelvas a llamarme señor; hace meses que yo no soy señor tuyo ni de nadie; en segundo, ¿qué más quieres que haga, si me estoy muriendo por una mujer que no quiere volver a verme en su vida? — Caminó hasta el centro de la estancia agitando los brazos, en un gesto de absoluta impotencia.

Al ver el estado tan lamentable en el que estaba, Julius sintió auténtica lástima por él, pero no lo demostró, puesto que sabía que, de hacerlo, solo lograría que se hundiese aún más en el profundo mar de autocompasión y tristeza en el que, ya de por sí, se estaba ahogando.

—Dejar de beber como cosaco y empezar a buscar la solución a su problema sería una buena opción, ¿no le parece? —indagó, arqueando una de sus canosas cejas.

Alex bufó, sin poder creer que viera las cosas de una manera tan sencilla.

—Si mi problema tuviera solución, hace tiempo lo habría resuelto, ¿no crees? —repuso, sentándose al borde de su cama.

—¡Claro que la tiene! —exclamó, adoptando un tono repentinamente más optimista —Lo que pasa es que usted no ha querido verla.

—¿Y, según tú, cuál es esa brillante solución? —indagó con ironía

—No rendirse.

—¿No rendirme? —repitió pausadamente, frunciendo el ceño, sin comprender a qué se refería.

—Si me permite decírselo, señ…Alex —se corrigió al instante —, usted se dio por vencido demasiado rápido con la señorita Scarlett.

—¿Y qué otra cosa esperabas que hiciera, si ella no me quiere ver de otra forma que no sea muerto, y para colmo, cada vez que voy a esa casa para intentar hablarle, me echan como un perro sarnoso? —cuestionó, entornando los ojos.

—¡Pues insista! —replicó enérgicamente, empezando a desesperarse con la pasividad de Alex —. Si esa mujer de verdad le importa tanto como para estarse destruyendo a sí mismo en la forma en que lo está haciendo, ¡luche por ella!; no se deje vencer por un par de puertas cerradas y una indiferencia que, para ser honestos, tiene completamente merecida.

El joven se quedó en silencio un buen rato, cavilando el asunto. El cielo era testigo de que él no se había rendido, de que si fuese necesario estaba dispuesto a dar la vida con tal de que Scarlett lo perdonara, pero ¿cómo demostrárselo si ni siquiera podía verla?

—¿Y cómo hago eso? —preguntó, tras dar un largo y cansino suspiro —¿Cómo puedo insistirle en que me perdone si su madre no me permite verla?

—Bueno —murmuró Julius, encogiéndose de hombros —, es cierto que dicen que, desde que pasó lo que pasó, la señorita no ha vuelto a salir de su casa, pero justamente ahí es donde está su trabajo, el mérito para que ella lo perdone. Búsquela, encuentre el momento preciso para hablarle; apenas tenga la oportunidad, abórdela, hágale saber que usted también se está muriendo por dentro, que está arrepentido, y que necesita que ella escuche su versión de las cosas… Haga

lo que tenga que hacer, pero no se dé por vencido sin haberlo intentado siquiera una vez más.

El mayordomo hablaba con tanta vehemencia, con tanto ánimo y convicción, que acabó infundiendo valor en el alma de Alex, quien terminó por creer que estaba en lo cierto: la amaba más que a sí mismo, y tenía que encontrar una manera de recuperarla a como diera lugar, aunque se le fuera la vida en ello.

—Tienes razón —dijo en un murmullo decidido, alzando la mirada y observándolo directamente a los ojos, como si acabara de tomar una férrea decisión —. No me puedo quedar con los brazos cruzados. Mañana mismo iré a verla, y así tenga que pasarle por encima a la vizcondesa, voy a lograr que me escuche.

—¡Eso es! —exclamó animadamente, levantándose de su asiento para palmearle el hombro y regalarle una orgullosa sonrisa —Ya verá que no se va a arrepentir; el mundo es de quienes persisten.

24

Una esperanza

A la mañana siguiente, muriéndose de nervios ante la posibilidad de volver a tener a Scarlett frente a frente, Alex se levantó, se aseó, se puso uno de los finos trajes de lino que Wells le había comprado (que eran lo único que le quedaba de su antigua vida), arregló sus rebeldes cabellos negros frente al espejo, y salió hacia la mansión Lawrence. El día estaba soleado y despejado, lo cual interpretó como una buena señal del destino. No tenía ni idea de cómo iba a hacer para que Amanda lo dejara entrar, sin embargo, algo en su interior le decía que lo lograría; aquella mañana, después de treinta largos y dolorosos días, por fin volvería a ver a la mujer que amaba. Pensando en ello caminó a paso rápido por las calles de Londres hasta llegar a su destino: Mayfair. Con el corazón palpitándole a mil por hora, dobló la calle que conducía a la residencia Lawrence, y cuál no sería su sorpresa cuando, sin haber dado más que un par de pasos hacia allí…la vio. Era ella; estaba pálida, demacrada, y bastantes kilos más delgada de lo que la recordaba, pero era ella…Su Scarlett.

En ese momento sintió unas ganas infinitas de correr en su dirección y plantarse de rodillas a sus pies hasta que accediera a escucharlo, sin embargo, teniendo en cuenta que iba acompañada de sus inseparables hermanas, decidió que lo mejor era seguirla discretamente hasta encontrar el momento oportuno para abordarla, por lo que se apresuró a esconderse tras uno de los frondosos manzanos que bordeaban la calle.

Al verla pasar de cerca, le pareció que su expresión era vacía, triste… exactamente igual a la que él veía todos los días en el espejo desde que se habían separado. No podía tener certeza absoluta, pero, durante el breve segundo que pudo mirar su rostro, juró ver unas profundas ojeras, como si no hubiese dormido en mucho tiempo. La idea de que ella estuviese sufriendo tanto como él, hizo que su pecho se llenara de esperanza; no porque le gustara verla sufrir, claro está, sino porque, si lo estaba haciendo tanto como su cuerpo demostraba, solo podía significar una cosa: que, a pesar de haberle gritado a la cara que no quería volver a verlo nunca más, seguía amándolo.

Pensar en eso lo hizo sonreír de oreja a oreja, mientras empezaba a seguirlas muy sigilosamente, no tan de cerca como para que pudieran verlo, pero sí lo suficiente como para alcanzar a oír su conversación:

—¡Qué bueno que por fin te decidiste a salir de ese cuarto, hermanita! —exclamó Clarisse alegremente, jugueteando con uno de los mechones castaños de Scarlett.

—No lo habría hecho si no es porque casi me arrancas los brazos para levantarme de la cama —replicó con desgano.

Volver a escuchar su voz fue como un bálsamo sanador para Alex, que hizo que su corazón saltara de emoción.

—Pues me alegro de haberlo hecho —declaró resueltamente —. Estoy segura de que un poco de sol te hará sentir mejor.

La muchacha no contestó, pero él vio que sus hombros se alzaban, como si estuviera suspirando.

—No pongas esa cara, Scar —musitó Emma —; Clarisse tiene razón en que te hace falta salir,

tomar el sol, ver gente; además, ¿quién mejor que tú para ayudarme a elegir las frutas que voy a usar para preparar la tarta que tanto te gusta?

—Pudieron haber traído a una de las criadas, ¿no? —repuso, en un tono tan bajo que Alex tuvo que aguzar el oído para escucharla.

—Puede ser, pero la criada no es quien tiene que hacer un esfuerzo para lograr sacarse a un mentiroso de la cabeza —repuso la menor.

—Ya te he dicho que no me apetece hablar de él, y si vas a empezar a mencionarlo…

—Está bien, está bien. Me callo —farfulló de inmediato, sabiendo que su hermana era capaz de darse la vuelta y correr de nuevo a encerrarse en su habitación en ese preciso instante.

Escuchar que Scarlett no quería ni siquiera que pronunciaran su nombre fue un golpe bajo para Alex, pero supuso que era normal después de todo lo sucedido entre ellos. Las tres (o, mejor dicho, los cuatro), siguieron caminando en silencio hasta llegar a un pequeño puesto de comestibles al aire libre, atendido por una anciana de aspecto dulce y sencillo que les ofreció una amplia sonrisa al verlas.

Con los movimientos ágiles y ligeros que lo caracterizaban, el falso duque se escondió tras la pared de granito de la casa contigua y, por un largo rato, todo lo que pudo hacer fue observarlas mercar. Tanto Clarisse como Emma charlaban animadamente sobre sabría Dios qué cosa, mientras examinaban las fresas, peras, manzanas, limones y frambuesas dispuestas en pequeños bultos sobre una mesa de madera, intentando escoger las más frescas para depositarlas en los canastos de mimbre que llevaban consigo.

Scarlett permanecía un poco apartada de ellas, con la mirada puesta en las frutas, pero la expresión ausente, como si tuviese la mente muy lejos de allí. Al verla tan abatida, Alex tuvo ganas de salir de su escondite y lanzarse a abrazarla, a rogarle perdón, pero usó todas sus fuerzas para contenerse, sabiendo que, estando Emma y Clarisse a su lado, sería imposible acercársele sin que lo mataran a cachetadas apenas lo vieran.

Diez minutos más tarde, cuando empezaba a desesperarse pensando que jamás se quedaría sola, sucedió algo que lo hizo pensar que el cielo estaba de su parte:

—¿Ese no es el marqués de Sunset? —preguntó de pronto Clarisse, entornando los párpados para ver a lo lejos a un hombre que caminaba por la esquina opuesta de la calle; era alto, fornido, vestía un elegante traje blanco lleno de insignias y tenía un porte bastante distinguido, e iba acompañado de otro sujeto que Alex no alcanzó a divisar muy bien.

—Por el amor de Dios, Clarisse, no vayas a empezar —la reprendió Emma poniendo los ojos en blanco, mientras agarraba un par de peras y las ponía en su canasta —. Llevas semanas viendo a ese hombre hasta en la sopa.

Arthur Wolfgang, «El marqués rompecorazones de Sunset», como todo el mundo lo apodaba, llevaba casi un mes en Londres, y Clarisse había tenido la oportunidad de conocerlo durante una pequeña velada que Rosamund Linton había ofrecido para celebrar su cumpleaños número cuarenta y cinco, a la cual, tanto Amanda como sus hijas habían sido invitadas (aunque, como era de esperarse, Scarlett se negó a acompañarlas). Desde entonces se había convertido en algo así como su amor platónico; soñaba con él día y noche, convencida de que solo era cuestión de que se tratasen un poco más para que acabara perdidamente enamorado de ella, convirtiéndola así en la marquesa más joven y hermosa que Sunset hubiese tenido en toda su historia.

—¡Pero esta vez es cierto! —exclamó emocionada, halando a Emma de la manga del vestido

para que lo viera —¡Es él! —Sonrió de oreja a oreja como si hubiera visto al mismísimo Dios.

—Ajá, ¿y? —preguntó su interlocutora, sin entender qué esperaba que hiciera con esa información.

—¡¿Cómo "y"?! —cuestionó, casi ofendida —Tengo que ir a saludarlo y charlar con él; de otra forma jamás conseguiré que se enamore de mí.

Su hermana tuvo que contener una risita burlona.

—Ni creas que te voy a dejar ir sola a ver a ese hombre —sentenció tajantemente.

—¿Y quién ha dicho que iré sola? —preguntó, esbozando una pícara sonrisa.

—No pretenderás que yo… —Antes de acabar la frase, la joven ya la estaba halando del brazo, casi arrastrándola hacia su objetivo, sin que pudiera hacer nada para zafarse de ella.

Llegó el momento. Es ahora o nunca, pensó Alex, agradecido por las ocurrencias de Clarisse. Respiró hondo, se irguió y comenzó a caminar decididamente hacia Scarlett, quien estaba de espaldas, intentando escoger entre una manzana verde y una roja.

—Creo que la verde te gustaría más; es más jugosa —musitó tímidamente.

Cuando ella lo escuchó, sintió que su cuerpo se estremecía de pies a cabeza. Era Alex, el hombre por el que había llorado casi sin parar durante las últimas cuatro semanas.

Sintiendo que le temblaban las piernas, respiró profundo y se dio la vuelta para enfrentarse a él.

—¿Qué hace usted aquí? —le espetó con altivez.

—Necesito hablar contigo. Y no voy a dejarte marchar hasta que me oigas, esta vez no.

—Todo está dicho entre nosotros, señor Campbell. Además… no acostumbro a hablar con gente que no conozco —repuso firmemente, dirigiéndole una mirada tan gélida que habría sido capaz de congelar el infierno.

—No soy un desconocido para ti y lo sabes… ambos lo sabemos —replicó, procurando mantener el control de su voz para que no empezara a temblarle, llena de dolor y arrepentimiento —. Al menos por eso merezco que me escuches. Si después quieres patearme, escupirme, aplastarme como a una cucaracha, lo entenderé, pero dame la oportunidad de hablar contigo, aunque sea una última vez.

A pesar de que la súplica que vio en los ojos de Alex casi le parte el corazón, Scarlett fue capaz de mantener su aire digno e indiferente cuando contestó:

—Se equivoca, señor Campbell. El hombre que yo conocí se llamaba Alexander Lincoln, duque de Berwickshire; una persona digna, honesta, que habría preferido morirse antes de hacerme daño, no un vulgar mentiroso como usted.

Alex apretó los párpados con fuerza, dolido y derrotado. El hecho de que ella le estuviera hablando de ese modo tan distante y frío, era como si le pusiesen un hierro hirviendo en el corazón, pero tenía que insistir, no podía desaprovechar esa oportunidad.

—Sigo siendo yo, preciosa —murmuró, acercándose para tomarla de las manos —. El mismo hombre que te ama, el que daría la vida para que lo perdones. —Aunque lo intentó, le fue imposible evitar que los ojos empezaran a llenársele de lágrimas.

Ella no contestó, tan solo permaneció allí, congelada cual estatua; mirándolo con rencor, con asco, sin poder creer que fuera tan cínico de seguir mintiéndole a la cara.

—Le voy a decir una cosa, señor Campbell —musitó, zafándose de su agarre, mientras luchaba con todas sus fuerzas para aplastar la minúscula y ferviente parte de su alma que todavía

deseaba creerle, que aún se estremecía con el cálido roce de sus manos —, y espero que le quede muy clara, porque no pienso volver a repetírsela: usted y yo no tenemos nada de qué hablar, no existe nada que nos una, nada que nos ate el uno al otro más que las mentiras que usó para embaucarme; así que, de ahora en adelante, y para siempre, olvídese de mí y de todo lo que pasó entre nosotros, ¿le quedó claro?

Scarlett no sabía de dónde le estaba saliendo aquella voz tan controlada y firme, que no demostraba ni un ápice de todo el dolor que en realidad estaba sintiendo, pero lo agradeció. Dirigiéndole una última mirada de desdén, se dispuso a darle la espalda de nuevo, sin embargo, con un movimiento tan rápido como un parpadeo, él la tomó por la muñeca y se lo impidió.

—Scar, escúchame, te lo suplico —pidió con la voz tan llena de sufrimiento que parecía que su alma estuviese cargando la más pesada e insufrible de las cruces.

—¡¿Es que usted no entiende?! —gritó, moviendo el brazo hacia atrás para liberarse de él — ¡No quiero volver a verlo, no me interesa nada que venga de usted! —A cada palabra le pinchaba el pecho con su índice enérgicamente, haciéndolo retroceder unos milímetros — Ni sus explicaciones, ni sus disculpas, ni sus mentiras, ni sus declaraciones de…—De pronto sintió algo muy extraño, como si la tierra se estuviese moviendo bajo sus pies, y todo comenzara a ponerse borroso a su alrededor, obligándola usar la mano con la que señalaba a Alex para apoyarse en su pecho y no caer desparramada cual gelatina.

—¿Scar? —murmuró él, mirándola con preocupación al darse cuenta de que se había puesto aún más pálida de lo que ya estaba —¿Qué tienes? ¿Estás bien? —preguntó, sin poder evitar la tentación de poner su mano sobre la de ella, dándose cuenta de que estaba helada.

—Sí, es solo un… —Antes de poder terminar la frase, todas las fuerzas del cuerpo la abandonaron y acabó precipitándose sin remedio hacia el suelo, donde hubiese caído aparatosamente si no es porque Alex alcanzó a sujetarla entre sus brazos.

—Preciosa, ¿qué tienes? —repetía una y otra vez, desesperado, de rodillas sobre el asfalto, dándole leves toques en las mejillas —¡Ayuda! ¡Un médico, por favor, un médico! —comenzó a gritar como loco, levantando el rostro para ver el grupo de inútiles chismosos que se agolpaban a su alrededor, contemplando la escena sin hacer absolutamente nada para ayudarlo —¡Un doctor, maldita sea, ¿que no hay uno entre tanta gente?! —rugió, sintiendo cómo su desesperación se trasformaba en impotencia.

El eco de aquel potente grito alcanzó a llegar a oídos de Emma y Clarisse, quienes, al darse cuenta de la multitud que se amontonaba justo donde habían dejado a su hermana, salieron corriendo a ver qué sucedía.

Cuando llegaron al centro del círculo de curiosos y vieron a Scarlett tendida en brazos del falso duque, inconsciente y más pálida que una muerta, ambas soltaron un gritito de horror, cubriéndose la boca con las manos.

—¡¿Qué le hizo?! ¡¿Qué le hizo, animal?! —chilló Emma, con lllanto de rabia en los ojos, abalanzándose sobre él con los puños crispados para golpearle el pecho.

—¡Nada, le juro que nada! —se defendió sin soltar a la joven, quien seguía desgonzada entre sus brazos —Estábamos hablando cuando de repente se puso pálida y cayó al suelo.

Emma, que no le creía ni una palabra, lo tomó de las solapas y empezó a zarandearlo con furia, importándole un pepino perder la compostura delante de toda la gente que los observaba.

—¡Maldito mentiroso, embustero, asesino! —aulló.

—Cálmate, Emma —pidió Clarisse, agarrándola por los hombros para que se separara de él —. Ahora lo más importante es llevar a Scarlett a casa para que el doctor la examine, ¿no te parece?

Su hermana resopló y lo soltó.

—Tienes razón —concedió, sin dejar de perforarlo con la mirada

—. Suéltela, nosotras la llevaremos a casa.

—Permítanme hacerlo a mí —pidió Alex, con los ojos plagados de angustia, poniéndose de pie con asombrosa facilidad.

—¡¿Usted?! —exclamó Emma, sorprendida ante tanto descaro

—¡Está loco si cree que voy a permitir que le siga poniendo sus asquerosas manos encima!

—¡Por favor, Emm! —intervino Clarisse, con una mezcla de desesperación y urgencia en la voz —¡No es momento de perder el tiempo en niñerías ni orgullos tontos! ¡Necesitamos a un hombre fuerte y rápido que nos ayude a llevarla a casa cuanto antes, y ese, aunque me disguste reconocerlo, es este señor! —Hizo un gesto con la mano hacia Alex, dedicándole una desdeñosa mirada.

Emma apretó los dientes, sabiendo que, aunque no le agradara en lo más mínimo, por el bien de su hermana, era necesario ceder.

—Está bien —farfulló de mala gana —. Andando.

Antes de que ellas pudieran ponerse en marcha hacia la mansión Lawrence, Alex ya corría cual gacela, llevando a Scarlett en brazos sin el menor esfuerzo, pero con el corazón lleno de miedo. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué se había puesto tan mal de pronto?

Al llegar, lo primero que Emma le preguntó al mayordomo fue:

—¿Dónde está mamá?

—Se…se fue a ver a la señora Linton, pero no debe tardar —informó, abriendo los ojos como platos por el impacto de ver a Scarlett en semejante estado —¿Qué le ha ocurrido a la señorita?

—No hay tiempo para explicarte. Manda a buscar al doctor Riverwood y dile que es urgente que venga —ordenó, empezando a caminar hacia la escalera de caracol que conducía a las habitaciones, seguida por Alex y Clarisse.

—Y tú —dijo, girándose hacia su hermana menor antes de que esta alcanzara a subir el segundo peldaño — Ve a donde las Linton y procura mantener a mamá fuera de casa todo lo que puedas.

—¿Para qué? —Frunció el ceño, sin comprender.

—¿Acaso crees que le sentará muy bien darse cuenta de que Scarlett se ha puesto mal, y que nosotras hemos permitido que sea precisamente *Lord mentiroso* quien la traiga cargada en brazos hasta aquí?

—Claro que no —farfulló la joven, imaginando el síncope de proporciones monumentales que su madre sufriría si llegaba a enterarse de que el falso duque había vuelto a pisar su casa.

—¡Entonces corre, y pídele a una de las mucamas que te acompañe! —la urgió.

—Como ordene, jefa —musitó, haciendo un breve saludo militar antes de salir disparada hacia las habitaciones de servicio en busca de Anne, su doncella personal.



Cuando Alex terminó de acomodar a Scarlett en su cama, Emma le espetó:

—Ya hizo lo que tenía que hacer, señor Campbell, ahora váyase.—Hizo un brusco movimiento con el brazo señalándole la puerta.

—Lo siento, señora, pero no me voy a mover de aquí hasta que un médico nos asegure que ella va a estar bien —sentenció, apoyando los pies firmemente en el suelo e irguiéndose aún más en su lugar para darle a entender que no pensaba irse ni, aunque lo agarrara a cachetadas.

—¡¿Y a usted qué diablos puede importarle, si por su culpa prácticamente se está muriendo de pena moral?! —chilló, indignada ante su descaro.

—Puede insultarme todo lo que quiera, porque al fin y al cabo sé que lo merezco, pero nada de lo que diga hará que me marche —aseveró, mirándola con una seguridad tan aplastante, que Emma supo que aquella pelea estaba perdida.

—Está bien —farfulló de mala gana, apretando la mandíbula —, pero se quedará afuera, en el corredor; ni piense que le voy a permitir estar tan cerca de ella.

Él asintió y salió, sabiendo que era lógico que ninguna de las Lawrence quisiera volver a verlo junto a Scarlett jamás.



La siguiente media hora fue la más tortuosa que Alex hubiera podido vivir. No solo estaba preocupado por la salud de Scarlett, paseando de un lado para otro como animal enjaulado, sino que, al llegar el médico, lo primero que hizo fue pedirle a Emma que lo dejara a solas con ella para poder examinarla, por lo cual no le quedó otro camino que soportar su presencia en el pasillo, viendo cómo le lanzaba incesantes miradas asesinas y temiendo que en cualquier momento se le abalanzara a la yugular para ahorcarlo.

De pronto, justo cuando ambos estaban a punto de enloquecer por la falta de noticias, el galeno, un anciano canoso, raquítico y de lento andar, abrió la puerta.

—Emma, querida —murmuró, en el tono casi paternal que siempre usaba para dirigirse a las hijas de su buen amigo Paul Lawrence, a quien atendió durante casi cuarenta años —, ve a la cocina y pide que preparen esta infusión para tu hermana al pie de la letra, por favor. —Le extendió un pequeño papel que tenía garabateadas unas cuantas líneas con una horrible caligrafía.

—¿Qué pasa con ella, doctor? —preguntó la mujer, alarmada

—¿Está bien?

—Aún no despierta —explicó —. Por eso necesito que te asegures de que preparen esta infusión cuanto antes.

—Claro, iré enseguida —aseguró, antes de que el galeno volviera a cerrar la puerta —. Y usted —siseó, mirando Alex con profundo desprecio —, no se atreva a moverse de aquí, ¿entendió?

Él le contestó con un seco asentimiento, después del cual la vio salir corriendo como loca escaleras abajo, hasta perderse por el corredor que daba a la cocina.

Estando solo, el falso duque permitió que todo el peso de la preocupación y la culpa que llevaba dentro lo rebasara, recostándose sobre la pared y dejándose caer con desgano hacia el suelo. ¡Dios!, ¿sería posible que Scarlett se estuviera muriendo de pena moral? ¿Sería ese el motivo por el cual se había desmayado casi apenas lo vio; porque no pudo soportar la rabia y el dolor que le produjo volver a encontrarse con él? ¡No! Se negaba a la posibilidad de que ella se

estuviera dejando morir en vida por su culpa. Tan solo pensar en eso lo hizo sentirse como el peor de los hombres. ¡¿Cómo demonios había podido ser tan ambicioso y estúpido para lastimarla así?!

Se pasó las manos por el rostro, suspirando; de pronto se dio cuenta de que estaba tremendamente cansado, del cuerpo y del alma. Llevaba noches enteras sin hacer otra cosa que no fuera pensar en Scarlett, y ahora lo único que deseaba con todas sus fuerzas era que ella estuviese bien, que la tristeza que le había provocado su traición no fuese la culpable de que algo grave le sucediera, porque eso se sumaría a la lista casi infinita de cosas que jamás podría perdonarse.

—¡Querida, al fin despiertas! —exclamó de repente el doctor Riverwood tras la puerta, haciéndolo salir de sus tristes cavilaciones y levantarse de un salto —Ya empezaba a preocuparme.

—¿Qué…qué me pasó? —indagó Scarlett en un tono tan débil que el joven tuvo que pegar su oído a la puerta para escucharla.

—Te desmayaste, ¿no lo recuerdas?

—Lo último que recuerdo es haber estado hablando con… —Su voz se apagó, aunque Alex no supo si era por la debilidad, o porque se negaba tan siquiera a pronunciar su nombre.

—Ya, ya, eso no importa ahora —susurró el médico en tono tranquilizador —. ¿Cómo te sientes?

—Mareada… y algo aturdida.

—Es normal; no todos los desmayos duran tanto como este — explicó —. Ahora reclínate, que necesito volver a examinarte.

Mientras el hombre hablaba, a Alex le fue imposible resistir la tentación de abrir la puerta un par de milímetros para poder comprobar con sus propios ojos que ella estaba bien. Riverwood la auscultó durante un largo rato, revisando el ritmo de su pulso, su temperatura, la dilatación de sus pupilas y demás, hasta que, tras haber terminado su minucioso reconocimiento, le preguntó:

—¿Tienes alguna idea de lo que pudo haberte provocado este desmayo?

La joven negó con la cabeza, pero Alex, que la conocía casi mejor que a sí mismo, alcanzó a ver en sus ojos una sombra de duda, de miedo.

—¿Estás segura? —insistió, puesto que un desvanecimiento tan prolongado era muy poco común, sobre todo en alguien que siempre había gozado de tan buena salud como Scarlett, quien volvió a asentir agachando la cabeza, como si le diera vergüenza mirarlo a la cara.

El galeno suspiró, adivinando en su expresión que algo no andaba bien.

—Vamos a ver, a ti te sucede algo, ¿no es verdad? —indagó, sentándose lentamente al borde de la cama.

—¡¿A mí?! —musitó, nerviosa, abriendo los ojos como platos — No, por supuesto que no, ¿qué podría…?

—Querida —la interrumpió dulcemente, agarrando una de sus pálidas y delgadas manos entre las suyas —, te conozco desde que naciste; es más, yo le ayudé a tu madre a traerte a este mundo, conmigo no tienes nada que temer; si te está sucediendo algo malo, algo en lo que crees que pueda ayudarte, solo dímelo.

La joven lo miró a los ojos un largo rato, meditando si era prudente hacerle la pregunta que traía atorada entre pecho y espalda desde que se despertó.

—Vamos, cuéntame. Puedes tener la certeza de que no se lo diré a nadie si no lo deseas. Será un secreto médico-paciente. —insistió el anciano, enseñándole una dulce y comprensiva sonrisa que a ella le reconfortó el corazón de inmediato, dándole la confianza suficiente para hablar.

—Está bien —accedió en un murmullo, respirando hondo —. Es que yo… Yo quería preguntarle… —Tragó saliva, sintiendo que un horrible nudo empezaba a formársele en la garganta —sí…—Desvió la mirada, incapaz de ver al galeno a los ojos cuando pronunciara las siguientes palabras —si este desmayo podría ser a causa de un embarazo —farfulló por fin a toda velocidad.

Los dos hombres se quedaron atónitos. ¡¿Embarazada?! A Alex nunca se le había pasado por la cabeza que algo así pudiese suceder… ¡Pero claro que era posible! Después de todo habían estado juntos la noche antes de su fiesta de compromiso, y era factible que ese encuentro tuviera consecuencias.

Una sonrisa instantánea se le dibujó en el rostro ante la idea de que Scarlett pudiera estar llevando un hijo suyo en el vientre; no solo porque eso significaría el nacimiento de un niño o niña al que querría con toda su alma, al que le daría todo el amor que Robert Lincoln siempre le negó, sino que sería el vehículo directo para lograr que ella lo perdonara. Si efectivamente estaba encinta, de seguro Amanda, con lo estricta que era en el cumplimiento de las normas sociales, la obligaría a casarse con él para evitar el escándalo de un hijo bastardo en su familia; y cuando eso sucediera, cuando compartieran una casa y una vida juntos, él se encargaría de demostrarle a cada segundo cuanto la amaba, de hacerla ver que merecía una segunda oportunidad.

La repentina esperanza del panorama futuro logró que su corazón brincara de alegría, rogando a Dios para que el médico confirmara las sospechas de la joven.

—¿Em-embarazada? —titubeó este, abriendo los ojos desmesuradamente, sin podérselo creer —, pero linda, eso solo sería posible si tú hubieras… mejor dicho, si tú ya no fueras…

—Es que ya no lo soy, doctor —murmuró, agachando la cabeza y mordiéndose el labio inferior, muerta de vergüenza, consciente de que Riverwood (y cualquiera que supiera que se había entregado a Alexander Campbell antes de tiempo), de seguro pensaría que era una desvergonzada.

Aunque al pobre hombre casi le dio un infarto al escuchar esas palabras, fue capaz de ocultar su sorpresa tras un incómodo carraspeo y replicar educadamente:

—Entiendo. Y... ¿has tenido algún otro síntoma aparte del desmayo? ¿Tal vez cansancio, mareos, náuseas? —indagó, observándola con cautela.

«Por favor, di que sí, di que sí», suplicó Alex en silencio, apretando los párpados con fuerza, sabiendo que aquellas eran señales inequívocas de la preñez.

Scarlett negó con la cabeza.

—¿Y tu regla?

—¿Qué hay con ella? —preguntó frunciendo el ceño, sin comprender, pues, como era lógico, Amanda nunca le había explicado nada de lo relacionado con la vida conyugal, ni mucho menos con el embarazo.

—¿La has tenido con regularidad?

La muchacha guardó silencio durante un interminable momento, haciendo memoria.

—Sí. Hace un par de días fue la última vez.

Alex soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta, sintiendo que todas sus

esperanzas se derrumbaban cual castillo de naipes.

—Entonces no tienes de qué preocuparte —dijo el médico, incapaz de contener una sonrisa llena de alivio —. No estás embarazada, al menos por ahora. Lo que te sucedió, tal como me lo temía, es consecuencia de lo mal que te estás alimentando últimamente, solo eso.

Scarlett también suspiró, quitándose un peso del tamaño del mundo de encima. No quería ni imaginarse la reacción que habría tenido su madre si se enteraba de que había permitido que su exprometido la deshonrara justo antes del matrimonio; ni mucho menos lo que hubiera sido llevar una criatura de aquel falso y aprovechado en sus entrañas, más aún sabiendo que, a pesar de los incontables esfuerzos que realizaba día tras día, le era imposible arrancárselo del corazón.

—¿Puedo pedirle un último favor, doctor? —preguntó en un murmullo, mientras el galeno volvía a guardar sus implementos de trabajo en el desgastado maletín de cuero negro que llevaba.

—El que quieras —concedió, alzándose de hombros.

—No le cuente de esta conversación a nadie.

—No te preocupes, pequeña —musitó, acariciándole afectuosamente la cabeza —como ya te dije, tus secretos están a salvo conmigo. Sintiendo que la última esperanza que tenía para recuperar a Scarlett acababa de morir casi con la misma velocidad con que había nacido, Alex supo que ya no tenía nada más que hacer en aquella casa, y se marchó, esta vez, con las ilusiones más rotas que nunca.

25

Frente a frente

Aunque escuchar que Scarlett no estaba esperando un hijo suyo había sido un duro golpe para Alex, una semana después estaba más resuelto que nunca a terminar la conversación que habían dejado inconclusa a causa de su desmayo. Tras pensarlo un poco se dio cuenta de que volver a plantarse en la puerta de su casa con la esperanza de que, por obra y gracia de un milagro, lo dejaran hablar con ella, o esconderse tras los árboles en busca de la oportunidad perfecta para abordarla, no eran las mejores opciones, así que, dejándose llevar por la impaciencia que lo consumía, decidió que había llegado el momento de hacerlo a su manera: colándose en su habitación a medianoche. Sería arriesgado, sobre todo porque no estaba muy seguro de que, al verlo, Scarlett no empezara a gritar como loca pidiendo que lo sacaran a empujones, pero tenía que intentarlo, aunque fuera lo último que hiciera para tratar de salvar ese amor.

Así, cuando la oscuridad de la noche cayó sobre Londres, volvió a vestirse y se encaminó a la mansión Lawrence. Entrar a hurtadillas de nuevo fue pan comido, casi como si sus brazos y piernas recordaran perfectamente los movimientos que tenían que hacer para lograr su cometido y los ejecutaran con toda la confianza del mundo; sin embargo, su corazón parecía no gozar de la misma tranquilidad, pues palpitaba enloquecido dentro de su pecho, casi como si estuviese caminando hacia el cadalso.

—¡Ya cálmate! Todo saldrá bien —se ordenó a sí mismo en un murmullo enérgico al encontrarse dentro del cuarto de la vizcondesa, tal como la primera vez. Tras alisarse el saco y pasarse la mano por su despeinada melena negra, caminó con el sigilo de un felino hacia la puerta y se dirigió a la habitación de Scarlett. En la casa reinaba un silencio tan sepulcral, que sabía que, si llegaba a hacer, aunque fuese el más mínimo ruido, no tardaría ni una milésima de segundo en ser descubierto.

Al llegar, una horrible avalancha de imágenes le invadió la mente. Recordó con dolorosa exactitud todos y cada uno de los detalles de la noche en que le había hecho el amor, allí, en esa misma cama. Cada beso, cada caricia revivió dentro de su alma con la fuerza de un ciclón, volviendo a quemarlo por dentro, haciendo que el puñal de la culpa se le clavara aún más en el alma. Si tan solo hubiese tenido las agallas para decirle la verdad en ese momento, tal vez el horrible infierno que ahora estaba viviendo no se habría desatado.

Tratando de apartar esos pensamientos de su mente, sacudió la cabeza y se dirigió hacia la cama, donde Scarlett dormía con un aire tan apacible y angelical como aquella noche. Era casi como si la historia estuviese repitiendo, solo que esta vez él estaba allí sin máscaras ni mentiras, decidido a desnudar su alma ante ella con tal de recibir una sola cosa: su perdón. Temiendo que lo primero que hiciera al verlo fuera gritar como posesa, se inclinó sobre el colchón y le tapó la boca con un movimiento rápido, haciéndola despertar de sopetón.

—¡Shhht, soy yo! —se apresuró a murmurar —No vengo a hacerte daño, únicamente quiero que hablemos.

Scarlett, quien reconoció su voz de inmediato, se incorporó de golpe, cubriéndose el torso con las sábanas.

—¡¿Usted?! —preguntó con un gritito bajo, lleno de sorpresa —¡¿Qué está haciendo aquí?!

¡¿Se ha vuelto loco?! —A pesar de la completa oscuridad que los envolvía, él pudo sentir que lo estaba asesinando con la mirada.

—Lo siento, pero no me dejaste otra alternativa. Tenemos que terminar la charla que comenzamos en la plaza, antes de que te desmayaras.

—En lo que a mí respecta, esa conversación, y cualquier otra que aspire a tener conmigo, acabaron sin siquiera haber empezado, señor Campbell. Le reitero que yo no tengo absolutamente nada que decir—replicó en un susurro cortante, porque, aunque lo que en realidad estaba deseando era gritárselo a la cara, sabía que, si no quería que su madre o sus hermanas murieran de un infarto, nadie podía sospechar que él estaba allí.

—¡Pero yo sí, y aunque no te guste me vas a escuchar! —exclamó, en el tono más contundente que le hubiese oído nunca.

—Váyase o grito —lo amenazó, mirándolo con un rencor que sabía que Alex no alcanzaría a ver, mas sí a sentir.

—Hazlo, al fin y al cabo, desde que te fuiste ya no tengo absolutamente nada más que perder —contestó, dispuesto a hablar con ella a como diera lugar.

—Descarado —le escupió, desviando la mirada hacia las mantas.

—Sí, y además muy persistente, así que tú eliges: o me escuchas, o me quedo aquí toda la noche, incordiándote como un dolor de muela hasta que tu familia venga a sacarme.

Scarlett casi se mordió la lengua de la ira. Maldita sea, ¡¿es que no se cansaba de buscarla, de poner a prueba su débil voluntad?!

—¿Qué quiere? —gruñó, sabiendo que escucharlo sería la única forma de quitárselo de encima de una vez por todas.

—Que me des la oportunidad de explicarte mi versión de lo que pasó sin insultarme ni interrumpirme a la primera sílaba. Eso es todo lo que pido.

—Mucho más de lo que merece, ¿no cree? —preguntó, arqueando una ceja.

—Puede ser, pero es la única forma de que nos liberemos; tú de mí, y yo de este maldito nudo que traigo atorado entre pecho y espalda desde que nos separamos —dijo, y ella alcanzó a ver cómo se llevaba la mano al corazón, como si de verdad estuviera siendo víctima de un dolor tan profundo que no lo dejaba vivir en paz.

Resopló con fuerza. Estaba atrapada, ahí, encerrada en su habitación, en medio de la noche, no le quedaba otra opción más que ceder.

—Solo quiero que sepa —farfulló, con intención de dejárselo absolutamente claro —que nada de lo que diga va a hacer que yo cambie de opinión. Para mí usted no es más que un cínico, mentiroso y aprovechado...solo eso.

A pesar de la dureza de aquellas palabras, Alex sonrió, porque sabía que le estaba dando la oportunidad que llevaba meses buscando: la de ser escuchado. Sin embargo, esa sensación de alegría no tardó en ser aplastada por el miedo. De pronto, se sintió como un crío que estaba siendo sometido al más duro de los exámenes…Uno que, de no aprobar, acabaría destrozándole el alma por completo.

Tras carraspear un par de veces y aflojar el asfixiante cuello de su camisa, comenzó a soltar el río de palabras que llevaba semanas a punto de desbordarse en su interior:

—Scar, sé que estás muy dolida con todo lo que pasó, y lo comprendo, pero tienes que saber que mi intención al ocultarte la verdad nunca fue hacerte daño; yo solo… fui un cobarde; tenía

pánico de perderte, por eso no te dije nada. —El dolor en su voz era tan profundo, tan real, que incluso llegaba hasta ella, lastimándola también, haciendo que tuviera que esforzarse por recordar que, como siempre, ninguna de sus palabras era sincera, no eran más que patrañas para lograr que cayera en su juego de nuevo, como la idiota que creía que era —, pero te amo, te amo tanto que estoy aquí, dispuesto a arrastrarme a tus pies si me lo pides con tal de que me perdones.

Scarlett calló. No quería caer en su treta y terminar entablando una conversación; sin embargo, al final le fue imposible no soltar la pregunta que la torturaba día y noche desde que se había enterado de su engaño:

—¿Por qué? —Aunque no quería, escuchó su propia voz quebrarse de dolor —¿Por qué me escogió a mí para sus planes? ¿Solo por mi dinero, o es que desde el principio le parecí una ingenua que caería rendida a sus pies sin ningún esfuerzo?

Alex respiró profundo, esperando tener las palabras adecuadas para responder a eso sin lastimarla más de lo que ya lo había hecho.

—Cuando Wells me habló de ti, cuando me contó que eras una muchacha rica, cuya madre pretendía casar con un buen partido para evitar que siguiera escribiendo, y me propuso hacerme pasar por el pretendiente ideal, yo no era más que un ambicioso, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de ganar toda la posición social y fortuna que mi padre siempre me negó; así que acabé aceptando. Al principio creí que serías frívola y tonta como tantas otras; que hacerte caer rendida ante mí, como tú le llamas, sería tan sencillo como parpadear; pero después, al conocerte, al darme cuenta de la fuerza de tu carácter, y de que preferías morirte antes de aceptarme …tú… tú te…. —De repente se le quebró la voz. Lo que estaba a punto de decir era horrible, pero tenía que hacerlo; había ido a esa casa con la única intención de ser sincero, e iba a cumplirlo, aunque fuera contra sus propios deseos.

—¡¿Yo qué?! —lo urgió con impaciencia agitando las manos, aun presintiendo que lo que iba a escuchar destrozaría por completo los pedazos de corazón que le quedaban.

—Te convertiste en un reto para mí —confesó, avergonzado de sus propias palabras, y de la clase de canalla que había sido antes de enamorarse de ella —. Quería conquistarte, ver cómo te lanzabas a mis brazos en busca de amor después de haberme rechazado tan duramente como lo hiciste durante nuestros primeros encuentros.

Aquello, tal como ambos lo presintieron, fue una puñalada mortal para Scarlett, tanto, que Alex pudo escuchar cómo tragaba saliva, intentando contener una oleada de llanto.

—Y de paso, quedarse con el dinero de mi dote, ¿no? —musitó, irónica, tratando de sobreponerse al dolor que esa confesión acababa de provocarle.

Ella lo había adorado, lo había puesto en un pedestal, le había entregado todo lo que una persona puede entregarle a otra desinteresadamente; ¿y ahora resultaba que él solo la había visto como un reto, un estúpido desafío para satisfacer su ego de conquistador empedernido? Definitivamente, eso era mucho más de lo que ella podía soportar.

—Pero todo eso cambió —farfulló —. Cambió cuando empezamos a trabajar juntos en tu manuscrito y me di cuenta de la clase de mujer que eres: fuerte, lista, buena, con el corazón más puro y noble que he conocido. Ahí me enamoré de ti sinceramente, y te juro que todo lo que pasó entre nosotros a partir de entonces, todas y cada una de las cosas que vivimos juntos, fueron reales —completó, dejando su alma en aquellas palabras, esperando que las creyera, y que fuesen suficientes para que lo perdonara.

Scarlett guardó silencio durante lo que le pareció una eternidad, la más tortuosa que hubiese vivido, pues sabía que en las palabras que ella pronunciara a continuación estaba escrito el futuro de los dos.

—¿Y en serio cree —dijo al fin, tras respirar profundo para lograr que su voz fuese más fuerte que sus lágrimas —que después de lo que me ha dicho yo voy a creer que está enamorado de mí? ¡Por favor, no soy tan idiota como piensa! —le espetó con rabia, levantándose de la cama para que sus rostros quedaran al mismo nivel —¡La única razón por la que usted está aquí, por la que se cree con el derecho de entrar a mi cuarto a escondidas como un vulgar ladrón, es porque está desesperado buscando la forma de envolverme de nuevo en sus patrañas para poder quedarse con el dinero de mi familia!

Alex sintió como si acabaran de propinarle una fuerte patada en el pecho.

—Eso no es verdad, Scar —lloriqueó, estirando la mano para acariciarle la mejilla.

—¡Claro que lo es! —gritó, apartándose bruscamente, olvidándose del sigilo que había estado manteniendo para hablar —Y me ofende todavía más que piense que soy tan estúpida como para creer lo contrario después de todo lo que me ha hecho. Usted no ama a nadie, no sabe lo que es eso; lo único que le importa es el dinero y la comodidad, nada más.

En ese momento, la desesperación se apoderó de él. Había jugado su última carta al decidir ser sincero con ella, y estaba a punto de perder definitivamente. De nada estaban sirviendo las palabras, los ruegos y lamentos…pero aún le quedaba una última cosa por probar, algo que ambos sabían que no podía mentir, ni aunque quisieran.

—Mírame, Scar —pidió en voz baja, tomándola de las manos —.No estoy mintiendo… mi corazón no miente. —Con toda la dulzura del mundo, le levantó la palma y la puso sobre su pecho para que pudiese sentir sus alocados latidos. Ella se quedó de piedra. Nunca imaginó que volvería a tocarlo, ni mucho menos el montón de sensaciones que ese simple contacto le provocó. En ese instante acudieron a su mente los recuerdos de la noche en que habían estado juntos; la ternura con la que él había acariciado hasta el último poro de su piel, la sinceridad de cada beso… y, por primera vez desde que se habían separado, sintió que sus fuerzas comenzaban a flaquear. ¡Maldito fuera! Lo odiaba, quería odiarlo con toda el alma por lo que le hizo, pero ni su cuerpo (y sospechaba que tampoco cierta parte de su corazón), podían decir lo mismo. Alex seguía teniendo poder sobre ella, seguía logrando que se le acelerara el pulso con solo tocarla; a pesar de todo, aún tenía la facultad de encender esa estúpida chispa electrizante entre los dos cada vez que se le acercaba.

—Váyase…por favor —susurró, en algo que pareció más una súplica que otra cosa, sin ser capaz de apartar la mano de la calidez de su pecho.

—No, no me iré —replicó decididamente, alargando el brazo para acariciarle la mejilla, como llevaba días enteros soñando con hacer —. No hasta que me veas a los ojos y me digas que ya no me amas; que esta caricia no te hace vibrar el alma tanto como a mí. Dímelo mirándome a la cara y te juro por lo más sagrado que jamás volverás a verme.

Scarlett abrió la boca, sin embargo, antes de poder hablar, sintió el suave pulgar de Alex rozando su labio inferior con esa dulzura y sensualidad con la que solo él sabía hacerlo. No entendía qué le estaba sucediendo, pero cuando él la tocó, fue como si su razón se apagara, como si todas sus mentiras se le borraran de la memoria. Por un instante el pasado que los separaba dejó de existir. Estaba mal, muy mal, y ella lo sabía, pero en ese momento se dio cuenta de

cuanto lo extrañaba y deseaba, aunque una vocecita en el fondo de su cabeza le gritara que era una idiota por estar a punto de ceder.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó con un hilo de voz, cerrando los ojos, sin siquiera darse cuenta de que había vuelto a tutearlo —¿No te das cuenta del daño que me causas?, ¿de que solo lo estás haciendo todo más difícil?

Por primera vez aquella noche, él sintió una pequeña luz de esperanza encenderse en su interior. ¡Había vuelto a hablarle de tú!, y no solo eso, sino que en su voz aún quedaban restos de todo el amor que le tenía…Seguía queriéndolo, ¡lo sabía!, su corazón seguía perteneciéndole como desde el primer día que la besó, aunque se negara a aceptarlo.

—No tiene por qué serlo, preciosa —susurró, acercándose a ella hasta que sus narices se rozaron —. Solo dime que me perdonas, déjame reparar el daño que te hice, déjame demostrarte cuánto te amo. Por favor, termina con este suplicio. Es lo único que quiero, lo único que necesito, Scar. —Se inclinó hacia su boca, y Scarlett supo que estaba perdida; a pesar de la crueldad de su engaño, de haber destruido toda la confianza que se tenían, incluso de saber que lo que salía de su boca en esos momentos no eran más que mentiras, deseaba ese beso, lo anhelaba con desesperación, aunque después se culpara a sí misma por la idiotez que sería haberlo permitido.

Suspiró y entreabrió ligeramente los labios, dándole permiso para apoderarse de ellos. Sintiendo el corazón desbocado de felicidad ante lo que juraba que sería un nuevo comienzo para ambos, Alex se movió hasta acabar con la poca distancia que separaba sus rostros; sin embargo, un segundo antes de que sus bocas y sus corazones volvieran a fundirse en uno solo…

—¡Scarlett Lawrence, ¿qué demonios significa esto?! —chilló la voz de Amanda, quien estaba junto a la puerta y sostenía en las manos un candelabro de plata cuya luz los alumbró de golpe, dejando al descubierto lo que estaba a punto de suceder.

Ella abrió los ojos desmesuradamente, llenos de terror, mientras Alex se apartaba de un salto, quedando de pie frente a la vizcondesa.

—Ma-madre —titubeó, sintiendo que se sonrojaba de vergüenza —, ¿qué estás haciendo aquí a esta hora?

—¡¿Y te parece que soy yo la que tiene que responder a esa pregunta?! —gritó, histérica, sin poder creer lo que estaba viendo. En realidad, estaba allí porque le había parecido escucharla gritar hacía unos minutos, así que, pensando que tal vez estaría teniendo alguna pesadilla, decidió ir hasta su habitación para tranquilizarla, sin imaginarse ni por asomo lo que encontraría.

—Si me permite, señora vizcondesa —intervino Alex valientemente, irguiéndose en su lugar y entrelazando los dedos detrás de su espalda. No iba a permitir que reprendieran a Scarlett por su culpa —, yo puedo explicárselo todo.

—¡¿Qué, qué me va a explicar?! —inquirió con tono retador —¡¿Que se metió al cuarto de mi hija a plena medianoche como un vulgar ladronzuelo?!¡¿Que si no fuera porque llegué justo a tiempo lo habría encontrado aprovechándose de ella?!

—Mamá… —murmuró la joven agachando la mirada, pues se sentía incapaz de verla a los ojos. ¡¿Cómo había podido ser tan tonta?! ¡¿Cómo no lo había echado en cuanto lo vio llegar?!... y lo que era más grave aún, ¡¿cómo diablos había permitido que estuviera a punto de besarla otra vez?!

—¡¿Y tú qué?! —le espetó con un brusco movimiento de mentón —¡¿Pensabas permitir que

este sinvergüenza hiciera lo que se le diera la gana contigo después de todo lo que ha pasado; después de todo el daño que le ha hecho a nuestra familia?! —reclamó, pues era más que obvio que Scarlett no estaba para nada incómoda con el beso que el falso duque quería darle.

—Yo…yo… —balbuceó, volviendo a clavar la mirada en el suelo. Quería decir algo, lo que fuese, pero era consciente de que lo que había estado a punto de hacer no tenía explicación, lógica, ni perdón alguno.

—No la reprenda, señora, todo ha sido culpa mía. Quería hablar con ella y esta fue la única forma que encontré para poder hacerlo —terció Alex con voz firme y segura, a pesar de que la vizcondesa parecía estar a punto de lanzársele a la yugular para estrangularlo.

—¡Claro que ha sido culpa suya! —aulló —¡Todo lo malo que pasa en la vida de mi hija últimamente es culpa suya; es usted una desgracia para ella!

Sin saber por qué, Scarlett quiso soltar alguna palabra para defenderlo, pero se dio cuenta de que no había forma de hacerlo, porque su madre tenía toda la razón.

—Escúcheme bien, bastardo del demonio —siseó Amanda, dando unos cuantos pasos hacia delante y pinchándole el pecho con su regordete dedo índice —: No quiero volver a verlo cerca de ella nunca más. Si me entero de que ha vuelto a buscarla, de que le ha mandado algún recado a escondidas, o tan siquiera de que ha intentado volver a dirigirle la palabra, le juro por Dios que se va a arrepentir hasta de haber nacido. —Su voz era tan glacial, tan amenazante, que hizo que un escalofrío lo recorriera de pies a cabeza, aunque intentó no demostrarlo —¿Le quedó claro? —indagó con voz profunda y lenta, arqueando una ceja.

Alex tragó saliva. No iba a renunciar a la mujer de su vida después de haber confirmado que ella seguía sintiendo algo por él, ni siquiera, aunque la vizcondesa estuviera dispuesta a hacerle las peores atrocidades del mundo.

—Lo siento mucho, señora, pero solo haré eso si es la propia Scarlett quien me lo pide —dijo con absoluta firmeza —, de otra forma, puede usted matarme si quiere, porque no dejaré de insistir hasta lograr que me perdone.

Amanda apretó la mandíbula con tanta ira que hizo rechinar sus dientes.

—¡¿Quién diablos se ha creído, maldito infeliz?! —vociferó —¿Qué le hace pensar que puede venir a mi casa a imponer su…?

—¡Ya basta! —exclamó Scarlett, cansada de esa absurda discusión —¿No se dan cuenta de que no es ni el momento ni el lugar para hablar de esto? Tanto mis hermanas como un montón de criados están durmiendo a pocos metros de aquí, y si siguen peleando de esta forma van a acabar despertándolos a todos.

—Si de verdad quieres que esto acabe, solo dile a este hombre que se largue, que no quieres volverlo a ver nunca más —contraatacó Amanda, girando el cuerpo para observarla.

Por un instante, las miradas de ambos jóvenes volvieron a encontrarse, y Alex supo que había llegado el momento de la verdad. Si Scarlett le decía lo que su madre quería oír, significaría que todo entre ellos había acabado, y que, por más que se le desgarrara el alma, tendría que hallar el valor para renunciar a su amor definitivamente; pero si se negaba a responder, o si notaba, aunque fuese el más mínimo atisbo de duda en su voz, se aferraría a él hasta las últimas consecuencias, aunque Amanda Lawrence y el mundo entero se le fuesen encima.

Scarlett tragó saliva y dirigió la mirada al cielo. Se sentía confundida, muy confundida...y desdichada. Una parte de su ser le gritaba que no lo dejara marchar, que tuviera la valentía de

perdonarlo de una buena vez, pero la otra se negaba a hacerlo. No podía darse el lujo de volver a poner su corazón en manos de un hombre que lo había destrozado, que había jugado con ella solo para satisfacer su deseo de riqueza y poder, y que lo único que había hecho desde que la conoció era llenarla de mentiras. No podía condenarse a vivir en una burbuja de engaños y desconfianza por el resto de sus días, aunque una parte de su alma se muriera de ganas por darle esa oportunidad que tanto le pedía. Pensando en ello respiró hondo y, tratando de mostrarse lo más seria y decidida que pudo, dijo:

—Váyase, señor Campbell, ya le he dicho que usted y yo no tenemos nada de qué hablar. No quiero volver a verlo nunca más.

Alex sintió que una pesada mano se adentraba en su pecho y le trituraba el corazón. Scarlett no podía estar diciendo eso, o tal vez sí podía, y era él quien se negaba a aceptarlo; se negaba a creer que todo entre ellos había terminado; que había jugado su última carta y perdido. No había nada más que decir ni hacer. El amor que habían vivido estaba muerto para ella, y no le quedaba otro camino que dejarla ir.

—Ya la oyó —gruñó Amanda, con las facciones convertidas en piedra —. Ahora lárguese de mi casa y no se atreva a volver. —Alargó el brazo para señalarle la puerta de la recámara con un movimiento brusco.

Él le dirigió una última mirada llena de dolor a Scarlett y se marchó, cargando con el insoportable peso de saber que, al poner un pie fuera de aquella mansión, también estaría fuera de su vida para siempre.

26

Encuentros peligrosos

A las dos de la mañana, Alex seguía caminando sin rumbo fijo por los barrios bajos de Londres. Tenía la cabeza tan revuelta, que lo que menos le apetecía era volver a su pequeño y asfixiante cuarto de hotel, viendo la reprobatoria mirada de Julius ante su fracaso.

«*No quiero volver a verlo nunca más*…», Aquellas palabras le retumbaban en la mente con tanta fuerza, que estaba seguro de que no podría olvidarlas nunca, al igual que la determinación que vio en los ojos de Scarlett mientras se las decía. Ese era el último recuerdo que tendría de ella, el más amargo de todos, y debería aprender a cargar con él por más doloroso que fuera; aunque tal vez eso era lo que merecía por haber elegido el camino de la mentira y la cobardía, por no haber encontrado el valor suficiente para hablarle con la verdad.

Pensando que si no hacía algo para sacarse la voz de Scarlett de la cabeza acabaría enloqueciendo, se encaminó hacia el pequeño pub de mala muerte que ya conocía, y en el que esperaba poder emborracharse hasta lograr adormecer el inmenso dolor que le embargaba el alma.



Tras quince minutos caminando en la oscuridad a paso lento y abatido, por fin llegó a Black's Inn, un sombrío lugar lleno de hombres ebrios y pequeñas ratas corriendo por los rincones. Sin pensarlo dos veces, fue hacia el cantinero y le pidió una botella de brandy que acabó bebiéndose en un santiamén, entre recuerdos y una que otra inevitable lágrima, sintiendo que, en lugar de ayudarlo, cada trago ahondaba más y más la herida que traía en el corazón. Los minutos transcurrieron lentos, dolorosos, hasta que, a eso de las tres y media de la mañana, escuchó a alguien a sus espaldas decir:

—¡Pero miren a quién tenemos aquí, nada más y nada menos que a *Lord mentiroso*!

Cuando se giró para ver quién lo había llamado con aquel estúpido apodo, descubrió a Wells parado en el centro del lugar, mirándolo con una sonrisa irónica y complacida en los labios. Su aspecto era mucho más demacrado que la última vez que lo vio, tanto, que Alex no tuvo que hacer ningún esfuerzo por imaginarse la clase de vida que seguramente habría llevado desde entonces.

—Usted… —siseó con la mandíbula apretada, lleno de rabia.

—Por fin nos volvemos a ver, *milord* —murmuró, haciéndole una burlona reverencia.

En ese momento, el joven sintió que toda la rabia acumulada en su interior se expandía por su cuerpo como lava ardiente, haciendo que sus manos se crisparan en furiosos y trémulos puños, dispuestos a atacar a Wells en cualquier momento.

—Me he enterado de que lo perdiste todo, incluyendo a tu amadísima Scarlett —prosiguió, acercándose a él —, y no sabes el alivio que me da saber que no fui el único que salió perjudicado en todo esto.

—¿A qué ha venido? ¡¿A burlarse de mí?! —rugió, poniéndose de pie de un salto.

—No, no, no, para nada —contestó, aunque el tono de su voz y la chispa de descaro en sus ojos demostraban todo lo contrario —. Yo solo vine a tomarme el último trago de la noche antes

de irme a dormir a la ratonera en la que estoy viviendo por tu culpa; pero, ya que el destino nos ha dado la oportunidad de este…anhelado reencuentro, quiero aprovechar para decirte que no me arrepiento de haberle contado la verdad a tu prometida en esa fiesta, y que no hay cosa que me satisfaga más que verte hundido, derrotado y triste, justo como estás ahora. ¡Mírate! —exclamó, estirando el brazo para señalarlo —El que hasta hace nada era el hombre más respetado de Londres, el que estaba a punto de agarrar el cielo con las manos casándose con una de las jóvenes más hermosas y ricas de todo el país, convertido en una rata marginada a la que todo el mundo desprecia.

—Y todo por su culpa —murmuró con voz trémula, llena de rabia.

—¡Ja, no me hagas reír! —exclamó, burlón —. Si no fuera por mí, jamás la habrías conocido, ni mucho menos habrías podido construir la mentira gracias a la cual se enamoró de ti. ¿O es que de verdad eres tan ingenuo como para creer que ella se habría fijado en un bastardo muerto de hambre como tú?

—¡Usted arruinó mi vida! —lo acusó, con un grito tan potente que hizo que los hombres que estaban a su alrededor comenzaran a prestarles atención.

—En eso estamos a mano —siseó, con un odio casi palpable en los ojos —. Por fin saldaste tu deuda conmigo.

Ante ese cínico comentario, Alex fue incapaz de seguirse conteniendo y se abalanzó sobre el banquero como una tromba, deseando matarlo a golpes.

Lucharon cuerpo a cuerpo durante al menos cinco minutos, rodeados por un círculo de borrachos que los animaban a continuar hasta romperse el alma. Alex era joven, fuerte, y cada uno de los golpes que daba estaban conducidos por una furia infinita, lo cual hacía que fuesen mucho más contundentes; sin embargo, a pesar de su avanzada edad, su rival también era bastante vigoroso, provocando que la pelea fuera increíblemente pareja.

Los puños fueron y vinieron, gotas de sangre mancharon el suelo, y agresivos gruñidos llenaron el ambiente durante interminables momentos, en los que cada uno aprovechó para descargar sobre el otro toda su frustración, sin darse cuenta de que aquella era una desgracia de la que ambos tenían la culpa.

Llegó un momento en el que el falso duque tomó la ventaja y logró rodear a Wells con sus piernas, dejándolo inmóvil bocarriba. Pensando que le haría un favor a la humanidad librándola de una lacra como esa, alzó su mano hasta rodearle el cuello y empezó a apretarlo con fuerza. Estaba dispuesto a matarlo; después de todo, como le había dicho a Scarlett, ya no tenía nada que perder. Era un bastardo, mentiroso y canalla que no le importaba a nadie… ¿Qué más le daba convertirse en el asesino de la escoria que yacía aplastada bajo sus rodillas? Pensando en ello, apretó más y más, hasta que casi logró cortar por completo el flujo de aire que le corría por la garganta, haciendo que el rostro comenzara a amoratársele; sin embargo, cuando estaba a pocos segundos de cumplir su cometido y convertirse en un asesino…

El atronador sonido de algo impactando contra su cuerpo llegó a sus oídos incluso antes de que el infernal dolor se apoderara de su abdomen. ¿Qué había sido? ¿Una bala? No pudo precisarlo, pero de pronto vio su camisa blanca empapada de sangre y sintió un ardor tan horrible en el estómago que le impidió respirar.

—¡Lo ha matado! —Oyó exclamar a alguien, mientras se precipitaba sin fuerzas hacia el suelo, liberando a Wells de su feroz agarre y viendo cómo echaba a correr fuera del pub —

¡Atrápenlo, ha matado a alguien! —Fue lo último que escuchó a lo lejos, antes de que todo empezara a ponerse negro a su alrededor y las luces de su conciencia se apagaran.

27
La charla

Había sido lo mejor; aunque se le hubiese roto el alma, decirle que se fuera había sido lo mejor… o por lo menos eso era lo que Scarlett se había estado repitiendo a sí misma durante toda la noche, mientras luchaba en vano contra el insomnio que la visita de Alex le había dejado.

Por más que aquel encuentro hubiese descolocado su mundo y robado la poca paz que había logrado reconstruir desde que rompió su compromiso con él, no podía olvidar que era un mentiroso, que su naturaleza era el engaño, la falsedad y la ambición; nada más lo movía, nada más lo había llevado a buscarla tan desesperadamente colándose por el balcón de la habitación de Amanda. Él no la amaba de verdad, y entre más pronto lo aceptara, más rápido empezaría a superarlo. ¿Superarlo? ¿Cómo demonios se superaba a alguien que había cambiado su vida por completo, que le había despertado el corazón y le había enseñado lo que era amar? ¿Cómo iba a superar a un hombre cuyo recuerdo todavía le pesaba en el alma, cuyos besos aún anhelaba como nada en el mundo? No lo sabía, pero encontraría la manera de hacerlo, aunque se le fuese la vida en ello.

—¿Señorita? —dijo de pronto el mayordomo, dando dos leves toques en la puerta del salón de té, sacándola de sus cavilaciones.

—¿Ya volvieron mi madre y mis hermanas, Francis? —indagó, desviando la mirada del ancho ventanal que daba al jardín para observarlo. Las tres habían querido aprovechar el sol de la mañana para dar un paseo por la plaza, pero Scarlett se sentía tan desanimada, y había dormido tan mal, que se negó a acompañarlas.

—No, señorita, pero hay alguien en la puerta buscándola; dice que se llama Julius Craft, y que necesita hablar con usted urgentemente.

¿Julius? ¿El mayordomo de Alex? No se le ocurría qué podría estar haciendo en su casa, sin embargo, su inesperada presencia le trajo un mal presentimiento.

—Hazlo pasar —pidió, intrigada.

El criado asintió, hizo una leve reverencia y se marchó.

Unos segundos después, Julius entró en la habitación casi corriendo, sudoroso, despeinado, y con una expresión tan angustiada en el rostro que hizo que el mal presentimiento de Scarlett se intensificara.

—Di-disculpe que haya venido a molestarla, señorita —tartamudeó, agitado —, pero hay algo urgente que tiene que saber. Es un asunto de vida o muerte.

—¿Alex? —preguntó al instante, como si su alma ya supiera que algo malo le estaba sucediendo.

El hombre asintió y tragó saliva antes de decir:

—Le dispararon, y parece que es grave.

Ella casi pudo sentir cómo su corazón se detenía, atravesado por un espantoso escalofrío.

—¡¿Qué?! —chilló, aterrorizada —¡¿Cómo?!¡¿Cuándo?!

¡¿Por qué?!

—No lo sé con exactitud, pero parece que ayer en la noche entró a beber a un pub y se enfrascó en una pelea a golpes con un hombre, hasta que este sacó un arma y le disparó —

explicó, con la mirada llena de mortificación —. Esta mañana, al ver que no llegaba, decidí salir a buscarlo y lo encontré en esa ratonera de mala muerte —escupió con desdén, como si el lugar fuese el culpable de lo que le había sucedido a Alex —. El dueño no sabía dónde vivía, y como tampoco tenía dinero para llevarlo a un hospital, ni para un médico, decidió cuidarlo por su propia cuenta a la espera de que despertara, hasta que yo llegué.

—¿Y dónde está ahora? —farfulló, sintiendo el corazón desbocársele de terror al imaginárselo herido de muerte, tendido bajo un charco de sangre.

—En la habitación del hotel donde vivimos, señorita; por eso he venido, porque usted es la única persona que conozco que puede pagarle a un médico para que vaya a verlo, y porque… — Agachó la mirada y calló, como si no supiese qué tan oportunas eran las palabras que estaba a punto de decir.

—¡¿Qué?! —chilló desesperada, agitando las manos al aire.

—Porque él la ha estado llamando —completó tímidamente.

—¿A mí? —murmuró sorprendida, abriendo los ojos de par en par. Juluis asintió y agregó:

—Tal vez solo sea por la fiebre tan espantosa que tiene, pero de todas formas creo que le haría bien verla, o por lo menos sentir que usted está ahí. La necesita.

Scarlett no tuvo que pensarlo ni siquiera dos segundos. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, de las mentiras y engaños de Alex, de su avaricia desmedida, e incluso de estar convencida de que no la amaba, él seguía ocupando un lugar en su corazón, uno tan importante, que el hecho de pensar que podría llegar a morir la llenaba de pánico; por esa razón tenía que ir a verlo, para asegurarse de que eso no sucediera.

Cinco minutos después, ambos estaban subidos en una calesa, yendo hacia la casa del doctor Riverwood.

—¿Está segura de que su mayordomo no le contará a la señora vizcondesa que ha venido conmigo, señorita? —indagó Julius una vez salieron de Mayfair.

—Completamente —afirmó, mirando por la ventana —. Francis le es fiel a mamá, pero también nos tiene mucho aprecio a mis hermanas y a mí, así que, mientras esté en sus manos, hará cualquier cosa para evitar que nos metamos en problemas con ella.

—¿Y cuando se dé cuenta de que usted no está? ¿Qué excusa le inventará?

—No lo sé —confesó, tras un hondo suspiro —. Pero eso no es lo importante ahora, ¿no le parece?

El anciano asintió, y ambos permanecieron en silencio el resto del camino, con la mente abstraída en sus propias preocupaciones, que en el fondo eran una sola: que Alex estuviera bien.



Una hora más tarde, tras haber recogido al galeno (quien aceptó gustoso la petición de Scarlett de atender a Alex sin cobrarles absolutamente nada), y haber recorrido la ciudad de extremo a extremo casi volando, por fin llegaron al cuarto donde yacía el enfermo. Al verlo, ella fue incapaz de contener un gritito de horror: estaba inconsciente, pálido, bañado en sudor, temblando de pies a cabeza, y tenía una horrible herida en la parte izquierda del estómago, de la que no dejaba de brotar sangre a borbotones. Además de eso, parecía estar siendo torturado por unas horribles pesadillas, porque no paraba de balbucear y gemir cosas ininteligibles con los párpados apretados, como si estuviese sufriendo mucho.

—Tráiganme una palangana con agua helada y paños limpios, por favor —pidió Riverwood, apresurándose hacia la cama para revisarlo.

—Pero… ¿va a estar bien, doctor? —indagó la muchacha, luchando contra el horrible nudo de terror que estaba empezando a formársele en la garganta.

—Todo depende de lo rápido que atendamos su herida —informó, mientras sacaba los implementos necesarios de su maletín de cuero —, y de que corramos con la suerte de que la bala no haya alcanzado ningún órgano vital, claro.

Scarlett cerró los ojos, dejando que dos gruesos lagrimones que había estado conteniendo sin darse cuenta le empaparan las mejillas. Por primera vez, estando allí, frente a él, viéndolo casi moribundo, se sintió culpable. Si no hubiese sido tan ruda la noche anterior, si no le hubiese dicho que no quería volver a verlo; de seguro él no habría ido a ese maldito lugar a emborracharse, ni tampoco habría acabado con una bala metida en el cuerpo.

—Vamos, señorita. —Escuchó la débil voz de Julius a sus espaldas —. Dejemos que el doctor haga su trabajo. —Le puso la mano sobre su hombro con suavidad para conducirla al pasillo.

La siguiente hora resultó espantosamente larga para ambos. Tras haberle llevado a Riverwood el agua y los paños limpios que pidió, no les quedó más remedio que sentarse a esperar, consumiendo el tiempo entre rezos y angustia.

—Aún lo ama, ¿no? —murmuró Julius de repente, haciendo que Scarlett dejara de cubrirse el rostro con las manos y lo mirara.

—¿Perdón? —indagó, frunciendo el ceño.

—Al joven Alex; aún lo ama tanto como él a usted —se explicó —. De otra forma no estaría aquí, rezando con toda el alma para que se ponga bien.

—¿Cómo está tan seguro de que me ama? —cambió de tema, pues no tenía ni pizca de ganas de responder esa pregunta.

El anciano esbozó una leve sonrisa, como si eso fuera algo obvio.

—Ningún hombre que no ame de verdad a una mujer se estaría destruyendo de la forma en que él lo está haciendo desde que usted lo dejó.

—Si me quisiera tanto como usted dice, habría tenido el valor de decirme la verdad, ¿no le parece? Era lo menos que yo merecía —murmuró tras un instante de silencio.

—Quiso hacerlo, muchas veces, pero tenía miedo de perderla; de que no lo perdonase cuando lo supiera.

Scarlett suspiró, con una mezcla de abatimiento y cansancio en la mirada.

—Por lo que veo, no es a mí a la única que ha intentado convencer diciéndole eso —murmuró.

Julius la miró a los ojos un largo rato, como si quisiera escudriñarle hasta el último rincón del alma.

—¿Por qué no le cree, señorita Lawrence? —susurró —Él se está muriendo por usted, literalmente; no hay día en que no llore su ausencia, en que no le duela su rechazo. Por eso estaba en ese pub, porque lo único con lo que logra adormecer un poco el dolor que siente por haberla perdido es el licor.

Ella sintió como si le clavaran una estaca en el corazón. No quería seguir hablando de eso, no deseaba desnudar sus sentimientos delante de un desconocido, aunque tal vez ya fuera demasiado tarde para evitarlo, porque de repente sintió cómo la mirada volvía a empañársele debido al llanto.

—No hace falta que me responda —continuó Julius, viendo en su reacción que no se equivocaba al creer que aún estaba enamorada de su señor —. Recuerde que nuestros ojos nos delatan cuando nuestras palabras mienten; y en los suyos puedo ver que usted todavía lo ama con todo el corazón, aunque ahora esté tan decepcionada y triste que se resista a aceptarlo.

—Aunque así fuera —repuso firmemente, secándose el rostro con fuerza —, él ha roto toda la confianza, todo lo bonito que había entre nosotros, y yo no sé si algún día sea capaz de perdonárselo.

Su interlocutor volvió a observarla fijamente, y durante una fracción de segundo la joven estuvo segura de ver en su expresión cierto aire de sabiduría, como si supiera algo que ella no.

—Piénselo, señorita; no permita que el rencor la haga perder al único hombre que la ha amado, y al único al que usted podrá amar de verdad.

Scarlett estuvo a punto de abrir la boca para responder, pero en ese momento Riverwood salió de la habitación limpiándose las ensangrentadas manos con un pañuelo.

—¿Cómo está Alex, doctor? —se apresuró a preguntar ella, angustiada.

El hombre frunció los labios hasta que quedaron convertidos en una delgada y tensa línea.

—Logré extraer la bala que tenía en el estómago y controlar la infección que estaba causando la fiebre, pero eso no nos garantiza nada.

—¿Qué quiere decir con eso? —indagó Julius.

—Que, a pesar de haber actuado a tiempo, la herida que tiene es muy delicada; por lo tanto, su evolución dependerá de cómo se cuide en los próximos días: buena comida, mucho reposo, pero sobre todo de que en verdad quiera recuperarse, eso es lo más importante; y por lo que le oí decir, no sé si esté dispuesto a hacerlo cuando despierte.

—¿Qué fue lo que oyó? —cuestionó Scarlett.

El médico la miró con una mezcla de duda y lástima.

—No dejaba de llamarte, de decir que te amaba y pedirte perdón, hasta alcanzó a murmurar que no podía vivir sin ti.

La muchacha sintió un horroroso nudo apoderarse de su garganta, y, por primera vez desde que se enteró de la verdadera identidad de Alex, se planteó la posibilidad de que él no la estuviese engañando respecto a sus sentimientos; después de todo, un hombre delirante y casi moribundo no podía mentir, ¿o sí?

—¿Quieres pasar a verlo? —le preguntó el galeno, sacándola de sus cavilaciones.

Ella negó con la cabeza, no porque no lo deseara, sino porque no se sentía preparada para hacerlo, mucho menos después de lo que Riverwood acababa de decirle. Temía que, al verlo tan frágil, y encima de todo diciendo entre delirios que la quería, su fuerza de voluntad se hiciera trizas y acabara lanzándose a sus brazos hecha un mar de lágrimas, como si nada hubiese pasado.

—Bien, entonces creo que no tenemos nada más que hacer aquí

—dijo, luego se giró hacia Julius y añadió —: En el buró le he dejado un recipiente con láudano, déselo si se siente muy mal, y si ve que la temperatura aumenta demasiado, no dude en buscarme; ya sabe dónde vivo.

—Se lo agradezco, doctor —replicó, mientras ambos se estrechaban las manos —. Y usted, señorita Lawrence —Se giró para observarla —, prométame que al menos pensará en lo que le dije, ¿sí?

—Lo haré —aseguró, antes de darse la vuelta y dirigirse a la calesa que la había llevado hasta

allí.

28

Una broma de mal gusto

Scarlett llevaba tres semanas sin poder sacarse de la cabeza lo que había vivido en aquel hotel. Le era imposible olvidar la imagen de Alex ensangrentado y casi moribundo, la charla que había tenido con Julius, pero sobre todo las palabras de Riverwood:

«No dejaba de llamarte, de decir que te amaba y pedirte perdón; hasta alcanzó a decir que no quiere vivir sin ti».

¿Y si era verdad? ¿Si en serio había acabado enamorándose sinceramente de ella con el paso del tiempo y de todo lo que vivieron juntos? ¿Si era cierto que la única razón por la que no le había revelado su verdadera identidad era porque estaba muerto del pánico, como le había dicho el mayordomo? No. no podía empezar a pensar así, no podía permitir que los desvaríos de Alex la hicieran ilusionarse de esa manera, porque, a pesar de todo, lo único que sabía a ciencia cierta era que le había mentido, que había decidido no confiar en ella a pesar de las muchas oportunidades que tuvo para decirle la verdad…y que tal vez incluso Julius estuviese equivocado con respecto a eso de que él la amaba; quizás lo único que en realidad estuviese sintiendo era culpa, y la culpa es un sentimiento muy fácil de confundir con el afecto, e incluso con el amor.

Sintiendo que la cabeza estaba a punto de estallarle de tanto pensar, dejó de recostarse sobre la ventana que daba al jardín y fue al centro del salón de té, donde la esperaba una infusión de hierbas que ella misma había pedido que le prepararan para tratar de calmar un poco su ansiedad. Se sentó en el sillón color crema y comenzó a beber, deleitándose en la manera como el calor que emanaba de la taza de porcelana, traspasaba la piel y le invadía el cuerpo.

—Querida —dejo de pronto su madre, entrando en la estancia

—, ¿segura que estás bien?

Ella casi tuvo ganas de poner los ojos en blanco; Amanda llevaba haciéndole la misma pregunta desde hacía exactamente tres semanas, cuando, para ocultar que había ido a ver a Alex, le dijo que había querido ir al cementerio a visitar la tumba de su padre.

—Sí, ¿por qué? —preguntó tranquilamente, bebiendo otro sorbo de la infusión.

Su madre arrugó la nariz, dubitativa.

—No lo sé; es que hace días te noto extraña, ausente, pensativa, incluso más triste que antes —confesó, sentándose a su lado.

Scarlett frunció los labios y se encogió de hombros a modo de disculpa, porque no tenía ni idea qué excusa sería suficiente para justificar su estado de ánimo.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? —indagó la vizcondesa, tomándola de la mano y mirándola con tanto cariño que la sorprendió —. Para todo.

—Lo sé, pero, ¿a qué viene eso?

Amanda suspiró hondo y se irguió en su lugar, como si lo que estaba a punto de decir le costara esta vida y la otra.

—A que…hace tiempo quiero pedirte perdón, hija —contestó, agachando la mirada. Scarlett pestañeó, estupefacta. Su madre siempre había sido una mujer tan dura, tan intransigente, que jamás pensó que la palabra Perdón pudiese salir de sus labios, y mucho menos dirigida a ella.

—¿Por qué? —cuestionó, frunciendo el ceño.

—Porque todo lo que has sufrido estos meses, lo que estás sufriendo ahora mismo a causa de ese hombre, es mi culpa —afirmó, alzando el rostro para mirarla —. Si yo no te lo hubiera presentado, si no te hubiese forzado a tratarlo, tú no habrías acabado enamorada de él.

Su hija la observó, enterneciéndose profundamente al encontrar en su mirada una chispa de sinceridad y arrepentimiento.

—Tú no eres culpable de nada, madre; no habrías podido siquiera imaginar que él…

—Sí la tengo —la interrumpió con vehemencia, sintiendo que los ojos se le llenaban de llanto —. No solo de eso, sino de todo lo demás. Te hice cosas horribles para obligarte a aceptarlo, y necesito pedirte perdón.

La mente de Scarlett voló hacia la tarde en que Amanda había quemado su novela; aquello era algo que aún le dolía recordar, pero también tenía claro que, si no hubiese sido por ese horrible castigo, jamás habría conocido mejor a Alex, ni lo que era enamorarse de verdad; y, pese a todo el desengaño que había sufrido, eso era algo que debía agradecer: que ahora su corazón estaba despierto, muy dolido, sí, pero despierto; ahora sabía lo que era amar y entregarlo todo por alguien (aunque ese alguien le hubiese pagado tan mal como él).

—No hay nada que perdonar —aseguró, estrechándole la mano afectuosamente —. Tú lo hiciste porque creías que era lo mejor para mí, y está bien; todos tenemos derecho a equivocarnos alguna vez.

Amanda la miró, con los ojos encharcados por lágrimas que entremezclaban arrepentimiento y orgullo. A pesar de ser tan distinta a ella, de la fuerza indomable de su carácter, su hija tenía un corazón de oro, y eso era mucho más de lo que cualquier madre pudiese pedir. Sin decir nada más, las dos se fundieron en un fuerte y amoroso abrazo que duró al menos un minuto, y habría durado más si no fuese porque Clarisse las interrumpió:

—¡Vaya! —exclamó, entrando al salón en compañía de Emma

—¿Se puede saber a qué debemos tanta efusividad?

Amanda se giró para mirarlas, con una luminosa sonrisa en el rostro.

—A nada —aseguró alegremente encogiéndose de hombros —. Tu hermana y yo solo estábamos… conversando un poco, ¿verdad, cariño?

Scarlett la observó, y por un momento estuvo segura de estar frente a una mujer totalmente distinta a la que conocía. Tal vez fuese por el arrepentimiento que veía en su mirada, o por la emotividad del instante que acababan de vivir, pero algo en el fondo de su alma le dijo que su madre había cambiado para bien.

—Así es —afirmó, devolviéndole la sonrisa, con el alma rebosante de felicidad.

—No insistas, Clari —le dijo Emma a su hermana menor, con un deje travieso en la voz —. Se me hace que este es un momento madre e hija, y no nos contarán de qué se trata por más de que se los pidamos. Las cuatro se echaron a reír y, por primera vez en mucho tiempo, Scarlett volvió a sentirse… tranquila, como si la herida que llevaba en el alma de pronto ya no le doliera tanto.

—Por cierto —murmuró Clarisse cuando la estancia volvió a quedarse en silencio—, Francis me dio esto para ti, Scar. —Sacó un sobre blanco de la manga de su vestido y se lo extendió —. Dijo que llegó hace poco; de hecho, estaba a punto de venir a entregártela, pero yo me ofrecí a hacerlo.

Cuando la joven puso sus dedos sobre el papel, sintió que le temblaban. ¿Serían noticias de Alex? ¿Sería Julius contándole que había empeorado, o que seguía llamándola entre delirios?

Con el corazón dándole un vuelco de angustia, respiró hondo y lo abrió, llevándose una sorpresa casi de muerte al ver que la primera línea decía:

«Respetada señora Scarlett Campbell»

Sin embargo, el impacto de aquel encabezado fue una tontería comparándolo con el que se llevó al leer el resto de la misiva y descubrir que quien se la había enviado era Richard Robertson, el segundo editor más reconocido de Londres, pidiéndole encarecidamente presentarse en su despacho lo más pronto posible para hablar con ella.

—¿Qué pasa, Scar? ¿Malas noticias? —preguntó Emma, al ver que se había puesto pálida de repente.

—N-no —titubeó —, o bueno, en realidad no sé… —confesó, sin entender qué demonios estaba sucediendo. ¿Qué necesitaba hablar con ella uno de los sujetos más reconocidos e influyentes en la industria editorial de Londres, y por qué le había escrito una carta poniéndole el apellido de Alex, como si estuviese casada con él?

—¡¿Pero quién te la envía?! ¡¿Qué dice?! —la urgió Amanda.

—Richard Robertson, uno de los editores más prestigiosos de la ciudad. Dice que quiere verme cuanto antes en sus oficinas para que hablemos —explicó con la mirada perdida, como si aún no pudiera procesar del todo aquel mensaje. Mientras hablaba, decidió que lo mejor sería no contarles que el hombre había cambiado su apellido por el de Alex; no al menos hasta que supiera si aquello se trataba de una confusión o de una broma de mal gusto.

—Y… ¿piensas ir a verlo? —indagó Emma cautelosamente, pues sabía que ese era un tema que a su madre no le agradaba.

—Tengo que saber qué quiere, ¿no? —contestó, encogiéndose de hombros —. Además, sería una descortesía de mi parte no acudir cuando me lo está pidiendo por escrito.

Claro que deseaba saber para qué la buscaba, pero, sobre todo, se moría de ganas por averiguar por qué la había llamado señora Campbell, cuando toda la ciudad sabía que el matrimonio entre ella y Alex no se había llevado a cabo.

—Quizá se enteró de que escribes y quiere publicar tus historias —sugirió Clarisse despreocupadamente, como si aquel milagro fuese posible.

—No lo creo —rebatió —. Ni siquiera me conoce, ¿cómo va a saber que escribo?

Las cuatro guardaron silencio, sacando sus propias conjeturas acerca de aquella misteriosa carta.

—¿Tú qué opinas, madre? —preguntó Scarlett.

La vizcondesa la miró de nuevo a los ojos, haciéndola reafirmar la impresión que había tenido hacía un momento: algo había cambiado en ella; ya no era la misma de siempre.

—Opino, querida mía —dijo esbozando una tierna sonrisa y volviéndole a palmear la mano afectuosamente —, que, si la razón por la que ese hombre quiere verte va a hacer que vuelvas a ser la misma joven alegre y vivaz de siempre, debes ir corriendo a verlo.

Scarlett se quedó petrificada, sin poder creer lo que escuchaba.

—¿Eso quiere decir que… no vas a seguir oponiéndote a mi deseo de escribir? —indagó en un murmullo, con los ojos abiertos de par en par.

La mujer suspiró, con la mirada llena de comprensión, tristeza y…amor.

—Yo no pienso oponerme a algo que te haga feliz nunca más, Scar —aseguró, con un tono que denotaba que aquellas palabras le estaban saliendo del fondo del alma —. No cuando tus

hermanas y yo hemos pasado semanas padeciendo la tortura de verte casi morir de tristeza. Lo único que siempre he querido para ustedes es que sean felices; y lo que pasó con ese hombre me ha hecho comprender que, si tu felicidad está en escribir, no tengo derecho a impedir que la encuentres.

Scarlett se quedó paralizada, cubriéndose la boca con las manos, segura de que aquellas palabras no podían ser más que un verdadero milagro. ¡Estaba sucediendo! El sueño imposible de que Amanda apoyara y aceptara su vocación de escribir se estaba volviendo realidad. Con los ojos encharcados en lágrimas y el corazón a punto de salírsele del pecho de tanta felicidad, se lanzó a sus regordetes brazos y la abrazó con fuerza, dando gracias por lo que fuese que la había hecho cambiar de opinión.

—Eso sí, me tienes que jurar dos cosas —farfulló Amanda cuando se separaron, secándose el llanto que el emotivo momento le había provocado —: que vas a escribir las mejores novelas que el mundo haya visto, y que siempre seré la primera en leerlas.

—Te lo juro —prometió, acercándose a ella para besarle la mejilla, sintiendo que al menos una parte de su desastrosa vida mejoraba del cielo a la tierra.

29

La prueba reina

Las oficinas de R&R Publishing eran mucho más modestas que las de Harry Hudson, pero había en ellas un ambiente tan acogedor, tan tranquilo, que los nervios de Scarlett por no saber para qué había sido citada allí, acabaron por disiparse un poco.

—¡Ah, claro, es usted a quien el señor Robertson ha estado esperando! —exclamó el secretario particular del editor cuando ella le dijo su nombre y le informó sobre la carta que él le había escrito.

—Pase, por favor —pidió, indicándole una oficina al final del pasillo.

Sintiendo que el monstruo de los nervios le carcomía el estómago, Scarlett respiró profundo, alisó unas inexistentes arrugas en su falda de seda amarilla, y caminó hasta la puerta, dando tres leves golpes con los nudillos para anunciarse.

—¡Adelante! —exclamó una masculina y recia voz al otro lado.

Al entrar, se encontró con un despacho pequeño, aunque muy ordenado, con pisos de madera y bonitos tapices azules recubriendo las paredes. Frente a ella, el señor Robertson permanecía tras su escritorio de madera, leyendo un periódico que le cubría la cara por completo, impidiéndole mirarlo.

—Buenas tardes —murmuró Scarlett tras aclararse la garganta, haciendo todo lo posible por aparentar serenidad.

El hombre, que era delgado, caucásico, con el cabello negro y unos brillantes ojos color marrón, bajó el periódico y la observó.

—Buenas tardes —saludó en tono cortés, poniéndose de pie para llegar hasta ella —. ¿Usted es...?

—Scarlett Lawrence, señor —replicó, intentando esbozar una sonrisa amable —. A quien usted le escribió pidiendo que viniera a verlo lo más pronto posible.

Él frunció el ceño un instante, haciendo memoria.

—¡Ah, claro! —recordó, sonriendo —Es un placer conocerla. —.

Le hizo un gesto con la mano para indicarle que se sentara.

—Para mí también es un placer, señor Robertson —dijo, acomodándose en la silla de madera ubicada frente a su escritorio —, aunque, si le soy sincera, aún no se me ocurre a qué afortunada causa puedo atribuírselo.

Él ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, sin entender a qué se refería.

—¿Cómo? ¿Su esposo no se lo ha contado? Scarlett se quedó de piedra con aquella pregunta.

—¿M-mi esposo? —repitió en un murmullo.

—Sí, de hecho, pensé que estaría aquí, acompañándola, ya que fue él quien me hizo llegar su manuscrito, y parecía sumamente interesado en que lo publicara.

La joven estaba igual o peor de confundida que antes, sin entender de qué manuscrito, ni mucho menos de qué esposo, estaba hablando.

—¿Quiere tener la bondad de explicarse mejor, señor Robertson? —pidió.

—¿Es usted la autora de la novela *Lirios para Alice*?

Ella asintió.

—Bueno, pues debe saber que, hace un par de meses, un sujeto de nombre Alexander Campbell me mandó una carta junto con un manuscrito, pidiéndome que lo valorara para considerar su publicación. En ella me decía que era su prometido, que se iban a casar dentro de un par de semanas, y que la aprobación para publicar su novela (la cual estaba muy seguro de obtener, por cierto), sería un regalo de bodas para usted.

Scarlett se quedó petrificada; de pronto un montón de recuerdos se le vinieron a la mente, bombardeándola uno tras otro: Alex aún tenía su novela, lo había visto salir con ella en la mano de la oficina de Hudson, solo que, después de todo lo sucedido, ni siquiera se había acordado de pedírsela. Además, estaba la sorpresa de la que le había hablado durante su fiesta de compromiso; algo que tenía intención de darle cuando fuesen marido y mujer. Aquellos sucesos encajaron de pronto en su mente como un rompecabezas, dejándola sin aliento. ¡Santo Dios, Alex había vuelto a presentar su novela a un editor, tal como se lo había prometido después de que fueron a ver a Hudson!

Sin embargo, junto a aquel descubrimiento también vino una pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué, si todas las cosas que había hecho por ella habían sido únicamente con el propósito de sonsacarle una respuesta afirmativa a su propuesta matrimonial, había tenido un acto tan generoso a escondidas, sin que ella supiese nada? ¿Por qué lo había hecho un par de semanas antes de la boda, cuando su corazón ya le pertenecía; cuando ya no tenía necesidad de luchar por él, ni de mostrarse bondadoso y comprometido con sus sueños?, y lo más extraño de todo, ¿por qué diantres había firmado aquella carta con su verdadero apellido, y no como el duque de Berwickshire?

Al parecer, Robertson no se percató de que sus palabras la habían dejado más pálida que la nieve, porque continuó hablando como si nada:

—Debe saber que al principio no tenía intención de leer su novela, porque cuando la recibí estaba a punto de salir del país a un largo viaje de negocios, y no deseaba llevarme conmigo todo el trabajo que supone revisar un manuscrito de alguien desconocido para valorar si puede ser publicado o no, pero la carta que envió su prometido (quien ahora supongo que es su esposo), hablándome maravillas de su trabajo y de usted, me resultó tan convincente que decidí meterla en mi baúl para hojearla en mis ratos libres.

Al escucharlo decir eso, Scarlett entendió la razón por la cual Robertson le había cambiado el apellido en la nota que le envió: no tenía ni idea de que el matrimonio entre Alex y ella jamás llegó a realizarse.

—¿Me permitiría ver esa carta, señor? —pidió con gentileza, luchando contra el espantoso nudo que amenazaba con apoderarse de su garganta.

El hombre rebuscó en uno de los cajones de su escritorio y se la entregó.

Cuando sus manos tocaron el papel, la joven se percató de que le temblaban casi frenéticamente, y necesitó de todo su valor para empezar a leer, porque sabía que aquella misiva la haría enfrentarse de nuevo al recuerdo de un pasado que se estaba esforzando en cuerpo y alma por olvidar. A pesar de eso, respiró hondo y comenzó a pasar la vista por los renglones, escritos con una caligrafía tan familiar que tan solo verla le removió el alma:

Respetado señor Robertson:

Mi nombre es Alexander Campbell, y me atrevo a dirigirme a usted porque, aunque no nos conocemos personalmente, tengo entendido que es uno de los mejores editores de Londres, y, como tal, alguien a quien puede interesarle sobremanera lo que tengo para decirle. Junto con esta carta, su secretario le habrá entregado un manuscrito titulado Lirios para Alice, de autoría de la respetable señorita Scarlett Lawrence.

No es mi intención tratar de convencerlo a como dé lugar de que lo publique, pero sí quisiera exponerle lo que, en mi humilde opinión (y sin saber mucho del negocio al que usted se dedica), son unas muy poderosas razones para hacerlo:

En primer lugar, es una historia magnífica, escrita por una de las mujeres más inteligentes y con más carácter que haya parido Inglaterra, y eso es algo de lo que tanto usted como sus lectores podrán darse cuenta desde las primeras páginas. Es una novela tan distinta y fascinante como su autora, una joven llena de talento en el arte de escribir, que no merece menos que obtener una oportunidad de su parte.

Sé que quizá pueda estar pensando en los riesgos que conllevará publicar un libro escrito por una dama, pero he de decirle que, si decide hacerlo, no se arrepentirá ni un instante, puesto que no solo se hará con una de las plumas más finas, sagaces e inteligentes de todo el país, sino con una trabajadora extraordinaria, una mujer única, maravillosa, responsable hasta los huesos; cuya fascinante visión del mundo, plasmada a través de sus palabras, de seguro hará que R&R Publishing gane una fortuna y se posicione como la editorial más importante de la ciudad, (incluso por encima de la del señor Harry Hudson, quien en su momento también estuvo interesado en publicar la obra que ahora tiene usted en sus manos, pero la dejó escapar simplemente porque le pareció inconcebible que una mujer hubiese escrito algo que, a mi entender, no solo no tiene nada que envidiarle a la pluma de cualquier ilustre literato, sino que es sumamente superior).

Por último, permítame aclararle que todos los elogios escritos en los renglones anteriores no tienen nada que ver con que yo sea el afortunado prometido de la señorita Lawrence, ni con el hecho de que esté absoluta y perdidamente enamorado de ella, sino porque, siendo completamente honesto, Scarlett tiene un talento innato con las palabras, un don tan grande que debe ser conocido y valorado por todos, no solo porque ella se lo merece, sino porque el mundo entero merece descubrir a una escritora como ella.

Posdata: No había querido mencionárselo antes, pero el hecho de que acepte usted leer la novela de mi prometida y considere la posibilidad de publicarla será mi regalo de bodas, y otra de las muchas razones por las que le suplico encarecidamente que se anime a darle una oportunidad.

Con todos mis respetos,

Alexander Campbell.

Para cuando acabó de leer, Scarlett sentía un río de lágrimas encharcándole los ojos. ¡Alex la amaba! ¡No era una mentira! ¡La amaba de verdad, como tantas veces se lo había dicho, como tantas veces lo había visto en sus ojos y se había negado a creerle! ¿Por qué otra razón si no se lo diría a un desconocido? ¿Qué otro motivo podría haberlo llevado a confesar tan abiertamente algo que no sentía en una carta que no tenía ni idea de que ella llegaría a leer? Al darse cuenta de aquella reveladora verdad, una avalancha de sentimientos le atropelló el alma: se sentía… conmocionada, confundida, emocionada, aliviada, pero, sobre todo, feliz. ¡No le había mentido, estaba realmente enamorado de ella!

Ahora que conocía la veracidad de sus sentimientos, Scarlett se sentía incapaz de quedarse cruzada de brazos: necesitaba verlo, oír de sus labios que las palabras escritas en ese papel eran mucho más que eso.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Robertson de repente, sacándola de sus cavilaciones.

—Sí —murmuró con la voz algo temblorosa, levantando la vista para mirarlo mientras se secaba las lágrimas y se erguía en su asiento, intentando recuperar la compostura.

—Parece que la carta de su marido la conmovió bastante —comentó con una ligera sonrisa —. Es lógico, hasta yo me conmovería al darme cuenta de que alguien me ama del modo en que ese hombre la ama a usted. ¿Sabe?, esa es una de las cosas que…

Y siguió parloteando durante un largo rato, sin que ella le prestara la más mínima atención. Lo único que cruzaba por su cabeza en ese momento era hablar con Alex, verlo, aclarar las cosas con él; y con el paso de los minutos esa ansia no hizo otra cosa más que crecer a pasos agigantados, de modo que, cuando le fue imposible contenerla, se puso de pie y, sin importarle si estaba pareciendo maleducada o no, dijo:

—Lo siento mucho, señor, pero he recordado que tengo un asunto muy importante que atender.

—Pero, ¡¿para dónde va?! Si ni siquiera me ha contestado la pregunta que acabo de hacerle —farfulló, levantándose también.

—¿Cuál?

—La de si desea usted entrar a formar parte de mi editorial como escritora, por supuesto —respondió, encogiéndose de hombros —. Empezaríamos publicando *Lirios para Alice*, aunque después, dependiendo de la acogida que tenga (que al igual que su esposo estoy convencido de que será mucha) necesitaría que se comprometa con nosotros a escribir dos o tres novelas más.

Ella se quedó boquiabierta, sin poder darle crédito a sus oídos. De pronto, con la fuerza de una ola que le golpeó el corazón, recordó las palabras que Alex le había dicho hacía algún tiempo: "Te dije que te ayudaría a volar, preciosa; y no me preguntes cómo, porque no lo sé, pero te prometo que lo haré". ¡Dios santo!, acababa de cumplir su promesa: su sueño, ese por el que tanto había luchado, ese que había parecido imposible a los ojos de todo el mundo, el que le había costado tantas lágrimas, rechazos, esfuerzos y sufrimientos, se estaba volviendo realidad, justo allí y ahora… gracias a él.

Ante aquella maravillosa certeza, el llanto volvió a encharcarle los ojos, y el pecho se le llenó de una felicidad tan grande, que tuvo ganas de gritar, de saltar, de bailar, de abrazar a alguien, de cualquier cosa que le permitiera sacar toda la alegría que estaba sintiendo.

—¿Qué dice? ¿Acepta? —cuestionó Robertson con una ancha y reluciente sonrisa.

—¿En serio quiere publicarla? —cuestionó, en un tono que entremezclaba ilusión e incredulidad —¿No le importa que haya sido escrita por una mujer?

El editor sonrió aún más, comprendiendo el porqué de esa pregunta.

—Me perdona si lo que le voy a decir suena un poco…pretencioso, señora, pero yo no soy tan prejuicioso como Hudson o tantos otros editores que hay en la ciudad; a diferencia de ellos, sé reconocer perfectamente cuando una persona tiene talento en este oficio, y no me interesa si es hombre o mujer; al fin y al cabo, el talento, talento es, sin importar el cuerpo que lo contenga. Sé que tal vez esta decisión puede ser algo arriesgada, y que seguramente habrá quien ponga el grito en el cielo por haberme atrevido a hacerlo, pero, tratándose de un trabajo con tanto potencial

como el suyo, sé que no saldré defraudado. —Hizo una breve pausa y después, mirándola con una intensidad que la sorprendió, dio un paso hacia ella y agregó: —Su marido no se equivocó ni un ápice al hablarme de su gran talento con la pluma, y, si me lo permite, quiero ser yo el que le muestre ese talento al mundo.

Scarlett casi se desmayó de felicidad; ¿aquello de verdad estaba sucediendo? ¿Después de tantas lágrimas y obstáculos, por fin lo había conseguido?

—¿Qué dice? ¿Acepta? —insistió, extendiendo la mano al ver que su discurso parecía haberla dejado muda.

Esa fue la primera vez en su vida que Scarlett supo lo que era derramar lágrimas de felicidad. ¿Así de plena y pletórica se sentía el alma cada vez que se cumplían los sueños?

—Claro que sí, señor —contestó, llorosa, estrechándosela, con una sonrisa más amplia y radiante que el mismísimo sol —. Sería una idiota si no aceptara la propuesta del segundo hombre que ha confiado en mí incondicionalmente, sin importarle nada ni nadie.

—¿Segundo? —repitió, frunciendo el ceño, divertido —¿Y sería muy atrevido de mi parte preguntarle quien fue el primero?

—Alguien a quien tengo que ir a buscar ahora mismo, así que, si no le importa… —Volvió a apretarle la mano con tanta fuerza que hizo que las puntas de sus dedos palidecieran —. De nuevo, infinitas gracias por la oportunidad, señor; le prometo que haré hasta lo imposible por no defraudarlo —añadió, antes de salir como una bala en busca de Alex, el único que podía lograr que aquella maravillosa realidad fuese aún mejor.

30
El tren

—¿Qué ha dicho? —La respuesta de la señora Pettigrew, (dueña del hotel donde Alex y Julius hospedaban), al preguntarle por ellos, hizo que a Scarlett se le cayera el alma a los pies.

—Lo que oye, señorita —dijo la raquítica y desdentada anciana, recostada contra el marco de la puerta —: En cuanto el joven se sintió con fuerzas para levantarse, los dos agarraron sus baúles, me pagaron, y se fueron.

—¿Y no tiene idea para dónde? —indagó, empezando a sentir una horrible presión en el pecho. Alex no había podido irse de allí así como así, justo cuando tenían tanto de qué hablar.

La señora Pettigrew reflexionó un instante, con sus opacos ojos verdes puestos en la nada.

—No. Aunque, ahora que lo dice… me pareció haber escuchado que tenían que darse prisa si no querían que los dejara el tren.

¿Tren? ¿Alex se había ido de Londres?, el solo pensarlo la horrorizó. No podía permitir que eso sucediera.

—¿Y se marcharon hace mucho?

—Hace unos cuarenta minutos; creo que, sí se da prisa, todavía puede alcanzarlos.

—Gracias —fue todo lo que farfulló antes de salir corriendo hacia su carruaje, sintiendo el corazón palpitarle desbocadamente.

—¿Qué le pasa, señorita? ¿Se encuentra bien? —preguntó Marcus, el joven cochero, alarmado al verla tan agitada y pálida.

—Sí —jadeó, subiéndose al landó a toda velocidad, sin esperar a que él le ofreciera su ayuda —, pero necesito que me lleves a la estación de tren más cercana tan rápido como si tu vida dependiera de ello, ¿entiendes?

—Claro, como usted mande, señorita —replicó, apresurándose de nuevo a tomar su lugar frente a las riendas.

Mientras el caballo negro que halaba la calesa los conducía a toda velocidad hacia *London Bridge*, la estación de tren más cercana al hotel de la señora Pettigrew, Scarlett no dejaba de apretarse los nudillos con una fuerza casi asesina, muerta de la ansiedad, sabiendo que lo más probable era que en aquellos momentos Alex se estuviera subiendo a un tren con destino lejano y desconocido, donde ella nunca más volvería a verlo. ¿Y si resultaba que no solo iba a abandonar Londres, sino también Inglaterra? ¿Dónde lo buscaría? ¿Qué haría si llegaba demasiado tarde?

—¡Debí haberlo dejado hablar! —rabió, maldiciendo su propia testarudez —¡Debí haberlo dejado explicarse! ¡Tonta, tonta y mil veces tonta! —se repetía una y otra vez, pensando cuán distinto sería todo si le hubiese dado una de las mil oportunidades que tanto le había suplicado para aclarar las cosas. Si hubiera creído en el amor que leyó en sus ojos la noche de su compromiso, o en la tortura que vio en su rostro aquella vez que se metió a hurtadillas a su cuarto, al decirle que se estaba muriendo en vida por haberla perdido…

Era cierto que el hecho de que hubiera mentido para acercarse a ella le seguía pareciendo algo horrible y reprochable; pero si él de verdad había llegado a amarla tanto como lo decía en esa carta, tanto como ella seguía amándolo a pesar de lo mucho que había luchado contra ese sentimiento…Tal vez era tiempo de perdonarlo, de dejar el pasado atrás, sanar las heridas e ir

reconstruyendo poco a poco la confianza que algún día los unió. Pensando en eso, Scarlett dejó que sus lágrimas se convirtieran en un río continuo y silencioso que no hizo ningún esfuerzo por contener hasta que, aproximadamente un cuarto de hora después, Marcus le informó que habían llegado a su destino.

Desesperada, ansiosa, y un montón de cosas más que no podía ni siquiera definir, se secó las mejillas y bajó a tierra firme.

—Espérame aquí —farfulló, antes de salir corriendo como posesa hacia la entrada de *London Bridge Station*.

Al entrar, no le bastó más que una mirada alrededor para sentirse absolutamente vencida. El lugar estaba tan atestado de viajeros yendo y viniendo de un lado para otro cargados de velices de todos los tamaños y colores, que supo que encontrar a Alex sería como hallar una aguja en un pajar (eso contando con que él en realidad estuviese allí, y no en otra de las tantas estaciones de tren que había en la ciudad).

Sintiendo que el pánico de perderlo le hacía temblar las piernas, respiró profundo y comenzó su búsqueda. En un principio caminó despacio entre la gente, con la esperanza de que, aguzando suficientemente la vista, lograría divisarlo en cualquier momento, pero conforme pasaron los minutos, la desesperación se apoderó de ella, haciendo que el corazón le latiera con una fuerza bestial, como si quisiera salírsele del pecho para ir a buscarlo también. Recorrió el perímetro unas tres o cuatro veces, y en todas halló algunos hombres girados de espaldas, cuyas siluetas y cabellos eran tan parecidos a los de Alex, que corría hacia ellos esperanzada; sin embargo, cada vez que se daba cuenta de su error, sentía ganas de echarse a llorar, llena de frustración.

—¡¿Dónde estás?! ¡¿Dónde estás?! —murmuró para sí misma, desesperada, con los ojos nublados por el llanto, conteniendo las ganas de pararse en medio de la multitud y gritar su nombre hasta quedarse sin voz…o hasta que los empleados acabaran sacándola a patadas por creerla una desequilibrada mental. —Por favor, no te vayas. Te necesito —rogó, esperando que aquella súplica llegara hasta el cielo e hiciese que Dios la ayudara.

Cuando estaba a punto de empezar a andar de nuevo, sintió una mano gruesa y fuerte tocándole el hombro.

—Disculpe, señorita, ¿se encuentra bien? —le preguntó una amable voz masculina.

Al darse la vuelta para mirarlo, se dio cuenta de que era uno de los trabajadores de la estación, pues iba ataviado con un uniforme negro y quepis del mismo color, cuya placa, puesta en el saco, informaba que se apellidaba Collins.

—No —replicó, secándose apresuradamente las lágrimas para que no se diera cuenta de su desesperación —. Estoy buscando a un hombre… bueno, no, en realidad son dos, uno tiene veinticinco años, es alto, de cabello y ojos negros, fornido; y el otro es un anciano canoso, delgado, y camina muy despacio, medio encorvado —farfulló, pensando que, entre más datos diera sobre Alex y Julius, más probable sería encontrarlos.

El hombre guardó silencio un instante, haciendo memoria.

—¿De casualidad uno de ellos no tiene una herida en alguna parte del cuerpo? —preguntó, frunciendo el ceño.

—¡Sí! —chilló, llena de esperanza —¿Los ha visto?

—Hace más o menos quince minutos vi llegar a dos hombres muy parecidos a los que describe —informó —. Me acuerdo de ellos porque me pidieron ayuda para llevar sus maletas hasta el

tren que iban a abordar. Se notaba que el pobre anciano no podía seguir cargándolas, y cuando el joven intentó ayudarlo, le dijo que no se esforzara, que recordara que el médico le había ordenado reposo para su herida.

—¿Y a qué tren se subieron? —farfulló, dispuesta a salir volando hacia él tan rápido como sus piernas se lo permitieran.

—A aquel —respondió, señalando a lo lejos una larga locomotora negra, delante de cuya entrada se veían los últimos pasajeros subiendo a bordo —: el 34027 rumbo a Escocia.

A Scarlett se le cayó el alma a los pies. ¿Escocia? ¿Alex iba a volver a Escocia? ¡Maldita sea, tenía que correr a alcanzarlo o le perdería la pista para siempre!

—Muchas gracias —masculló, antes de echarse a correr.

—¡Oiga, señorita! ¡Espere, si quiere subir, primero debe comprar su boleto en la taquilla! —gritó Collins, pero ella, tan ansiosa y apresurada como estaba, no lo escuchó.

Sintiendo el corazón latirle frenéticamente, serpenteó por entre la gente durante lo que le pareció una eternidad. Las piernas ya no le daban más, protestaban por el esfuerzo que las estaba obligando a hacer con una horrible sensación de escozor en los muslos, y, para colmo, la pesada falda de seda amarilla que llevaba puesta hacía que no pudiera moverse tan rápido como hubiese querido, pero no le importó; en lo único que podía pensar era en que esa maldita máquina de los infiernos no podía arrancar, no al menos sin que ella estuviera adentro.

Cuando por fin llegó, el maquinista estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices.

—¡Espere! —aulló ella, poniendo la mano en el borde del metal para impedir que la cerrara por completo.

—Buenas tardes, señorita. Permítame su boleto, por favor —dijo el hombre en tono lacónico, intentando no fijarse demasiado en el rostro de Scarlett, que estaba rojo y algo sudoroso debido al esfuerzo.

¡Oh, oh! ¿Y ahora qué iba a hacer, si con la prisa que llevaba había olvidado lo más obvio: que para que le permitieran subir a ese, o a cualquier tren del mundo, era necesario comprar un boleto primero?

—Señorita, su boleto, por favor —insistió el caucásico y regordete empleado, extendiéndole la mano para que se lo diera.

—¿M-mi…boleto? —tartamudeó, intentando inventar una excusa rápida para no tenerlo.

Él hizo un seco asentimiento, empezando a impacientarse.

—Verá, es que yo no pienso viajar, solo quiero subir un momento a buscar a una persona que está adentro.

—Incluso para eso necesita un boleto, señorita —replicó, mirándola como si fuese tonta.

Scarlett se mordió el labio, sin tener ni idea de cómo salir de aquel aprieto. Finalmente, después de un largo silencio tratando de pensar en algo, se le ocurrió que la única forma de ablandarle el corazón para que la dejara pasar, era contándole el motivo que la había llevado hasta allí, aunque no le apeteciera para nada tener que revelarle asuntos tan personales a un desconocido.

—Tiene que ayudarme, se lo suplico —dijo —. La persona que he venido a buscar es muy importante para mí, y si usted deja que este tren se vaya sin que yo esté dentro, la perderé para siempre —añadió, sintiendo que se le arrugaba el corazón de solo pensarlo.

—Con todo respeto, señorita, eso no es de mi incumbencia. Mi trabajo es asegurarme de que

todos los que pretendan subir tengan un pasaje de abordar, y si usted no lo tiene, lamento decirle que no puedo dejarla entrar, ni aunque venga buscando al mismísimo rey —replicó, en un tono tan cortante que le dejó claro que no pensaba cambiar de opinión ni aunque se arrodillara a sus pies.

Aquella respuesta hizo que todo el temor y ansiedad de Scarlett se transformaran en rabia instantáneamente. ¡No iba a perder a Alex solo porque un tipo insensible y testarudo no la dejaba subirse a un maldito tren!

—¿Está seguro de que no va a dejarme pasar? —le preguntó en un tono ligeramente amenazador, entornando los ojos.

—Ya se lo dije, no puedo hacerlo a menos de que tenga usted un boleto. Ahora, si me permite… —Se hizo a un lado y estuvo a punto de volver a cerrarle la puerta en la cara, pero, antes de que pudiera hacerlo, sin pensarlo dos veces, y en realidad sin saber muy bien lo que estaba haciendo, la joven se abalanzó sobre él con todas sus fuerzas para derribarlo, dando un grito digno de un sumo en plena lucha. La emoción que sintió al verse a sí misma dentro del vagón no alcanzó a durar ni dos segundos, porque de inmediato vio a otros dos trabajadores correr hacia ella para quitársela de encima a su compañero.

—¡Señorita, por amor de Dios, ¿qué cree que está haciendo?! —la reprendió uno de ellos, tomándola por el brazo derecho y halándola con tanta fuerza hacia arriba que la hizo ponerse de pie —Ya le dijeron que no puede entrar, y mucho menos de esta manera.

—¡Es que ustedes no entienden! —bramó, desesperada, dispuesta a armar un escándalo con tal de encontrar a Alex —¡Necesito buscar a alguien que está aquí adentro, y no me iré sin hacerlo!

—¡Lo único que hay que entender, señorita —vociferó el hombre a quien había empujado, con los ojos y la voz plagados de furia —, es que esto es un tren, no la sala de su casa en la que usted puede entrar sin pagar, y, encima de todo, haciendo escándalos!

—¡Eso lo sé! —chilló, sin amedrentarse ni un ápice ante sus gritos —Pero nada de esto estaría sucediendo si estos gorilas me soltaran y me permitieran cinco minutos para encontrar a la persona que estoy buscando —agregó, dirigiéndole una fúrica mirada a los sujetos que la mantenían agarrada con violencia por los codos, como si fuese una criminal.

—¡¿Cinco minutos?! —exclamó su interlocutor, con los ojos abiertos de par en par —¡¿Todavía tiene el descaro de pedir que retrasemos el viaje cinco minutos después de todo el tiempo que nos ha hecho perder?!

—¡Pues sí! —aulló, haciendo de nuevo el intento de zafarse —Y si no me los concede, puede estar seguro de que de todas formas voy a tomármelos, porque, aunque tenga que volver a saltar encima de usted, o de quien sea, no me iré de aquí sin encontrar a quien busco.

La resolución en los ojos de Scarlett era tan patente, su voz era tan decidida, su apariencia en general tan salvaje, que el empleado se asustó.

—Escúcheme, señorita —dijo, con un tono de voz mucho más tranquilo —, yo entiendo por lo que debe estar pasando para intentar meterse aquí de una forma tan abrupta, pero usted también debe comprender que nosotros….

—¡¿Quiere alguien explicarme qué demonios está sucediendo?! —exigió de pronto una voz masculina que ella reconoció de inmediato, y que hizo que el corazón se le paralizara: ¡Era Alex! —Llevamos más de quince minutos de retraso, y hasta el último vagón se oyen los gritos de una mujer que…

Cuando el empleado se apartó de en medio y dejó que se vieran el uno al otro, él enmudeció de golpe, mirándola de arriba abajo como si fuera un fantasma.

—¿Scarlett? —murmuró, entre sorprendido e incrédulo, como si no pudiese creer que ella estuviese allí —¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a buscarte. Necesitamos hablar —Fue todo lo que respondió, con una voz que sonó débil y tímida a sus propios oídos.

—¡Suéltenla! —le ordenó a los hombres que la sujetaban, con un tono tan autoritario como el que emplearía un verdadero duque

—La señorita viene conmigo —añadió, sacando un par de peniques del bolsillo de su traje azul para entregárselos, (aunque a la joven no le quedó claro si aquel era el valor de su tiquete, o un soborno para dejarla subir sin pagar).

Ellos obedecieron y se retiraron de inmediato.

Por un instante ambos se miraron a los ojos; Alex parecía estar esperando que dijera algo, pero como no lo hizo, decidió tomar la palabra:

—Ven —murmuró, haciendo un gesto con el brazo hacia el fondo, donde Julius y él tenían sus asientos.

No tenía ni idea de por qué su exprometida había ido a buscarlo, ni cómo se había enterado de su paradero, pero volver a tenerla tan cerca le hizo vibrar el corazón. Algo en sus ojos, en el tono de su voz cuando dijo que tenían que hablar, hizo que una chispa de esperanza se encendiera en su interior…Al fin y al cabo, ella no era de las que perdería el tiempo armando un escándalo y metiéndose en problemas con los guardias de una estación de tren solo para reiterarle lo mucho que lo odiaba.

Cuando llegaron a sus lugares, ubicados al final de la fila derecha del último vagón, Scarlett se encontró con el mayordomo, quien, tras saludarla con una amable sonrisa y un asentimiento, se retiró hacia otro de los muchos asientos que quedaban vacíos.

Alex le hizo un ademán con la mano para que se sentara y, cuando lo hizo, se acomodó a su lado.

Por un instante, ninguno de los dos habló ni se movió; parecían demasiado nerviosos para hacerlo.

—¿Cómo sigue tu…? —indagó la muchacha de pronto, señalando tímidamente la parte del abdomen donde Alex tenía la herida. Había ido hasta aquel tren para preguntarle algo totalmente diferente, pero sintió la necesidad de romper el hielo primero (además, en verdad estaba interesada por su estado de salud).

Él frunció el ceño de manera casi imperceptible; aunque Julius le había contado que ella fue quien se encargó de lograr que Riverwood lo atendiera, jamás se imaginó que quisiese saber cómo se encontraba.

—Mejor, gracias —murmuró, esbozando una leve sonrisa —. Aún me molesta un poco, pero no es lo más doloroso que he tenido que soportar últimamente.

Scarlett se sonrojó, comprendiendo de inmediato a qué se estaba refiriendo.

¿Y… quién te disparó? —susurró, incómoda, removiéndose en su asiento.

Él suspiró y frunció sus labios; era obvio que no le gustaba recordar aquel episodio.

—Wells.

La chica abrió los ojos desmesuradamente, sin podérselo creer.

—Lo sé —dijo él, leyendo la sorpresa en su rostro —; meterme con ese sujeto no fue una de las decisiones más inteligentes de mi vida, pero de todas formas es algo que debo agradecerle al destino.

—¿Agradecer? —repitió, con un gesto lleno de incredulidad

—¿Cómo puedes estar agradecido por haber conocido a un hombre que casi te mata?

Alex esbozó una débil sonrisa, como si la respuesta fuese obvia.

—Porque gracias a él te conocí, y eso es algo que vale todos los balazos del mundo —contestó en un murmullo, haciendo que Scarlett se pusiera tensa de nuevo. Alex sabía que no debía lanzar comentarios como ese, que la última vez que se encontraron ella le había dejado claro que no deseaba volver a verlo, pero le fue imposible contenerse —, Sin embargo, supongo que no has venido hasta aquí para que hablemos de mi capacidad para resistir a los disparos, ¿o sí?

—No —admitió, fijando sus ojos en él —. En realidad, vine por esto —. Sacó de la manga de su vestido la carta que Robertson le había dado y se la entregó.

A él le bastó solo medio segundo para reconocer su propia caligrafía y saber de qué carta se trataba.

—¿De dónde la sacaste? —preguntó, sin poder creer que hubiese llegado a sus manos.

—Me la dio Richard Robertson cuando me buscó para decirme que tú le habías enviado mi novela… y que está interesado en publicarla.

La sonrisa de Alex ante esa noticia fue tan sincera, tan amplia y cálida que logró llegar hasta el fondo del alma de Scarlett.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó, emocionado, usando toda su fuerza de voluntad para resistirse al deseo de abrazarla.

Ella asintió.

—¿Por qué escribiste esa carta? —cuestionó, mirándolo con una intensidad que él no fue capaz de interpretar; como si estuviese esperando una respuesta concreta, una de la que dependía su mundo entero.

—Porque te lo mereces, y porque te lo prometí, ¿recuerdas?

La joven sintió que se le formaba un nudo de emociones en la garganta. En ese momento, por primera vez desde la pelea por la cual se separaron, vio que la mirada de Alex era absolutamente transparente, como si no tuviese nada que esconder, como si le estuviese hablando solo con la verdad.

—¿Y todo lo que dice… es cierto?

—¿Que creo que tu novela es fascinante y lo tiene todo para que Robertson se posicione como el mejor editor de Londres? Sí. ¿Que estoy profundamente enamorado de ti, y convencido de que eres la mujer más maravillosa, hermosa, inteligente y encantadora del planeta? También — contestó, con tanta seguridad, que nadie habría sido capaz de poner en duda sus palabras… Ni siquiera ella.

—Entonces, ¡¿por qué no me dijiste la verdad?! —exclamó, con un dejo de dolor casi latente en la voz —¿Por qué decidiste no confiar en mí a pesar de todo?

—No es algo que yo haya simplemente decidido, Scar; ya te lo expliqué, tenía miedo, me acobardaba hasta los huesos de solo pensar que me despreciarías, que me querrías lejos de tu vida… como acabó sucediendo.

Scarlett volvió a experimentar una avalancha de culpa expandiéndose en su interior, pues sabía

que él se estaba refiriendo a la forma tan dura y cortante en la que le había pedido que se alejara de ella la última vez que se vieron.

—Y si es cierto lo que dice —murmuró, dirigiéndole una mirada al papel que Alex tenía en las manos —, ¿por qué quieres regresar a Escocia?

Él se irguió en su asiento y respiró profundo, como si aquello fuese algo doloroso de explicar:

—La última noche que nos vimos, cuando entré a tu habitación a hurtadillas, lo hice sabiendo que la conversación que tendríamos sería decisiva para los dos. Estaba dispuesto a ganarme tu perdón a como diera lugar, pero, si al final no lo conseguía, sabía que tenía que hacerme a un lado para dejarte vivir en paz… Y eso es justamente lo que estoy haciendo, aunque se me parta el alma de solo pensar que voy a estar lejos de ti.

Scarlett lo miró a los ojos, y la tristeza que vio en ellos fue tan grande, tan profunda, que no pudo contener el impulso de hacer la pregunta que la había llevado hasta allí:

—¿De verdad me amas? —murmuró.

Alex esbozó una leve y triste sonrisa.

—Más que a mi vida —respondió, con la mirada tan llena de devoción y de amor, que ella no necesitó más palabras para saber que no le mentía, que lo que estaba escrito en esa carta no era más que la verdad.

—Entonces no te vayas —pidió, en un murmullo tan suplicante que lo dejó estupefacto.

—¿Cómo? —susurró, pestañeando, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—Que no quiero que te vayas —repitió, haciendo que el corazón de Alex casi se le saliera del pecho. ¡Dios santo, si aquello era un sueño, que nadie se atreviera a despertarlo!

—¡Scar! —exclamó tomándola de las manos, con la mirada llena

de ilusión —, eso significa…

—Significa que soy consciente de que ambos hemos cometido muchos errores —lo interrumpió —: Tú, ocultándome la verdad, y yo, siendo tan testaruda como para no escucharte e intentar comprender los motivos que tuviste para hacerlo; sin embargo, creo que, si ambos hacemos un esfuerzo por olvidar y perdonar, podríamos… reconstruir lo que se rompió.

—¡¿Eso quiere decir que tú…todavía me amas?! —cuestionó, sintiendo que aquella frase era demasiado hermosa para ser verdad.

—Antes de responder a eso, necesito que me jures algo.

—Lo que quieras —concedió, estrechándole las manos aún más fuerte, como si no quisiera dejarla escapar nunca.

La mirada de Scarlett se volvió repentinamente seria y solemne.

—Que nunca, nunca jamás, va a volver a existir ningún secreto entre los dos; que de ahora en adelante vamos a confiar el uno en el otro incondicionalmente, sin importar lo que suceda.

Alex sintió cómo un río de lágrimas empezaba a empaparle las mejillas. ¡Lo estaba perdonando! ¡Había ido hasta allí para darle otra oportunidad!

—¡Claro que sí, preciosa! —exclamó, dándose el glorioso permiso de volver a acariciarle el rostro —Te aseguro que dedicaré el resto de mi vida a amarte, honrarte, y compensar todas las lágrimas que derramaste por mi culpa, te lo juro —prometió desde el fondo de su alma, alzando la mano derecha.

Muy lentamente, como si fuese el contacto más anhelado de toda su vida, Scarlett levantó la suya e hizo que sus palmas se tocaran.

—Te amo, Alexander Campbell —confesó, sintiendo que su corazón por fin volvía a estar completo…y radiante de felicidad.

—Nunca más que yo, mi cielo, nunca —contestó, acercándose a ella para darle el más dulce y suave de los besos; que marcó el comienzo de una nueva vida llena de felicidad para los dos.

Epílogo

Maratea, Italia, 1864

Los dos soltaron una carcajada. Era tan fácil ser felices cuando estaban juntos, disfrutando mutuamente de su compañía en su modesto y precioso hogar al sur de Italia, que a menudo se olvidaban del mundo que los rodeaba fuera de aquellas cuatro paredes.

—De verdad, creo que fue un milagro que ni a tu madre ni a tus hermanas les diera un ataque cuando volviste a tu casa tomada de mi mano, diciéndoles que me habías perdonado —dijo Alex divertido, acariciando uno de los sedosos mechones color chocolate de Scarlett, mientras ella permanecía plácidamente recostada en el sofá de su sala de estar, con la cabeza apoyada en su hombro.

—Lo sé —respondió, sonriendo. Recordaba ese día, y los duros meses que le siguieron, como si hubiesen sido ayer. Ni Emma ni Clarisse podían concebir la idea de que quisiera volver con él (por más que ella les había explicado una y mil veces los motivos por los que estaba convencida de darle una segunda oportunidad); y en cuanto a Amanda… Bueno, literalmente, había puesto el grito en el cielo. Sin embargo, con el tiempo, mucha paciencia, e infinidad de pruebas de palabra y obra, el joven logró demostrarles poco a poco que su cambio y su amor hacia Scarlett era sincero, y que solo vivía para hacerla feliz, hecho que permitió que, después de casi seis meses, la vizcondesa por fin les diera su aprobación para casarse —, pero ahora hasta creo que te quiere.

—¿Y cómo no va a hacerlo, si sabe que me muero por ti, preciosa? —murmuró, inclinándose para darle un largo y dulce beso en los labios.

—Mmm, puede ser —concedió —, aunque también puede deberse a que te has convertido en uno de los pintores más apetecidos de Italia. —Levantó la mano para acariciarle la mejilla con dulzura.

Desde que se casaron y decidieron establecerse en Italia, lejos de las habladurías que provocó su reconciliación en Londres, había empezado una muy buena racha para ambos: él había decidido dedicarse por completo a la pintura para poder darle a su esposa una vida cómoda y feliz, con tanta suerte que sus cuadros habían llegado a ser expuestos en varias galerías, recibiendo muy buenas críticas y pagos; mientras que Scarlett finalmente había logrado realizar su gran sueño: Richard Robertson había sacado a la luz Lirios para Alice, la cual, tal como lo predijo, resultó ser una novela tan aclamada por los lectores, que se convirtió en la primera de muchas publicadas con su nombre, tal como siempre lo deseó.

Se miraron a los ojos, con la certeza de ser las personas más afortunadas de la tierra: no solo tenían un matrimonio lleno de amor, una bonita casa, y los mejores trabajos que hubiesen podido imaginar, sino que estaban juntos, sin que nada pudiera volver a interponerse en su felicidad; a la que pronto se sumaría la llegada de su segundo hijo (o hija, aún era demasiado pronto para hacer conjeturas).

—¿Qué crees que será? —preguntó Alex, trazando delicados círculos sobre el vientre de su mujer.

—No lo sé, pero con que tenga unos ojos idénticos a los tuyos y tu talento para pintar, me conformo.

—Lamento decepcionarte, querida, pero me temo que no será así.

—¿Por qué?

—Porque estoy convencido de que este niño será escritor, el mejor del mundo… igual que tú.

Como siempre que le decía algo tan bonito (que era casi a diario), a Scarlett se le derritió el corazón.

—¿Te han dicho que eres un adulador de primera, Alexander Campbell? —bromeó, enredando los dedos en su abundante cabello negro.

—Una vez, hace un par de años, una hermosa fierecilla osó gritármelo a la cara, y resulta que acabé perdidamente enamorado de ella —contestó, con una mezcla de diversión, picardía y amor en la mirada, acercándose de nuevo a su rostro para besarla.

—Disculpen los señores —dijo Julius de pronto, entrando a la habitación de la mano del pequeño Paul, hijo de la pareja, quien, con tan solo cuatro años, había logrado llenar de vitalidad al viejo mayordomo —, pero el niño quiere entregarles algo.

—Ven aquí, mi príncipe —musitó Scarlett, haciéndole espacio en el sofá para que se acomodara entre ellos —. ¿Qué es lo que quieres que veamos?

Él corrió a sus brazos y le entregó un papel que llevaba en sus diminutas manitas,

—¿De quién es? —le preguntó su padre, acariciándole la brillante melena negra, tan idéntica a la suya.

—Tía Clarisse —respondió a media lengua, emocionado, pues, aunque no vivieran en el mismo país, Scarlett procuraba que se reuniesen con su madre y sus hermanas varias veces al año, por lo que Paul se llevaba de maravilla con ellas.

—¿Qué dice? —inquirió Alex.

Ella desdobló el papel y comenzó a leer en voz alta:

—"Querida hermanita: Espero que tú, mi cuñado y mi adorado sobrino se encuentren bien. Te escribo esta carta para pedirte que ninguno de los tres haga planes para el próximo quince de noviembre, pues ese día los necesito en Londres, listos y más guapos que nunca para acompañarme a mi boda. Sé que la noticia debe haberte dejado con un síncope y miles de preguntas, pero me niego a responderlas por escrito, así que no tendrás más remedio que viajar hasta aquí para hacérmelas. Con amor, Clarisse."

—¡Se va a casar! —exclamó Alex, con los ojos abiertos de par en par.

—Eso parece, pero, ¿con quién? —indagó Scarlett, sorprendida, ya que la última vez que la vieron, Clarisse juró no haber conocido a ningún hombre con el que valiera la pena comprometerse.

—Parece que no tendremos otro remedio más que viajar a Londres para averiguarlo, cariño —contestó, esbozando una pícara sonrisa, pues sabía que, viniendo de su traviesa cuñada, podrían esperarse cualquier locura.

Agradecimientos

A Dios, por regalarme el fascinante y hermoso don de escribir historias, y por permitirme hacerlo una vez más.

A mis padres, por amarme, cuidarme y apoyarme incondicionalmente para cumplir el sueño de ser escritora. Espero que se sientan orgullosos de mí.

A Santiago, por ser el mejor hermano del mundo (prometo que algún día uno de mis protagonistas llevará tu nombre).

A mi adorada Mima, por ser mi apoyo constante y uno de los mejores seres humanos que conozco.

A mi mejor amiga, Daniela, por todos los momentos de charlas y risas que le robé a nuestra amistad mientras corregía esta novela. Gracias por entenderme y animarme siempre; eres la mejor amiga que alguien pueda tener.

A Daniel, por todo su amor y apoyo en la reedición de esta novela, y por animarme siempre a cumplir mis sueños. Te amo.

A Vivian, Javier, el doctor Fernando Palacio, y tantas otras personas maravillosas, que con sus manos y grandes conocimientos han contribuido a que mi salud sea siempre la óptima para continuar tras mi sueño de escribir historias.

A Carmen, a quien debo la preciosa portada y maquetación de este libro, por su maravilloso trabajo.

Y por último, pero jamás menos importante, a mis lectoras, cuyo amor y apoyo infinito hacia la historia de Alex y Scarlett me impulsó a sacar esta segunda edición, que, espero, disfruten tanto como yo. Gracias por haber decidido darle una oportunidad a esta novela, escrita con la pluma de los sueños. Gracias siempre, porque, sin ustedes, ninguna historia tendría sentido.

¿Te ha gustado «La pasión prohibida»?



¡Deja tu valoración en Amazon y un comentario para que otros lectores descubran el libro, y ayudar a la creación de la cultura!

También puedes contactar a la autora en sus redes sociales para no perderte ningún lanzamiento.



@lorena_s.lawrence
Lorena S. Lawrence
@loren1197